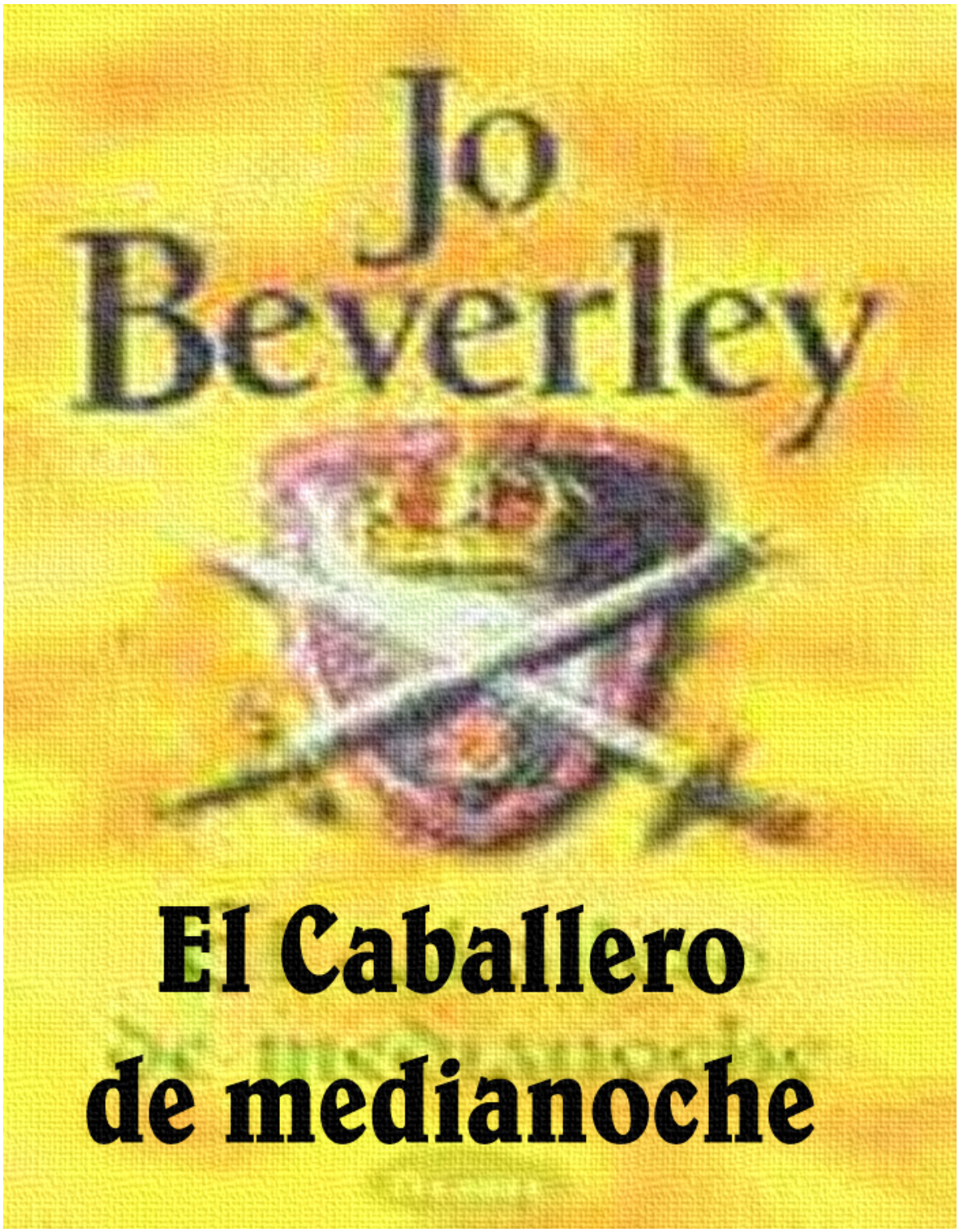
# EL CABALLERO DE MEDIANOCHE
## JO BEVERLEY




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

***Londres, agosto de 1101***

Al ritmo de un repique de campana, los hombres iban clavando una estaca tras otra en la reseca tierra del verano. Detrás iban otros atando cuerdas para delimitar un círculo cubierto de hierba. Una justa por la corona, combate a muerte, atraería la atención de una gran muchedumbre que era preciso controlar.

En la tarima, los martillos de los carpinteros golpeaban a un ritmo más acelerado. La plataforma debía estar acabada pronto, lista para el rey y su guardia. Era una estructura simple, sin palio ni adornos, pues no estaría presente ninguna dama. Aquella extensión de terreno iba a convertirse en un tribunal de justicia donde los hombres defenderían con su vida su legítimo derecho.

Iba a ser también un campo de ejecución.

Dejando en sombra el círculo de hierba, se erguía la Torre Blanca, digna advertencia de que el poderío de los reyes normandos no debía ser contrariado. Como prueba de ello, la última rebelión se iba a resolver allí, en aquel tribunal de la muerte.

Aun antes de que hubieran terminado de clavar las estacas, empezaron a juntarse los primeros espectadores, procedentes de las calles y veredas más próximas, para colocarse en primera línea alrededor de las cuerdas y ocupar las mejores posiciones. Muchos de ellos masticando todavía el pan del desayuno o sorbiendo los últimos tragos de sus jarras de cerveza.

Acudieron también los vendedores ambulantes, ofreciendo a voces cerveza, pastel de carne o fruta. Había músicos que tocaban la gaita o el tambor, adivinos que leían la palma de la mano y charlatanes que garantizaban panaceas y encantamientos contra todo tipo de enfermedades.

Aunque no estaría presente ninguna noble dama, sí había mujeres entre el pueblo llano que bien podían ser zafias y torpes, buscavidas, pues a ellas no les afectaban las normas de la gente refinada. Algunas se habían llevado las labores para coser o hilar mientras esperaban. Muchas iban con sus hijos pequeños.

-Buen día, Truda -dijo una mujer a otra, mientras la rueca que llevaba engullía una hebra con agilidad-. Dicen que la lucha será cosa de poco.

-¡A ver! Un viejo contra un joven... Pero vete tú a saber, Nan, Los viejos son más resabiaos.

-Por lo visto, el tal Clarence de Summerbourne no tiene fama de luchador.

-¡Eso no puede ser! -replicó Truda, al tiempo que se metía en la boca un último trozo de pan con miel y se limpiaba las manos en el delantal-. Si viene aquí hoy, ¡cómo no va a ser un luchador! Lo que pasa es que no tendrá planta para enfrentarse con el campeón del rey.

-Entonces no tendría que desafiar el derecho del rey. Vamos, digo yo. Pero, mira -continuó Nan, santiguándose-, que sea lo que Dios quiera. Si tiene razón ganará aunque se enfrente a un hombre más fuerte que él. Pero seguro que no la tiene -añadió presurosa, echando una rápida ojeada alrededor.

-Seguro que no -repitió Truda, santiguándose también para protegerse tanto de los poderes terrenales como del infierno. Y en voz queda, añadió-: Pero yo no entiendo eso de que sea lo que Dios quiera. Mi Edwin tumba a cualquier hombre que lo insulte, y no creo yo que tenga siempre razón. Lo que pasa es que es grande y fortachón.

-¡Anda, claro! Pero ¿se encomienda antes a Dios? -Nan apartó la rueca para explicarse mejor-. ¡Ahí está el truco, Truda! Dios no puede ocuparse de menudencias, ¿entiendes? Otra cosa es que se encomienden a Él.

-¡Aaaah! Ya comprendo. Si se encomiendan...

Truda se interrumpió para apartarse y repartir unos cuantos cachetes a un grupo de muchachos que estaban peleando. Separó a su hijo, que era un chico rubio con cara de golfillo.

Ya te lo he dicho, Willy: nada de peleas o te mando pa casa.

-Pero es que me ha llamado...

La madre le dio un sopapo en la oreja.

-Nada de peleas o te meto ahí en el círculo pa que te enfrentes con el campeón del rey.

El muchacho hizo un mohín, se sentó a los pies de su madre y empezó a arrancar hierba del suelo polvoriento.

-Hace falta que llueva -dijo Truda-. Las cisternas están muy bajas.

-Cuesta trabajo encontrar agua limpia-asintió Nan-. Pero parece que vienen nubes por el este. ¡Ojalá! Aunque espero que tarden un rato en llegar.

Las dos mujeres charlaban alegremente del tiempo en el verano, cuando el hijo de Truda le tiró de la falda y le preguntó:

-Mamá, ¿ese es el rey?

Para entonces, había ya dos o más filas de gente alrededor de la barrera de cuerdas. Atraídas por las palabras del muchacho, las personas cercanas levantaron la vista. Pero los hombres que estaban subiendo a la tarima en ese momento sólo llevaban bancos de asientos y un pesado sillón.

-No, hijo -contestó Truda-, pero esa es su silla, ¿ves? No tardará en llegar.

-¿Y cuándo empieza el combate?

-Cuando todos estén preparados. Ahora, cállate. Pero el chico volvió a tirarle de la falda.

-¿Por qué luchan, mamá?

-Ya te lo he explicao. Uno de ellos dice que el rey no tiene derecho a ocupar el trono, que debería reinar el hermano del rey.

-Entonces ¿por qué no pelea el rey en vez de mirar?

-Porque los reyes no luchan en este tipo de combates, hijo. Tienen a unos hombres para que luchen por ellos.

El chico siguió arrancando hierba del suelo.

-Pues no me parece justo -murmuró-. En las riñas que me importan peleo yo mismo.

Truda le dio un sopapo en la cabeza.

-¡No seas tan descarao! ¡Como si tus cosas tuvieran algo en común con las del rey!

De pronto se impuso el silencio según empezaron a salir de la Torre los primeros nobles. Vestidos con sus guerreras, podrían parecer hombres corrientes si no fuera por los colores intensos, el oro y las joyas con que iban adornados, refulgentes al sol.

-¿Mamá, es ese... ?

-No, Willy. El rey llevará puesta la corona. Y si no eres bueno -añadió Truda-, mandará que te corten la cabeza.

El chico se retiró unos centímetros y se agazapó junto a las faldas de su madre.

En ese preciso instante, los soldados, con sus cotas de malla y sus cascos cónicos, empezaron a desfilar desde la Torre y se fueron disponiendo alrededor de la barrera de cuerdas, con las lanzas profundamente clavadas en la tierra. Ninguno de ellos podía intervenir en un combate por la corona.

-Ya queda poco -dijo Truda.

Los nobles fueron colocándose en una parte del acordonamiento reservada para ellos, pero algunos se separaron del grupo para subir a la tarima y tomar asiento en los bancos, a ambos lados del sillón del rey. .

-Los que están arriba tienen que ser gente importante -explicó Truda en voz baja a Willy-. Condes y eso; uno o dos obispos... Se encargan de que todo vaya por sus pasos. Y dándose la vuelta hacia Nan, añadió-: No parece que estén muy contentos.

-He oído decir que el tal Clarence es un hombre muy querido. Tal vez no deseen verlo muerto.

-Pues ya....

Nan asintió con la cabeza. Después, se inclinó un poco para acercarse más.

-Lo que he oído, según el primo del marido de mi hermana, que es de la guardia, es que, la semana pasada, le dejaron abierta la celda con la esperanza de que se escapara.

Truda abrió con sorpresa los ojos y casi entre susurros preguntó:

-¿Quieres decir que les parece que podría ganar?

Nan lo negó.

-No. Es que no quieren verlo muerto.

Las silenció un estruendo de trompetas. Truda tiró del cuello a su hijo.

-Mira, Willy: ahí está el rey.

Enrique Beauclerc, hijo menor de Guillermo el Conquistador y rey de Inglaterra en aquel momento, salió de la Torre Blanca, llevando sobre su rizado cabello negro la dorada corona y ataviado con un lujoso manto morado que llegaba hasta el suelo. Ya sobre la tarima, se dirigió hacia su sillón, seguido de cuatro hombres que se colocaron de pie, justo detrás de él.

-¿No es ese FitzRoger? -susurró Nan-. El alto de verde. Es el gran campeón del rey. Pero como no sea que va a pelear así vestido, no tiene trazas de ir a combatir hoy.

-¿Es que no van a luchar? -preguntó Truda, en voz tan alta que un soldado que estaba cerca se dio la vuelta.

-Sí van a luchar, señora; no se preocupe.

-¿Y quién pelea por el rey? -le preguntó Nan.

-El nuevo campeón -contestó el soldado, casi sin abrir la boca y mirando al frente -, Renald de Lisle.

-¡Ah! -contestó Nan, al tiempo que intentaba deshacer un nudo que se le había hecho en la madeja por haberse distraído-. ¡Qué lástima! Según dicen, FitzRoger es el mejor. Me hubiera gustado verlo en una lucha a muerte.

-Se acaba de casar -añadió el soldado, apenas sin pestañear-. Estará cansado.

Las dos mujeres empezaron a reírse entre dientes, pero se callaron al oír un nuevo estruendo de trompetas. El rey estaba ya sentado en su trono, con todo el manto extendido a su alrededor.

Invocado por las trompetas, un hombre salió de la Torre; un hombre totalmente metálico, pues iba vestido con una cota de mallas de hierro entrelazadas y un cinturón ancho de cuero como única sujeción, del que pendía una vaina.

Una vaina vacía.

-¿Por qué no lleva espada, mamá? -preguntó Willy-. ¿No van a luchar con espadas como me habías dicho?

-Claro que sí. La llevará su escudero.

Truda dirigió una mirada escudriñadora hacia el servidor del hombre metálico, que iba con escudo y casco, pero tampoco llevaba ninguna espada.

-¿Tú qué crees, Nan?

Nan retiró la trueca y se quedó mirando con el ceño fruncido. -Pues si te digo la verdad, no lo sé, Truda. Sólo he visto otro combate como este, y los dos llevaban espadas.

-¡Ah, sí! Aquél duró todo el día, y al final se rindió el tal..., ¿cómo se llamaba?

-No me acuerdo. ¡Qué más da ahora! Perdió los ojos y los testículos. ¡Más le valía haberse muerto!

Willy levantó la vista.

-¿Y por qué le hicieron eso, mamá?

La madre le revolvió un poco el pelo para aliviarle la angustia.

-Perdió, ¿entiendes? Y así se demostró que era un traidor. Pero como no se murió, hubo que castigarlo. Eso es lo que les pasa a los traidores.

-Pero muchos de estos últimos se han librado -murmuró Nan, acercando otra vez los labios a la oreja de Truda-. Dicen que eran tantos los hombres poderosos dispuestos a apoyar al duque Roberto que el rey no podía enfrentarse a todos. Expulsó a un par de ellos, pero a los otros sólo les impuso una multa y los mandó a casa.

-Síií -dijo Truda entre susurros-. Ya he oído. ¿Entonces, por qué...?

Las dos mujeres se callaron al ver salir al segundo contrincante. Iba vestido igual que el otro, salvo que en la vaina llevaba una espada. Era más o menos tan alto como el campeón pero, aun con la cota de malla, resultaba excesivamente delgado. De hecho, pensó Truda, parecía que la armadura le iba a tumbar.

Los dos hombres se quedaron de pie, mirando de frente hacia la tarima. Sonaron las trompetas una última vez, demandando silencio.

El rey se inclinó hacia adelante. No vociferó, pero Truda pudo entender lo que decía:

-Clarence de Summerbourne, ¿reconocéis vuestro error, juráis lealtad a la corona y aceptáis mi clemencia?

El caballero delgado se puso aún más erguido.

-No puedo, Enrique. No tenéis derecho legítimo al trono.

El rey se sacudió hacia atrás en un movimiento tan violento que pareció que le hubieran golpeado. Después, levantó una mano, y su heraldo avanzó unos pasos.

-Escuchad, lord Clarence de Summerbourne: tras haberos levantado en armas contra el rey y haber proclamado que nuestro justo soberano no tiene derecho a la corona de Inglaterra, estáis hoy aquí acusado de traición. Lord Clarence de Summerbourne, ¿qué alegáis en vuestra defensa?

-Soy inocente.

-¿Quién sale en defensa de la acusación?

-Yo, Renald de Lisle -la voz sonó fuerte y clara-, reclamo ese derecho, como campeón de Enrique, legítimo rey de Inglaterra. Apenas hubo abierto el heraldo la boca para proseguir con los trámites, que lord Clarence gritó:

-¡Protesto! ¡Exijo que sea el propio rey quien defienda su causa! Surgieron susurros de sorpresa alrededor del círculo, y los hombres que estaban en la tarima se volvieron a hablar unos con otros. Entonces el rey llamó al heraldo con una seña y habló con él en voz baja. Se hizo el silencio.

Acto seguido, el heraldo se puso bien derecho y expuso ante la multitud:

-Lord Clarence de Summerbourne: estáis aquí hoy como representante del hermano del rey, el duque Roberto de Normandía, en apoyo a su espuria reclamación del trono. Es justo y apropiado entonces que el rey tenga también su representante. Con todo, el rey Enrique declara en este acto que si su hermano Roberto viene en persona a desafiarlo, no pondrá objeción alguna a combatir con él y defender su causa con su propia vida.

Tras aquellas palabras, se oyó una gran ovación por parte de todos los allí presentes.

-¡Esa sí que sería una buena justa! -dijo Truda. Nan se rió.

-Pero nunca la habrá. El duque Roberto ya vino, pero tan pronto como vio que sus tropas eran menos numerosas, agarró una saca de dinero y se volvió pa casa.

Las trompetas sonaron una vez más para imponer orden y silencio entre la muchedumbre.

El heraldo desenrolló otro pergamino y volvió a hablar:

-Por ser esta la primera vez que Renald de Lisle actúa como campeón, el rey le hace entrega de su espada. -Un sirviente se adelantó unos pasos, llevando consigo el arma sin funda-. Del mejor acero alemán, es un regalo del emperador, con la empuñadura desnuda de joyas, pero con una piedra de la tumba del mismo Jesucristo en Jerusalén. ¡Que la defendáis siempre con honor!

El campeón se acercó lo suficiente para arrodillarse ante el rey y aceptar la espada.

-Si el campeón pierde -preguntó Truda, bajando mucho la voz-, ¿qué pasará?

Tras echar una rápida ojeada alrededor, Nan se acercó a su amiga. -Según tengo entendido, eso significaría que Dios dice que el rey no puede reinar.

Truda se persignó.

-¡Que sea lo que Dios quiera!

El campeón se volvió de cara a su oponente, y los dos hombres se pusieron los cascos cónicos, se los ataron por debajo de la barbilla y levantaron los escudos.

-¿Os encomendáis a Dios -preguntó el heraldo en un tono muy solemne-, para defender con vuestra vida la justicia y el derecho?

-¡Me encomiendo!

-¡Me encomiendo!

Un sacerdote avanzó unos pasos. No, no era un sacerdote, sino un obispo ataviado con su brillante túnica y su alta mitra. Presentó un crucifijo dorado a cada uno de los combatientes para que lo besaran.

Después, ambos pusieron la cabeza inclinada y les roció con agua bendita. Para terminar, hundió el pulgar en óleo sagrado y los ungió con él, de modo que si alguno de los dos moría, sería como si hubiera recibido los últimos sacramentos.

Cuando el obispo se hubo retirado, el heraldo exclamó:

-¡Que Dios revele la verdad de vuestra causa!

Acto seguido, el rey levantó una mano para indicar que comenzara el combate.

Justo en el momento en que lord Clarence de Summerbourne puso en alto su espada, una nube vino a nublar el sol, con lo que desaparecieron de inmediato los destellos del acero.

Al principio, los movimientos fueron lentos. Los dos combatientes alternaban entre la ofensiva y la protección, con la espada o el escudo. Pese al constante choque de los metales, no hacían más que medirse el uno al otro. Mientras se fueron adentrando en el círculo, levantando polvo de la hierba reseca con cada nuevo avance, el ritmo de la lucha se volvió casi monótono.

En cualquier torneo, el gentío hubiera empezado a abuchearlos por la falta de acción, pero aquello no era un mero torneo. Uno de aquellos dos hombres acabaría muerto, por tanto estaban los dos en su derecho de andarse con pies de plomo. Semejante combate podía durar hasta el anochecer y terminar tal vez más por cansancio que por la mayor o menor destreza en la lucha.

Truda no creía que lord Clarence fuera a aguantar todo el día. Por la manera de moverse daba la impresión de tener los músculos cansados.

De repente, como para contrariarla, un renovado vigor invadió al noble. Empezó a golpear con más fuerza, hasta sacarle chispas al acero alemán y al escudo del campeón del rey.

Sir Renald se limitó a mantenerse en pie, sin dejar de retroceder ante los avances del otro. Después, cambió de ritmo y comenzó a responderle.

El acusado de traición dio un traspié. Los espectadores lanzaron una exclamación al unísono, y el campeón arremetió hacia atrás, acometiendo a su enemigo con la espada contra el borde del escudo. Pero en vez de asestarle por un lado, la lanza atravesó por completo el metal hasta clavarse en la madera.

El campeón se quedó inmovilizado.

Al tiempo que la muchedumbre profería otra sonora exclamación, Lord Clarence aprovechó su oportunidad. Dirigió un golpe rápido a su desequilibrado oponente, con fuerza de sobra para destrozarle las costillas. Pero en el último momento, sir Renald giró el escudo, aunque con tal torpeza que se quedó completamente expuesto a una estocada.

Sin embargo, en el mismo movimiento consiguió dar una patada al escudo de lord Clarence para desbloquear su espada, y se retiró para alejarse del peligro.

Como si de un solo hombre se tratara, el gentío emitió un suspiro. Los dos combatientes interrumpieron la lucha unos instantes para darse tiempo a prepararse.

-¡Vaya! -dijo Nan-. Ese sí que ha sido un momento difícil. -No había visto nunca que una espada llegara a atravesar un escudo así -dijo Truda-. Acero alemán, ¿no? Que se ande con ojo lord Clarence. Esa espada bien puede atravesarle la cota de malla.

-Pero la razón está de su parte. Que le rompa unos cuantos huesos, y dará igual que el campeón sea más fuerte y más grande, y que tenga una espada alemana. Es hombre muerto.

Truda miró de soslayo al rey, cuyo destino estaba en tela de juicio. El soberano permanecía rígido en su asiento como una estatua, con las manos relajadas sobre los brazos de la silla y el rostro casi con expresión contemplativa. Le gustó verlo así. Un rey debía mostrar la máxima dignidad, incluso ante la debacle.

Especialmente ante la debacle.

Un fuerte sonido metálico le indicó que la batalla se había reanudado, y volvió la mirada al círculo.

Lord Clarence mostraba ahora bríos renovados. Se balanceaba con solemnidad, haciendo retroceder al campeón tras un torrente de golpes y cuchilladas. Truda se encontró de pronto mordiéndose los nudillos.

Siempre que los reyes estaban en dificultades, el pueblo llano también.

De repente la furiosa agilidad de Lord Clarence se tornó enloquecida. Le recordó a su hijo Willy cuando jugaba con sus amigos, todos pertrechados de estacas, sin demasiada habilidad ni estrategia ninguna. El campeón seguía resistiendo. En un vertiginoso movimiento que Truda apenas logró ver, cambiaron las tornas. Sir Renald pasó a llevar la iniciativa y fue forzando a lord Clarence a retirarse.

El acusado de traición se tambaleó como si le estuvieran fallando las piernas y bajó la espada con el brazo cansino. El campeón, en lugar de lanzarse al ataque, aseguró su posición. A Truda le pareció ver que movía los labios, pero, ¿qué podría estar diciendo en un momento así?

Tal vez se tratara de un insulto para ver si Lord Clarence, al oír una ofensa, reaccionaba y contraatacaba.

Sir Renald bloqueó la espada de su adversario con su escudo y retiró el del otro de un puñetazo. Acto seguido, atravesó la cota de malla de lord Clarence, directo al corazón.

-¡Oooh!

El grito de la multitud recorrió todo el círculo como una oleada, al tiempo que el traidor caía muerto en tierra.

El campeón se puso de rodillas, y por un momento Truda creyó que también estaba herido. ¿Qué querría decir eso entonces respecto a la legalidad del rey para ocupar el trono? Pero de inmediato el caballero se santiguó y empezó a rezar.

Como el ruido de una bandada de estorninos, los comentarios se extendieron por todo el campo.

-Un poco corto ha sido -dijo Nan, a la vez que guardaba la rueca en el bolso.

-¿Está muerto, mamá? -preguntó Willy.

-Sí, hijo. Y ha quedado demostrado que el rey es el hombre justo y bueno que ya sabíamos.

-No ha durado mucho.

-Lo suficiente, Willy. Lo suficiente para matar a un hombre.

A decir verdad, había sido una extraña contienda. Tras empujar a su hijo para que siguiera a la muchedumbre de vuelta a los puestos del mercado y a sus casas, a las tabernas y a las forjas, Truda volvió a mirar hacia la tarima sobre el polvo.

-Mamá...

-Dime, hijo.

-Yo creí que una armadura protegía contra la espada.

-Y así es, mi vida, así es. Yo tampoco había visto nunca matar a nadie de esa forma. Lo que suele ocurrir es que se dan golpes y golpes hasta que uno de los dos está tan magullado que no puede seguir. Pero, mira, esta vez ha sido más limpio.

Truda se detuvo al observar algo alrededor del cadáver.

El escudero de lord Clarence estaba en el suelo, con su señor en los brazos. Le había quitado el casco y la capucha de malla para limpiarle la arena del cabello. Durante el combate, las nubes habían cubierto el cielo, dejando en sombra toda la escena, pero en aquel momento un rayo de sol iluminaba el grupo.

Iluminaba a sir Renald, que seguía rezando. Iluminaba la pedrería sobre las ropas de tres nobles que se habían acercado y permanecían de pie, detrás de los hombres que estaban en tierra.

¡Santo cielo! Parecía la imagen que había en la pared en la iglesia de St. Mark, la imagen de Cristo al ser descendido de la cruz. Truda se santiguó, por si acaso sus pensamientos eran un sacrilegio.

En algún momento antes, el campeón debió de soltar la espada, pues ahora la sujetaba otro hombre. Era el Gran campeón, el famoso FitzRoger, con su abundante cabellera negra y sobria vestimenta.

Tras limpiar la espada con un paño que se tornó de color rojo, se la entregó al hombre que permanecía de rodillas. La hoja tenía un peculiar tono oscuro, como si hubiera absorbido la

pálida luz. Todo daba el aspecto de haberse paralizado, como en un cuadro, hasta que el vencedor se puso en pie y tomó la espada. Al cabo de unos instantes, besó la empuñadura y enfundó el acero en la vaina. Después se dio la vuelta y se dirigió hacia la tarima, donde esperaba el rey.

-No hay duda -dijo Truda, casi para sí misma- de que esa piedra es de Jerusalén. Ha sido un milagro que lo haya matado de esa forma; un verdadero milagro.

-¡Mamá!

Truda bajó la vista.

-¡Deja de tirarme así de la manga! Willy la soltó, pero siguió incordiando.

-¡Allí hay un pastelero! ¿Por qué no me compras un pastel de camino a casa? ¡Anda!

-No, de eso nada -dijo Truda, pero de inmediato cambió de opinión-. Compraremos unos cuantos y nos los comeremos todos juntos en casa. ¡Venga! ¡Date prisa!

Había empezado a llover, y el agua caía con tanta fuerza que ya se veían manchas oscuras en la tierra polvorienta. En una de ellas, se estaba formando un charco teñido de rojo.

## Capítulo 2

Claire de Summerbourne se inclinó sobre el escritorio para borrar la sonrisa en la cara de una vaca. Como la tinta había empapado el pergamino, cogió la cuchilla y empezó a raspar para dejar la superficie limpia. No podía hacer eso con demasiada frecuencia o acabaría con un agujero en el pliego.

Maldito tiempo. Llevaba lloviendo más de un día entero y todavía seguía cayendo el agua con fuerza a ráfagas, por el viento racheado. No se atrevía a abrir las contraventanas más de una pequeña ranura, y no había quién pudiera hacer un trabajo con esmero a la luz de las velas.

Sabía perfectamente que era una locura intentar dibujar, pero no parecía que fuera a escampar y necesitaba hacerlo. Aquella ocupación había sido su único entretenimiento desde que se marchara su padre a unirse a los rebeldes. Pese a su sensación interior de que se avecinaba el desastre, se había aferrado a un acto de fe: si ella acababa aquel trabajo, si terminaba de escribir e ilustrar su historia favorita, su padre regresaría para verlo.

Regresaría a casa sano y salvo.

Levantó la cabeza al tiempo que mordisqueaba el mango de hueso de la cuchilla. Su padre debería haber vuelto. Hacía semanas que el duque Roberto, el cobarde, se había marchado otra vez a Normandía. Otros hombres ya habían regresado y había rumores de que todo se había acabado. Unos cuantos cabecillas, como Robert de Belléme, habían sido castigados con el exilio, pero a la mayoría de los rebeldes sólo les habían impuesto una multa y los habían mandado a casa.

Un vecino, Lambert de Vayne, había vuelto cabalgando no hacía mucho, medio disgustado por la multa que tendría que pagar y medio contento de haberse librado de la muerte. Según le

había contado aquel hombre, su padre había salido ileso de la única escaramuza que se llevó a cabo. Pero Lambert no sabía dónde se encontraba ahora ni el castigo que le habrían impuesto.

Seguro que no sería peor que el de Lambert. Al fin y al cabo, su padre y el rey eran viejos amigos. En aquel momento, ella estaba en el estudio de él, siempre le gustaba trabajar allí. Se quedó mirando a una de las estanterías, en la que había una elegante copa adornada con piedras preciosas. Era un regalo que les hizo el rey el año anterior, poco después de haberse apoderado del trono de Inglaterra. Se lo envió a su amigo.

Ad dominum paradisi de rege angelorum rezaba en el borde de la copa. «Al señor del paraíso del rey de los ángeles». Aquello era porque a Enrique le encantaba ir de visita a Summerbourne y solía decir que aquel lugar era un pequeño paraíso. Lo de «el rey de los ángeles» se debía a una antigua broma entre los dos hombres.

Claire había oído comentar muchas veces a Enrique Beauclerc que las historias y poemas de su padre eran dignas del tesoro entero de la corte de Inglaterra. Seguro que al menos eran dignas de indulgencia. -Hay muy poca luz para leer.

Claire hizo una mueca a su hermano Thomas, que estaba echado sobre un banco, con un hermoso libro a punto de caérsele de las manos. Tendría que estar leyéndolo en voz alta para su hermana, pero ella había llegado a concentrarse tanto en su tarea que no se había dado cuenta de cuándo el muchacho había dejado de leer. Era muy difícil inculcar el estudio a un dinámico jovenzuelo de doce años, incluso en un aburrido día de lluvia.

-Acércate un poco más a la ventana -dijo Claire.

-No, que se me moja y luego te enfadas conmigo.

El chico cerró el libro y lo puso cuidadosamente en su cofre. Al menos tenía la suficiente disciplina como para hacer eso. Acto seguido, se levantó y se acercó al escritorio donde estaba su hermana.

-De verdad que luego leeré un poco más. Ella se quedó mirándolo.

-¿Luego? Habrá dejado de llover y saldrás con tus amigos.

-Me gustan esos gatitos. ¿Qué historia es?

-Léetela -contestó la joven, al tiempo que se inclinaba sobre la mesa y volvía a dibujar la boca de la vaca.

Vacilante, siguiendo las palabras del texto con el dedo, el chico obedeció.

-«Y así fue como el Valiente Niño Sebastián se marchó de su casa, dejando atrás a su gato, su podenco y a su vaca favorita...» No creo que nadie pueda tener una vaca favorita, Claire.

-Pues yo tengo una, la de los cuernos blancos.

-¡Ah, es esa la que has dibujado! Se parece mucho. ¡Qué bien dibujas!

Claire emitió una carcajada ante la sorpresa de su hermano.

-Muchas gracias, amable caballero.

-Me gustaría que me pintaras a mí.

Claire se agachó para buscar el pliego en el que había estado trabajando el día anterior. No se lo había enseñado aún a su hermano porque no sabía cómo iba a reaccionar.

-Ya lo he hecho -le dijo, extendiendo el pliego-. Tú eres el Valiente Niño Sebastián.

El chico se quedó mirando el dibujo de un fornido jovencito de cabello rubio y rizado que abandonaba su casa, cayado en mano, para enfrentarse al enemigo.

-¿Así soy yo? Tiene pinta de valiente.

-Así eres tú, altivo y valiente.

-Yo llevaría mejor una espada que un cayado.

-Ya la llevarás en las últimas escenas.

-¡Ah, sí! Cuando tenga que vérmelas con el malvado conde Tancredo y clavársela en el corazón.

El chico blandió en el aire una imaginaria espada y estuvo a punto de tirar al suelo el tintero de su hermana.

-¡Thomas!

-¡Perdón! -contestó el chico, con poca cara de estar arrepentido, aunque añadió al momento frunciendo el ceño:

-Ojalá tuviera yo ahora una espada de verdad.

-¿Para qué?

-Alguien tiene que estar preparado por si nos atacan.

-Nadie ha atacado nunca Summerbourne.

El muchacho miró a su hermana con la expresión de no estar tan ciego como a veces podía parecer. Pero, acto seguido, se inclinó sobre el escritorio para volver a fijarse en el dibujo que ella había hecho de él.

-Es un cuento estupendo, ¿verdad? Uno de los mejores de nuestro padre. A mí me encanta cuando Sebastián desafía en duelo al malvado conde, y todos se ríen. No porque todos se rían, sino porque están totalmente equivocados. ¿Has dibujado también esa parte?

-Sí, claro, lo he hecho exactamente como lo cuenta nuestro padre.

-¡Y cuando Sebastián mata a lord Tancredo, la cara de sorpresa con que le mira el guerrero al morir! Eso es lo mejor de todo. Luego tienen que proclamar héroe a Sebastián, claro.

-Y así todos pueden practicar la fe cristiana.

Pero el muchacho no sabía el significado profundo.

-Si viniera aquí el enemigo, Dios me infundiría fuerza, al igual que hizo con el Valiente Niño Sebastián, y yo acabaría con todos ellos. Claire se reprimió de expresar su protesta. Eso no ocurriría nunca. Ella rezaría todos los días para que nunca ocurriera.

Pero su padre ahora se había convertido en traidor. O, al menos; se había opuesto al rey, quien en tal caso debía de estar equivocado, pues su padre estaba en lo cierto. Por tanto, aquello no era traición:

Por supuesto que no. Pero a veces las personas sufren castigos por estar en lo cierto, como los santos mártires.

¿Qué era lo cierto? ¿Qué era lo erróneo? El año anterior, el antiguo rey, Guillermo el Rojo, había resultado muerto por una flecha durante una cacería. Un accidente, dijeron. Un accidente muy oportuno, con su hermano menor ahí, dispuesto a apoderarse del trono.

Aquel hermano menor, Enrique Beauclerc, era amigo del padre de Claire. El hermano mayor de Guillermo el Rojo, el duque de Normandía, les había invadido para hacer valer su derecho al trono de Inglaterra, y muchos nobles se unieron a su causa. Pero no fueron suficientes. El duque Roberto sopesó sus posibilidades y dejó que su hermano lo sobornara, para marcharse después a su país y dejar a sus seguidores abandonados a su suerte.

Seguidores como lord Clarence de Summerbourne.

El rey Enrique era un hombre astuto y consiguió avenirse con muchos de los rebeldes. Se limitó a exigirles el juramento a la corona, imponerles multas y dejarles marchar.

El hermano de Claire merodeaba en aquel instante junto a la mesa de ajedrez y jugaba con las piezas de piedra sobre el tablero como si fueran soldaditos.

-Me gustaría que nuestro padre estuviera aquí.

-Eso querríamos todos.

-Lord Lambert ya ha vuelto. ¿Por qué no padre? Claire hubiera querido saberlo.

-Tal vez todavía no han acordado la multa que tiene que pagar.

-He escuchado a nuestra madre hablando con la abuela. -Thomas levantó la vista del tablero, con el semblante repentinamente sombrío-. Dice que ha oído que padre está en una torre porque no ha querido jurar fidelidad a la corona.

Claire limpió el pincel. Habría preferido que Thomas no hubiera oído eso.

-En la Torre -dijo, corrigiendo a su hermano-. Es una fortaleza que construyó en Londres Guillermo el Conquistador.

-Pero ¿cuánto tiempo va a mantener el rey allí a nuestro padre? ¡No es justo!

-No sabemos si eso es verdad o si se trata sólo de una habladuría.

-Muchas veces las habladurías son ciertas. ¿Cuánto tiempo tendrá que estar allí?

-Me imagino que hasta que padre jure a la corona. -Claire se dio la vuelta sobre su taburete para mirar de frente a su hermano-. Ya sabes cómo es nuestro padre. Es el hombre más amable, educado y encantador que hay sobre la tierra, pero cuando decide que algo es justo o injusto, es inamovible como una roca.

-¿El rey le va a retener allí para siempre?

-¡Claro que no! Padre tendrá que claudicar. No querrá estar en prisión durante años.

Pero Thomas le devolvió sus propias palabras.

-¡Ya sabes cómo es nuestro padre!

-Sí, y sé que es inteligente. Se le ocurrirá alguna solución. -Claire se dio otra vez la vuelta para concentrarse en su tarea-. Cuando regrese, quiero tener esto acabado para él. ¡Pero sin vacas sonrientes!

Tal como ella había previsto, Thomas se encogió de hombros, librándose así de los pensamientos sombríos, y volvió a quedarse mirando el dibujo.

-Pero, ¿sabes qué? Yo creo que esa vaca que a ti te gusta sí que sonríe.

Claire se inclinó sobre el pergamino.

-Pues fíjate que me parece que tienes razón, pero ¿por qué le queda una expresión tan ridícula en el dibujo? -Thomas empezó a juguetear con una lámina de pan de oro. Claire le dio un cachete en la mano para que lo dejara y se contestó a sí misma-. Porque el mundo de un dibujo no es real, por eso tiene que ser más real que la realidad.

-Eso es una tontería.

-No, no es ninguna tontería. -Se encorvó sobre el escritorio para añadir el toque de una leve sonrisa en la cara de la vaca. Por fin le había salido como ella quería. Entonces se oyó sonar con fuerza el cuerno del vigía del castillo. Claire se asustó y derramó una gota de tinta.

-¡Vaya! Menos mal que no ha manchado ninguna parte del dibujo ni de las palabras.

-¡Alguien llega! -gritó Thomas, volviéndose hacia la puerta-: ¡Seguro que es padre!

Claire dejó caer el trapo que sujetaba y siguió a su hermano hasta la enorme sala principal de Summerbourne, donde había unas solemnes columnas de madera y el gran hogar en el centro.

-¿Quién será?

Allí, en aquella sala impregnada de humo, estaban todos los demás habitantes del castillo, con las contraventanas echadas para protegerse de la lluvia, atareados en ocupaciones que no

requerían demasiada luz. La madre hilaba en la rueca, la tía Amice juntaba pétalos de flores para hacer un perfume y la tía Felice tocaba el arpa. Más cerca del fuego podía verse a la abuela, cuyas articulaciones hinchadas debían de dolerle más que nunca por culpa del tiempo húmedo.

-¿Es que viene alguien? -preguntó la madre, cogiendo la hebra Claire abrió las contraventanas que daban al patio, donde se oía la lluvia repiquetear contra el suelo.

-¡El cuerno! ¡He oído el cuerno!

-No habían sido imaginaciones suyas. No, los perros ladraban. Claire corrió hacia el portalón.

-¿Es Clarence? -preguntó Amice, desde atrás.

-Seguro que no -replicó Felice, que siguió acariciando el arpa ¿Con este tiempo? Nuestro hermano se preocupa por la comodidad. Claire se quedó parada junto al portalón cerrado, con la esperanza de que escampara. Tenía razón Felice. Su padre no haría con dificultad el camino hasta su casa con aquel tiempo, cuando al cabo de uno o dos días sería ya pleno verano. Aun así, empujó una de las pesadas hojas del portalón y dio unos pasos hacia fuera, donde seguía protegida de la lluvia bajo la paja sobresaliente del tejado. Llegó entonces Thomas a ponerse junto a ella.

-Podría ser nuestro padre.

Claire temblaba con aquel frío húmedo.

-Desde luego hay alguien. Los guardias han ido hasta el puente para comprobarlo.

Mientras hablaba, uno de los guardias se dio la vuelta y bajó por los peldaños de madera de la escala, para cruzar el patio hasta donde estaban ellos.

Eso significaba que no debía ser su padre. De lo contrario, habrían abierto de inmediato.

La decepción vino seguida de malos augurios. ¿Quién viajaría con un tiempo así?

-Un grupo de soldados armados -explicó el guardia a su madre, que acababa de salir envuelta en un chal-. No podemos distinguir la insignia o el estandarte con esta lluvia.

-¿Y tienen intención de entrar? -preguntó lady Murielle. -Lo más probable, señora.

-¿Abrimos?

-No sin antes saber quiénes son. Vuelva y manténgame informada tan pronto se sepa algo.

Mientras el hombre retomó el camino hacia la empalizada, la madre dijo:

-¡No podemos permitir que entren extraños sin vuestro padre aquí! ¿No te parece, Claire?

-No sé. Hace tan mal tiempo... ¿Nos podemos negar?

-Sí, claro que podemos. Bueno, supongo que podemos. No sé. Ojalá Clarence... -Lady Murielle se tapó la boca con la mano y Claire le pasó un brazo por los hombros.

-Si alguien viaja con este tiempo, es culpa suya -dijo, contestando a su madre, aunque en lo más hondo de su ser sentía que si alguien viajaba con aquella lluvia, tendría alguna funesta finalidad.

-¡Estás temblando, hija mía! -La madre envolvió a Claire con su chal y mandó que trajeran más ropa de abrigo. Los criados se apresuraron a obedecer y, al poco rato, Claire consiguió entrar en calor, aunque sólo físicamente, pues los otros escalofríos persistieron.

Miró a su madre.

-¿Y si tiene algo que ver con padre?

-¡Oh, no pienses eso, Claire!

La joven volvió a dirigir la mirada hacia las puertas de madera, preguntándose cómo era posible frenar los pensamientos.

-¿Por qué? -preguntó Thomas-. Yo quiero tener noticias de nuestro padre.

Lady Murielle miró a su hijo con desesperación.

-¡Cómo vamos a tener buenas noticias, Thomas! Hace ya semanas que oímos lo de que vuestro padre está en la Torre, y todavía no ha vuelto. No entiendo por qué...

Claire detestaba tener que ponerlo todo en palabras, pero detestaba más aún esquivar la verdad.

-No hay duda de que se niega a jurar fidelidad a la corona.

La madre lanzó un profundo suspiro.

-Me temo que es eso. Puede ser tan testarudo...

-¿Acaso es testarudez defender lo que uno considera justo? -No me des lecciones, Claire. ¡A veces tú eres igual de obstinada que él! -La madre señaló hacia las puertas de fuera-. Hay alguien ahí, y sé que es alguna consecuencia de la absurda testarudez de vuestro padre. ¡Le dije que no se fuera!

Claire suspiró al recordar la escena de su madre discutiendo con su padre, advirtiéndole de los riesgos, llorando por las consecuencias. Recordaba a la perfección cómo su padre había intentado tranquilizar a su esposa con bromas, tranquilizarlos a todos con la seguridad de que ganaría la justicia, de que Dios estaría de parte del bien.

¿Cómo oponerse a semejante idea?

Pero su madre se opuso, perdió los estribos.

«-¡No es un juego, Clarence! ¿Qué es lo que vas a hacer? ¿Levantarte en armas contra hombres preparados para la guerra? ¿Contra los "espadas sangrientas", como tú mismo los llamas? ¡Tu espada está ya roma, y tu armadura oxidada después de años de no utilizarla!

»-Murielle, mi amor -respondió su padre, con dulzura-. Para Dios no son necesarias. Sus instrumentos son los perfectos. Pero no te preocupes: le diré a Ulric que me limpie la cota de malla y que afile bien la hoja de mi espada.»

Claire se alejó, para llorar a solas, aunque había también algo de alegría en sus lágrimas. Su madre había discutido con tanto ardor porque amaba a su dulce esposo y estaba aterrorizada. Probablemente, su padre se había creído que de verdad iba a tranquilizarla mandando que le prepararan la espada y la armadura.

-Se ha negado a jurar por la corona -volvió a decir la madre, con la mano otra vez en la boca-. Lo sé.

El guardia bajaba en aquel momento por la escala de madera y estuvo a punto de caerse al barro por las prisas que le entraron.

-¡El rey! -gritó con voz ahogada mientras avanzaba tambaleándose hacia ellos, a punto de caerse una y otra vez y teniendo que servirse de la lanza para hacerse camino.

-¿El rey? -exclamó lady Murielle-. ¿Aquí?

-¡Quia, señora! -contestó el hombre, jadeante-. Pero está su insignia, ahí delante de los que esperan afuera de las puertas. ¿Qué hacemos, señora? ¿Qué tenemos que hacer?

En su voz podía percibirse el pánico, el mismo pánico que se apoderó de Claire. ¿Para qué iban a venir unos hombres con la insignia del rey si no era para imponer su justicia en la casa de un traidor? ¿Se vengaría el rey Enrique en persona contra la familia? Así había ocurrido otra veces en el pasado, con asesinatos y mutilaciones para enseñar a otros a ser más prudentes.

Y con violaciones. La tradicional venganza de los hombres. Claire apretó los dos brazos contra sí. El rey era amigo de su padre, la había tenido a ella en sus rodillas, y a Thomas...

De repente, se oyó el estrépito de un cuerno al otro lado de la muralla. Aquel sonido disipaba muchas dudas, pues era la forma en que un noble exigía la entrada a su propiedad. Fue casi un alivio. Un usurpador no lo destrozaría todo.

-Ya está-dijo la madre, con tono apagado-. Estamos perdidos. Amice y Felice aparecieron desde dentro, las dos envueltas en un solo manto.

-¿Qué ha sido eso? preguntó Felice.

-El nuevo señor de Summerbourne --contestó lady Murielle, con voz temblorosa-. Permitidle la entrada, Niall.

Con desaliento en el semblante, el hombre se abrió camino entre el barro hacia las puertas de fuera, los pasos hundidos en algo más que lluvia y fango.

Las dos tías empezaron a proferir exclamaciones de protesta, de queja. Amice, como era su costumbre, empezó a llorar.

-¿Te vas a quedar ahí de pie, sin hacer nada? -demandó Felice.

-¿Qué podemos hacer? -dijo lady Murielle-. Tendremos que buscar refugio en St. Frideswide. ¿Nos dejarán llevarnos la ropa? ¿Y Thomas? ¿Dónde está Thomas?

Claire se dio cuenta entonces de que su hermano se había ido. Su hermano, que acababa de perder su heredad en aquel preciso instante. No andaría lejos, pero sabía que no iba a encontrarlo con facilidad y no iba a ponerse a buscarlo en ese momento. Deseó únicamente que no fuera a hacer ninguna locura.

Menos mal que no tenía espada. Una voz cascada blandió el aire.

-¿Qué es lo que pasa ahí fuera? ¡Tened piedad de una anciana, criaturas desagradecidas!

Claire se dio la vuelta para ver a su abuela, que intentaba denodadamente levantarse de la silla apoyándose en el bastón, como una gárgola encorvada delante del fuego.

-¡Ven aquí Claire! Dime qué está pasando.

Lady Agnes de Summerbourne, madre de diez hijos, incluido lord Clarence, era una mujer de un carácter insoportable, empeorado por la dolorosa enfermedad que la tenía tullida, pero no era justo dejarla sola en un momento así. Claire se dirigió hacia la sala y sacudió una vez el manto húmedo mientras cruzaba el portalón.

-¡Di, niña! -exigió lady Agnes, levantando con dificultad el pesaroso rostro, pues estaba casi doblada por la mitad y tenía que apoyarse en el bastón apenas para moverse-. ¿Qué es lo que pasa?

Claire la ayudó a volver a sentarse en su almohadillada silla junto al fuego.

-Hay una tropa de soldados al otro lado de las puertas, abuela. No sabemos quiénes son, pero llevan el estandarte del rey y han exigido su derecho a entrar.

-Ah -dijo la anciana, desplomándose en su asiento, con las nudosas manos tensas sobre la empuñadura del bastón.

-Al parecer, el rey ha entregado Summerbourne a algún noble; Tendremos que irnos. -En un día calado de lluvia y barro, tendría que abandonar su hogar-. Madre dice que en St. Frideswide...

Se interrumpió al recordar que lady Agnes y la Madre Winifred de St. Frideswide llevaban años enfrentadas a causa de los derechos de tala en el bosque de Sydling.

Claire recibió, clavada en sus ojos, la mirada desfalleciente de la anciana.

-¡Eso nunca! Yo no tengo intención de huir, y menos a buscar árnica en la fría caridad de esa mujer. Lo mejor es esperar a ver qué pasa. Lo más indicado es esperar a ver qué pasa. -Pero, a continuación, se quedó mirando los ardientes troncos y murmuró-: Me había creído que pasaría en paz mis últimos días. ¡Muchacho insensato!

Claire vio rodar una lágrima por el ajado rostro.

Aquello acentuó el pavor en su corazón. También lady Agnes se temía lo peor, lo peor e innombrable. Que, de alguna manera -pero ¿cómo?, ¿cómo?- su padre había muerto.

Un repentino estruendo la sacó de sus pensamientos y la llevó a mirar hacia el portalón. Conocía aquel sonido. Estaban levantando con el torno la imponente tranca de las puertas de entrada a Summerbourne. Los hombres del rey no tardarían en estar allí.

El nuevo señor estaba a punto de tomar posesión de su propiedad:; Los criados se arremolinaban en silencio junto a la puerta, acallan do sus preocupaciones. Claire fue para allá, con actitud dominante. Los sirvientes la asaetearon a preguntas según pasaba junto a ellos.

-¿Quién llega, señorita?

-¿Nos echarán a todos?

-¿Es que vuelve lord Clarence?

-¿Vamos a seguir sirviendo aquí?

-¿Nos matarán a todos?

-¿Qué debemos hacer?

Claire intentó contestarlos con sinceridad:

-Una tropa de hombres. No lo sé. Es posible. No lo sé. Probablemente no os harán ningún daño a menos que se irriten por algo. Mantener la calma, actuad con sensatez...

Después, al igual que su madre, se quedó mirando fijamente hacia las puertas de la entrada, como si fuera posible ver a través de ellas. Por el estado de ánimo que la invadía en esos momentos, no se habría extrañado de encontrarse al otro lado de las puertas con el mismo Lucifer, seguido por una horda de demonios con cuernos.

Pero cuando abrieron las dos pesadas hojas, sólo se pudo ver más lluvia, ríos de barro y una tropa de soldados armados al otro lado del puente de madera. Delante había una fila de unos cuantos caballos, cuyos jinetes quedaban ocultos bajo largas capas con capucha. Detrás, Claire logró distinguir únicamente algunos mulos de carga y una media docena de soldados de infantería armados con largas lanzas. Apenas suficiente ejército para tomar Summerbourne por la fuerza si se resistían.

Pero ¿qué objeto tendría resistirse con el peso de la autoridad del rey de parte de los invasores?

Uno de los jinetes portaba un empapado estandarte que apenas pudo ver, pero otro que estaba más cerca llevaba la insignia real. El pedazo cuadrado de tela colgaba todavía recto del asta, aún lo suficientemente enhiesto como para atraer la tenue luz ambiente en sus hebras color oro.

Resultaba extraño que los hombres que iban montados no dieran signo alguno de moverse hacia adelante.

Claire llegó en un momento a desesperarse tanto con la siniestra espera que pensó en salir corriendo bajo la lluvia y atravesar hundiéndose en el barro la distancia que la separaba hasta la vereda por la empalizada. Pero entonces, por fin, ya por fin, pasó algo.

Un soldado de infantería guió un caballo a través del profundo charco que siempre se formaba en el lado más alejado del puente cuando la lluvia caía con tanta fuerza.

Un caballo sin jinete.

¿Sería un mulo de carga? Llevaba algo en el lomo.

¿Qué era lo que mandaba el rey?

Al pasar sobre el puente de madera, los cascos del animal sonaron como un lento y tenebroso redoble de tambores.

Después, alertados por su propio y misterioso instinto, los podencos de su padre corrieron hacia el castillo, envueltos en sus aullidos fúnebres, y Claire empezó a llorar. Las lágrimas, fluyéndole rápidas e hinchadas desde los ojos hasta la mojada túnica, venían casi a fundirse con la implacable lluvia.

El mundo entero lloraba. Tenía que hacerlo.

Su padre, lord Clarence de Summerbourne, regresaba a casa.

En medio de aquel coro tristísimo, el hombre encapuchado llevó el caballo hasta el portalón mismo de la mansión, a menos de veinte metros de donde estaba Claire.

-Estos son los restos de Clarence de Summerbourne -dijo el soldado, pronunciando impasible su mensaje-. Lord Renald de Summerbourne ha mandado que los trajéramos aquí a la mayor rapidez y concede a la familia el tiempo que resta hasta las vísperas para velarlos, antes de entrar al castillo.

Tras hacer una reverencia, el soldado se dio la vuelta y emprendió el embarrado camino hasta salir de la heredad.

Claire lo vio marcharse y no pudo hacer nada, más que permanecer allí de pie, inmóvil. No quería acercarse a tocar aquel fardo. No quería romper las cuerdas y abrirlo. No quería ver la verdad última y brutal.

Entonces su madre lo abrazó entre lágrimas y llamó a los criados para que la ayudaran a ocuparse de lord Clarence. También los criados lloraban mientras bajaron del caballo aquel fardo de cuero y lo llevaron con sumo cuidado hasta la sala.

El mundo entero lloraba.

Claire fue tras ellos, arrastrando los pies como sonámbula, y vio cómo depositaban aquel fardo sobre la mesa y empezaban a cortar las cuerdas que lo envolvían.

La joven retiró la vista, no podía aún afrontar la verdad. Acto seguido se sobresaltó por un fuerte ruido sordo.

¿Que había sido eso?

¿Qué estaban destrozando?

Entonces cayó en la cuenta de que no había sido más que la pesada tranca al volver a dejar cerradas las puertas. Lo había olvidado: el usurpador esperaría a las vísperas para entrar a apoderarse de su hogar.

Porque su padre estaba muerto.

Claire se obligó a mirar de nuevo hacia dentro.

Los criados abrían con suavidad la empapada capa con capucha. Ella ya había visto antes la muerte. Había ayudado a amortajar a varios muertos, entre los que estuvieron su abuelo, un tío, una tía y dos infantes hermanos suyos, un varón y una hembra.

No quería amortajar a su padre.

Cuando los criados acabaron de desenvolver el fardo de cuero, Claire se quedó mirando fijamente el interior. ¡Aquél no era su padre! Aquel hombre con armadura no era Clarence de Summerbourne,

Pero sí era él, aunque su hija apenas se atreviera a creer la imagen que veían sus ojos. Después de todo, cuando su padre salió de Summerbourne iba vestido con la ropa normal. Nunca le había visto con la armadura.

En aquellos momentos, una toca de malla metálica cubría sus suaves y rubios cabellos, y estaba afeitado, sin el bigote ni la barba que solía llevar al antiguo estilo inglés. Sobre su torso, descansaban un de formado escudo y una espada, cuya empuñadura sujetaban, agarrotadas, sus manos.

«No», quiso decir. «No, todo esto es un error». Debería ir vestido con aquel traje de algodón azul que tanto le gustaba a él y con las piernas cubiertas por su abrigada manta de piel de conejo. En vez de la espada, debería sujetar entre sus tersas manos un libro abierto, corno si acabara de interrumpir por un instante su lectura.

Claire se abrió paso entre los podencos, que estaban echados en el suelo, con las tristes cabezas gachas sobre las patas. Al mirar el pálido rostro de su padre, casi pudo llegar a creerse que estaba dormido.

No. Tampoco aquello era cierto.

Tenía el aspecto de un muerto y parecía más viejo. Con apenas treinta y cinco años cumplidos, con sus redondeadas mejillas que a menudo parecían aún más redondas por la curva de su risa, aquel hombre había sido su amigo además de su padre. En aquel momento, tenía las mejillas hundidas y la lúgubre parca le había arrebatado la alegría. Claire se puso de rodillas.

La gente a su alrededor hablaba en voz queda. Ella sabía que tendría que estar haciendo algo: ocuparse de su hermano o consolar a su madre. Pero no podía hacer más que permanecer allí de rodillas, con el rostro mojado pegado al duro y frío hierro, expresando así un último adiós. Qué poco le correspondía aquel atuendo, duro y agresivo. Ojalá nunca se hubiera sentido obligado a ponérselo.

Por fin se ocuparon de apartar de allí a Claire y se llevaron el cadáver para ponerlo sobre una tabla larga y transportarlo hasta la capilla. La muchacha vio salir el cortejo fúnebre, sabiendo que ella también debía irse con su madre y su hermano.

Pero no podía. Aún no. Necesitaba saber por qué. Necesitaba saber cómo. Necesitaba saber a quién debía culpar.

Según había dicho lord Lambert, su padre había sobrevivido a la batalla. Entonces, ¿por qué lo mandaban así a casa, con la cota de malla sobre el cuerpo cubierto de sangre?

Según las habladurías, le habían tenido preso en la Torre. ¿Cómo entonces resultó muerto allí, vestido con la cota de malla?

¿Y dónde estaba ese supuesto Dios que iba a luchar del lado de la justicia?

## Capítulo 3

Claire volvió adonde estaban sus tías acurrucadas, cerca del fuego. Amice seguía llorando acompasadamente, como la lluvia. Felice le tenía un brazo echado por el hombro, pero miraba hacia el frente, con su hermoso rostro frío y lleno de resentimiento.

-Clarence ha sido un estúpido.

Amice habló entre sollozos, con desconsuelo:

-¡Ay, no, Felice! Ahora, no...

-No digo más que la verdad. Nos ha llevado a la ruina. Cuando lleguen las vísperas, nos veremos en medio de la tormenta despojadas de todo.

Con un gemido, Amice volvió a romper en llanto.

Eran dos gemelas tardías, sólo unos cuantos años mayores que la propia Claire. Ambas eran hermosas, con el cabello rubio y la piel blanca, herencia inglesa de su madre, y de esbelta figura, por el origen normando de su padre. De carácter, sin embargo, eran tan opuestas como el anverso y el reverso de una moneda. Felice era altiva como un halcón, e igual de aguda que el pico y las garras del ave. Amice se parecía más bien a un conejo atemorizado, pues estaba constantemente asustada por todo.

Sin embargo, a diferencia de los halcones y los conejos, ellas eran inseparables, siempre necesitadas la una de la otra. Amice necesitaba la fortaleza de Felice; Felice tal vez necesitara a alguien que la adorara.

En todo caso, Claire no necesitaba lágrimas ni quejas en aquel momento. Se acercó hacia donde estaba su abuela sentada en su silla junto al hogar, mirando el fuego.

-¿Sabe... -Claire tuvo que tragar saliva para aclararse la garganta- ...Sabe alguien cómo murió exactamente?

-Por una herida de espada -contestó lady Agnes, con tono amargo- en el pecho.

-Pero ¿cómo? ¿En una batalla?

-¿Y cómo si no?

-Pero no ha habido ninguna recientemente...

-¡Y eso qué más da! -dijo lady Agnes, levantando la cabeza con gesto de dolor-. ¡Atiende a lo que voy a decirte!

Claire se sobresaltó.

-¿El qué?

-Nosotros tampoco tuvimos más opción. -La abuela miraba desafiante hacia donde estaban las otras tres mujeres-. Tuvimos que dejarles entrar. Teníamos la esperanza de que fueran nuestros hombres, victoriosos de regreso de la batalla... Mi padre, mis hermanos..., pero sabíamos por dentro que no era así. Sabíamos que unos extraños venían a apoderarse de Summerbourne.

Santo cielo. Era evidente que la muerte de su hijo había alterado el raciocinio de lady Agnes. Sus pensamientos se habían ido casi cuarenta años atrás, a la época en que los normandos llegaron a Inglaterra. Claire hizo un gesto a uno de los criados con la intención de decirle que preparara una tisana relajante.

-Más extraños eran para nosotros que estos para vosotros -dijo lady Agnes-. ¡Atiende a lo que te digo, Claire!

Claire indicó al criado que se retirara.

-Demonios extranjeros, en aquellos enormes caballos, sin pelo en la cara, con distintas armaduras y armas distintas, distinta lengua -la anciana enfatizaba cada hecho con un golpe de su bastón sobre el suelo-. Extraños, eso es lo que eran. Invasores que habían matado a nuestros hombres en Hastings y venían a apoderarse de nuestra casa. Lady Agnes no había hablado casi nunca de aquella época, pero las similitudes eran sorprendentes. Claire se hundió en un taburete, junto a ella.

-¿Mostrasteis resistencia?

La anciana se volvió en dirección a su nieta.

-Tuvimos más inteligencia que todo eso. Nuestras murallas sirven para mantener dentro a las ovejas y fuera a los lobos, ya sean de dos o de cuatro patas, pero no del tipo de lobos que eran los normandos.

-¿Qué pasó?

-¿Se enfrentan los conejos a los lobos? Todos nuestros hombres en edad de luchar se habían ido con mi padre y mis hermanos a hacer frente a los normandos. Sólo quedábamos las mujeres, los niños y los ancianos. Todos lo odiábamos: Thomas de Argentan, que cuando llegó aquí aún venía manchado con la sangre de la carnicería. Lo maldecíamos a sus espaldas y le obedecíamos a regañadientes, pero mi Thomas fue lo suficientemente sabio como para no imponerse con mano de hierro. Naturalmente lo primero que hizo fue casarse conmigo. -La anciana volvió el rostro para mirar las llamas-. Yo no puede opinar al respecto, así que yací con él en el lecho y allí también le obedecí a regañadientes.

Claire frunció el ceño. Nunca había pensado en cómo se habían casado sus abuelos. Sus primeros recuerdos, sin embargo, eran de una pareja feliz.

-Pero ¿llegaste a amarlo? -replicó.

-Oh, sí -una titilante sonrisa iluminó de juventud por un instante el rostro de la anciana-. No se dedicó a añadir leña al fuego, ¿comprendes? -Se dio la vuelta para mirar a Claire-. Mi Thomas era un buen hombre. No impuso sus formas de un día para otro. Escuchó. Respetó las tradiciones de la gente. Se preocupó de que volviéramos a la prosperidad.

-¡Pues ojalá se hubiera gastado más dinero en construir murallas de piedra!

La abuela hizo un gesto de negación con la cabeza.

-Las murallas de piedra son farfolla, muchacha. No impiden que entre un enemigo verdaderamente fiero. El secreto está en no hacerse ese tipo de enemigos. Thomas no tuvo enemigos, por eso nunca necesitamos murallas de piedra.

Tal vez sí que la había trastornado la pena.

-Pero ahora nos serían muy útiles, ¿no es verdad? Ya que padre sí se ha hecho enemigos.

- Lady Agnes llegó casi a gruñir.

-El disgusto te ha vuelto tonta, muchacha. ¡Qué útiles ni qué útiles? Enrique Beauclerc es hijo de su padre, es hijo de Guillermo el Conquistador y tiene su reino bien agarrado. Tan sólo con que pestañeáramos al hombre que ha enviado, lanzaría a todo un ejército para arrasar esta zona. Si tuviéramos murallas de piedra, las echaría abajo y las usaría para aplastarnos la cabeza.

-Entonces, ¿qué se supone que tenemos que hacer? ¿Para qué nos cuentas todo esto?

-¡Por todos los santos, muchacha! ¡Haced lo que yo hice! -La anciana las miró a las tres-. Hay tres jóvenes vírgenes en Summerbourne. Una de vosotras se casa con ese hombre, y vivimos todos aquí como antes.

-¡Cómo antes! -protestó Claire, poniéndose en pie de la ira-. ¿Acaso olvidas que padre está muerto?

La abuela miró a la nieta, y Claire pudo ver las lágrimas en su rostro.

-Yo lo parí y lo amamanté a mis pechos. Guié sus pasos y lo reprendí para que aprendiera a ser razonable -contestó la anciana y, frunciendo el ceño, añadió-: Es obvio que no le reprendí lo bastante. Por eso ahora una de vosotras tiene que casarse con el nuevo dueño.

-¡Puedes estar segura de que no seré yo! -dijo Claire.

-¡Ni yo! -gritó Amice asustada, abriendo sus pálidos ojos.

-¡Ni yo! -dijo bruscamente Felice-. Vamos, hermana, tenemos que cambiarnos y ponernos ropa más oscura.

No obstante, Claire detectó una sombra de duda en la respuesta de Felice, y aquello le dio esperanzas. Según su tía llevaba del brazo a su gemela hacia las escaleras de madera, Claire se dijo a sí misma que si era necesario un matrimonio, a Felice acabaría gustándole la idea.

Pese a su innegable belleza, Felice, a sus veinte años, todavía no había encontrado marido. Deseaba uno, pero uno que se la mereciera. Quería casarse con un hombre importante o destinado para algo importante. Tal vez un hombre que tuviera una gran propiedad...

-Felice no servirá-dijo lady Agnes. Claire volvió la cara hacia su abuela.

-¿Por qué no? Siendo la madre de la novia, podrías vivir aquí, abuela.

-Y vivir en el infierno. Esa, ni aunque comiera miel desde por la mañana hasta por la noche, llegaría a ser dulce de lengua.

-Se volverá más templada cuando consiga lo que desea: un hombre importante en su lecho.

-¿Y por qué no tiene ninguno, con la belleza de sus facciones? Claire intentó tener tacto.

-Las familias de por aquí no poseen grandes heredades. Y padre era más dado a invitar a estudiosos que a nobles. Ya sabes que Felice solía quejarse de eso.

-¡Medio condado sabe que Felice se quejaba de eso! Pero ¿qué te hace pensar que un noble que hubiera venido a visitarnos habría caído presa de sus encantos?

-Es hermosa

-Hermosa como el cristal, e igual de dura. Es bien cierto que ninguno de los hombres de por aquí le han parecido nunca suficiente para ella, pero ¿acaso has visto que alguno la cortejara?

-Ella siempre ha dejado bien claro que no le interesaban.

-Cualquier hombre reconoce un pedazo de cristal al verlo brillar. Claire se volvió para mirar a su abuela a los ojos.

-Bueno, pues si Felice es fría, dura y de lengua afilada, ¡es exactamente el tipo de mujer que el usurpador se merece! Además, puede que ese hombre ya esté casado y tenga su propia familia.

-Los hombres sin tierra no tienen familia, y es muy probable que esta sea su primera propiedad. Es lo que suele ocurrir: la propiedad se afianza contrayendo matrimonio con alguien de la anterior familia. Me pasó a mí, y os pasará a alguna de vosotras.

-No a mí. Antes me marcho.

-Tienes que ser tú.

Claire intentó cambiar de tema.

-¿Te ayudo a ir a la capilla, abuela?

-Yo de aquí no me muevo -contestó malhumorada la anciana, casi con el tono de una niña enfadada-. Ya sufrí bastante trayéndole al mundo. No quiero sufrir al verle marcharse de él.

Pero Claire vio cómo su abuela se retiraba las lágrimas con los nudillos y entendió lo mucho que estaba sufriendo.

También ella sentía ganas de llorar, pero si empezaba no podría parar.

Se arrodilló junto a la silla de la anciana.

-Voy a mandar que te hagan una de tus infusiones para que se te pase el dolor y puedas ir hasta allí.

Lady Agnes volvió sus acuosos ojos hacia su nieta y le acarició la mejilla.

-Eres una buena muchacha, Claire. Un buena niña. Me recuerdas a mí misma hace tiempo, cuando llegó aquí mi Thomas. Tienes que casarte con ese hombre.

-¡No!

-Sí. Tienes fuerza suficiente para hacerlo, y la apariencia apropiada. Yo era una chica bonita, como tú, y sirvió.

-¿Bonita? Felice es bonita. Lady Agnes negó con la cabeza.

-Eres tú la que tienes lo que a los hombres les gusta. Curvas y grandes pechos. Tu pelo es tan dorado como el de Felice; tu piel, igual de suave; pero las curvas y los pechos son lo que importa. Puedes utilizarlos para dominar a cualquier hombre.

-Felice...

-Los hombres desean algo suave por las noches. Y lo que hay en el interior refulge por fuera. ¿Por qué crees que te cortejan a ti todos los hombres de los alrededores?

-¿Que me cortejan? Son sólo amigos, o amigos de padre... -Amigos que encienden velas en tu altar -lady Agnes volvió a negar con la cabeza-. Has estado tan enfrascada en los libros, en la escritura y esas cosas que apenas te has dado cuenta de lo que había a tu alrededor. Tú ejerces fascinación en los hombres. Ahora es el momento de que la utilices.

-¡Yo no me casaría con ese hombre ni para salvar mi alma! -¡Entonces cásate con él para salvar a tu familia! ¿Quieres que nos echen a todos? Si no te preocupamos ni yo ni mis estúpidas hijas, ¡piensa en tu hermano!

Claire se puso en pie de un respingo.

-A Thomas no le pasará nada. Está claro que ese hombre no va a ser cruel.

-Hay crueldades, y crueldades, muchacha. ¿Qué crees que va a pasar?

-Nos iremos todos a St. Frideswide y...

-¡Yo no! ¡Allí, nunca! -replicó lady Agnes-. Nunca dejaré que esa mujer me gobierne. Y Thomas no puede entrar ahí.

Claire se dio la vuelta para ocultar su súbito terror.

-Algún amigo de nuestro padre lo acogerá.

-¿Acoger al hijo de un traidor? Sin embargo, ese hombre, ese lord Renald, si se casa con una encantadora esposa, podría seguramente ocuparse de que tu hermano tenga un porvenir.

Claire retrocedió unos pasos.

-¡Nunca, nunca, jamás! ¡Jamás podría casarme con el hombre que se ha apoderado de Summerbourne!

-Nadie te está pidiendo que te cases con el rey, muchacha. -¿El rey?

Lady Agnes golpeó el suelo con el bastón.

-¿Quién te crees que es el culpable de todo esto? ¿Por qué no pudo el imbécil matar de una vez a su hermano de modo que ningún otro imbécil como mi hijo hubiera creado tanto revuelo?

-¡Eso es traición, abuela! Lady Agnes frunció el ceño.

-¿Decir que Enrique Beauclerc mató a su hermano o decir que ojalá lo hubiera hecho? Me da igual. Pero si a ti no te da igual, haz lo que tienes que hacer para que todo se arregle.

Claire se frotó la cara con las manos. Le destrozaba el corazón pensar en todo el sufrimiento, el de ahora y el que quedaba por venir. Pero no podía. Aunque todo se arreglara, ella no podía.

-No nos irá tan mal, abuela. De verdad. Estoy segura de que todos encontraremos un sitio cómodo.

Lady Agnes bajó las cejas y subió el labio inferior sobre el superior.

-Me he pasado incómoda diez años y no volveré a tener comodidad ninguna hasta que no esté en la tumba. Pero yo nací en Summerbourne, y tengo la intención de morir aquí.

La necesidad de la anciana conmovió a Claire, pero se resistía. -No puedo hacerlo, abuela.

Lady Agnes permanecía allí sentada, como un roca desgastada por el viento.

-Podrás. Yo he enterrado a mis padres, a mis hermanos y a cinco hijos. He aprendido que la gente hace lo que tiene que hacer. Y, con el tiempo, el horror se disipa, como se disipa el dolor de mis huesos cuando tomo las hierbas.

Claire aprovechó la oportunidad.

-Iré a decir que te preparen la infusión.

Salió casi corriendo de la habitación, pero no con la suficiente presteza como para librarse del grito de su abuela

-¡No puedes huir de esto, Claire!

Se detuvo en la entrada de la galería que llevaba a las cocinas.

-Oh, sí, sí que puedo -susurró la joven.

¿Casarse con el invasor?

Antes iría como vagabunda por los caminos de Inglaterra. Cuando hubo mandado que hicieran la tisana, supo que debía ir a velar a su padre. Pero sus pies no querían hacer aquel trayecto. No quería afrontar la confirmación del final.

Las vísperas. No quedaría mucho para que fueran las vísperas y todos tuvieran que abandonar la casa. ¿No debería empezar a recoger sus pertenencias?

¿Qué les dejarían llevarse? Ahora todo debía pertenecer al invasor. ¡Los preciados libros de su padre! La idea de dejar aquellos libros en manos de los bárbaros era casi peor que la realidad de que su cuerpo yaciera frío en la capilla.

¿Y qué pasaría con los trabajos que ella misma había hecho, sus apuntes sobre las costumbres del lugar, su libro sobre remedios y sangrías, sus cuentos tan hermosamente ilustrados? ¿Debía dejarlos allí también?

Se quedó paralizada un momento, intentando tomar una decisión.

-¡Lady Claire! -Su criada personal, Maria, la abrazó-. Venid conmigo. Las otras damas ya están limpias y secas, y vos seguís aún empapada. Os vais a morir, y eso no hará ningún bien a nadie. ¡Y el pelo...! ¡Lo tenéis hecho un desastre!

Claire se dejó sacar de su maraña de problemas y subió al piso de arriba, a la habitación que compartía con sus tías. Menos mal que ellas ya habían bajado otra vez y se libraría del lloriqueo de Amice y de las quejas de Felice. Parada de pie, como una niña, dejó que Maria y su otra criada, Prissy, le fueran quitando la ropa mojada y llena de barro. No obstante, en aquel momento las palabras de su abuela empezaron a plantearle preocupaciones prácticas en la mente. Era cierto: los hombres sin tierra rara vez estaban casados. El mismo Enrique Beauclerc se mantuvo soltero hasta que se apoderó del trono. Tendría una cohorte de hombres en similar situación, a la espera de recibir su recompensa.

Pero ella no podía... No podía casarse con el hombre que venía a robar la posesión y el lugar de su padre.

Si el tal Renald tenía previsto unirse a la familia por lazos de matrimonio, ¿cómo pensaría hacerlo? ¿Acaso iba a ponerlas a todas en fila y a elegir a la que más le gustara? Claire no pensaba que ella fuera más atractiva que Felice, pero tenía que asegurarse de no resultar elegida. Cuando Maria le acercó un vestido sobrio y elegante, lo rechazó.

-Búscame algo feo, sin gracia.

-¿Feo? ¿Por qué?

-¡No preguntes y hazlo!

La sorprendida criada se marchó a cumplir lo que le ordenaba su dueña.

-Está esta vieja túnica marrón. La que perdió el color. Aunque no se qué casaca...

-La gris -dijo Claire-. Sólo tiene un pequeño ribete azul. Cuando Maria le entregó la prenda, Claire sacó su afilada cuchilla y empezó frenéticamente a arrancar las puntadas con que estaba cosido el ribete. Sí, un tono marrón descolorido con gris mate encima la mantendría a salvo.

-Pero vais a parecer una fregona -protestó Prissy. Si bien Maria era una regordeta tranquila y amable, Prissy era un puro nervio y no dejaba nunca de decir lo que pensaba-. Al menos nosotras le habíamos elegido uno bonito -dijo, mientras empezaba a deshacer las largas trenzas doradas de Claire.

«Tú tienes lo que a los hombres les gusta. Curvas y grandes pechos. Tu pelo es tan dorado como el de Felice; tu piel, igual de suave.

Súbitamente aterrorizada, se agarró una de las trenzas y se la cortó, todo lo cerca que pudo del cuero cabelludo.

-¡Señora! -exclamó Prissy, con tono agudo.

Claire se cortó la otra. No podía hacer lo mismo con sus pechos ni con sus curvas, pero, ¿qué era una mujer sin su «gloriosa melena». Tiró las dos trenzas al suelo, donde se quedaron como dos gruesas serpientes doradas.

-Buscadme una toca fea.

La criada, sin dar crédito a lo que oía, buscó en un baúl hasta encontrar una larga toca gris. Con aquella tela envolviéndole la cabeza, Claire se sintió lo suficientemente segura para dejar en la habitación a las criadas y marcharse a la capilla a arrodillarse junto al cuerpo de su padre.

Para cuando se encontró de rodillas junto al féretro de su progenitor, se sentía ya como un tonta, y muy culpable. Podía imaginarse a su padre moviendo la cabeza y diciéndole: «Claire, Claire, ¿te parece que has actuado bien? ¿Crees que es justo?».

Al inclinar la cabeza, lo hizo tanto por la pena como por la vergüenza. Podía hacer creer a todo el mundo que se había cortado el pelo por guardar el luto, pero lo había hecho por miedo. Lo había hecho para evitarse un desagradable destino. Lo había hecho con la esperanza de que alguna de sus tías lo padeciera en lugar de ella.

Se tapó la cara y rezó con todas sus fuerzas. Apenas le parecía necesario rezar por el alma de su padre con el buen hombre que había sido, así que rezó por la suya. Pidió perdón a Dios por su egoísmo y le suplicó que le diera la fuerza suficiente para hacer cuanto fuera preciso para salvar a su familia.

Pero se sentía incapaz de decir las palabras más piadosas: «hágase tu voluntad». En vez de eso, pidió a Dios que aquel amargo cáliz no fuera el único sacrificio posible.

Casarse con el hombre que se había apoderado de Summerbourne.

Demasiado pronto, a lo lejos, la campana del convento tocó a vísperas. Una vez más sonó el cuerno demandando la entrada del nuevo dueño y señor de la heredad. Todos los miembros de la familia fueron presurosos a reunirse a la entrada de la casa para ver cómo las grandes puertas de fuera volvían a abrirse lentamente.

Al otro lado, había un campamento. Las tiendas, hundidas en los riachuelos y el barro, se encorvaban alrededor de hogueras cubiertas por protecciones. También los hombres se encorvaban, por encontrarse seguramente muy incómodos. Claire sintió un amargo contento pero se quedó pensativa ante lo que veía.

¿Para qué habían montado un campamento si estaban a punto de apoderarse de Summerbourne? ¿Por qué permanecían aquellos hombres al otro lado del puente sin hacer ningún movimiento en dirección a la casa?

Uno gritó algo.

-¿Qué ocurre ahora? -murmuró Claire.

¿Acaso todo aquello era una especie de extraña tortura, con tantos retrasos y negociaciones?

Después de un breve intercambio de palabras, Niall avanzó hacia la entrada.

-¡Rehenes! -gritó-. Exige rehenes.

-¿Qué? -exclamó lady Murielle.

-Es un hombre listo -dijo una voz cascada desde la parte de atrás.

Claire se volvió para mirar a su abuela.

-Parece como si estuvieras de su parte.

-Si no nos queda más remedio que tener un nuevo señor, yo prefiero a uno listo. Como mi Thomas.

-¡El abuelo era un hombre totalmente distinto!

-Yo no tengo ninguna manera de saber eso. Ni tú tampoco. Claire se dio la vuelta, pero admitió en su interior que exigir rehenes era una medida inteligente. Mientras había estado velando a su padre, había pensado en la venganza. En la Biblia, Judith mató a su enemigo Holofernes clavándole un pincho en la cabeza...

No era de sorprender, por tanto, que Renald de Lisle no se sintiera del todo seguro.

-¿Qué tipo de rehenes? -preguntaba en aquel momento su madre al guardia, al tiempo que sujetaba del hombro a Thomas, que sería el más probable.

Niall miró con cautela a los allí presentes.

-Dice que hay tres jóvenes doncellas en esta casa. Dos de ellas deben ser las rehenes.

-¿Cómo? -pese a la exclamación, en la voz de la madre sonó un leve tono de alivio. Pero siguió hablando con firmeza-: ¿Ese monstruo quiere que dos jóvenes de noble linaje se vayan a vivir a ese campamento lleno de barro, con sus hombres?

-Estarán a salvo, Murielle -dijo lady Agnes-. O tan a salvo como estarían en cualquier otro sitio en estos momentos. O es un hombre de honor o no lo es. Si no lo es, las tomará aquí mismo, en el suelo del patio, y luego se las pasará a sus hombres.

Con un profundo lamento, Amice se desmayó.

Claire y Felice se arrodillaron a su lado, la ayudaron a levantarse cuando se hubo recuperado y le cogieron la mano.

-¡Oh, mirad lo que habéis hecho, abuela! -gritó lady Murielle-. ¡Ya sabéis lo sensible que es!

-¿Y le va a servir de mucho ser tan sensible? Quiere dos rehenes, ¿no es así? ¿Y qué pasará con la tercera?

Todos los allí presentes se quedaron mirando al desagradable mensajero.

-Dice que la tercera será su esposa.

-Ya te lo había dicho yo -murmuró la anciana. Amice volvió a desmayarse.

Claire y Felice intercambiaron recelosas miradas de valoración.

-¿Esposa? -dijo lady Murielle-. No. Esto ya es demasiado. Claire, levanta a Amice del suelo. ¡Agua especiada para las damas! -exigió a los inmóviles criados, levantando una mano-. No voy a permitir esto. Voy a expresarle mi protesta. Que alguien me traiga la capa. Voy a hablar con ese hombre. No puede obligar a nadie a una cosa así.

Felice y Claire levantaron del suelo a Amice y la acompañaron hasta un banco junto al fuego. Lady Murielle se puso la capa y salió presurosa de la casa. Se la veía muy firme en su propósito, pero Claire tenía el desagradable presentimiento de que un hombre que portaba el estandarte del rey podía obligar a todo el mundo a hacer lo que él quisiera.

Felice permanecía callada y con una expresión en el rostro deliberadamente inescrutable, pero seguro que ahora que había tenido tiempo de pensar, aquello le parecería una oportunidad. Un hombre al que se le había concedido semejante heredad gozaría del favor del rey. Exactamente lo que Felice buscaba.

Dejarían que Amice permaneciera en la casa junto a su hermana gemela, del mismo modo que la madre de ambas, lady Agnes, seguiría ocupando su lugar junto al fuego. Si todas se comportaban bien, tal vez el usurpador arreglara las cosas para que Thomas estuviera en buena posición.

Sólo quedaba entonces por dilucidar el destino de Claire y de su madre.

Claire intuía que a su madre le gustaría marcharse a St. Frideswide. En cuanto a ella, por mucho que adorara Summerbourne, prefería irse de allí. Podría tomar los hábitos. O tal vez empezara a ver a sus amigos del lugar con otros ojos y decidiera casarse con alguno.

Mientras se bebía a sorbos el agua especiada y oía gemir a Amice, repasó en su mente los posibles maridos de los alrededores. Lambert de Vayne podría ser un pretendiente, aunque lo único que había hecho había sido ir a visitarlos con frecuencia. Era un poco fatuo, demasiado dado a vanagloriarse.

Quizá Eudo el juez tuviera algún interés por ella. No había tenido hijos de su primer matrimonio, y puesto que su esposa había muerto, hablaba a menudo de volver a casarse. El cargo de juez había recaído en su familia durante generaciones, y quería un hijo. ¿Eran imaginaciones de Claire o aquel hombre la miraba con interés? Sin duda, Summerbourne le gustaría y bien podía interesarle establecer algún lazo.

Pero aquel hombre era casi de la edad de su padre y, en parte, ella lo responsabilizaba de la locura que había hecho.

¿Robert de Pulham? Era afable, pero demasiado corto de inteligencia.

¿John de Courtney? Claire sospechaba que tenía algo de cruel en...

Su madre regresó, empapada y hundida.

-Es un monstruo sin sentimientos. Dice que no tiene elección. El rey le exige que se despose con una de las mujeres solteras de lord Clarence.

-¿Y el resto de nosotras? -preguntó Claire y, acto seguido, se mordió el labio al ver la mirada de curiosidad que acababa de lanzar Felice.

-Dice que si se casa aquí, y ha recalcado mucho el «si», se ocupará del resto de la familia de vuestro padre excepto de Thomas -lady Murielle miró con pesar a su hijo-, que tendrá que ir a la corte.

-¡Oh! Eso es amable por su parte -dijo Amice entre gemidos.

-¡No seas boba! -replicó Felice-. «Que se ocupará» ¿Qué quiere decir eso? Y el pobre Thomas no será más que un rehén, al que podrán dejar lisiado o ciego, según les plazca.

Thomas reprimió un grito y empezó a temblar. Claire fue corriendo a su lado y lo abrazó.

-¡Felice, mide tus palabras!

-Sólo digo la verdad. Entonces, intervino lady Agnes.

-La verdad es que nadie sufrirá ningún daño si todos nos comportamos correctamente. Ni siquiera los rehenes.

-No confío en que sea así -dijo Claire-. ¿Por qué iba el rey a querer ocuparse de la familia de un traidor?



Librodot

-Para mantener el orden -susurró lady Agnes, con la paciencia a punto de agotársele-. ¡Por lo más sagrado! ¡Estáis todos debilitados por años de lujos y comodidades! ¡Siempre se ha hecho así! Los hombres luchan y mueren, y a las mujeres se nos pasan de unos a otros como pertenencias. ¿Acaso le interesa al rey crear más discordia quitándonos de en medio? No. Quiere dar la apariencia de que lo que ha habido no ha sido más que un cambio ordenado y justo.

-¡Entonces no debemos colaborar con él!

Lady Agnes golpeó el suelo de madera con el bastón.

-¿Y qué ganarás con eso, muchacha, cuando te veas pidiendo para comer?

-Pensad. Si desafiamos al rey, suerte tendremos si alguien llega a darnos un mendrugo de pan.

Amice ya había empezado otra vez a llorar e incluso Felice estaba temblando.

La madre de Claire suspiró y se acercó adonde estaban su hijo y su hija para abrazarlos.

-Lady Agnes está en lo cierto. No tenemos elección. Dios sabe que yo misma me entregaría a ese hombre si pudiera, pero no tendrá ningún interés por una mujer tan alejada ya de la juventud.

-Entonces -dijo lady Agnes-, ¿quién de vosotras será la esposa y quiénes las rehenes?

Amice dejó de repente de llorar.

-¡Ninguna! -gritó Felice, enrojecida- Es una brutalidad. Tomaremos los hábitos. Ni siquiera el rey puede impedir a ninguna mujer que se convierta en esposa de Cristo.

-Puede que no -dijo lady Agnes-. Pero ¿crees que la iglesia os va a aceptar? Ya no tenéis posesión alguna. Ni ropa ni comida. Ni por supuesto ningún terreno. Hasta las esposas de Cristo tienen que aportar algo al claustro.

-Eso es imposible -dijo Felice, pero su voz sonó temblorosa.

Amice estaba tan asustada que ni siquiera lloraba.

Claire vio sonreír a su madre y se sorprendió, pero entonces lady Murielle dijo, con su tono más persuasivo.

-No tiene aspecto de ser un hombre terrible, Felice. Se ha mostrado considerado. Y la que de vosotras acabe siendo su esposa tendrá una posición social elevada. Será la señora de Summerbourne.

Su madre estaba tentando a Felice, y Claire suplicó en su interior que lo consiguiera.

-Pero, claro -interrumpió la abuela-, Felice tendrá que vigilar su lengua. Un hombre como ese no dudará en emplearse con el cinto con una esposa que lo contradiga. Pero si consigue ser dulce y sumisa...

Felice era tan dulce como las tueras.

Lady Murielle lanzó una mirada de odio a lady Agnes y sonrió después otra vez a su cuñada.

-Tú eres lo suficientemente hermosa para tener contento a un hombre, Felice. Y él apenas estará aquí al tratarse de uno de los favoritos del rey.

Claire percibió claramente la forma en que su madre dejaba caer ese aspecto. Felice deseaba a toda costa casarse con un hombre importante o destinado para algún cargo de importancia.

-¿Quién dice que sea un favorito del rey? -preguntó lady Agnes.

-Le ha concedido Summerbourne, ¿no es cierto? -Aquel era sin duda el aspecto decisivo, y lady Agnes no pudo más que quedarse callada con el ceño fruncido.

-Debe de ser un hombre muy ocupado -continuó diciendo lady Murielle-. Su esposa tendrá que encargarse de administrar su hacienda y criar a sus hijos sola mientras él esté en la guerra y en la corte.

-¿En la corte? -preguntó Felice, con interés. Lady Agnes volvió a la carga.

-Sí, en la corte. Allí es donde estará él mientras su esposa se quede aquí contando cerdos.

-Estoy segura de que llevará a su esposa a la corte de vez en cuando -dijo la madre de Claire.

-Lo dudo. Además, si Felice fuera su esposa, se la conocería como a la hermana de un traidor. Él preferirá mantenerla oculta.

-En tal caso su esposa estará más independiente aquí.

-¿Crees que va a dejar aquí a la hermana de un traidor ocupándose de sus asuntos sin vigilancia?

La sonrisa de lady Murielle se hizo aún más amplia.

-Vuestro marido confió en vos.

Lady Agnes le devolvió la sonrisa, dejando ver los huecos que tenía entre los dientes.

-Sólo cuando pasaron uno o dos años, años difíciles sin duda, y únicamente porque me encargué de que se sintiera a gusto.

Felice miró a su madre.

-¿Insinúas que yo no soy capaz de contentar a ese hombre?

-Todavía no te las has arreglado para contentar a ninguno, ¿verdad? Hasta Amice podría hacerlo mejor si fuera capaz de dejar de llorar, claro.

Obviamente, aquella frase provocó otra vez el llanto de Amice. Lady Agnes se había llevado mal con sus dos hijas tardías desde el mismo instante en que nacieron.

-¡Dejadlo ya! -gritó Claire, poniéndose en pie-. Padre no soportaría ver tanta discordia en la familia.

-Todo esto es culpa de Clarence -replicó Felice, levantándose también y mirando a Claire a la cara-. Su estupidez nos ha llevado a esto, y su hija debe pagar el precio.

-Es la más joven -protestó lady Murielle.

El elegante rostro de Felice se tornó en la dura faz de halcón que todas conocían bien.

-Tan sólo unos pocos años más joven. Tiene dieciocho. Buena edad para casarse.

Pero en aquel momento fue Amice la que las sorprendió a todas.

-No -musitó, sin que las lágrimas dejaran de rodar por sus mejillas-. Yo..., yo lo haré. Lo haré yo para salvar a Claire. Yo lo haré -añadió, claramente estremecida y con el pálido y húmedo rostro repleto de temblorosos pliegues.

Claire se encontró con los demandantes ojos de su abuela. Sabía muy bien lo que la anciana andaba buscando, como siempre, salirse con la suya.

Claire dejaría que lo hiciera Felice. Aun cuando la azotara de vez en cuando con el cinto, Felice saldría ganando: sería la esposa de un hombre poderoso y podría gobernar Summerbourne. Pero lady Agnes pensaba que Felice iba a ser una dueña dura y que, con más frecuencia, conseguiría despertar la ira de su esposo que suavizarla.

Tal vez estuviera en lo cierto.

Amice jamás podría soportarlo. Lo más probable sería que se pusiera enferma. Y si lograba sobrevivir, nunca sería capaz de manipular a un hombre así.

Claire se acercó a abrazar a su tía.

-No creo que debamos tomar ninguna decisión en firme todavía, Amice. No puede esperar que ninguna de nosotras estemos preparadas para casarnos hoy mismo con él. -Recordando la historia de su abuela, tembló y quiso creer que era como ella decía-. Pero yo sé que te sentirás mejor junto a Felice, así que ¿por qué no vais las dos como rehenes? Yo me quedaré aquí, y si él decide entender que yo seré su esposa, le dejaré que lo crea. Una vez que le hayamos conocido, sabremos mejor cómo actuar.

Sí, eso sería lo mejor. Si resultaba ser un hombre tolerante, le convendría Felice, y todo iría bien.

Naturalmente aquello significaba que si resultaba ser un hombre totalmente intolerante, sería ella quien tendría que casarse. Afrontaría ese problema cuando llegara el momento.

Amice levantó la vista, mientras se le secaban las lágrimas.

-¡Oh, Claire! ¿Estás segura? ¿Estás segura de que podrás encontrarte con él cara a cara?

¿Cómo demonios se le había pasado a su tía por la imaginación ser capaz de casarse con ese hombre si la sola idea de verlo la superaba? Claire acarició la mano temblorosa de Amice.

-Estarán conmigo madre y lady Agnes para ayudarme. No te preocupes.

Amice empezó otra vez a llorar, pero esta vez con cierto alivio, y Felice se apartó de ella para ir a recoger sus cosas.

-Claire, ¿por qué has hecho esto? -le preguntó su madre, entre gemidos-. Acabarás casada con ese hombre. El matrimonio es para toda la vida, ya lo sabes, y un marido cruel es algo terrible.

-Entonces tampoco deberíamos deseárselo a Felice ¿no crees?

-¡No me des lecciones!

-No te estoy dando...

-Eres tan testaruda como Clarence. Nunca escuchas. Siempre crees que tú tienes la razón.

Claire se apretó las sienes para aliviarse el dolor de cabeza.

-Madre, no es más que una primera decisión. Tenemos que entregarle rehenes. ¿Quién más podría haber ido?

Su madre la miró fijamente.

-No estarás planeando algo, ¿verdad?

-No. -Claire deseó haber tenido algo que planear. No podía imaginarse casada con ese hombre, pero si Felice se mantenía en sus trece, no le iba a quedar más remedio. ¿Cómo iba a dejar que toda su familia sufriera?

-¡Oh! -dijo lady Murielle, frotándose los ojos-. ¡Es que estrangularía a Clarence! -Pero de inmediato se tapó la boca con la mano temblorosa-. ¡No he querido decir eso! Además. Ya está muerto.

-Murielle -dijo bruscamente lady Agnes-, ¡deja de lamentarte! La madre de Claire levantó la vista y miró a su hija, esta vez con serenidad.

-Gracias a Dios al menos que eres hermosa y de buen carácter. Te preocuparás de que a ninguno nos pase nada.

Claire tenía que dejar de tocarse de una vez el trapo gris que le cubría la cabeza y ocultaba el destrozo que se había hecho en el pelo. ¿Qué ocurriría si acababa casándose con ese hombre y a él le irritaba su aspecto?

¿Y si pagaba con todos su enfado? Su madre siguió hablando:

-Llevo años diciéndote que debías prestar atención a los jóvenes de por aquí.

-¿Qué jóvenes?

-Has tenido pretendientes, ¿sabes? Pero es que no te dabas cuenta. Todo por culpa de Clarence. Nunca alentó a ninguno.

-El sabía que yo no estaba interesada.

-Lo que él quería era que te estuvieras en casa cantando y leyendo con él.

El tono de voz de su madre sorprendió a Claire. ¿Acaso había tenido celos? Lady Murielle podría haber pasado más tiempo con su esposo, pero Claire era muy consciente de que a su madre nunca le habían interesado demasiado los libros ni el estudio.

Se dio la vuelta para ocultar sus temblorosos labios. Todo se estaba rompiendo en pedazos. ¡Todo!

El aparentemente feliz matrimonio de sus abuelos, en realidad había empezado por la fuerza, quizá con una violación.

Siempre había creído que sus padres se amaban, pero ahora ya lo dudaba. Quizá no había sido más que un cómodo arreglo entre dos personas de buen conformar.

Su hogar y todo en lo que siempre había creído estaba siendo arrebatado por un extraño, en su presencia y sin poder evitarlo.

Al sentir un roce, se dio la vuelta y vio delante a su madre, que la miraba llena de curiosidad. ¿Curiosidad por sus sentimientos o por si estaba dispuesta a desempeñar la función de doncella entregada en sacrificio?

Siempre había estado segura de que su madre la quería, pero ahora hasta eso le planteaba dudas.

-¿Por qué no vas a ponerte algo más bonito, Claire?

-¿El día del funeral de mi padre?

Lady Agnes golpeó el suelo con el-bastón.

-Deja atrás la muerte, muchacha, y mira hacia la vida. Claire se volvió hacia ella.

-¿Pudo usted, abuela, aquel primer día?

-Ya no me acuerdo -fue claramente una mentira. También ella quería que Claire accediera y así podría seguir ocupando su sitio de siempre.

Claire miró entonces hacia donde estaba su hermano, que más que' nada parecía atontado pero que necesitaba sin duda de su sacrificio para poder ser algo en la vida. El suyo o el de su tía.

Amice y Felice volvieron a la sala, envueltas en sus capas y seguidas de los criados, que llevaban sus baúles. Amice iba casi colgando de Felice, pero al menos andaba. Felice tenía el ceño fruncido.

Confiando en que su gesto fuera más bien de indecisión, Claire dijo:

-¿Estás segura, Felice?

Relajando de inmediato el ceño, Felice contestó: -Absolutamente. Más vale una noche o dos a la intemperie toda una vida encadenada a un monstruo.

Claire optó por ceder, de momento, y se acercó a darle un Amice.

-¿Llevas tus hierbas?

Amice asintió con la cabeza y dijo:

-Claire, ojalá que...

-Calla. Es mejor. Ya me conoces -fue incluso capaz de son reír-. Las cosas me resbalan.

Felice tenía otra vez el ceño fruncido. Por años de conocerla, Claire sabía que su tía estaba calibrando si había optado por una manera inteligente de librarse o si la estaban engañando en algo. Al final, fuera cual fuera la verdad, se quedaba siempre convencida de que la habían engañado.

Quizá esta vez Claire la estuviera juzgando mal y su ceño fruncido fuera genuinamente de preocupación, porque cuando se intercambiaron besos, Felice dijo:

-Que Dios te acompañe, Claire. Si logramos volver, intentaré protegerte de lo peor.

-¿Y si resultara ser un auténtico Rolando destinado a ser un héroe?

Felice entornó los ojos.

-En tal caso, será para ti.

-No, te lo prometo, por muy noble que sea de cuerpo y alma, yo no lo quiero.

Felice volvió a mirarla, pensando en un buena réplica.

-Ya veremos.

Por desgracia en aquel preciso instante, la toca con que Claire se cubría la cabeza se empezó a resbalar. La joven intentó sujetarla, pero Felice se acercó y se la quitó de golpe.

-¡Claire!

Fue como si aquel grito hubiera sido unánime pero Felice hubiera ahogado al resto de las voces por su estridencia.

-Ahora ya entiendo todo. Finges que estás dispuesta a sacrificarte, pero ya habías planeado tener un aspecto deplorable para que él te rechazara. Pero no te va a funcionar. Tendrá que quedarse contigo, rapada o sin rapar.

Tras decir aquellas palabras, se apresuró a coger del brazo a la sorprendida Amice para encaminarse hacia la puerta.

Lady Agnes añadió socarronamente:

-El aspecto de tu pelo no va a importarle nada en la oscuridad. Lady Murielle estaba atónita.

-¡Oh, Claire...! ¿Es que no sabes que tu aspecto podía haber sido una de tus armas?

Colorada, Claire respondió:

-Pero no de las que a mí me gustaría utilizar.

-¡Estás tonta! ¡Anda a ponerte algún vestido más atractivo!

-¿Para un depravado advenedizo? ¿Por qué?

-Para tener a tus pies a ese depravado advenedizo. Ten alguna consideración por el destino de todos nosotros. ¡Piensa en tu hermano!

Claire se estremeció.

-¿O -preguntó su madre- acaso es verdad que finges estar dispuesta pero planeas que te rechace?

-¡No! -pero nada más decirlo, se dio cuenta de que ese había sido su plan, su plan egoísta e interesado. Pero no podía ser; ella se merecía un depravado monstruo como marido.

-Da igual, madre -dijo-. Es evidente que a él le da igual cómo sea su esposa. Haré lo que tenga que hacer, pero no puedo fingir que sea de mi agrado. Esta es una casa de duelo, y ese usurpador no puede obligarnos a sentir de otra manera.

Claire hundió los dedos en la ceniza del borde de la hoguera y se tiznó con ella la cara y la ropa. Así marcada, se fue hasta las puertas de fuera, dispuesta a encontrarse cara a cara con el monstruo que podría, acabar siendo su esposo.

## Capítulo 4

El hermano Nils, clérigo de Renald de Lisle, nuevo señor de Summerbourne, se mantenía de pie, temblando bajo la lluvia torrencial y calándose pese a la gruesa capa que llevaba puesta. Le embargaba un genuino sentimiento de lástima por las damas que estaban obligadas a abandonar su hogar. Sólo llevaba unos cuantos días al servicio de lord Renald tras haber sido recomendado por el rey, pero su primera impresión había sido que era un hombre compasivo. Frío tal vez, pero no cruel. Y ahora esto.

Los habitantes de Summerbourne habían abierto las puertas sin oponer ningún tipo de resistencia. ¿Por qué exigir rehenes, y además nobles damas? Cuando había osado preguntarlo, lord Renald se había limitado a decirle:

-No haré ninguna locura más en esta familia. Es suficiente con una muerte.

Ahora que las damas eran guiadas por sus criados a través de lo que era claramente un lodazal, lo volvió a intentar:

-Mi señor, no creo que esto sea necesario.

-Hermano Nils -dijo el fornido hombre que tenía al lado-, vos nos sois ni mi conciencia ni mi consejero táctico. Sin embargo, lo que sí debéis grabaros en el cerebro es que hace falta achicar el agua de aquí. Es una zanja tan poco profunda que no será preciso un puente. Y las murallas de madera necesitan astas por fuera, como mínimo en la parte de arriba. Buscad el sitio más cercano de donde podamos sacar piedra para las murallas.

El hombre se volvió a mirarlo de frente, aunque más que hombre podría decirse que era un monstruo sin cabeza, a juzgar por lo poco que se le veía bajo la capucha.

-¿Tenéis todo eso?

-Sí, mi señor.

-No voy a hacerles ningún daño -añadió, con un leve toque de humor que templó su voz.

Nils había descubierto que había sentido del humor en Lord Renald, como una veta de oro en medio del pétreo granito.

-Pero vais a dejarlas aquí con vuestros hombres.

-¿Creéis que mis hombres les harán daño?

Nils no se molestó en responder, porque no había nada que responder. Lord Renald había formado su tropa a partir de un puñado de hombres que servían a su amigo FitzRoger de Cleeve, ya que había sido teniente de lord de Cleeve durante años. Aquellos hombres lo conocían bien. Pero los demás eran tan nuevos como Nils. Fue curioso ver cómo, en apenas unos días de un duro trayecto azotado por la tormenta, habían acabado todos convirtiéndose casi en una familia.

Aquellos hombres harían exactamente lo que su señor quisiera, del mismo modo que él, aunque por distintas razones.

Nils se fue a ver cómo llevaban los criados a las mujeres a través de la charca que se había formado al final del puente. Sin duda lo primero sería achicar el agua, y Nils se preguntó cómo el anterior dueño de la heredad había dejado aquello tan desatendido. Por lo que había oído, lord Clarence había sido un hombre afable, dotado para contar historias y acertijos. Pero desde luego como administrador de su hacienda había sido un poco negligente.

-¿Quién creéis que viene? -preguntó Josce, el escudero de lord Renald, también nuevo en la tropa-. O mejor dicho, ¿quién creéis que se habrá quedado allí?

Josce de Gillingford le daba vueltas a lo de casarse con una hermosa damisela romántica. Nils también lo había pensado en un primer momento, pero ahora que estaban esperando a saber quién sería la esposa, pensaba en todas las mujeres del mundo a las que no le gustaría estar ligado. Se preguntaba cómo lord Renald podía estar tan tranquilo. Al fin y al cabo, el matrimonio era para toda la vida. Si hubiera querido, las podría haber puesto en fila y haber elegido a la que más le gustase. Eso hubiera sido más inteligente.

Pero, como lord Renald había señalado, Nils no era ni su conciencia ni su consejero, salvo quizá para las cuestiones relacionadas con la administración de sus propiedades.

Ante la no respuesta de Lord Renald, Josce siguió hablando: -Estoy seguro de que las que vienen son las tías. Querrán estar juntas.

-Son lady Felice y lady Amice -informó Nils, ya que sí era su cometido estar al tanto de esos detalles-. La hija se llama Claire.

-Luz, Felicidad y Amor -soltó Lord Renald, con una risa seca-. Ninguna de ellas, la mejor esposa en estas circunstancias. Bueno, vamos a ver cómo son.

Los criados ya habían llegado a la tierra dura donde estaban puestas las tiendas y habían dejado los bultos a sus pies. Envueltas en sus capas y levantándose las faldas, las dos damas intentaban abrirse camino hacia la tienda grande junto a la que esperaban los hombres.

-Señoras -dijo lord Renald-, esta es mi tienda. Espero que la encuentren lo suficientemente cómoda.

Respondiendo a una orden, un hombre levantó el faldón que servía de puerta, y las damas se apresuraron a cobijarse y retirarse las capuchas. Pudo comprobarse que se trataba de dos jóvenes hermosas de cabello rubio, en aquellos momentos, empapado.

-Mmmmm -dijo Josce a Nils-. No están mal.

-No olvides, muchacho, que estas son las que no serán la esposa de lord Renald.

Eran muy parecidas, salvo que una tenía aspecto de altiva y la otra de aterrorizada. Casi sin ninguna duda, eran las gemelas.

-Soy Renald de Lisle, señoras. ¿Y ustedes son... ?

-Lady Felice y lady Amice de Summerbourne -la altiva miró de arriba abajo con la nariz levantada-. Es intolerable que nos arrastréis hasta aquí para vivir como cerdos en una pocilga.

-Intentaremos que se encuentren a gusto...

-¿A gusto? Sólo las bestias pueden estar a gusto aquí.

-Es...

-¡Es una prueba innegable de baja estofa, señor!

Nils hizo un gesto de malestar. En cierto modo aquella era una acusación verdadera. Lord Renald provenía de la baja nobleza francesa y, en concreto, de una familia que había perdido sus posesiones y vivía en la pobreza. El actual cambio de fortuna había sido inesperado.

La mujer continuaba con su arenga.

-¿Qué clase de arrogancia os lleva a pensar que merecéis establecer lazos de matrimonio con nuestra familia?

-¡Oh, Felice, modérate! -la otra dama tenía los ojos hinchados y enrojecidos de llorar y daba el aspecto de estar acobardada como si se temiera que le fueran a dar algún golpe. Cosa que bien podía suceder.

-¡No dejes que te acobarden, Amice! Insisto en que...

Lord Renald se dio la vuelta y se marchó, haciendo un gesto a Nils y a Josce para que lo siguieran. Se encaminaron hacia donde estaban los caballos, dejando atrás las vociferantes quejas.

-Si estas eran Felicidad y Amor-dijo el señor de Nils, mientras cogía las riendas de su caballo-Luz resultará una dama oscura y lúgubre.

Claire tenía pensado recibir de frente al usurpador con coraje y actitud desafiante, pero los nervios empezaban a apoderarse de ella. ¡Ojalá tuviera al menos una idea de lo que podía esperar!

Entre el constante repicar de la lluvia, había visto a Felice y a Amice llegar hasta una tienda, guiadas por los criados. Uno de los hombres vestidos con capa y capucha se había reunido allí con ellas. Lo más probable que es que fuera lord Renald.

Se había esforzado por distinguir algo entre la lluvia, ansiosa por tener alguna pista acerca de su enemigo. Parecía un hombre grande y corpulento.

Claro que sería grande y corpulento. Era uno de esos hombres que viven de la espada. Los espadas sangrientas, les llamaba su padre Lobos de guerra. Nunca le había gustado recibir en su hogar a ese tipo de hombres. Esa había sido otra de las quejas de Felice, porque ¿dónde iba ella a encontrar a un hombre importante si no era entre las manadas de lobos?

Por tanto, si era uno de esos, a Felice le gustaría.

Pero ¿y si no era de esos? ¿Y si era demasiado alto para sus gustos O si tenía alguna cicatriz grande en la cara, olía mal o era deforme o si tenía modales de cerdo.

Entonces Claire tendría que casarse con él.

Intentó convencerse a sí misma de que no sería tan terrible. Su abuela se había casado en peores circunstancias y había conseguido vivir bien.

Repasó en su mente las palabras que su madre había dicho a Felice. Si era un hombre dócil, no sería un bruto. Apenas estaría en casa así que la mayor parte del tiempo ella podría quedarse a cargo Summerbourne. Ya se imaginaba su hogar como había sido siempre un lugar próspero, lleno de actividad artística y estudio, impregnad de risas y música.

Pero cuando estuviera él allí, tendría que compartir la cama con él y dejarle que utilizara su cuerpo.

Claire sabía de algunos hombres ante los que preferiría morirse que dormir con ellos. Baldwin de Biggin vino a su mente. Sir Baldwin había ido allí, a Summerbourne, a pedir alojamiento hacía unos meses y había demostrado ser un hombre repugnante.

Tenía el cuerpo grande y fuerte de un luchador, pero acolchado por la grasa. La tripa se le salía por el cinturón y los carrillos abultados le hacían ojos de cerdo. Comía como un cerdo también, echándose encima la bebida y los alimentos. Tenía unas manos enormes, cada uno de sus dedos era como una salchicha con pelos negros pegados, y le gustaba utilizarlos para pellizcar traseros y espachurrar pechos.

Claire le tiró un tazón de sopa cuando intentó hacérselo a ella. Él se limitó a reírse y a decir que le gustaba poner contentas a las mujeres, mirándola como si ella fuera otro plato más sobre la mesa. Su padre, por supuesto, lo echó de la casa, pero aún temblaba al recordarlo. Ahora ya no tenía a nadie que pudiera protegerla de hombres así.

Se sorprendió cuando su madre le puso en las manos una copa caliente de aguamiel.

-Bebe, hija. Te calmará los nervios.

Agradeció el calor, y el vapor especiado le resultó suave, pero Claire tragó lágrimas mientras se bebía la copa a sorbitos. Su madre no podía salvarla y en aquel momento ni siquiera lo intentaba. Lo que deseaba era que Claire se entregara serena al sacrificio. ¿No daban una bebida a los hombres condenados antes de la ejecución?

Se sintió de repente terriblemente sola, expuesta como una convicta en la plaza del pueblo, con todos y cada uno de sus nervios vulnerables a las intensas ráfagas del dolor y la granizada del miedo, sin nadie dispuesto a protegerla de su destino.

Miró otra vez hacia el campamento y vio a su destino saliendo de la tienda y andando hacia los caballos. Se acabó la infusión de un trago. Al momento, cuatro hombres con capa se acercaron a las puertas del castillo, pero, para sorpresa de Claire, iban tirando de sus monturas. Atravesaron la charca llena de barro y el puente, mientras los cascos de los caballos golpeaban la madera como pesados martillos. Thomas llegó hasta donde ella estaba. No podía abrazarlo ni él querría que lo hiciera. Le haría sentirse como un niño, y ya no podía seguir siéndolo. Pero le puso la mano en el hombro, con la esperanza de no transmitirle su propio miedo. Su madre estaba en lo cierto. Thomas era el más vulnerable de todos. Si el matrimonio era el precio para mantenerlo a salvo, Claire accedería, por muy repugnante que fuera después aquel guerrero.

Según los hombres cruzaron las puertas, uno de ellos cogió unidas las cuatro riendas y guió a los caballos hasta las cuadras. Claire con centró su atención en los otros tres. ¿Cuál era el nuevo dueño? Todos tenían el mismo aspecto: altos, de espaldas anchas y vestidos con capa. Y daban la impresión de estar en apuros.

Claire estuvo a punto de reírse ante la incongruente visión. Los tres luchaban por abrirse camino entre el barro, que les llegaba a los tobillos, y llegar hasta la casa, arrastrando las capas pesadas como plomos. Seguramente el poderoso guerrero hubiera preferido hacer una entrada más triunfal a su nueva tierra conquistada.



Librodot

La joven intentó llamar al orden a sus pensamientos. Nada de aquello era divertido. Su padre yacía muerto en la capilla y el barro no restaba un ápice de peligro a aquellos hombres. Sin duda estarían más que acostumbrados a las carnicerías en medio del fango.

Con una orden en voz baja, mandó a su hermano que se fuera junto a su madre. Por seguridad.

Las largas y oscuras capas de agua, hechas de cuero, ocultaban los cuerpos de aquellos hombres. No obstante, Claire pudo ver una atroz cota de malla bajo sus barbillas y los protectores nasales que se prolongaban hacia abajo desde los cascos. ¿Por qué iban tan armados? ¿Acaso no sabían que eran lobos rodeados de ovejas? Probablemente el lobo de en medio sería el enemigo de Claire. Tenía los hombros bien anchos. Sería seguramente un tripudo fanfarrón de dedos gordos y peludos. Daba dolor pensar en que aquel hombre fuera a ocupar ahora el lugar de su padre, pero tal vez a Felice le resultara atractivo.

Claire empezó a suplicar en su interior que no tuviera ninguna cicatriz muy marcada, ni verrugas ni los dientes podridos. Felice detestaba la deformidad.

A medida que los tres hombres se fueron acercando a las puertas de la casa, el imponente tamaño de De Lisle empezó a producirle nudo en el estómago. Intentó decirse a sí misma que no se trataba más que de un hombre, pero la inmensa mancha encapotada que formaba comenzó a paralizarlo todo. Claire se dio cuenta de que las piernas la obligaban a retroceder, en lugar de mantenerse allí quieta clavada en el suelo, pero no pudo evitarlo.

Contra su voluntad, notó que estaba temblando, un tenue pero violento temblor que le recorría todo el cuerpo y la forzaba a castañetear los dientes.

-Échate más para atrás, muchacha -dijo lady Agnes- y acabarás con las faldas en el fuego.

Claire se sobresaltó, miró hacia abajo y se movió con rapidez para apartarse de las llamas.

Para cuando volvió a mirar hacia adelante, De Lisle estaba ya también junto al hogar. Claire apenas le llegaba a los hombros, y de ancho era al menos el doble de grande que ella. El guerrero se quitó la capucha con las manos descubiertas.

Sus manos eran grandes, fuertes.

Pero no tenía los dedos como salchichas.

La joven le miró a la cara. Como le había parecido ver, iba vestido con armadura, pero pudo distinguir que tenía la barbilla cuadrada y los labios firmes. No eran gruesos. Ni en absoluto fláccidos.

La imponente firmeza de aquellos labios hizo que el corazón le diera un vuelco a modo de alarma.

Lentamente, él fue examinando la habitación, valorando a la familia junto al hogar en el centro de la sala, y a los criados que se agazapaban junto a las paredes de madera. Claire pudo ver que estaba preparado para el ataque, preparado para sacar la espada y matar. El simple poder de su disposición para matar llenaba la atmósfera de la habitación con un aire caliente cargado de ferocidad.

En su pacífica vida, Claire nunca había experimentado nada semejante.

Al punto, el hombre se relajó y se desanudó el casco. Se lo sacó y se lo entregó al hombre que estaba a su izquierda, el mismo que también se había retirado ya la capucha y al hacerlo había puesto cara de alivio. Era un hombre bastante joven, pelirrojo y pecoso, pero también grande y fuerte. Sería otro hombre de guerra, probablemente el escudero de De Lisle.

Claire concentró otra vez su atención en su enemigo, luchando denodadamente por acallar su miedo. Debía observarlo con detenimiento y estudiarlo si el objetivo era que todos ellos sobrevivieran.

Aún llevaba puesta la cota de malla sobre el pelo, pero sus facciones eran bastante rectilíneas, con huesos pronunciados y oscuras cejas. A ella le gustaban los hombres con rasgos más delicados, pero tenía que admitir que era apuesto dentro de los de su clase. Sin defectos evidentes.

Se sintió esperanzada. Seguro que Felice lo encontraba agradable.

También tenía oscuros los ojos, y daban la impresión de cansados, inyectados en sangre tal vez. Probablemente a causa de la constante vida de disipación.

Se desabrochó la capa y se la lanzó a su escudero. Con aquel movimiento insignificante quedó patente su fuerza, pues una capa como aquella, empapada tras días y días de lluvia, no debía ser muy fácil de manejar.

«¡Claro que es fuerte, Claire! Es un guerrero hasta el último resquicio de su cuerpo.»

La cota de malla le cubría hasta la rodilla y le sobresalía por encima del cinto tachonado que llevaba ceñido a las caderas. Aquellos pliegues de la malla eran la única parte relajada de su atuendo. No tenía tripa ni carrillos abultados. Claire sospechaba que su tacto sería igual de duro con la armadura que sin ella.

¿Sería también igual de frío?

Desechó aquel pensamiento. Era un hombre de carne y hueso, como todos, como cualquier animal. No obstante no parecía un cabestro, pese a su enorme torso. Era más bien un semental de guerra, de ágiles y poderosos músculos.

¡Oh, padre! ¡Pobre padre mío! ¿Tuviste que enfrentarte a hombres como este?

El hombre volvió a examinar la habitación y volvió la cabeza par mirar a Claire. Ella supuso que había estado buscando con los ojos la tercera doncella de Summerbourne y, debido al aspecto desastrado que llevaba, la habría tomado por una sirvienta. Puesto que ni su abuela ni su madre podrían ser la esposa, el guerrero supo que tenía que ser ella.

Su abuela había estado acertada. No era un imbécil.

El hombre frunció ligeramente el ceño al tiempo que se quitaba malla de la cabeza, dejando ver una ondulada melena oscura que cayó sobre los hombros y por la frente. Después, se sacudió como un perro al entrar en un lugar cerrado a cobijarse de la lluvia y se acercó más al calor de la lumbre para frotarse las manos.

La mera soltura con la que hizo aquel gesto, la posesión que implicaba ofendieron a Claire de una forma más directa que sus dolor más profundos. Los había valorado a todos, había decidido que eran simples ovejas y se sabía a salvo.

¡Resultaría tremendamente agradable matarlo sólo para restregar le por la cara su inmensa petulancia!

El hombre se inclinó ante su madre.

-Lady Murielle, le aseguro que estoy consternado porque los acontecimientos nos hayan llevado a esta situación.

«¡Oh, sí, claro», dijo Claire para sí. «Acontecimientos que le han llevado a la situación de ser el propietario de una valiosa propiedad.» Su madre dijo algo poco inteligible y presentó el recién llegado a lady Agnes. Seguramente a ella también la habría tomado por una criada vieja. Rectificando su error, se inclinó hacia la anciana con una cortés reverencia y le expresó su pena por la muerte de su hijo.

Claire apretó los dientes y esperó a ver cómo lady Agnes se congraciaba con el conquistador.

La abuela, sin embargo, lo miró con frialdad y cansancio. -Andaos con ojo, joven. Yo no voy a pelear con vos, pero haced daño a mis polluelos, y tendréis que véroslas conmigo. No hay mucho que vos o vuestro rey podáis hacer para desgraciarme más la vida. -No tengo intención de hacer daño a nadie, lady Agnes. Pero si alguna de las personas que hay aquí intenta hacerme daño a mí o a los míos, no sólo sufrirán las consecuencias las rehenes, sino que el mismo rey responderá con la venganza. Siempre es mejor que estas cosas queden bien claras.

Tras sus últimas palabras, se volvió hacia Claire:

-¿No opináis igual, milady?

Fue un abierto desafío que la pilló desprevenida.

La joven se obligó a mirarle a los ojos, aterrorizada por la dureza que veía en ellos.

-Sin duda, sir Renald. -No le trató a propósito con el título de lord, que ahora le correspondía-. Yo también deseo dejar bien claro que no sois bienvenido a esta casa.

El hombre ni siquiera pestañeó. Sin apartar la mirada, chasqueó los dedos:

-¡Cerveza!

Claire no dejó que el estallido de su voz la distrajera. A los pocos segundos, el hombre tenía una jarra en las manos. Sus enormes y fuertes manos de guerrero...

Volvió a fijar los ojos en el rostro de él, de donde se había propuesto no apartarlos.

-Puesto que lady Felice y lady Amice están en mi campamento, vos debéis ser lady Claire.

Por respuesta, la joven hizo una leve inclinación de cabeza.

-De hablar sereno, gracia y virtud. -El hombre dio un gran sorbo de la jarra de cerveza-. Cuando os hayáis aseado un poco, es posible que sea cierto.

Mientras volvía a beber de la jarra, frunció el ceño mirando el pelo de Claire.

-Milady, ninguno de nosotros ha podido elegir nada de esto. No, es sabio adoptar la apariencia de un desgraciado.

-Puesto que me siento completamente desgraciada, sir Renald vuestra indicación carece de fundamento. ¿Debo recordaros que estamos aún velando a mi padre, a quien amaba con toda mi alma?

Por unos instantes, el hombre apretó los párpados contra los ojos y Claire se alegró por ello. Al menos había conseguido herirle de alguna manera.

Pero al momento volvió a mirarla.

-Sin duda, este no es momento de hablar de nuestro futuro. Esperaremos al menos hasta que esté enterrado -y, volviéndose hacia 1 madre, añadió-: Supongo que habrá aquí una alcoba matrimonial... -Mis hombres y yo dormiremos allí. Pronto traerán mis pertenencias.

-¡Esa es la habitación de mis padres!

Todos la miraron, y su madre la golpeó las manos.

-Calla, Claire. Ahora todo lo que hay aquí es de lord Renald puede hacer lo que le plazca. ¡Por supuesto que esa será su habitación

-Y vuestra también, milady, cuando estemos casados.

La joven se esforzó por reprimir su estremecimiento. Por todos los santos y los ángeles del firmamento que ella no llegaría a casa con ese hombre. Felice lo preferiría. Para ser un lobo, era apuesto aunque frío, no tenía aspecto de depravado.

Con la parte lógica de su mente, Claire llegaba a aceptar que madre y su abuela estuvieran en lo cierto. Aquella situación no e culpa de él. Era únicamente el que se beneficiaba de ella.

Con todo, no se retractaba de haber dicho lo que había dicho. N era bienvenido allí.

Y tampoco se retractaba de pensar lo que no había dicho. E quería que se casara con su tía para poder así marcharse de Summbourne. De ese modo, se ahorraría ver la profanación del lugar que tanto había amado.

Aquella misma tarde enterraron a lord Clarence de Summerbourne envueltos en capas todos los asistentes a la ceremonia, bajo la inagotable lluvia.

Claire lloró al ver el cuerpo de su padre hundido en el frío barro. Al menos había logrado convencer a sus mayores de que lo enterraran con su traje azul predilecto, bajo la mortaja.

Se volvió de espaldas a la tumba y miró hacia el cielo, dejando que las gotas se le mezclaran con las lágrimas. Tal vez fuera cierto que en algún lugar más allá de las nubes se hallara la luz dorada del paraíso. Deseó que hubiera libros allí, pieles y buena música. Deseó que a los án-

geles les gustaran sus maravillosas historias y sus divertidos acertijos. «Sé feliz, padre. Pero cuida también de todos nosotros.» Cuando los hombres empezaron a cubrir la sepultura con pesadas paladas de tierra mojada, la familia volvió a la sala y cada cual se retiró a sus aposentos a llorar su dolor.

Claire encontró extraña su cámara, pues desde siempre la había compartido con sus tías. La habitación, ahora demasiado vacía, le recordó el expolio que había sido de su vida. ¿Podría ella haber hecho algo para evitar el desastre? ¿Podría haber convencido a su padre de que no se fuera? Aunque estaban muy unidos, no le parecía que hubiera sido posible. Como ella misma le había dicho a Thomas, cuando su padre tomaba una resolución, era inamovible como una roca.

Le vinieron pensamientos amargos hacia Eudo el juez. Él había sido el que había instigado a su padre para que se sublevara contra el rey por su falta de derecho a ocupar el trono. Mientras trabajaba en silencio con sus ilustraciones en el gabinete de su padre, los había oído hablar muchas veces. Había oído a Eudo insistir una y otra vez, en todas sus visitas, sobre el regicidio y las obligaciones de los nobles.

Después, al final, a Eudo le faltó valor y no se unió a la rebelión. Lo último que había oído de él, como de muchos otros, era que se había ido a hurtadillas a Londres a rendir pleitesía al hombre al que consideraba un asesino. Seguro que le habrían reafirmado en su cargo de juez del condado.

Pero el daño ya estaba hecho. Su padre ya había tomado una decisión, y después de eso, ni el mismo arcángel San Gabriel con la fiereza de su espada le habría desviado de su propósito.

Así que, cuando se marchó, le dio un beso a ella y le encomendó que cuidara de todos en Summerbourne hasta su regreso. Luego se alejó sobre su caballo, igual que cuando se iba al mercado, salvo porque llevaba tras él el mulo cargado con la armadura y la espada.

Cuida de todos.

Aquel recuerdo la hizo pararse. ¿Querría su padre que ella cuidara de Summerbourne casándose con su sucesor?

<<Sí», le dijo una voz interior.

-¡No! -dijo Claire en voz alta. Querría que encontrara alguna manera de impedirlo.

Para dejar de darle vueltas a su conciencia, cogió la labor de costura y se sentó junto a la ventana a bordar más flores sobre una banda de lino. A1 momento cayó en la cuenta de que aquello iba a ser una nueva camisa para su padre.

Estuvo a punto de romperla en pedazos, pero enseguida obligó a sus dedos a seguir cosiendo. Derrochar era un pecado, y a alguien le serviría. Pero ¿iba ella a soportar que alguien se pusiera ropa destinada a su padre? No, como tampoco podía soportar ver a aquel hombre frío y duro ocupando el lugar de su padre.

¡Virgen santa! ¡Era todo tan imposible...! Felice. A Felice sí le gustaría.

Dejó quieta la aguja. ¿Y si el usurpador quería arrastrarla hasta el altar y el lecho aquel mismo día, igual que su abuelo?

Cuando Maria entró a decirle que su madre y lord Renald demandaban su presencia abajo, Claire tragó saliva y tuvo deseos de esconderse debajo de la cama. ¿Tendría ya preparado al sacerdote?

No aceptaría. Mientras doblaba la labor se dijo a sí misma que ni el mismo rey se atrevería a censurarla por no querer casarse justo el día que habían enterrado a su padre. Con aquel pensamiento en su mente a modo de talismán, se dispuso a bajar las escaleras.

Sólo en el momento en que fue a entrar a la sala se dio cuenta de que el sol brillaba entre los claros de las nubes. Había dejado de llover. El usurpador entró en la gran sala desde la alcoba matrimonial, vestido ahora con una túnica de lino azul, tan oscura que apenas brillaba más que su armadura de hierro, pero llevaba pesados brazaletes de oro en las muñecas y un cinturón con una lujosa hebilla adornada con coloridas piedras preciosas. Un rasurado monje caminaba tras él, con documentos en la mano.

Claire comprendió con sorpresa que aquel debía de ser el tercer <<monstruo» que ella había visto entrar a Summerbourne, ¡el clérigo de De Lisle! Y no era un individuo particularmente agresivo, pues había en él algo de dulzura y tenía unos ojos alegres.

¿Acaso todas sus interpretaciones eran igual de desproporcionadas? Volvió a mirar a De Lisle: corpulento, duro, sombrío, y decidió que no eran descabelladas sus interpretaciones.

La madre de Claire ya estaba en su silla y, con una sonrisa de ansiedad, dio unos golpecitos en el banco que había a su lado, para indicar a Claire que se sentara allí. Lady Agnes estaba inmóvil en su sitio de siempre, mirando al mundo en general.

De Lisle se hundió en la silla de su padre, y ella lo aborreció.

-Señoras -su voz sonó ronca y serena-, hemos de ultimar los detalles de este matrimonio sin tardanza.

Claire se obligó a mirarlo de frente.

-Ninguna deseamos casarnos con vos, sir Renald.

Cuando su madre se acercó para contenerla, la joven musitó algo y se soltó el brazo.

-¿Y qué tiene que ver el deseo con todo esto, lady Claire?

-Necesitamos tiempo. Ninguna podemos ser una feliz novia el día del funeral de mi padre.

El usurpador elevó las cejas.

-¿Acaso puedo yo confiar en que tendré una feliz novia algún día? He de confesar que es mucho más de lo que espero.

El rubor se apoderó de las mejillas de Claire. No debía olvidarse de que no era un estúpido.

-Tan sólo si nos dais algo de tiempo, milord. Tal vez un mes...

-Pero el rey exige que la ceremonia se celebre de inmediato, lady Claire.

Capítulo 5

-¡De inmediato!

La dama se quedó pálida, y al hermano Nils no le sorprendió. ¿Intentaba realmente lord Renald arrastrar a aquella pobre joven al altar y al lecho a las pocas horas de haber enterrado a su padre? No había motivo para precipitarse tanto.

-Hermano Nils, los documentos.

Aquellas secas palabras sacaron a Nils de su preocupación y llevaron la atención de Claire hacia él. Aunque no era tan hermosa como sus tías, era una mujer con la que podía imaginarse casado, obviamente si no hubiera tomado los hábitos. El clérigo abrió su bolsa y sacó los rollos.

-¿Sabéis leer, milady? -preguntó lord Renald.

Lady Claire se dio la vuelta para mirarlo. Nils se complació al ver que la dama tenía coraje y sin el exagerado orgullo de su tía.

-Sí.

-¿Inglés o latín?

-Ambos.

Lord Renald levantó las cejas de la forma que él solía hacerlo.

-Nils, entrega los documentos a lady Claire. Ella misma los leerá.

Nils se acercó para dárselos.

-Señora, aquí tenéis las órdenes del rey respecto a vos y respecto a vuestra casa. El derecho de propiedad de lord Renald y el acuerdo de matrimonio. El último requiere únicamente la firma de la novia y de testigos.

-¡Qué impertinencia!

Lord Renald respondió a eso.

-El rey tiene derecho a que se le guarde obediencia, lady Claire. ¿Acaso se lo negáis?

Por la forma en que la joven apretó los labios, Nils sospechó que Claire de Summerbourne negaría al rey Enrique todo lo que pudiera y comprendió que su señor tuviera miedo de que

las personas de aquel lugar pudieran hacerle cualquier cosa. Pero la joven se limitó, al menos de momento, a bajar la vista y mantenerse en silencio.

Nils vio cómo le temblaban las manos mientras desenrollaba el suave pergamino y sintió verdadera lástima por ella. ¿Qué debía ser para una dama el tener que casarse con un extraño, y semejante extraño? Y ella aún no sabía lo peor.

Claire leyó en voz alta los documentos a su madre y su abuela, con tono nítido y sereno. Una mujer admirable, aquella Claire de Summerbourne. Una lástima, verdaderamente.

La joven tuvo que esforzarse por reprimir las lágrimas mientras leía el primer documento, en el que se declaraba traidor a su padre y se ordenaba la incautación de todos sus bienes. ¿Habrían escrito aquello antes o después de su muerte? Claire deseó no haber oído jamás aquellas palabras.

En el segundo, Summerbourne y todas las propiedades anejas, derechos y deberes se concedían al «legítimo servidor del rey, Renald d Lisle, caballero y campeón de la corona».

Campeón de la corona. La joven levantó la vista para comprobó que Renald de Lisle la estaba mirando. Si las piedras tuvieran ojos, s mirada sería como aquélla.

Rápidamente, bajo la vista otra vez, pero las palabras le martilleaban el cerebro como una alarmante campana. Campeón de la corona significaba que podía ser llamado por el rey para luchar en su nombre en una justa. Tal calificación indicaba sus cualidades de luchador, pero también confirmó a Claire que aquel hombre era un verdadero espada sangrienta. No le quedaba la menor duda de que era un desalmado.

Un estremecimiento empezó a apoderarse de todo su cuerpo ante la idea de que un ser así fuese el propietario de Summerbourne. Era casi un sacrilegio.

Aunque se le nublaron los ojos, respiró profundamente y siguió leyendo:

«En aras de la antigua cordialidad existente entre lord Clarence Summerbourne y Enrique, hoy Rey de Inglaterra... »

«Desde luego que "antigua"; amigo ingrato», pensó Claire.

«... el rey en su misericordia ordena a lord Renald de Summerbourne que tome a su cargo a los parientes de Clarence como si fueran los suyos propios. A este fin, se autoriza e insta a lord Renald a que elija a una de las tres doncellas de Summerbourne para desposarla sin dilación.»

Ese era el final. Claire miró al guerrero.

-Se os autoriza a vos a elegir, milord. ¿Por qué fingir que la elección es nuestra?

-Summerbourne puede elegir a la futura esposa.

-No es lo que dice en este documento. Aquí la elección es vuestra.

-Y yo os la cedo. A mí me da igual.

Claire enrolló los pergaminos, intentando captar algún indicio de falsedad en aquella escueta frase. No lo había. Realmente a él le daba igual casarse con una doncella u otra.

Por ridículo que fuera sentirse insultada, Claire no pudo evitarlo. Su sacrificio o el de cualquiera de sus tías no significaban nada para aquel hombre.

Pero la voluntad del rey estaba clara. De Lisle debía casarse con una de ellas, y «sin dilación». ¿Qué significaba eso? Claire dudó de si un mes o tan siquiera una semana serían aceptables.

¿Y un día? Seguro que podía conseguir al menos un día. No le llevaría mucho más convencer a Felice.

Aun duro y frío, Renald de Lisle no era un auténtico bruto y debía gozar de la máxima estimación por parte del rey. Sí, pensó Claire, tomando conciencia de que podría convencerla, aquel ser era un regalo caído del cielo para Felice. No tenía más que mirarlo bien para saberlo.

Una alarmante inquietud la sobrecogió de repente.

¡Felice estaba en el campamento y ella y De Lisle allí, en el castillo! ¿Y si él quería que se celebrara la ceremonia antes de traer de nuevo a las rehenes? «Mantén la calma, Claire, y la cabeza fría.»

Levantó la vista, confiando en que no se le notara el pánico.

-Ya veo que el rey quiere rapidez, milord. Pero supongo que nos está permitido un poco más de tiempo de duelo.

¿Qué estaba pensando aquel hombre? Claire no podía ni imaginarlo. Estaba pendiente de algún gesto espontáneo o alguna palabra para poder juzgarlo, pero era tan inescrutable como un texto que había visto ella una vez, escrito en árabe.

Aquellos oscuros ojos la estudiaban, impenetrables y fríos.

-Algo de tiempo, sí, lady Claire. Pero no intentéis zafaros.

Se sobresaltó. Fue como si aquel hombre pudiera leerle el pensamiento.

Que lo hiciera. Así no tendría que fingir nada. Claire se levantó y entregó bruscamente los documentos al clérigo. Sólo la mirada d sorpresa del religioso le hizo darse cuenta de que los había estrujado de ira.

Se esforzó por mantener la calma y tener claro su objetivo. Tenía que retrasar la ceremonia y traer de vuelta a Felice. Para conseguirlo, lo mejor sería mostrarse zalamera con él.

Aunque aborrecía tener que hacerlo, lo llamó dulcemente por su nuevo título.

-Debéis comprender, lord Renald, que no ofrecemos ninguna resistencia...

-¿Ah, no? ¿Ninguna resistencia? Claire tragó saliva.

-Quiero decir ninguna resistencia efectiva. Os ruego, milord que traigáis de nuevo a Summerbourne a mis tías. No necesitáis ningún rehén, y ellas deben de estar en peligro de coger cualquier fiebre ahí fuera.

Los ojos fijos de él no dejaban de mirarla.

-Cuanto antes nos casemos, lady Claire, antes volverán a dormir en sus camas. Podemos hacer la ceremonia ahora si queréis.

-¡No! -Claire se dio cuenta de que acababa de dar un paso e falso.

-¿Preferís que vuestras tías cojan una fiebre? -Prefiero que estén aquí, sanas y salvas.

-Entonces, casaos conmigo. ¿Qué razón hay para retrasar boda?

-Necesito tiempo para llegar a un acuerdo con...

-¡Claire! -replicó su abuela-. Este hombre tiene una obligación. Afróntalo de una vez.

La joven se volvió hacia la anciana.

-¡Este hombre ha robado la propiedad de mi padre, la propiedad de tu hijo!

-Y su padre se la robo al mío. No olvides eso.

-¡No es lo mismo!

-A mí sí me lo parece.

En aquel momento Claire se dio cuenta de que no había lograd ser zalamera en absoluto.

Lady Agnes la golpeó con el bastón.

-Si aceptas el consejo de una anciana que ya ha pasado por esto, o cásate con él ahora mismo u ordena que preparen algo decente de comer; seguramente habrán dejado el asado al fuego, que estará ya a punto de quemarse, y no hay nada como una buena comida para suavizar a un hombre. O al menos, -añadió, con un guiño- sólo otra cosa. Claire sintió un encendido rubor en las mejillas. Hubiera deseado gritar que antes envenenaría al invasor que darle de comer. Pero antes darle de comer que irse al lecho con él. Lo miró con la esperanza de que el guerrero interpretara bien el mensaje de sus ojos.

Él se limitó a devolverle la misma mirada de antes, inexpresiva e implacable. Su plan era casarse de inmediato con la joven que estuviera a mano y asegurarse así sus nuevas posesiones. Le daba igual qué joven. No reparaba en los sentimientos de la novia. No le importaban ni el aspecto ni su modo de ser. Claire había sacrificado su melena para nada. Tanto ella como sus tías no eran más que las piezas de un juego, en ningún caso seres humanos.

-Felice... -dijo, en su desesperación-, lady Felice tal vez estuviera mucho más conforme que yo con este matrimonio, milord.



Librodot

-En tal caso, debería haberse quedado aquí.

-Pero si vos la trajerais otra vez...

-Ya os he explicado por qué eso es imposible.

-Lady Amice podría permanecer allí como rehén...

-Oh, pobre Amice. Se moriría de pavor-. O tal vez mi madre podría salir...

-Ya se ha hecho una elección, lady Claire.

La joven escuchó un sollozo y reparó en que era suyo. Respiró profundamente. Tiempo. Tal vez él lo considerará todo mejor con un poco de tiempo.

Felice era hermosa. Si lograran estar una al lado de la otra, él se daría cuenta, especialmente en aquellos momentos, vestida ella con tan poca gracia y teniendo el pelo como lo tenía.

Necesitaba ganar tiempo para convencer a Felice. Tiempo.

¡Algo de comer!

De repente le volvieron las palabras de su abuela. La comida lo amansaría y le daría algo de tiempo. Ocuparse de eso le serviría de excusa para retirarse un momento. Y escapar.

-Debo ir a ver cómo va la comida, milord.

Esperaba que él pusiera alguna objeción, pero se limitó a asentir con la cabeza.

Cuando se dio la vuelta para salir de la habitación, lady Agnes dijo:

-Llévate al muchacho contigo.

Claire vio a Thomas agazapado en una sombría esquina, mirando al invasor con rabia. ¡Dios santo! No. Lo último que necesitaban en aquellos momentos era que su hermano intentara algo.

Se acercó a él.

-Ven conmigo a las cocinas, mi vida.

-Quiero estar aquí.

-¿Por qué?

Él levantó la vista por fin, y Claire tuvo que admitir que al menos había conseguido sacarlo de su parálisis de miedo y odio.

-Odio a ese hombre. Esa es la silla de Padre. Deberíamos... Claire le apretó el hombro con fuerza.

-No, mi vida. Tú no puedes hacer nada.

-Felice dijo que yo soy ahora el hombre de la casa, que debo protegeros. Y estoy aquí, ¿no?

Claire deseó para Felice uno o dos siglos más en el purgatorio.

-Thomas, nadie puede hacer nada. Y en realidad no es culpa suya

-Pero tú vas a casarte con él, ¿no es así? Entonces acabarás de s parte. Como la abuela.

-La abuela no está de su parte. Lo que pasa es que no ve ningún sentido en oponerse a él.

El muchacho ladeó la cabeza y sus dorados rizos se movieron e el aire, con frustración.

-Quiero decir después de Hastings, cuando llegó aquí el abuelo ¿Conoces a Sigfrith, el de las cuadras?

De qué demonios estaba hablando.

-Sí.

-Es primo de la abuela. Formaba parte de la familia que vi aquí, pero ahora trabaja en las cuadras, y a la abuela no le importa. Eso es lo que me pasará a mí, ¿verdad?

Claire lo abrazó y le habló, rozándole el cuerpo con sus palabras.

-No, mi vida. No. Yo te aseguro que no te pasará eso. -Separándolo un momento de sí, añadió-: Pero, Thomas, la única forma de hacer algo es andarse con mucho cuidado. Ven.

Empujó a su hermano delante de ella de camino hacia las cocinas pero no pudo evitar mirar hacia atrás. Renald de Lisie la estaba vigilando. Alzó un dedo y, al momento, su escudero estaba junto a Después, el joven los siguió.

-Voy un momento a las cocinas para ver cómo va la comida. Supongo que tendréis hambre...

-Por mí no os preocupéis, milady.

No, pensó ella. Lo único que os preocupa a vos es impedir que salgamos huyendo. ¡En qué poco tiempo Summerbourne había pasado de hogar a cárcel!

Para su sorpresa, en las cocinas no había la menor alteración. El ambiente era lúgubre y algunas mujeres se limpiaban los ojos con los delantales, pero las tareas habituales no estaban desatendidas. No tardaría en haber algo decente de comer.

Todos los criados se arremolinaron a su alrededor, por supuesto para obtener alguna información y alivio.

-¿Es cierto que os vais a casar con él, milady? -preguntó el cocinero.

-Una de nosotras tendrá que casarse con él, sí.

-Mejor vos, milady, mejor vos.

Con estas palabras, el cocinero incrementó el pesar de Claire. Era innegable que aquella gente no quería tener de patrona a Felice. Se malhumoraba con rapidez y tenía una mano muy larga para los castigos.

Su tendencia a pensar siempre lo peor de todo el mundo cortaba el aire.

-No puedo soportar que nadie piense en mí.

Sólo entonces, al ver brillar la compasión en los azules ojos del escudero, Claire se dio cuenta de que había pensado en alto.

Intentó con todas sus fuerzas concentrarse en ser eficiente y en la comida.

Mientras hablaba sobre un problema con los barriles de cerveza, pudo oír unas risas a sus espaldas. Miró hacia allá y vio a uno de los guardias de Summerbourne echado relajadamente sobre la mesa larga y entreteniendo a los curiosos criados. Ya fuera por casualidad o a propósito, la juventud de aquel hombre, sus pecas y su gesto de alegría iluminaron por unos instantes el ambiente de la estancia.

Claire retiró de inmediato de su mente el dolor que aquello le causaba. No podía ocuparse de aquella gente, pero no deseaba que estuvieran todos tristes. Si el escudero y su amo traían algo de felicidad, ella debía aprobarla. Pero le causó dolor ver a Thomas al lado de aquel guardia, con el aspecto de estar más calmado mientras escuchaba una historia de Londres.

Oh, Dios santo, ¿no era eso lo que ella quería, que su hermano dejara a un lado la rabia y el miedo y aceptara la situación? Claire ya no sabía qué era lo que deseaba y lo que no, salvo escapar.

¿Por qué no escabullirse hasta el campamento en aquel mismo instante? Convencería a Felice de las ventajas de aquella unión, y su tía podría volver y prepararse para la boda. Claire se quedaría con Amice.

Primero lo intentó de la forma más sencilla y se encaminó hacia fuera de las cocinas.

Al punto, oyó detrás al escudero. Se detuvo para mirarlo de frente.

-¿Vais a seguirme a todas partes?

-Más bien voy a acompañaros a todas partes, si así os parece mejor, milady.

-¿Qué sentido tiene? ¿Adónde voy a ir?

El joven tenía una cara franca y se le veía genuinamente preocupado.

-Eso yo no lo sé, milady. Pero lord Renald me ha dicho que esté con vos, y eso es lo que hago.

-¿Es un hombre temible?

-Espera que se obedezcan sus órdenes, milady. Sin duda vos también.



Librodot

Ahí la había pillado. Debía recordar que el escudero era tan poco estúpido como su señor. ¿Cómo conseguiría librarse de él?

-Voy a la cámara de las señoras. ¿Tenéis también intención de seguirme allí?

-¿Es en el piso de arriba, milady?

-Sí.

-Entonces creo que me conformaré pongo que volar no podéis.

Claire resopló airada y se encaminó hacia allí, aunque en su interior se sentía satisfecha. ¿Así que se creía aquel joven que porque fuera al piso de arriba no iba a poder escaparse, eh?

La planta baja de aquella mansión de madera tenía encima la gran sala, la alcoba matrimonial y el gabinete de su padre. En el piso d arriba estaban los cuartos de almacén y las cámaras de los hijos e hijas de la casa. Las ventanas quedaban a bastante altura del suelo. No era de extrañar que el escudero lo viera seguro.

Claire entró en la cámara de las doncellas y le cerró la puerta en narices. Acto seguido, se puso a buscar en un baúl el rollo de cuerda. Esa idea se le había ocurrido a su padre después de que unas cuantas personas de una ciudad cercana se quemaran en un incendio en planta de arriba de una casa. Mandó tener cuerdas anudadas en todas las habitaciones y argollas de hierro en las paredes de fuera para colgarlas.

Claire llevó la cuerda hasta la ventana e inspeccionó los alrededores.

Pudo comprobar de inmediato que no iba a funcionar.

Las dos ventanas daban a espacios abiertos, y ahora que había dejado de llover, los criados iban de un lado para otro solucionando todo lo que estaba pendiente de hacer. Sería imposible que no la vieran descendiendo por una cuerda. Quizá la gente del castillo no diera la voz de alarma, pero no estaba segura.

Por mucha que fuera su impaciencia, tendría que esperarse hasta que oscureciera. Podría hacerlo. La boda no se había fijado para aquel mismo día. Volvió a guardar la cuerda en el baúl y se fue de la cámara, haciendo caso omiso del escudero, que la siguió hasta el piso de abajo como un perro fiel.

La sala estaba vacía, salvo por su abuela que seguía sentada en el mismo lugar de siempre y los criados disponiendo la mesa para comer.

-¿Dónde está todo el mundo? -preguntó Claire a lady Agnes.

-En el gabinete. Lord Renald y su clérigo están repasando los libros de cuentas junto con tu madre y otras personas. Ese hombre tienes las cosas bien atadas.

-Quieres decir que desea tenerlo todo bajo control.

-Si lo prefieres así... ¿Qué es lo que tú quieres?

Que sea ayer, pensó Claire, o mejor hace unos meses, antes de la muerte.

-Elegir -contestó.

-¿Elegir? ¡Eso es un lujo! Pero puedes hacerlo. Tienes varias opciones, de hecho. Puedes casarte con ese hombre y hacer que las cosas en Summerbourne sigan como deben estar. O puedes convencer a Felice, y que todos suframos su mal genio. O puedes empeñarte en que nos vayamos de aquí y seamos pobres pero con honor.

Claire la miró de frente.

-No hay nada de malo en el honor.

-Hay bastante de malo en morirse de hambre -la anciana movió la cabeza con pesar-. Claire, Claire, acepta la realidad. Debo confesarte que me preocupaba insistirte en que te casaras con un hombre sin tan siquiera saber cómo era. Pero ahora no. Será un buen marido para una mujer sensata.

-Nunca podré olvidar cómo entró aquí.

-Te sorprenderá ver todo lo que se puede olvidar. Yo llegué a olvidar los santos de mis hijos, y jamás lo hubiera creído mientras me esforzaba por traerlos al mundo -sus labios esbozaron una leve sonrisa-. Pero también recuerdo cosas. Recuerdo a mi madre hablándome de forma muy parecida a como te estoy hablando yo ahora, y recuerdo pensar que era un monstruo sin entrañas al ser capaz de hablarme así cuando su marido y sus hijos yacían muertos en alguna fosa desconocida. Te guste o no, Claire, sé por lo que estás pasando, y tampoco me parece que haga tanto tiempo. Créeme, dentro de veinte, treinta años, nada te parecerá tan grave. Así que no hagas ninguna tontería. No merece la pena.

Claire le volvió la espalda. Convencer a Felice de que se casara con aquel hombre no era una tontería. Era cierto que Felice tenía una lengua demasiado dañina, pero se pondría más amable al verse tan bien casada.

La pregunta era: ¿se pondría amable al casarse con Renald de Lisle?

Seguro que sí. Se parecían el uno al otro tanto como dos carámbanos de hielo bajo el alero.

Cuando llegó apresuradamente un criado a decirle que el tejado de la vaquería tenía goteras, Claire dio gracias a los cielos porque la sacaran de sus agitados pensamientos.

No era nada urgente, pero salió a ver de todas formas y se levantó las faldas para abrirse camino con cuidado sobre los tableros entre los edificios. Pese a las precauciones, los pies se le empaparon. Era otra tontería, y lo sabía, pero salir de la casa y hacer algo le aliviaba de alguna manera.

Al echar la vista hacia atrás, vio al escudero con gesto de fastidio abriéndose paso entre el cieno. Con un toque de maldad, pensó que después iría tal vez a visitar los estercoleros.

Sin embargo, para cuando acabó de ordenar que retiraran los bancos de la vaquería para que no se estropearan y que fuera el pajero al día siguiente a arreglar el tejado, toda inclinación de hundir al perro guardián de De Lisle en la pestilente suciedad había desaparecido de su mente. Aquel pobre joven sólo cumplía con su deber.

De vuelta otra vez a la gran sala reparó de repente en que ocuparse de Summerbourne no era ya su obligación, ni de ella ni de su madre. Podría haber mandado al criado a que le contara a De Lisle sus problemas.

¡Ja! Un fiero lobo de guerra no sabría diferenciar entre la paja y las piaras.

Al pensar en piaras se acordó de que antes de la tormenta había nacido una nueva camada. Decidió entonces llegarse a las pocilgas, para encontrarse allí con los lechones que prácticamente nadaban en el barro y disfrutaban con ello. Se sorprendió al verse sonreír ante sus payasadas.

Era cierto. La vida seguía su curso.

-Saludables animales.

Claire se dio media vuelta y comprobó que el escudero había sido sustituido por su oscuro señor.

Se le congeló la sonrisa.

-¿Por qué no iban a ser saludables?

El guerrero se agachó junto a una de las vallas, que al punto pareció una astilla diminuta en contraste con aquella corpulencia.

-No sé gran cosa de ganadería, lady Claire, pero supongo que el que los animales estén saludables no es algo que ocurra por casualidad.

Era la primera vez que estaban tan cerca el uno del otro, y se descubrió a sí misma mirándole a la altura del pecho e intentando calcular la cantidad de tela que haría falta para cubrírselo. Se obligó a mirar hacia arriba y se encontró con sus ojos.

-¿De qué sabéis vos gran cosa?

Tenía los ojos realmente oscuros, un pardo marrón intenso, y lo suficientemente grandes como para ser agradables. Pero estaban inyectados en sangre y fatigados. Claire reparó en que el viaje debía de haber sido largo y duro, quizá incluso de noche, y se preguntó por qué. Por mucho que llevaran el cadáver de su padre, haber hecho un alto para dormir, sobre todo en medio de una tormenta, habría sido razonable. Tendría prisa por ver su nueva propiedad.

Y a su nueva esposa.

-¿De qué sé yo? -repitió él-. De armas, defensas, combates, armaduras.

-¿De cómo matar?

-Sí. Soy muy eficaz matando.

-¡Eficaz!

-Si os fueran a matar, milady, ¿preferiríais que lo hiciera alguien torpemente?

Claire se sujetó a una barandilla. ¿La estaba amenazando? El guerrero se puso erguido.

-Perdonad. No pretendía asustaros. Es simplemente la verdad. Si uno ha de afrontar la muerte ante una espada, su esperanza es que el que se la use sea hábil manejándola. Si es con un hacha, querría que utilizara bien el hacha. Si es por enfermedad, que la enfermedad fuera rápida.

Se quedó mirándolo, preguntándose si tendría en verdad algún sentimiento. En aquel momento, sonó el cuerno llamando para la comida y la joven vio la oportunidad de irse de allí. Se dio la vuelta con demasiada rapidez y se resbaló en el barro. Una enorme mano la cogió del brazo y la enderezó. Lo siguiente fue que se encontró transportada en brazos de aquel ser.

-¡Bajadme! -gritó desesperada como una niña pequeña, ¡y vive Dios que ella no era nada de pequeña! Pero le salió el pánico al verse tocada por él.

El guerrero se detuvo.

-¿En el barro?

-¡Sí!

Estaba tan cerca de su rostro que pudo verle la oscura barba incipiente y las pestañas, largas y espesas.

-Lady Claire -dijo el guerrero-, nadie sensato podría querer andar en medio de esta ciénaga. Si vos pudierais llevarme a mí, os dejaría encantado.

La joven sintió de pronto ganas de reírse y retiró rápidamente la vista, sorprendida y alterada al descubrir que aquel hombre no era mucho mayor que ella y era capaz de hacer una broma.

Quizá no había sido una broma.

Andar por en medio de los maderos embarrados no era fácil tampoco para él, pero era evidente que ella no le pesaba nada. Claire n estaba acostumbrada a sentirse tan indefensa.

Felice. Definitivamente. Tenía que ser Felice.

Pese a todo, no pudo negar el efecto que tenía aquel cuerpo contra el suyo. Sintió que se le encendían las mejillas y casi era capaz de contar los latidos de su corazón. Y no era miedo. Era, ella lo sabía, una re acción primitiva de toda mujer al estar junto a un hombre. Claire reconoció el peligro.

Las mujeres podían llegar a perder el juicio por aquel efecto. Una vez en tierra firme, él la bajó suavemente hasta el suelo, perdió la impresión de que intentó retenerla por unos instantes en sus brazos, unos instantes en los que Claire estuvo alarmantemente cerca de su cuerpo, mirando aquel bello rostro. Él le tocó la punta del pelo

-Una lástima.

Ella luchó contra su debilidad, contra aquella peligrosa atracción y utilizó el arma más certera.

-La muerte de mi padre es una lástima.

El guerrero movió los dedos sobre el absurdo cuero cabelludo de Claire. Ella se echó para atrás para apartarse de su brazo, lo hizo con lentitud, pero pudo comprobarse a sí misma que ni con toda su resistencia sería capaz de zafarse de aquel hombre. Contra su voluntad, la joven empezó a temblar.

Abruptamente, él la dejó apartarse.

-La muerte de vuestro padre fue verdaderamente una lástima, lady Claire. Era un hombre bueno y de espíritu noble -y tras decir eso, se fue a ocupar su lugar en la cabecera de la mesa.

Claire deseó poder sentarse en algún sitio apartado, lejos de él, de su perturbadora corpulencia, pero no le quedó más remedio que ir también hasta la cabecera y sentarse a su diestra.

## Capítulo 6

Alguien de la casa empezó a tocar una música, y el escudero trajo agua y un cuenco para que los comensales fueran lavándose las manos. Llegó la cerveza, y lord Renald sirvió a Claire y a la abuela, antes de llenarse su jarra. La joven pudo comprobar con alivio los excelentes modales del advenedizo. No tenía por qué sentirse culpable de endilgárselo a su tía. No había ninguna razón.

Entonces, ¿cuándo podría por fin huir de Summerbourne?

-Lady Claire -dijo él-, no intentéis malograr los planes del rey.

La joven se quedó mirándolo. ¿Acaso tenía el don de leer los pensamientos?

-Simplemente, estoy pensando que...

-Ya está acordado. ¿Cuándo nos casaremos?

Claire miró a su alrededor. Como si la ayuda fuera a aparecer de alguna parte. ¿De los ángeles del firmamento tal vez?

-Milord, mis tías tienen derecho a que les deis la oportunidad de conoceros.

-Ya las he conocido.

Claire emitió una risa nerviosa.

-En medio de la lluvia y en una difícil situación. Ellas deberían...

-Vos sois mi prometida, lady Claire.

Lady Agnes era la única comensal sentada lo suficientemente cerca para seguir la conversación que se traían, pero su rostro expresaba tan solo, si acaso, una leve sonrisa.

También Claire intentó sonreír.

-Pero eso no era lo que habíamos hablado, milord. -Fue el acuerdo que hicimos.

Tal vez hubiera ángeles a su alrededor. La llegada de los primeros platos interrumpió la conversación. Ella le sirvió la sopa y se puso después en su plato. Se concentró en comer, con la esperanza de que él no siguiera hablando.

Cuando logró calmar sus nervios, lo miró por el rabillo del ojo fin de captar todas las virtudes de aquel hombre para enumerárselas Felice.

Era el campeón del rey, lo que significaría sin duda que gozaba de favor del soberano.

Era bastante atractivo, para cualquier mujer a la que le gustaran 1as facciones cuadradas y los huesos grandes.

Tomaba la sopa con cuidado, sin tirar nada de la cuchara.

El peligroso momento que había estado en sus brazos le había servido para comprobar que no olía mal. Un ligero aroma a caballo y cuero, pero nada insoportable.

Él la pilló mirándolo y levantó las cejas.

Claire empezó a hablar de inmediato para que no le diera tiempo a retomar el tema de la boda.

-¿De dónde sois, lord Renald?

Tal vez en los cansados ojos de aquel hombre brillaba en ese momento un atisbo de regocijo.

-De Francia, milady. De una zona que se llama Sauveterre.

-¿La tierra salvaje? -A Claire le cuadraba todo.

-Es una región árida y escarpada.

Como él. Aunque no era exactamente escarpado. No...

-¿Echáis de menos vuestra tierra natal? -Claire formuló la pregunta con rapidez y se dio cuenta de que lo estaba observando con toda atención. Aquella vez, él hizo un gesto con los labios que delataba claramente un toque de humor, pero ella tembló al pensar que encontrara divertida.

-Tal vez todos echamos un poco de menos el lugar donde fuimos niños. Pero ahora Inglaterra es mi hogar, y me ha ido bien aquí.

Un pedazo de pan amenazó con quedarse adherido a la garganta de la joven. Claro que le había ido bien. Inglaterra le había concedido una heredad próspera y confortable. La joven agradeció que él le rellenara la copa y se bebió la cerveza de un trago.

De soslayo pudo ver que De Lisle la miraba, con una ceja levantada.

-¿Cuándo llegasteis a Inglaterra? -preguntó ella con rapidez.

-Vinimos de visita varias veces, pero nos establecimos aquí definitivamente tras la coronación de Enrique.

-¿Nos?

Él sonrió entonces aún más abiertamente, y Claire dejó por fin de sentirse como la presa acorralada por su depredador.

-Me refiero a mi amigo FitzRoger y a mí. Somos confréres desde hace mucho tiempo.

Confréres. Como hermanos. Compañeros. Compañeros de armas.

Volvió a sentirse atemorizada.

Había oído hablar de FitzRoger. Toda Inglaterra había oído hablar de aquel hombre. FitzRoger el bastardo, como solían llamarlo, por sus oscuros orígenes y probablemente también por su modo de ser. Por lo visto, era imbatible en los salvajes torneos que hacían en el extranjero y había sido nombrado Gran campeón del rey Enrique. Sería seguramente un tipo de hombre muy parecido a Baldwin de Biggin.

-Mi amigo se casó hace poco -continuó diciendo él, al tiempo que cortaba otra rebanada de pan y se la servía a ella-. Con una dama del norte, de un lugar llamado Carrisford. Quizá vos hayáis oído hablar de esa parte de Inglaterra.

-He estado allí-dijo Claire, sorprendida-. Es un impresionante castillo de piedra y guarda en su interior una gran cantidad de objetos de arte. Lord Bernard, al igual que mi padre, es un hombre estudioso y sabe apreciar las cosas bellas.

-Siento deciros, milady, que lord Bernard ha muerto. Aquellas palabras coincidían con lo que Claire recordaba.

-Sí. Ya nos enteramos. Una triste noticia.

Pero en aquel momento, estuvo a punto de atragantarse otra vez con un trozo de pan. Lo que ella había oído era que lord Bernard había muerto a causa de unas fiebres después de hacerse una pequeña herida en una cacería. Todos en Summerbourne se apenaron mucho por su muerte, era un buen hombre. Pero nadie sospechó que hubiera pasado otra cosa.

Ahora Claire lo dudaba. La muerte de un noble; y su hija, la tierna y dulce Imogen, entregada a otro de los favoritos del rey. ¿Le habrían dicho a ella también que se casara de inmediato, obligándola a ir al altar con un hombre aún más corpulento y brutal que este otro?

Claire retiró su tazón.

-¿No os gusta el potaje, milady?

-Hoy no tengo mucho apetito.

Pensó por un momento que la iba a obligar a comer. Pero no lo hizo. Tampoco la forzó a seguir hablando, sino que se puso a charlar con su abuela. Claire se volvió hacia el administrador del advenedizo que estaba sentado justo al otro lado.

-¿Lleváis mucho tiempo con lord Renald, Hermano?

Aquel joven tenía un rostro amable, aunque indefinido, y el cabello de color castaño claro. Sus ojos reflejaban una mente despierta entusiasta.

-En absoluto, señora.

En ese momento, Claire no sabía qué otra cosa preguntar, más que nada porque se había quedado dándole vueltas a la historia de Carrisford.

-¿Qué os parece Summerbourne?

-Fue todo lo que se le ocurrió.

-Un lugar muy agradable y parece también próspero -dijo joven, sonriendo-. Yo soy del norte, señora, que es una tierra mucho más dura.

Mantuvieron así una desganada conversación hasta que concluyó la comida. Después, Claire pudo retirarse a sus aposentos a darle vueltas a la muerte tan oportuna de lord Bernard de Carrisford.

Primero, lord Bernard. Ahora, su padre. Dos importantes propiedades, repentinamente en manos de los favoritos del rey.

¿Sería la muerte de su padre algo más que un accidente en una talla? Detestaba hasta pensarlo pero, ¿lo habrían asesinado?

Su padre siempre había creído que Dios defendía a los justos, pero ¿sería Dios capaz de proteger contra el asesinato? Eran demasiad los ejemplos que indicaban que no. Simplemente andando por los caminos, cualquiera podía ser atacado por soldados descontrolados: forajidos. Uno de sus tíos había muerto así, y seguro que era me' persona que el asesino.

No, Dios no se inmiscuía en las vidas corrientes, preocupándose que todo fuera justo. Las cosechas eran malas muchas veces y la ge se moría de hambre. Había incendios que destrozaban casas. Hacía sólo unos días, la dulce hija pequeña del tonelero se había ahogado Pero si lo habían asesinado, ¿qué debían hacer ellos ahora? ¿Qué podían hacer?

Claire se fue al piso de abajo a la habitación de su madre, su nueva habitación, el pequeño cuarto que había junto a la alcoba matrimonio y que antes solía utilizarse para los bebés.

-¿Imogen está casada con ese FitzRoger? -preguntó su madre, que llevaba ya puesto el camisón-. Bueno, por lo poco que sabemos, es un hombre de bien.

-¿FitzRoger el bastardo? Madre, La muerte de lord Bernard fue tan inesperada... Y ahora padre...

-La muerte de Clarence no ha sido en absoluto inesperada, Claire. ¿Qué tontería es la que se te ha ocurrido ahora?

La joven se retorció las manos, preguntándose si su madre se ha trastornado con todo aquello.

-¿Acaso sabes exactamente cómo murió padre? La madre se llevó la mano a la garganta.

-¿Cómo puedes preguntarme eso a...?

-¡Necesito saberlo! Saber si fue una muerte... justa. Lady Murielle emitió un profundo suspiro.

-Murió de una herida de espada que le entró directa al corazón, Claire. Por delante, vestido él con la cota de malla. Eso sólo pudo ocurrirle en una batalla. Y ahora, te ruego por favor que dejes ya de reinar en todo eso.

-¿En qué batalla? Tal vez debiéramos preguntar dónde y cuándo...

Lady Murielle dejó caer los brazos con enojo.

-Claire, yo no quiero saber dónde ni cuándo. ¡Qué mas da ya! La hija miró en derredor como temerosa de que alguien se hubiera colado en el cuarto y estuviera espiándolas. Después, dijo en voz queda:

-¿Y si el rey hubiera acordado de alguna manera la muerte de padre?

La madre la sujetó por los hombros con fuerza.

-¡Claire, Claire! ¿Es que quieres que te acusen a ti también de traición? ¡Qué más da si fue el mismo Enrique Beauclerc quien mató a tu padre con sus propias manos! Clarence apoyó una invasión de los acusados de traición. La invasión fracasó y ahí se acabó todo. Lo único importante ahora para ti es que te cases con lord Renald.

-Pero...

-¡Claire, piensa! Piensa en la difícil situación de tu hermano. ¿Quieres verlo hecho un mendigo?

Claire se mordió los temblorosos labios. Amaba a su hermano, pero deseaba que su madre tuviera en cuenta también sus sentimientos.

-Es mi vida, madre. Mi vida entera.

Lady Murielle aflojó la presión sobre los hombros y le acarició suavemente las mejillas.

-Deberías haberte casado hace años, hija mía, y aquí tienes por fin un hombre apuesto y elegante para ti. Sé que es duro estando tan reciente la muerte de tu padre, pero en todos los demás aspectos es una excelente unión. Estoy segura de que será un buen marido.

Claire se quedó mirando a su madre.

-Está hecho de granito y tiene el alma de plomo. Habla de la muerte como podríamos hablar tú y yo de costura.

La sonrisa en los labios de su madre se paralizó por unos instantes, pero no dejó de sonreír.

-Tienes demasiada imaginación. El día de hoy no ha sido más fácil para él que para nosotros. Dale tiempo para que te muestre su lado amable.

¿Qué lado amable?, se preguntó Claire, pero en silencio. Para que hablar. Su madre sería capaz de ver virtudes en el mismo Satanás si pudiera ofrecerle seguridad a su vulnerable hijo.

Volvió a su habitación tragándose las lágrimas; lágrimas de abandono. Se aferró a la idea de que empezaba a oscurecer y de que pronto podría escaparse de allí. Ir adonde estaba Felice y convencerla que se casara con Renald de Lisle.

Llamó a Prissy y a Maria para que le prepararan la cama. Tras desnudarse, se metió entre las sábanas mientras las dos mujeres disponía g sus camastros en el suelo. Sólo tenía que esperar, esperar a que todo Summerbourne estuviera profundamente dormido.

Le costaba trabajo acostumbrarse a dormir sola en la cama grande Cuando pensó en cuánto había cambiado su mundo en sólo un día, no pudo contener las lágrimas, que fluyeron sin cesar, aliviándola. Se dejó por fin sumir en el sueño y se despertó después, con una estrella que brillaba en la oscuridad.

A lo lejos las campanas del convento tocaron maitines. Medianoche. Era ya la hora adecuada, incluso algo pasada. Saltó de la cama y vistió. Después abrió el baúl y sacó la cuerda. Esforzándose por hacer ruido, la ató con firmeza a la argolla que había junto a la ventana.

Al mirar hacia fuera, a la oscuridad de la noche, el corazón se aceleró. La medianoche era la hora oscura, el momento propicio p los monstruos y la magia negra, cuando por todas partes acechaban demonio. No había salido nunca de Summerbourne por la noche Pero de inmediato recordó que la fortaleza no estaba ya segura a ninguna hora, ni siquiera para acurrucarse junto al fuego del hogar. La medianoche lo había invadido todo en la forma del nuevo señor. Todos salvo los guardias dormían. A la luz de la media luna, pudo ver a dos que caminaban por la empalizada. Debían de ser hombres de Summerbourne, pero aun así podían dar la voz de alarma. Esperó hasta que estuvieron lo más lejos posible, se deslizó por el alféizar y, después, bajó rápidamente por la cuerda.

Una vez abajo, la tierra estaba algo más estable que los días anteriores y no le costó trabajo llegar hasta la puerta posterior. Se alegró de conocer tan bien el camino, pues la escasa luz de la luna no era de gran ayuda en medio de las sombras e incluso le resultaba engañosa a los ojos. En ningún momento dejó de imaginarse a De Lisle con su larga capa negra, merodeando en cada esquina.

Se santiguó. «Dulce Virgen María, protégeme de los demonios de la noche.»

La puerta posterior estaba detrás de las cuadras, justo al otro lado de la entrada principal a Summerbourne. Era una trampilla, que le llegaba por la cintura, protegida por barrotes en la parte de dentro y prevista para huir en una situación desesperada. Claire pensó que también

podrían entrar por ahí para atacar Summerbourne, pero no sería fácil, pues era preciso ir a gatas para atravesarla.

Levantó la tranca, abrió la puerta y se agachó para cruzarla. Después de volver a cerrarla con sumo cuidado, se resbaló por la parte embarrada de la zanja, suplicando en su interior que no la estuviera viendo ningún guardia. Confiaba en que no estarían alerta. Los hombres armados estaban acampados fuera como defensa de refuerzo, y si el enemigo quería entrar, no tenía más que llamar.

Se sorprendió del olor espantoso que había allí y cayó en la cuenta -ya demasiado tarde- de que la lluvia habría llenado la zanja con las asquerosas aguas de drenaje. Se hundió hasta las rodillas y tuvo que reprimir un grito de repugnancia. Conteniendo la respiración y con la nariz tapada, atravesó la charca. Para cuando subió por la otra orilla, también resbaladiza, el hedor era ya parte consustancial de ella.

Se quedó tumbada sobre la hierba unos momentos, reflexionando en que no había pensado en cómo iba a acercarse a un campamento de hombres armados y colarse en una de las tiendas.

Una vez más, había sido demasiado impulsiva. Las lágrimas le vinieron a los ojos, y no estaba segura si eran de desesperación o de los efluvios que ella misma emanaba.

Con resolución, recobró la calma. Era su vida lo que estaba en juego. Se encontraba fuera. Eso era un logro. Ahora, tenía que dar vuelta a la mansión de alguna manera y llegar al enclave en el que estuvieran sus tías. Según se puso de pie, decidió que si los hombres De Lisle la descubrían, lo más probable es que la llevaran junto a sus tías e informaran después a su señor.

No ocurriría más que eso. Resultaría fácil. Para cuando el guerrero fuera hasta la tienda, Felice sería ya una entusiasta novia.

De pronto descubrió que no iba a ser tan fácil.

Para empezar, no podía ir hasta allí caminando. Su padre no había sido un hombre de armas, pero tenía la fortaleza bien segura. Nadie podía infiltrarse subrepticiamente en la mansión porque todo el terreno que la rodeaba estaba completamente despejado y las ovejas pastaban allí.

Intentó pasar inadvertida andando con medio cuerpo dobla pero aquello lo único que hizo fue aumentar su compasión por su abuela. Decidió al final caminar a gatas entre la hierba llena de barro con la incomodidad de sus propias faldas que le impedían avanzar. Confió en que si los guardias la veían desde lejos creyeran que era oveja.

Se mordió el labio. Pensó que en realidad eran todos ovejas para el lobo de De Lisle. Pensó que la medianoche sería la hora más apropiada para él. Deseó entonces estar totalmente equivocada y que todos en Summerbourne durmieran a pierna suelta.

Llegó hasta la esquina de la empalizada con tan sólo unos cuantos encuentros con ovejas a su alrededor, lo que vino a empeorar su desastroso aspecto. Únicamente recorrer ese lateral, y casi habría 1legado. Oyó entonces algunas voces a sus espaldas. ¡Alguien había descubierto la puerta posterior sin la tranca!

Se levantó para echar a correr, pero se contuvo reparando en que de ese modo se delataría al instante. Los guardias de la empalizadas estaban respondiendo a vagas preguntas. Se tumbó de cuerpo entero sobre el empapado suelo y permaneció allí quieta. Tal vez no supiera que ella se había escapado y creyeran simplemente que no habían dejado bien cerrada esa puerta.

Entonces recordó que había dejado la cuerda colgando de la ventana.

¡Qué tonta! ¡Impulsiva y tonta!

Se hizo el silencio, como si el mundo entero contuviera la respiración.

¿Qué estaba pasando? ¿Se habían dado por rendidos y habían vuelto a la cama?

¿Podría moverse ya?

Oyó un ruido cerca de donde estaba. Imaginaciones suyas.

No. Lo oyó otra vez. Alguna oveja.

O tal vez un conejo que salía de su madriguera. ¿Un duende? A lo peor era incluso...

No podía soportarlo más. Lentamente, volvió la cabeza para mirar al otro lado. Una enorme y oscura sombra que bloqueaba la visión del cielo empezaba a agacharse...

Al primer roce, Claire intentó huir desesperadamente. Una mano la agarró del vestido y la frenó. Antes de que pudiera gritar, su cuerpo se elevó por encima del barro y fue a parar sobre un inmenso hombro, como un fardo de ropa vieja.

¡El lobo!

Aterrorizada, la joven lo pateó y le golpeó la espalda con fuerza. Un fuerte y doloroso guantazo en el trasero la dejó inmovilizada, pero sin dejar de ser presa del terror. ¿Que haría ahora con ella?

Junto a la puerta posterior, prácticamente la tiró.

-Entrad.

No era momento de discutir. Claire se agachó para atravesar la trampilla y cuando se dio la vuelta pudo verle a él, que entraba tras ella gateando. Lo apretado de la situación no aminoró su pavor. Dos sirvientes del castillo esperaban al otro lado con antorchas, pero no la ayudaron.

El escudero de De Lisle, encargado de guardarla, llegó hasta allí y la miró con cara de disgusto. ¿Le castigarían también a él?

Claire puso la espalda bien erguida, haciendo como si no estuviera cubierta de barro, impregnada de un insoportable hedor y aterrorizada.

De Lisle la agarró de la mano y la arrastró hacia la sala. Ella no protestó. Era plenamente consciente de que aquel hombre podía espachurrarle todos los huesos. Además, empezó a reparar en que su plan había fallado. No iba a quedarle más remedio que casarse con él, el hombre con el alma de medianoche.

El guerrero se detuvo un momento, y todavía no habían llegado a la sala.

Al echar un vistazo en derredor, Claire se dio cuenta de que estaban junto al pozo. ¿La iba a arrojar dentro?

-Josce, saca agua.

La joven se quedó mirándolo, casi a punto de perder el juicio.

-¿Qué vais a hacer?

-Limpiaros, mujer insensata.

-Podría bañarme...

-Estáis demasiado sucia para bañaros. Y después de cargar con vos, yo también.

Cogió el cubo que le tendió su escudero y vertió toda el agua sobre la joven.

Ella gritó ante la gélida inundación, pero cuando intentó echar a correr, el guerrero la agarró del pelo. Al instante, otro cubo de agua empapó, y empezaron a castañetearle los dientes.

-Ya no más, por favor -dijo con voz ahogada-. Perdonad

-Esto no es un castigo -el hombre se dio media vuelta con brusquedad, al tiempo que movía la cabeza-. Iros. Vuestras criadas ya estarán preparadas. No toquéis nada hasta que no os hayan desnudado y os hayan lavado.

Claire estaba demasiado asustada para entender lo que le había dicho. Pero le pareció entender que le concedía un aplazamiento. Corrió hacia la seguridad de la sala.

Prissy la estaba esperando, todavía medio dormida, pero lo suficientemente despierta para sorprenderse al verla con tal aspecto.

-¡Lady Claire! ¿Qué ha pasado ahora?

La llevó con premura hasta la cocina donde había una tina preparada. Claire tuvo que aceptar que ser desvestida e introducida en caliente y aromatizada con especias no era la cosa más terrible que había ocurrido en su vida.

Pero cuando empezaron a restregarle el cuerpo, no pudo con el llanto.

Lloraba porque su plan había fallado y sabía perfectamente aquel hombre no volvería a darle otra oportunidad.

Lloraba también de miedo, porque él había dado a entender que el castigo estaba aún por llegar. En la afable casa de su padre, las reprimendas eran poco frecuentes y en todo caso leves. Pero había historias de otros sitios, y el recuerdo del guantazo que le había propinado en el trasero, en combinación con su enorme cinturón de cuero, la llenó de terror.

Fue el miedo lo que la mantuvo dentro del agua hasta bastante después de que se hubiera enfriado. Al final, Prissy le acercó una toalla

-Salid ya, lady Claire. Os vais a arrugar como una pasa si seguís más tiempo ahí dentro.

No tuvo más remedio que levantarse y dejarse envolver por aquel tejido seco y cálido. A los escasos minutos, estaba otra vez vestida con una enagua limpia.

-Sólo necesito una manta para cubrirme e ir a mi habitación, Prissy.

La criadita la miró con extrañeza.

-Si así lo queréis, milady... Pero él os está esperando para hablar con vos.

-¿Ahora? -preguntó Claire, casi como dando un alarido. Se aclaró la garganta y lo repitió-: ¿Ahora?

-Sí, ahora. Y si queréis saber mi opinión, ese hombre tiene más paciencia que un santo. ¿Cómo habéis salido de la casa de ese modo? En que estaríais pensando...

Claire hizo caso omiso del comentario. Ahora.

La estaba esperando en ese mismo momento, sin duda cada vez más enfadado.

-¡Apresúrate, Prissy!

La criada había traído uno de los mejores trajes de su dueña: un elegante vestido de lino color crema y una casaca verde claro, con bordados de flores rosas y cremas. Claire se sentía demasiado cansada y temerosa como para protestar. Y era más que posible que ponerse algo atractiva fuera una buena idea. Tal vez así lograría aplacar la ira del guerrero.

Lamentó profundamente lo de su pelo.

Armándose de todo su valor, la joven se dirigió por el pasillo hasta la sala. Confió en su interior en que él no pudiera oír cómo le castañeteaban los dientes.

La esperaba en la penumbra, con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho, el ceño fruncido y la mirada perdida en la oscuridad. Al sentirla llegar, se puso erguido, adoptando de inmediato su mortífera actitud. Claire no pudo contener un grito de pavor y retrocedió unos pasos.

Él se relajó y la recorrió con los ojos, rápidamente una vez, y una segunda vez más lentamente.

-Tenía yo razón. Mejoráis mucho estando limpia.

«Más sabrosa estarás para mis grandes y blancos dientes.» Claire decidió que sería más indicado permanecer callada, sobre todo porque no estaba muy segura de ser capaz de hablar con coherencia. Con un ligero movimiento de cabeza, el hombre dijo:

-Al gabinete ordenándola claramente que se encaminara hacía allí por delante de él.

Claire obedeció con prontitud. Si lograba mantener recta la espalda, tal vez no notara su miedo. No quería darle la satisfacción de que la viera temblar.

Pero no había previsto el modo en que la iba a afectar aquella habitación de su padre. Los dos habían pasado muchas horas juntos Alguien había encendido el candelabro grande. Pese a que aquel hombre extraño se hubiera apropiado de la habitación, en la cálida 1uz de las velas, casi parecía como si su padre acabara de salir.

Su piel de conejo seguía extendida sobre el banco, esperando a cogida por sus manos Claire recordó cómo se cubrían los dos aquella piel los días de invierno, mientras la enseñaba a leer.

Faltaban la mayoría de sus libros, pues los habían guardado en baúles y cofres, que eran también piezas de arte. Sí seguía estando sin embargo, uno de sus libros, abierto sobre el atril. Se levantó después de haber estado leyéndolo y partió para unirse a la rebelión. lo había dejado así, esperando que volvería.

Las grandes cortinas se mecieron con un suave soplo de aire entró por las persianas abiertas, y fue como si toda la habitación suspirara.

Claire se tapó la boca con la mano, intentado contener el dolor que le subía del pecho y le abrasaba los ojos...

No quería... No podía... Dejó correr el llanto.

Hubo algo grande y fuerte sobre lo que llorar, sobre lo que desahogarse mientras derramaba sus lágrimas por la agonía de la pérdida Sintió odio hacia su destino, hacia el firmamento y hacia el usurpador Rey de Inglaterra que había resultado ser semejante amigo ingrato.

Cuando cayó en la cuenta de que era Renald de Lisle sobre quien estaba llorando, se apartó, retrocedió unos pasos y se restregó la con la mano para limpiarse aquellas traicioneras lágrimas. ¡Oh, santo! Él era el último hombre que podía verla así.

Se dio la vuelta, se retorció las manos e inspiró profundamente, forzándose por recobrar la calma. Cuando decidió que estaba pre rada para hablar, lo miró de frente.

-Entonces... -la voz le salió tan quebrada que se aclaró la garganta tragando saliva antes de continuar-. Entonces, ¿qué vais a hacer conmigo?

El hombre la observó detenidamente con mirada escrutadora, en medio de las sombras y los oscuros brillos de la habitación.

-Según parece, voy a casarme con vos, lady Claire. Ella movió la cabeza con orgullo.

-No me refiero a eso. Sino ahora, ¿qué castigo me vais a infligir? Se hizo el silencio. De nuevo, empezaron a castañetearle los dientes y no fue capaz de controlarlos.

De repente, él negó con la cabeza.

-No me preocupan las pequeñas palizas, lady Claire. Iré llevando la cuenta de vuestros delitos hasta que considere que os merecéis una buena reprimenda. -Recorrió la habitación con la mirada-. Vuestro padre tenía muchos libros. ¿Disfrutáis vos también con la lectura?

Atemorizada aún, pero empezando a sentir que de momento se había librado, contestó:

-Sí.

-Mandaré que los lleven a la alcoba matrimonial para que los utilicéis allí cuando nos hayamos casado.

-Pero vos...

-Yo apenas puedo distinguir las palabras, milady. No me sirven de nada. Pero si vos los habéis leído -añadió, con algo de ironía en la voz-, esperaba que os comportarais con más sapiencia. ¡Por todos los santos! ¿Pensasteis en lo que estabais haciendo?

Claire intentó por un momento inventarse alguna historia, pero al final sólo se le ocurrió decir la verdad.

-Quería hablar con Felice. Él levantó las cejas.

-¿Y para eso atravesasteis una zanja llena de agua putrefacta?

-Estaba desesperada.

-¿Por qué?

Atenazada otra vez por los nervios, habló atropelladamente.

-Esperaba convencer a mi tía de que se case con vos, lord Renald. Está bastante ansiosa por...

Se interrumpió al oírse a sí misma tan sumamente insultante. Debiera haber aprendido a no preocuparse de las sensibilidades de otros. A aquel hombre le resbalaban esos miramientos. De hecho, le pareció ver un atisbo de interés en sus ojos.

-Una esposa deseosa de serlo es atrayente. ¿Estaría ella más dispuesta que vos?

Claire no había previsto tener que convencerle a él de las ventajas de esa unión.

-Estoy segura de que sí. Tiene muchas ganas de casarse y le encantaría alguien como vos, un hombre que goza del favor del rey ¯Era un buen momento para darle algunas indicaciones sobre como complacer a Felice-. Ella tenía miedo, milord, de primera impresión resultáis un poco sobrecogedor. Pero estoy convencida de que podréis asegurarle...

El hombre levantó las cejas.

-Tal vez soy en verdad sobrecogedor, lady Claire.

-¡Oh, no! Estoy segura de que... -se interrumpió, porque estaba segura de nada de lo que estaba diciendo-. Seguro que no s tan malo como... -aquello era casi peor. Él volvió a levantar las cejas Pero un sutil movimiento de los labios delató su actitud de depredador.

Igual que un lobo al observar a un conejo acorralado. Claire tomó aliento.

-Si os mostráis ante Felice con toda la amabilidad y finura de sois capaz, milord, ella estará encantada, estoy segura.

-Amabilidad y finura. -El hombre se llevó la mano a la boca para acariciarse los inquietos labios con los nudillos-. Ya entiendo. Pero ¿por qué he de querer yo a lady Felice por esposa?

-Es muy bella. Tal vez no pudisteis verla bien bajo la lluvia, Claire buscaba elogios en su mente-. Y dotada para la música. También es buena administradora. Muy parca.

El hombre esbozó una auténtica sonrisa, y Claire se sorprendió por dentro al sentir un ligero atisbo de arrepentimiento, la leve sospecha de que pudiera haber algo en aquel ser que mereciera la pena.

La sonrisa iluminó también sus oscuros ojos.

-¿Os estáis replanteando algo, lady Claire?

-¡No! -replicó ella al punto.

Pese a sonreír, aquel hombre vivía siempre en las sombras de medianoche, manchado de sangre. Había elegido la violencia como forma de vida. Era un espada sangrienta, sin interés alguno por el arte o la belleza. Había llegado hasta allí para apropiarse de las posesiones de su padre y era incapaz de disfrutar con las de más valor.

La sonrisa se le borró del rostro.

-Lady Felice da la impresión de ser muy orgullosa y de lengua hiriente. Tal vez yo tarde mucho en enfadarme, pero no soporto la insolencia.

-Lo de Felice no es insolencia exactamente. Lo que le pasa es que... que le gusta expresar sus opiniones.

-¿Y a vos no?

Pese a lo poco que se habían tratado, él ya sabía que aquello no era verdad.

-Mis opiniones son más moderadas, lord Renald.

-¿Ah, sí? ¿Entonces si nos casamos llegaréis a ser dulce y hacendosa?

A Claire no le estaba gustando el rumbo que tomaba la conversación.

-Felice es mucho más apropiada para ser vuestra esposa, milord. No olvidéis que es la mayor.

-En todo caso, lady Felice no quiere ser mi esposa. En las pocas palabras que hemos cruzado, fue incluso menos amable que vos. Creo recordar que dijo algo de mi baja estofa y mis malos modales.

-Estaba aterrada, señor. Eso fue todo. Todos teníamos mucho miedo. Ahora que ha tenido tiempo para pensar, cuando os conozca... Él elevó las cejas una vez más.

-Pero vos me habéis conocido, señorita, y estáis deseosa de huir. Las mejillas que se ruborizan al menor sentimiento de vergüenza siempre han sido un fastidio. Claire probó a decir la pura verdad.

-Yo tengo especial aversión hacia la violencia, milord. Hacia los hombres que viven de ella. Si me caso alguna vez, será con un hombre de paz.

-Es bastante difícil casarse con un monje.

-Mi padre no era un monje.

-Vuestro padre era especial -dijo él, con rotundidad- y ha muerto demasiado joven.

-No hubiera muerto joven si...

-¿Si se hubiera molestado en prepararse para la guerra? -sugirió De Lisle, pero la mirada de sus ojos indicaba claramente que sabía que no era eso lo que ella iba a decir. Sino que estaría todavía vivo si Enrique Beauclerc no se hubiera apoderado de la corona.

Claire dio la espalda a aquel tormentoso hombre.

-Os lo ruego, milord, dejadme al menos escribir a Felice. Estoy segura de que podré convencerla de que son muchas las ventajas de casarse con vos.

-¿Por qué no me las decís a mí de una en una? Puede resultarme muy agradable.

Claire pasó por alto aquella frivolidad y se quedó esperando una respuesta.

-Muy bien.

La joven volvió a mirarlo de frente, con recelo.

-Escribid ahora esa carta -dijo él, señalando hacia los pergaminos y las tintas que había sobre el escritorio-. Mandaré que la lleven al campamento y que despierten a vuestra tía para que la lea. -Tras decir eso, movió el candelabro de pie, para que tuviera más luz.

Curiosamente, aquel gesto puso fin a la difícil situación. Claire apenas podía ni mover el pesado candelabro de hierro, y sin embargo él lo había levantado con una sola mano y lo había dejado sobre el escritorio con absoluto control. Fue la prueba de que él desterraba por completo su intrigante sonrisa y su actitud de misterio.

La joven se sentó ante la mesa y fue eligiendo un pedazo de vitela mientras pensaba en lo que iba a escribir. Acto seguido, comenzó poner en palabras los argumentos que tenía preparados. Releyó el escrito y no lo encontró muy convincente. Eran todas cosas más bien negativas. ¿Cuáles serían las cosas positivas que buscaría Felice en un «hombre importante»?

Claire escribió que era apuesto y con aspecto saludable. Se devanó el cerebro por despertar el interés de su tía. Se extendió algo más sobre aquellos dos puntos. Llegó incluso a mencionar su sonrisa. Aun así, no parecía suficiente.

Sabía que Felice estaba muy interesada en los asuntos del lecho nupcial pero que tenía miedo de los hombres grandes. Grandes en determinadas partes. Por las historias que le habían contado, estaba convencida de que las mujeres de caderas pequeñas corrían el riesgo de ser desgarradas en la noche de bodas. A menudo había llegado a ruborizar a Claire llamando su atención para que se fijara en la entrepierna de los hombres y se imaginaran juntas el tamaño de su miembro. El deseo de casarse con un «hombre importante» que no fuera <<grande>> hacía aún más difícil la elección de un marido para ella. Aunque le repugnaba la idea, especuló en su carta sobre estas cuestiones.

¡Menos mal para ella que aquel hombre no supiera leer! Releyó la carta una segunda vez, plenamente consciente de su culpabilidad por haber sobrepasado con mucho los limites de la exactitud . Ella no tenía ni la más remota idea del tamaño del miembro viril de aquel hombre ni de sus habilidades para el amor. Dudó por unos momentos si tachar lo que había escrito.

Al final, dejó la pluma sobre la mesa y le entregó la carta. En cualquier caso, los miedos de Felice eran totalmente infundados. Las mujeres estaban hechas para que los hombres pudieran entrar en ellas aparte de la virginidad, no tenían por qué hacerles ningún daño.

El guerrero enrolló el pergamino y se lo puso en el cinto.

-Ahora, lady Claire, ¿qué hago con vos el resto de la noche?

La joven se estaba echando hacia atrás en el asiento, pero al oír aquellas palabras se quedó petrificada.

-¿Qué queréis decir? Tengo la intención de volver a mi cama.

-Pero ¿permaneceréis en ella?

-No tengo ninguna razón para ir de acá para allá.

-Tampoco la teníais antes.

Claire se puso de pie para mirarlo de frente.

-Vais a tener que confiar en mí, lord Renald.

-¿Por qué? -Mientras hacía esa pregunta, el hombre caminó hasta la puerta y la abrió, dejando ver al otro lado a su escudero, al que pilló medio dormido.

-¡Milord! -gritó el muchacho al ver a su señor.

-Ve a buscar al chico, a Thomas. -De Lisle se volvió hacia Claire-. ¿En qué cuarto duerme?

-Con algunos criados en el piso de arriba. Pero no podéis...

-Con un rehén me aseguraré de que vos estaréis aquí por la mañana.

-¡Tenéis a mis tías en el campamento!

-Pero sospecho que vuestro hermano os importa más. -Volvió a mirar a su escudero.

-¡No, os lo ruego!

Cuando él se dio la vuelta lentamente, Claire añadió:

-Se asustará mucho.

-No voy a colgarle de los pulgares, milady, a menos que vos os escapéis, claro está. Dormirá conmigo y mis hombres. Es lo más adecuado.

-¡Lo más adecuado!

-Tiene que recibir instrucción para ser paje.

-Pero... -Claire no era capaz de pensar en ningún argumento racional. Únicamente se imaginaba el terror de su hermano al ser despertado en medio de la noche y tener que compartir habitación con aquellos brutales seres.

-No, os lo ruego. Os doy mi palabra de que estaré aquí por la mañana.

Lord Renald la miró en silencio durante largo rato, hasta el punto de que Claire tuvo ganas de ocupar las manos en algo. Al final se descubrió a sí misma humedeciéndose los labios nerviosamente.

-Josce necesita dormir -dijo De Lisle con brusquedad-, y yo también. Así que confiaré en vos. Pero os lo advierto, milady: si me engañáis, no pararé hasta encontraros, y vuestra lista de delitos estará, definitivamente, completa.

El Hermano Nils hizo una gran esfuerzo por salir de sus más profundos sueños para encontrarse con el mismo diablo, que le cogía por los hombros. Al punto se dio cuenta de que se trataba de lord Renald, en medio de la oscura habitación. Su señor le ordenaba con un gruñido que saliera de la alcoba. No le quedó más remedio que seguirlo. Habían pasado la noche anterior cabalgando sin parar. ¿Sería en verdad humano aquel hombre?

Frotándose los ojos, fue tras él hasta el gabinete, donde le entregó bruscamente una carta.

-Leédmela.

¿A esas horas de la noche? Pero Renald de Lisle, aunque era un buen señor, no era muy proclive a las argumentaciones. Nils desenrolló lo que era claramente un trozo de vitela. La caligrafía, sin embargo, era muy buena, propia de los mejores documentos. «Para Felice de Summerbourne de su afectuosa sobrina, Claire.» Nils levantó la vista con sorpresa, tanto porque la dama escribiera tan bien como porque su señor le pidiera que le leyera un documento privado.

-¡Venga!

El monje se encogió de hombros. La dama no tardaría en convertirse en la esposa de su señor.

«Mi querida Felice: Te escribo acerca de Renald de Lisle y su petición de contraer matrimonio con una de las doncellas de Summerbourne... »

Nils leyó primero lo que parecía ser una conclusión de una conversación mantenida con anterioridad a la carta. En los términos de la misma, se hacía mucho hincapié en que el poco deseado esposo no estaría presente en la casa la mayor parte del tiempo.

-Como un animal salvaje -comentó lord Renald-. Mejor aspecto desde lejos. -Nils tuvo que contener una sonrisa, porque sonaba exactamente a cómo era en realidad.

-¿No tiene nada más positivo que decir?

-¡Oh, sí, milord! Dice también: «No creo que su esposa lo encuentre intolerable mientras esté en Summerbourne. No ha levantado la voz ni ha golpeado a nadie. No ha roto nada por torpeza o ira, y come con buenos modales y las manos limpias.»

Según iba leyendo, Nils miraba de vez en cuando a lord Renald tratando de imaginarse qué le estaría pareciendo todo aquello. No muchos hombres tienen la oportunidad de leer un análisis tan franco de sus propias faltas y virtudes.

Renald se limitó a preguntar:

-¿Es eso lo mejor que se le ha ocurrido?

-Eh..., no, milord. «En el poco tiempo que lo viste en el campamento, Felice, y con la capa de agua, tal vez no te hayas dado cuenta de que lord Renald es un hombre guapo...»

-Ah.

Nils levantó la vista y completó la frase: —...dentro de ser de los corpulentos.»

-Debería conocer a Luc el Gordo.

Nils se rió por aquel comentario, pero siguió leyendo con curiosidad el extraordinario documento:

-«Tiene aspecto de gozar de una excelente salud y no le falta ningún diente, al menos por la parte de delante. En la piel, se le ve sano, y no tiene cicatrices ni imperfecciones. No despide ningún mal olor que pudiera ser signo de problemas internos o falta de limpieza...»

El monje no pudo evitar levantar la vista de la carta para ver la reacción de su señor.

-Es todo de lo más halagador.

Como solía ocurrir, Nils no pudo saber si lord Renald se estaba divirtiendo o todo lo contrario. Él, sin embargo, estaba a punto de perder el control de su voz:

-«Aunque sí huele bastante a caballo, cuero y esas cosas. En realidad, es lo normal en este tipo de hombres, y estoy segura de que no te costará nada convencerle de que se desnude y se lave antes de tener relaciones íntimas si ese es tu deseo...»

-Lady Claire es muy perspicaz para valorar el carácter de la gente.

Nils no pudo contener por más tiempo las carcajadas, y tuvo que restregarse los ojos con las mangas del camisón.

-¿Hay más?

-¡Oh, sí, milord!

-¿En la misma línea?

-Supongo... -Nils leyó un poco más en silencio y levantó la vista, con cierta expresión de alarma.

-Seguid.

El clérigo empezó a sentirse culpable por leer aquella parte, pues era evidente que la dama no quería que la oyera lord Renald.

-«Y lo que es más, Felice, estoy bastante segura de que lord Renald será un amante entusiasta y delicado. Por la forma en que mira a las criadas bonitas, no hay duda de que le interesan esas cuestiones. Pero como veo que no las molesta de ninguna manera, interpreto que. debe de ser atento y refrenado en el amor, lo que seguramente es bueno en un compañero de lecho. Y, aunque es un hombre grande, estoy segura de que sus atributos masculinos deben de ser... » -Nils dudó, si cambiar el texto, pero no se le ocurrió cómo- «...comedidos...»

-¿Comedidos? ¿Como los apocados?

-«Y creo que será capaz de utilizar su ...» Aquí ha tachado algo señor, no sé bien lo que quiere decir.

-Yo sí, pero tengo mucha curiosidad por saber exactamente que ha escrito.

Nils acercó el trozo de pergamino a la vela y lo miró agudizando la vista.

-Ah. «...capaz de utilizar sus genitales...»

Lord Renald no dejaba de mover la cabeza, y sus labios estaban claramente inquietos.

-«...con consideración -Nils prosiguió-, porque debe de...

-¿ Sí?

Nils lo miró:

-«...debe de tener mucha práctica.»

-Vaya, una cosa cierta. ¿Eso es todo?

El clérigo estaba un poco sorprendido. Lord Renald no ha mostrado mucho interés por las mujeres en los pocos días que lleva con él. Nunca había hablado de ellas ni había contado ningún chiste obsceno. Claro que tampoco las circunstancias habían sido muy favorables.

-Ya es el final, señor: «Así pues, te pido que reconsideres tu postura. Si decides que deseas casarte con él, Lord Renald lo arreglará para que vuelvas a Summerbourne y yo vaya al campamento. Por ser la mayor, tienes derecho a elegirlo como marido, y no quisiera privarte de ese derecho cuando es un hombre tan cercano a tu ideal». Lord Renald afirmó con la cabeza.

-Es una muchacha muy lista. Es lista, Nils, aunque rematadamente estúpida en algunas cosas.

Después de haber husmeado en los asuntos privados de la dama Nils se sentía bastante protector hacia ella.

-Es muy joven, señor.

-Poco más joven que vos.

-Pero a mí no me obliga nadie a casarme con un extraño. Las oscuras cejas se elevaron.

-La sola idea de que vos os encontrarais en semejante situación me confunde. -Renald se puso de pie y empezó a andar por la habitación-. Me pregunto si esa carta hará cambiar de opinión a la tía.

Había una pregunta en aquellas palabras, y Nils no pudo resistirse:

-Creí que yo no era vuestro consejero.

-No seáis insolente.

El tono no era de amenaza, y Nils se rió.

-No hay modo de saberlo, señor. ¿Pensáis enviarle esta carta?

-He dado mi palabra. Pero no quiero que lady Felice se sienta tentada, ni por lo más remoto. -Se mantuvo pensativo por unos instantes; después, asintió con la cabeza-. La encantadora lady Claire me ha dado la clave de lo que debo hacer para que su tía no cambie de opinión.

## Capítulo 7

El pesar y el nerviosismo no son buenos compañeros de almohada. Tras una inquieta noche, Claire se serenó al ver salir el sol, más que nada porque el nuevo día venía con la esperanza de que Felice se ofreciera a ser la esposa. Pero el paso siguiente sería marcharse de Summerbourne. Se quedó tendida en la cama, mirando jugar al sol con los rayos dispersos por el cuarto y escuchando los familiares sonidos de aquella casa, su hogar de toda la vida.

Empezaba a darse cuenta de que su abuela estaba en lo cierto. Había tenido pretendientes y podía haberse casado. Sin embargo, ninguno de ellos había sido lo suficientemente atractivo como para superar su apego a aquella casa. Su madre le había advertido de que algún día tendría que marcharse, pero Claire se había imaginado que su vida podría seguir como era para siempre.

Qué insensatez.

Cuando las criadas se despabilaron, salió de la cama. Sólo al ir a moverse las trenzas como siempre hacía, se acordó de su pelo. Daba una sensación rara en la punta, como si fuera pelusa pinchuda, y la brisa de la mañana le daba frío en la despejada nuca.

No llegaba exactamente a lamentarse de lo que se había hecho en la cabeza. Había sido un acto de ira y rebeldía, sí, pero también de profundo pesar. En todo caso, su padre estaría moviendo la cabeza desde el cielo con resignación por su impulsiva hija.

¿No habría sido mejor, pensó con desobediencia, que él mismo hubiera reconsiderado su actitud durante casi un año entero, antes de unirse a la rebelión? El desastre habría llegado de cualquier manera.

Borró de su mente aquellos pensamientos tan desleales y decidí ponerse la ropa con la que se había vestido la noche anterior. Puesto que Felice se convertiría en la prometida de De Lisle, no tenía ya sentido empeñarse en tener mal aspecto.

Pero con el pelo no podía hacer nada. Lo único sería ocultarlos aunque no iba a serle muy fácil ahora que estaba un poco más crecido Siempre había tenido algunos tirabuzones sueltos alrededor de la cara pero con su nuevo cambio las puntas le salían como disparadas en todas direcciones. Su cabeza debía de parecer un matojo de púas azotadas por el viento.

Dispuesta a no lamentarse de lo que no tenía remedio, se la cubrió con un velo largo y se lo sujetó bien con un aro bordado. Después, salió de la habitación para ocuparse de sus habituales quehaceres en casa.

Primero fue a visitar a su madre, quien tenía el aspecto de estar arreglada, pero sin ningún interés por ocuparse de Summerbourne. Era propiedad de otros, pues que hicieran ellos el trabajo.

Claire, sin embargo, no las tenía todas consigo de que el guerrero quisiera o pudiera ocuparse de todo, y ella no era del tipo de persona que se quedan mirando cómo las cosas se echan a perder. Lanzando un profundo suspiro, se despidió de su madre y bajó a hacer el trabajo de cuatro personas. Cinco si contaba también a De Lisie. Mientras anduvo por la casa, de la sala a las cocinas y de la despensa a los diversos almacenes, intentó echar un ojo para ver qué hacía su hermano. La llenaba de angustia pensar en lo que estaría haciendo. ¿Se le habría pasado ya el enfado? Aunque se le hubiera pasado, no estaba muy segura de que fuera capaz de obedecer las órdenes de De Lisle. Si no obedecía, ¿qué llegaría a hacerle ese hombre?

Para el humor de la joven, Summerbourne funcionaba con normalidad desmoralizadora. Los criados se afanaban en sus ocupaciones de siempre. De las cocinas salía el agradable olor del pan y los asados. Cuando el cocinero se quejó otra vez de la cerveza, Claire decidió ir hasta la cervecería, a ver si allí había un poco menos de entusiasmo. Brillaba ya el sol en la fresca mañana y la lúgubre lluvia no era que un vestigio en algunas esquinas todavía embarradas. No pudo resistirse a pararse un momento, levantar el rostro hacia el cielo con ojos cerrados y recibir el baño de luz y calor. Cada vez eran más nítidos todos los ruidos de la casa, ese agradable fondo de las actividades cotidianas bajo los alegres trinos de los pájaros.

Aquel día era más fácil imaginarse un firmamento dorado y colocar en él a su padre con un brillo eterno, rodeado de ángeles cantores que mirarían hacia abajo con expresión sonriente, como el sol que acariciaba su casa. Se le saltaron las lágrimas, pero eran de una emoción agradable. Claire no tenía duda alguna de que su padre habría ido al cielo y, por tanto, estaría feliz, feliz como no lo habría sido nunca si hubiera eludido su conciencia.

Fuera de la cervecería por un rato, se llegó hasta el jardín a coger unas flores, que dejó después sobre la tierra yerma de la tumba de su padre. Con el tiempo, la herida de la tierra se curaría, al igual que se curaría la herida de su corazón.

Crecería la hierba, ella plantaría flores en su memoria y...

Pero no iba a estar allí para cuidarle la tumba.



Librodot

Aquel pensamiento la dejó perpleja y paralizada unos instantes. No podría quedarse; además, una vez que Felice fuera la dueña y señora de Summerbourne, tampoco querría. Pero deseó vivamente poder cuidar de la tumba de su padre.

Si se casara con De Lisle...

Negó con la cabeza. Era un precio demasiado alto: casarse con un hombre tan poco indicado y tener que vivir en Summerbourne en unas condiciones tan indignas.

Buscando el alivio de las obligaciones, encaminó con celeridad sus pasos hacia la cervecería otra vez. Tal vez hablando de los problemas que hubiera allí, se olvidara de otras cosas.

No obstante, al reaccionar vio de soslayo un movimiento. Renald de Lisle acababa de salir de la sala y estaba de pie mirándola. Vestido con una casaca roja sobre medias grises, parecía una nube sangrienta en medio de aquel maravilloso día; y su mirada, aun de lejos, rasgaba como un soplo de aire gélido.

Aceleró el paso, al tiempo que se apretaba el aro para mantener el velo en su sitio. Pero a los pocos momentos él la alcanzó, precedido de su siniestra sombra.

-¿Dónde está vuestro hermano, lady Claire?

Oh, no. Se detuvo para mirarlo de frente. -No sé. Estoy segura de que...

-¿Lo sacasteis de Summerbourne anoche? ¿Era esa la finalidad de vuestra insensatez?

Claire se quedó boquiabierta un momento.

-¡No! ¡Por supuesto que no! Debe de estar en alguna parte -miró con desesperación hacia el patio. ¿Cómo iba a ser su hermano tan estúpido?

-Ya es hora de que ese muchacho aprenda disciplina de una vez.

-¿Disciplina? -Claire pensó de inmediato en el látigo.

-Tiene que trabajar. Prepararse para el futuro.

-Sí, lo sé. Lo siento. Pero, os lo ruego: no le peguéis. No está acostumbrado a...

Vio cómo el guerrero apretaba las mandíbulas.

-Pues debería estarlo. Nada crece si no se endereza. -En ese momento, De Lisle tomó aliento y puso una extraña expresión candor.

-No voy a pegarle, lady Claire. No, por esta vez. Por vos. Pero vos, convencedle de que obedezca.

Aquel «por vos» le recorrió todos los nervios como una escofina, como una amenaza.

-Iré a buscarlo -dijo de inmediato y empezó a andar.

Él la cogió del brazo, y, aunque no con toda la fuerza de que e lo sabía capaz, sí con firmeza.

-¿Por qué no me enseñáis los alrededores? Podemos buscar juntos según vamos recorriendo la propiedad.

Parecía que no había modo de librarse de aquel hombre en momento y tal vez así lograra distraerlo y dejara de pensar en la rebeldía de Thomas.

-Si así lo deseáis, milord...

La soltó y caminaron juntos uno al lado del otro. Zalamería y amabilidad, pensó ella. Ahí estaba la clave.

-Espero que encontréis todo en orden, milord, salvo que el último lote de barriles no ha salido muy bueno, por lo visto. Voy a hablar de eso con Rolf, el tonelero.

-Summerbourne parece un lugar próspero.

-Eso creo yo también.

-¿Debido en gran parte a vuestro esfuerzo?

-En absoluto. Mi madre y mis tías hacen también lo suyo, cuando pueden y están aquí, claro.

-Nada más pronunciar las últimas palabras se dio cuenta de que aquello no era precisamente zalamería

-Yo no puedo hacer nada para mitigar el dolor de vuestra madre, pero vos y vuestras tías podréis estar juntas de nuevo en cuan haya comprometido en matrimonio con una de las tres. -Estoy segura de que Felice estará encantada, milord. entró con alivio en el taller del tonelero.

Habló ella sola con el hombre y De Lisle no intervino, pero aun así su presencia la puso nerviosa. Como resultado, trató al tonelero con más dureza de la que hubiera querido. Cuando salieron de allí, la joven emitió un profundo suspiro.

-¿Os disgusta corregir al campesinado?

-Me disgusto conmigo misma por haber sido más dura de lo que pretendía.

Quiso darse la vuelta, moderar sus palabras, pero él la retuvo donde estaba con un leve roce.

-¿Acaso no estaba haciendo mal su trabajo?

Ella se apartó de su mano, su perturbadora mano.

-Su hija pequeña se ahogó en el río la semana pasada. No es de extrañar que...

-¿Y qué ocurriría si su trabajo mal hecho pusiera en riesgo a otras personas?

-Ya lo sé, ya lo sé. Pero he hablado con dureza sólo para impresionaros, milord. Por ninguna otra razón. -Dios santo. Aquello no había sido muy inteligente.

Él levantó las cejas.

-¿Habéis decidido que queréis ser mi prometida, después de todo?

-¡No! -Ante la mirada de él, decidió confesar-. Simplemente no quería que pensarais que me comporto como una niña o una tonta. Después de lo de anoche...

Algo se iluminó en los ojos del guerrero.

-Os aseguro, milady, que después de lo de anoche en absoluto os veo como una niña.

Se habría alejado de aquel hombre en ese preciso instante si la dignidad se lo hubiera permitido.

-Vayamos a la lechería, milord.

El frescor del edificio de piedra le vino francamente bien a sus acaloradas mejillas. Tenía que conseguir que dejara de ponerla tan nerviosa. Pronto se libraría de él. Muy pronto.

-La sala de ordeñar está por allí -indicó hacia una puerta de madera-. Pero tanto las vacas de leche como las cabras estarán pastando ahora. ¿Sabéis cómo son las cosas en una lechería, milord?

El hombre miró a su alrededor, grande y oscuro en aquel lugar de mujeres.

-Veo que hay criadas trabajando.

Las sirvientas se alisaban el pelo y le sonreían. Claire pensó que algunas de ellas estarían encantadas de calentar la cama de su nuevo señor. Pero ese sería problema de Felice, no suyo.

-Los vaqueros ordeñan a los animales -dijo ella-. Después traen la leche aquí para que las criadas la cuelen. Ahora ya debe estar asentada...

-Le están quitando la nata a la leche.

El hombre se acercó hasta donde estaba una criada sacando diestramente la nata de la superficie de la leche y poniéndola en una jarra de barro. Joan era una de las mejores lecheras, nunca tiraba ni una gota, pero en aquel momento Claire podía haberla mandado a trabajar al campo por la forma en que estaba mirando a Renald de Lisie. Él devolvió la sonrisa a la criada y pasó la yema de un dedo por encima de la leche hasta que se le cubrió de una caperuza amarilla. Después, se lo llevó a los labios y se volvió hacia Claire:

-Buena nata.

Claire supo que se había puesto colorada, en parte de rabia y en parte por otra emoción.

-La buena nata hace buena mantequilla, siempre que no se la coman todos los pillos que pasen por aquí.

El maldito velo se le resbaló hacia adelante y ella se lo volvió a poner recto y se lo sujetó con el aro. Casi de inmediato se le volvió a descolocar. ¡Ay, si al menos tuviera otra vez la dignidad de su melena..

Se dirigió entonces a la mantequería, de la que se encargaba la sensata Freda, una mujer ya de mediana edad, pero hasta Freda sonrió a De Lisle como si no le importara pasar un rato con él en la cama. Claire fijó su atención en una gran cuba.

-Queso. No es de la leche de hoy. Se está asentando el cuajo acercó un tazón de madera-. ¿Mantequilla?

Él se bebió el contenido del tazón.

-De ayer, claro.

Ella se sorprendió:

-¿Cómo lo habéis sabido?

-Sé que lleva su tiempo hacer mantequilla; además lo que dentro de esa mantequera está todavía líquido. Por el sonido se sabe. La joven vació el tazón y lo puso de golpe en su sitio.

-No me sorprende que estéis familiarizado con las lecherías, lord. Al fin y al cabo, las criadas no parecen sorprenderse tampoco

-Así es -replicó él mientras la seguía hacia fuera, y Claire notó cierta desfachatez en su respuesta. Ni siquiera había tenido la vergüenza suficiente para negar su indirecta de que las criadas eran descocadas.

-¿Dónde vamos ahora? -preguntó él.

-A los telares.

El velo se le fue hacia atrás esta vez. Con un resoplido, salvó la dignidad quitándoselo de la cabeza de un tirón y llevándolo en la mano hecho una bola. Su aspecto debía de ser ridículo, pero al menos no tenía que estar preocupándose de mantenerlo en su sitio. Ya era bastante con manejar sus pensamientos. Sabía que jamás iba a ser capaz de manejar a aquel hombre.

Entraron en los cobertizos donde estaban los telares y al momento estuvieron rodeados del tableteo de las lanzaderas y los fuertes golpes de los listones de tejer. Por todas partes había trozos de fibra volando.

Claire lo guió hasta un telar, quitándose de la cara un trozo de fibra. Sintió algo y se dio la vuelta. Él se enrollaba entre los dedos unos pedazos de algodón.

-¿Es bueno el algodón de por aquí?

Debía de habérselo quitado a ella del pelo. Claire no sabía que el cabello pudiera ser tan sensible.

-De los mejores, milord.

-¿Y se vende mucho o es más bien para uso de Summerbourne?

-Vendemos parte para relleno y parte para ropa. Es una de nues... -Se interrumpió al acordarse de su verdadera situación-. Una de vuestras mejores fuentes pecuniarias.

El guerrero tiró la pelota de algodón.

-Podría ser «nuestra>> si vos quisierais, lady Claire.

Por un momento le resultó tentador. Al fin y al cabo, aquél era su hogar, y con el recorrido que estaban haciendo, le parecía aún más preciado. Aquellas personas eran su gente y las conocía de toda la vida.

Pero no; eso supondría estar en poder de aquel hombre. Totalmente en su poder.

-Pero yo no quiero, milord. Venid a conocer a Elfgyth, «vuestra» principal tejedora. Es ella quien realiza estos tejidos, ¿veis?, y trabaja muy bien el hilo fino.

Claire se acercó a elogiar la tela que iba saliendo de las manos de aquella mujer, una abrigada mezcla de tonos marrones y oro. -Realmente es un tejido precioso, señora Elfgyth -dijo él.

La anciana se limitó a levantar la cabeza.

-Iba a ser la casaca de invierno del señor.

La lanzadera cortó el aire en su movimiento, el listón golpeó la calandria y la tela cayó lentamente al suelo: silenciosa acusación.

-¿Qué esperabais? -preguntó Claire, sorprendida al ver la expresión de él-. Lamento que mi padre ensombrezca vuestro triunfo milord, pero su presencia aquí siempre permanecerá.

Si había allí algún atisbo de sensibilidad, desapareció por completo.

-Los recuerdos no permanecen siempre, milady, y a veces es agradecer. Esa tela puede servir para hacerle una casaca de invierno a la dueña de Summerbourne.

-A Felice no le gustan esos colores -contestó Claire, según dirigía hacia el exterior.

-Os favorecerían tanto a vos como hubieran favorecido a vuestro padre.

La joven contuvo el aliento ante el recuerdo y la indirecta de palabras, pero hizo caso omiso y siguió andando.

-¿Adónde ahora, milord?

-Tal vez sea suficiente por hoy.

-¡Pero es todo vuestro! -dijo Claire, buscando en el rostro aquel hombre alguna señal de malestar, algo que indicara que se sentía como un usurpador-. Es preciso que conozcáis todas vuestras propiedades. Bajemos hasta el último estercolero.

De Lisle sonrió.

-Más tarde lady Felice podrá mostrarme el terreno que compartiremos. Ahora nos llaman para el desayuno. Ha sonado la campa Mientras Claire fue con él hasta la sala se sintió tan revuelta como estaba la nata en la lechería. Sus últimas palabras le habían dolido, podía negarlo. Felice

tenía sus obligaciones, pero era muy descuida respecto a muchas partes de Summerbourne. ¿Qué sería de todo sus manos?

Y también en la lechería había sentido celos. Era demasiado sincera consigo misma como para negarlo. Pero no podía entender se celos por un hombre que ella despreciaba, que no le gustaba.

Le entristecía asimismo ver cómo se desvanecía por momento imagen de su padre en aquel lugar. Elfgyth sí que había recordado a Lord Clarence, pero ninguno de los demás trabajadores lo había hecho. ¡Las ordeñadoras habían estado tan pendientes de los guiños y tonteos con el nuevo señor... !

Entraron en la sala, donde los rodearon de inmediato las risas charla. Podía ser un día cualquiera, no el día siguiente al entierro de su padre. Y no eran sólo los sirvientes los que se olvidaban a tal velocidad de su padre.

Su madre había bajado a desayunar y tenía el mismo aspecto que había tenido durante las últimas semanas. No era la alegre mujer que había sido hacía unos meses, pero tampoco se la veía sumida en un profundo pesar. Su pena comenzó el día en que su marido se marchó de allí y ahora empezaba ya a disiparse.

Lady Agnes era la misma gruñona de siempre. Nunca se podía saber lo que sentía en su interior.

Thomas era el único con un aspecto verdaderamente apesadumbrado, pero sería seguramente porque lo habían encontrado y le habían puesto a servir la mesa. Claire confió en que las numerosas veces que se le cayeron los platos y se le derramó la comida fueran a causa de la torpeza, no por rebeldía.

Cuando su hermano se acercó a ella con una bandeja de pan, su labio inferior delataba una actitud de desobediencia. Ella le sonrió, con la intención de animarlo. El muchacho se limitó a acentuar el mohín.

Santo cielo. De Lisle tenía razón. Estaba mal criado. Debería haber aprendido aquellas tareas hacía años.

Ella había amado mucho a su padre, pero era un hombre al que le gustaban sólo la paz y las sonrisas. No había pensado en adiestrar a Thomas en el arte de la guerra, y en cuanto a conocimientos, con lady Murielle tan preocupada porque su hijo estuviera siempre contento, había optado por comodidad en no insistir en la posibilidad de que estudiara. Claire había sido la que se había encargado de que su hermano aprendiera a leer, a hacer cuentas y a conocer las costumbres más extendidas.

Ahora su hermano carecía de posesiones, pero, por un lado, le faltaban los conocimientos para convertirse en clérigo y, y por otro, las destrezas para ser un guerrero. ¿Qué sería de él si se veía de pronto en medio del mundo?

-Entonces -dijo lady Agnes levantando la cabeza-, ¿habéis decidido con cuál casaros?

-Son las damas las que tienen que decidir.

Thomas volvió a entrar en la habitación, esta vez con una bandeja de tocino. De Lisle cogió unos cuantos pedazos y se los puso a lady Agnes en el trinchador.

-¿No había una historia de tres damas que luchaban por los favores de un hombre?

-¿Luchar por los favores? -gruñó lady Agnes-. Estas tres luchan por librarse del ogro.

De Lisle se volvió hacia Claire.

-¿Ogro?

La joven deseó que su abuela perdiera la voz por un rato. -Lo ha dicho ella, milord, no yo.

-Pero no cabe duda de que las tres lucháis por no casaros conmigo.

Claire se acercó a coger un pedazo de tocino para De Lisle, pero con una sonrisita de complicidad, Thomas inclinó la bandeja de modo que se cayó al suelo la mayor parte, para regocijo de los perros. De Lisle se estiró por encima de la mesa y alcanzó las dos manos del muchacho, para después volver a poner recto el tablero de madera.

-Sé muchas maneras de corregir la torpeza, Thomas. Dime si las necesitas.

Bien por la forma en que lo cogió, el tono de su voz, las palabras o simplemente por la mirada que le echó, el mohín de desobediencia desapareció de inmediato del rostro del muchacho, quien contestó entrecortadamente:

-No, milord. Quiero decir, sí, milord.

De Lisle lo soltó y, dirigiéndose otra vez hacia Claire, dijo:

-¿Decíais?

Tan nerviosa como Thomas, se concentró en elegir un pedazo de carne mientras trataba de acordarse de lo que estaba diciendo. Era algo de quién se casaría con él.

-Felice os encontrará muy agradable, milord.

-Pero no vos.

Con el trozo de tocino en el trinchador, se sintió incapaz de llevárselo a la boca, que se le había quedado reseca de pronto. Con tono de desesperación, preguntó:

-¿No es hora de mandar traer a mi tía, milord, o de ir a hablar con ella?

El hombre tragó lo que tenía en la boca y la miró detenidamente como si la pregunta que acabara de hacer fuera algo fundamental Acto seguido, arrojó a los perros los restos de su desayuno, se limpió las manos y se levantó.

-Muy bien. Vayamos entonces a pasar la prueba.

Cuando los dos se alejaron de la mesa, Claire pudo oír a su abuela, que murmuró:

-Estúpida muchacha.

De Lisle la cogió de la mano y Claire se sintió obligada a seguirle fuera de la sala. Siguió tirándole de la mano todo el trayecto mientras atravesaron el patio hasta el puente de madera. Al menos esta vez no tenía excusa para llevarla en brazos. Pues habían achicado toda el agua del charco que se había formado al otro lado del puente y sólo tuvo que sortearlo andando con cuidado por el borde.

También el campamento tenía un aspecto más alegre con el tiempo seco y a la luz del sol. Sus hombres estaban recogiendo después de desayunar o arreglándose las ropas, las armaduras y los arreos. Se los veía muy ordenados para ser rudos soldados. A la entrada de la tienda en la que estaban sus tías había un guardia, pero estaba relajado y charlando tranquilamente con sus amigos, que le llamaron al orden tan pronto como vieron acercarse a su señor.

Claire se dejó guiar por De Lisle hasta la colorida tienda, pero de repente le flaquearon las fuerzas como si se aproximara a algo sumamente peligroso y quisiera detenerse un momento para pensar.

El guardia se echó a un lado, y De Lisle la miró, como si pudiera leerle el pensamiento.

-¿Estáis segura?

En respuesta, Claire levantó el faldón que daba entrada a la tienda y se adentró en la penumbra.

-¿Felice... ? ¿Amice... ?

Era una tienda grande y lujosamente dispuesta, pero no de tal tamaño como para que pudieran perderse en ella dos personas. -¿Felice...?

Tras unos momentos de incertidumbre, él fue con ella hasta el final de la tienda, allí arrancó un trozo grande del material de la pared que se veía rajado y pasó a través del agujero.

Claire lo siguió con premura y perplejidad.

-¿Se han ido? Pero ¿adónde? ¿Cómo?

-El cómo es bastante obvio. ¡Al menos para mí!

Llamó con un bramido a sus hombres, que de inmediato corrieron hasta donde estaban ellos.

-¿Es que porque estemos en una zona de paz no es vuestra obligación estar atentos? -cogió con las dos manos el trozo roto de la tienda y rasgó aún más-. Tal vez creísteis que era una tela de piedra ¿verdad? ¿Dónde están las dos mujeres?

El acelerado corazón de Claire se llenó de pánico ante su furibundo ataque de ira. No le extrañó nada que aquellos rudos soldados se echaran hacia atrás.

Por todos los santos. Aquel hombre era sin duda terrorífico cuando se sentía provocado por algo.



Librodot

-¡Señor! -dijo la joven interponiéndose entre él y los soldados-. ¡Tened piedad! Mis tías son muy dóciles. No puedo entender por qué se han dado a la fuga. No deben de haber recibido mi carta. Apartándola, De Lisle gritó:

-¡Tú! -dijo, dirigiéndose a uno de sus hombres-. ¿Les entregaron la carta?

-Sí, milord. Tal como vos ordenasteis, milord.

-¿Y cuándo las visteis por última vez?

El soldado tragó saliva como si estuviera a punto de confesar un pecado mortal.

-¡Anoche, milord, cuando les dimos la carta, milord! Dijeron que no querían que nadie las molestara hasta que tuvieran que salir., Tenían aquí a sus propios sirvientes...

Sin dejar de temblar, Claire esperaba las consecuencias -azotes tal vez una matanza...-, preguntándose qué podía hacer ella para impedirlo. Pero de repente De Lisle puso una mueca de exasperación.

-Os habéis dejado engañar por unas caras bonitas, ¿eh?

Claire lanzó un suspiro y estuvo allí verdaderamente aterrorizada durante un buen rato.

Después se dio cuenta de que los hombres la estaban mirando. Sé tocó el pelo, pensando en que sería su aspecto lo que los llevaba a mirarla, pero no era ese tipo de miradas. De un vistazo rápido comprobó que tenía el vestido en orden.

Repentinamente entendió lo que pasaba. Ellos sabrían que una las doncellas de Summerbourne se casaría con su señor, y ahora e era la única que quedaba. ¡Pensarían que tenían delante a la prometida!

Cogió a De Lisle de la manga de su casaca.

-¡Milord, debemos ir a buscarlas! No es posible que hayan pensado en...

Él se dio la vuelta hacia ella.

-Vuestra carta no ha sido demasiado convincente, lady Claire Me pregunto qué escribiríais en ella.

La joven retiró la mano de inmediato.

-¿No creeréis... ? Os lo aseguro, yo no puedo casarme con vos. Sólo puse cosas buenas.

Levantando un ceja, De Lisle dijo:

-Os advierto, milady, que considero la mentira un delito muy grave.

Sintiéndose descubierta, Claire notó que el rubor le invadía mejillas.

-No mentí, exactamente.

-¡Claro! Me veis como un dechado de virtudes, pero no queréis casaros conmigo. Esto es casi un acertijo, milady, pero lo descubriremos en otro momento. Ahora, vayamos a buscar a las otras candidatas. ¿Adónde habrán ido?

Claire empezó a preocuparse seriamente. Santo cielo. Tenían que recuperar a Felice.

-A St. Frideswide. Es el único sitio posible.

-¿Está muy lejos?

-Apenas a una legua de aquí.

-Y ellas van a pie. Porque supongo -dijo con tono cáustico, dirigiéndose a sus hombres- que no les habréis dejado que roben también unos caballos...

-¡No, milord! -contestaron al unísono, casi como un coro de terror.

-Pues preparad cuatro.

Claire vaciló en su interior ante un dilema. Si era aquel hombre un señor tan terrorífico, ¿sería justo empujar a Felice a que se casara con él? Se dijo a sí misma que sólo era así de duro con sus hombres. Al fin y al cabo, pese a sus veladas amenazas, a ella no le había levantando la voz ni le había puesto la mano encima.

-Sí, sí era justo. Era amable con las mujeres. Algunos hombres eran así. Pero no se atrevía a dejarle ir en busca de sus tías en aquel estado o, al menos, no sin ella.

-Mi señor Renald, os lo ruego: dejadme ir con vos.

La mirada de aquel hombre podía levantar ampollas.

-Mejor no. Da la impresión de que vuestras intervenciones surten el efecto contrario.

-¿Mis intervenciones? Probablemente vuestros hombres hicieron algo que las asustó.

-¿Y por qué iban a hacer algo semejante?

Al límite de sus nervios, Claire se puso en jarras y contestó:

-¡Porque son toscos y zafios como su señor!

Él levantó las cejas.

-Lady Claire, ¿soy un dechado de virtudes o un ogro? -Sin esperar respuesta, movió la cabeza y se fue a interrogar a sus asustados soldados. Claire observó que les mandó que fueran al otro extremo del campamento, donde ella no pudiera oírlos ni verlos.

Cruzó los brazos y sintió un escalofrío, pese al tiempo tan delicioso que hacía. Era un ogro. Ahora ya tenía la prueba clara por lo que sus ojos habían visto y por lo que habían escuchado sus oídos. Tenía un carácter terrible y sus hombres lo temían. El problema entonces, si De Lisle era en efecto un bruto, sería que ella tendría que casarse con él. No podía endilgárselo a Felice.



Librodot

Pero ¿y si no lo era?

En tal caso tendría que esforzarse por convencer a su tía.

Movió la cabeza intentando sacudirse la confusión. De Lisle estaba en lo cierto: era un acertijo, digno de la ingeniosa mente de su padre.

## Capítulo 8

Claire se quedó algo aliviada al dejar de oír órdenes, golpes y chillidos. Tal vez los ataques de ira de aquel hombre fueran breves y se le pasaran rápido. Eso entraría dentro de lo soportable. Una esposa sólo tendría que aprender a quitarse de en medio en los peores momentos. ¿Sería capaz Felice de hacer eso?

Por supuesto que sería capaz. No era estúpida.

Él llegó dando zancadas en el preciso momento en que Josce salía al trote de Summerbourne con la espada y el escudo. Otros hombres iban delante con cuatro airosos caballos.

De Lisle se quedó mirándola.

-¿Queréis ir detrás?

Normalmente no se sentaba a horcajadas llevando puesto un elegante vestido, pero no deseaba ir pegada a él sobre la grupa.

-Sé montar.

El guerrero mandó que trajeran el caballo más pequeño y ella se subió en la montura sin necesidad de ayuda. Le pareció captar en los ojos de él una mirada de aprobación y aquello la serenó en una parte de su ser. No estaba acostumbrada a que la consideraran una boba inútil.

Notó además que ya no era el hombre enfadado de hacía unos momentos. Era un verdadero Jano, con dos caras ante el mundo. ¿Cómo saber cuál era la auténtica?

Eligió a dos hombres para que los acompañaran y, acto seguido, se pusieron a cabalgar en dirección a St. Frideswide. De hecho, las campanas del convento dieron la tercia, como llamándolos.

Claire analizó la situación.

-Hay dos caminos.

Él refrenó el paso e indicó a sus hombres que se pararan.

-¡Dos caminos!

-Al convento. Este y un sendero a través del bosque. No sé por cuál habrán ido. Por el camino es más fácil, pero si tenían intención de ocultarse, habrán ido por el bosque.

-Michael, Gerald, id vosotros por el camino. Lady Claire -dijo, dirigiéndose a ella- me guiará por el bosque. Pero espero que esta vez no sea ningún truco.

La idea de engañarlo no se le había pasado por la imaginación, y lo miró a los ojos para demostrárselo.

-Lo único que quiero es encontrar a mi tía, lord Renald, así podréis tener la prometida más apropiada.

-En tal caso, ambos tenemos el mismo objetivo. Indicadme el camino.

Claire obedeció, rogando en su interior que alcanzaran a sus tías pero temiéndose que ya estuvieran en el convento. ¿Qué pasaría si no salían?

Por el angosto sendero, tenían que ir en fila, así que cuando él habló iba detrás.

-Cuando me case con vuestra tía, lady Claire, ¿Vos qué haréis?

-Podría casarme. O tomar los hábitos.

-¿En ese mismo convento?

-No, milord. Summerbourne es demasiado doloroso para mí en estos momentos. Tengo la intención de marcharme lejos. Tal vez Francia.

Él no dijo nada más, y Claire se alegró, porque sus preguntas la afligían. No había pensado antes en irse tan lejos y al expresarlo en palabras sintió miedo. Pero ¿qué otra cosa iba a hacer?

Mientras siguieron cabalgando, se encontró a sí misma fijándose en cada árbol, en cada flor de algodón, en cada claro del bosque, como si quisiera grabárselos en la memoria. No quería dejar su hogar. Realmente no quería cruzar el mar y marcharse a una tierra extraña. Podría quedarse. Pensó en el hombre que cabalgaba detrás... No, no podía. No podía casarse con un frío lobo como De Lisle.

Entre el umbrío verdor estival del bosque, sintió desazón, como si estuviera rodeada de enemigos.

Pero aquella era su tierra, donde jamás había sufrido ningún ataque de nadie, y llevaba detrás a un hombre armado. Entonces reparó en que era ese hombre el que le causaba desazón. Renald de Lisle la ponía nerviosa, y no sólo porque fuera corpulento y un espada sangrienta.

Se estremeció de alivio al ver el convento a lo lejos entre los árboles. Jalonado agradablemente por el río y bañado por el brillo del sol, aquel edificio le pareció un refugio seguro. A los pocos momentos, también ella se encontró bajo el bendito sol.

Las altas murallas de madera que rodeaban el edificio con tejado de paja del convento de St. Frideswide le daban un aspecto similar a Summerbourne, salvo porque no tenía torre vigía. Como siempre, los portones estaban cerrados, pero era evidente que el lugar no se encontraba en estado de alarma.

Según se acercaron al convento, los dos hombres iban a medio galope, sin prisioneros. Felice y Amice debían estar dentro con Madre Winifred, que era muy celosa de sus dominios.

De Lisle se irguió desde la silla para tocar la campana. Claire desmontó del caballo y fue hasta la cancela de la puerta.

Alguien la descorrió desde el interior.

-¿Sí? ¡Oh, lady Claire!

-Estoy buscando a mis tías, Hermana, lady Felice y lady Amice.

-Se encuentran las dos aquí, pero no estoy segura de que deseen veros. -La monja tenía los ojos muy abiertos-, sobre todo con esos hombres armados a vuestra espalda.

-Estos hombres no tienen ninguna intención de hacerles daño. Desearía entrar y hablar con ellas.

-Iré a preguntar a la Madre Reverenda -dijo la Hermana, y la cancela se cerró con un fuerte chasquido.

Claire dio unos cuantos pasos a su alrededor y se quedó mirando a su escolta.

-¡Podríais tener un aspecto menos aterrador!

-Pero esa es nuestra finalidad, señora, aterrar. -Los hombres se sonrieron y tal vez brilló en sus ojos un poco de sentido del humor. Podía resultar hasta gracioso, salvo porque lo que acababa de oír era

cierto. El oficio de aquellos hombres consistía en infundir miedo, y no sólo de fachada.

Oyó que descorrían el pestillo de la puerta y se dio la vuelta para encontrarse de frente con Madre Winifred.

La puerta se abrió totalmente -la pequeña portezuela que estaba dentro de la grande- y la Madre Reverenda apareció al otro lado, ocupando todo el espacio con su hábito negro, la toca blanca y su pálido y anguloso rostro. Redonda como un tonel, no había nada de suavidad en ella ni en su severa mirada.

-Lady Claire, ¿por qué traéis aquí a lobos de guerra? Claire se inclinó, haciendo una reverencia.

-Este es lord Renald, el nuevo señor de Summerbourne, Madre Reverenda. Mis tías han desaparecido y teníamos la esperanza de que se encontraran aquí.



Librodot

-«Desaparecido» no es la palabra adecuada, ¿verdad, jovencita? «Escapado» sería más exacto. Se han escapado de un brutal asesino, -La monja miró hacia los hombres-. ¿Cuál de vosotros es Renald de Lisle?

Claire se apartó un poco para tener una visión completa de los dos lados de aquel careo. Se temía que iba a ser enconado, pero se quedó sorprendida al ver la expresión de fría amenaza en el rostro de De Lisle.

-¿Y a quién he asesinado yo, Madre Reverenda?

Por todos los santos, ¿acaso había asesinado a alguien?

-Seguro que a cientos de personas -replicó la monja-. Sois mercenario y un luchador profesional. Un hombre que vive de la sangre. ¿O acaso lo negáis?

-No -contestó él, con un gélida sonrisa y ni el menor signo de remordimiento.

Madre Winifred se limitó a mirarlo de arriba abajo.

-No estamos acostumbrados a los hombres como vos por estos lares, señor. Lord Clarence no era un hombre violento.

-Lo que demuestra que evitar la violencia no resulta muy seguro

-La oración y el buen obrar sí lo son.

-Sólo en la próxima vida, Madre Reverenda. En esta, deben acompañados de espadas certeras.

Claire recordó el propósito por el que había ido allí.

-Madre Reverenda -interrumpió-, lord Renald se ha comportado como un señor justo y bueno desde su llegada a Summerbourne Los afilados ojos de Madre Winifred se clavaron en ella.

-Bien. En tal caso estaréis encantada de casaros con él, ¿no es así?

-Madre Reverenda...

-Llegasteis a un acuerdo con vuestras tías, ¿no es cierto, 1ady Claire? Si este hombre es tan amable y respetuoso, ¿por qué habéis cambiado ahora de opinión?

-Yo no he dicho... Lo que me parece es que... -Claire intentó hablar con coherencia- Felice y Amice estaban nerviosas, Madre Reverenda. Todos lo estábamos. Antes de que sea demasiado tarde, deben saber que lord Renald no es el ogro que nos pensábamos.

-Dulces palabras -murmuró una voz desde el interior.

Claire se acercó más, consciente de que se estaba poniendo colorada.

-Sé que a Felice le complacería casarse...

-¿Y no pensáis que pueda encontrar marido de otra manera? Claire sintió que el rubor se intensificaba en su piel.

Jamás he dicho eso.

-¿Por qué otra razón estáis aquí?

La joven se maldijo en su interior. Debía de haber previsto mejor el papel que desempeñaría Madre Winifred en todo aquello. Esa mujer siempre había deseado tener en su comunidad a una o dos hijas de Summerbourne. Ahora consideraría que había agarrado dos pájaros de un tiro.

La monja se sonrió, con una apretada y triunfante sonrisa.

-O tal vez -dijo con tono capcioso- estéis convencida de que este hombre será un marido monstruoso y deseéis que otra esté en vuestro lugar.

-¡No! -insistió Claire, sin estar convencida de su inocencia-. Madre Reverenda, os repito que debo hablar con mis tías -con la sospecha de que Felice estaría escuchando aquella conversación, añadió-: Amice y Felice son las dos mayores que yo y tienen preferencia para elegir. Tengo que estar segura de que no han cambiado de opinión antes de casarme con lord Renald.

Consiguió que sus palabras sonaran como si verdaderamente quisiera casarse con De Lisle, y los ojos de Madre Winifred captaron tal vez esa intención. La monja se limitó a darse la vuelta hacia el interior y dijo:

-Entrad, lady Claire.

La joven se apresuró hacia el interior, pero cuando ya tenía un pie en el umbral de la puerta, una mano la sujetó por el cinturón para detenerla. De Lisle debía de haberse tirado casi del caballo para agarrarla con tanta rapidez.

-¿Qué ocurre? Lo único que quiero es...

El fornido brazo izquierdo de él la apretó contra su torso.

-No voy a permitir que la única prometida que tengo a mi alcance desaparezca tras esas puertas. -Volvió la cabeza hacia donde estaba la Madre Reverenda mirándolos-. Traed aquí a Felice para que hable con su sobrina.

Madre Winifred se marchó hacia dentro y la puerta se cerró d golpe, dejando a Claire adherida a aquel corpulento cuerpo.

-Habría salido.

-Perdonadme, pero no puedo estar seguro de eso.

Tampoco ella lo estaba. Madre Winifred habría estado encanta de tener tras sus muros a las tres doncellas de Summerbourne. Y una vez segura en el interior del convento, Claire no estaba segura de que habría tenido el honor y el coraje suficientes para volver a salir.

Con todo, el verse junto a aquel cuerpo no hizo sino recordarle 1as muchas razones que tenía para escapar. Era como estar aplastada contra una pared, una enorme pared, alta y dura. Ella, por el contrario, se sentía muy fácil de aplastar, blanda, débil, casi sin forma. Pero no sólo, por el miedo.

-Menos mal que no soy de naturaleza sensible -dijo él, en voz queda, hablándole a su espalda junto al oído-. Esta contienda por libraros de mí podría herir mis sentimientos.

-Si tuvierais alguno.

-Todo el mundo tiene sentimientos, lady Claire. Sería de idiotas olvidarse de eso. -Él movió la cabeza levemente y Claire pudo sentir su respiración en las mejillas. Se retorció al notar que perdía el aliento y casi se mareaba.

El portón se abrió y apareció allí Felice, con los brazos cruzados y la cara altiva.

-Yo no salgo de aquí, Claire. No tienes elección.

Claire forzó una sonrisa y confió en que sus descompuestos nervios dieran el aspecto de entusiasmo.

-Felice, sólo pretendo ser justa. Como te decía en mi nota, lord Renald será un buen marido.

-¿Ah, sí? -le susurró él al oído.

Al percibir que la sonrisa en sus labios se desvanecía, Claire intentó mostrarse lasciva levantando una mano con la que rodeó el fornido antebrazo que la sujetaba.

De inmediato se dio cuenta de que aquel movimiento no ha sido muy acertado. Él llevaba puesta una casaca de manga corta, lo que le tocó directamente la piel, caliente y prieta. Sin dejar de sentir un intenso rubor, se obligó a sí misma a acariciarlo.

-Voy a ser extraordinariamente feliz si me caso con él, Felice. Al menos, el efecto no fue malo. Con el ceño levemente fruncido la tía movía los ojos de la mano a la cara de su sobrina, en una clara presión de vacilación.

Claire no dejó de acariciar aquel brazo pese a ser consciente, como quien tiene pimienta en la lengua, de que corría un enorme peligro por la fuerza, la gran fuerza de aquella piel bajo la yema de los dedos; una fuerza que nunca jamás había conocido. Se humedeció los labios.

-La conciencia no me dejaba tranquila, Felice, pensando que te estaba arrebatando a ti un marido tan indicado.

Felice lo miró y se humedeció también los labios. Claire hubiera querido verle la cara. «Sonreíd, Renald», le suplicó en silencio. «No pongáis mala cara. Es muy hermosa. La deseáis.»

Después, transmitió sin hablar sus deseos a su tía: «Vamos, Felice. No es ningún monstruo. Es guapo y fuerte. A mí me está haciendo perder el sentido. Te gusta. Tú sabes que sí».

Sin dejar de ver que todo estaba pendiendo de un hilo, se echó para atrás, apretando su cuerpo sensualmente junto al del advenedizo.

-Lady Claire -susurró él-, tened cuidado con los fuegos que podéis encender en un día seco y cálido de verano. -Y se pegó más a ella, presionándola con un parte dura y bien diferenciada de su anatomía.

Instintivamente, Claire se puso recta y lo apartó de sí.

Tal vez por aquel movimiento o porque su actuación no había sido demasiado convincente, el caso fue que Felice salió de su indecisión. Puso una expresión aún más grave que la que ya tenía.

-Pues que te vaya muy bien con él. Ya verás cuando descubras lo que es realmente. No te sentirás tan feliz entonces.

-¡Felice!

Pero la puerta se cerró de golpe.

Claire se quedó mirando aquella hoja de sólido roble que marcaba para siempre su destino.

Iba a tener que casarse con Renald de Lisle, y la abrasadora sensación que los envolvía en aquel preciso instante no hizo más que aterrorizarla más. Allí al aire libre, los dos completamente vestidos, aquel hombre le hacía sentir como si estuviera desnuda.

Aturdida, dejó que le diera la vuelta entre sus brazos.

-Extraordinariamente feliz -murmuró él, apoderándose de la joven con sus oscuros ojos-. Lady Claire, despertáis en mí una gran esperanza.

Se refería al lecho. Ella se dio la vuelta bruscamente y, con impotencia, dijo:

-¡He dicho esas cosas sólo para convencerla!

-¿Mentiras?

-¡Mentiras! -repitió airada- Golpeadme si queréis por eso. No voy a odiaros más de lo que ya os odio. -Pero aún se sentía estremecer por los efectos de haber estado tan envuelta por sus brazos.

El se sonrió.

-Creo que primero salvaré vuestra alma haciendo que se conviertan en realidad vuestras palabras.

-¿Qué?

La dejó apartarse.

-Haciéndoos extraordinariamente feliz.

Claire emitió una carcajada que sonó excesiva y se limpió el vestido, deseando que pudiera desprenderse de los efectos de aquel hombre como del polvo y las arrugas.

-Seremos felices, milady, cuando aceptéis vuestro destino.

-¿Aceptar yo a vos? Sois un mercenario y un luchador profesional. ¡Lo habéis admitido sin el menor signo de remordimiento!

-Quizá ya he tenido mi penitencia.

La joven lo miró con el ceño fruncido, frustrada.

-Es cierto. La penitencia borra los pecados. ¿Os habéis arrepentido?

-Eso, milady, queda entre mi confesor, Dios y yo. Vámonos -dijo, dirigiéndose hacia los caballos-. Regresemos a nuestro hogar.

Nuestro hogar.

Estando sus tías refugiadas en el convento, no quedaba ninguna más que ella para casarse con el lobo invasor. Claire fue tras él, como sonámbula, sin asimilar todavía que no le quedaba escapatoria alguna. Que al cabo de muy poco estaría completamente en sus manos.

De hecho, cuando Summerbourne apareció ante su vista, por un breve instante, Claire lo vio como un refugio. Era su hogar, con su belleza, sus murallas de madera y los tejados de paja, que se mezclaban con el paisaje estival de alrededor, todo rezumando vigor y prosperidad. Le resultó tan familiar que apunto estuvo de imaginarse a su padre y a su madre allí, dispuestos a protegerla y a darle buenos consejos. Entonces, las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos. Su padre se había ido para siempre y su madre estaba deseosa de entregar a su hija a los lobos.

El lobo que cabalgaba junto a ella no le había perturbado con sus palabras hasta aquel momento.

-Es un lugar hermoso, lady Claire, y juntos podremos conseguir que siga así.

No había escapatoria. No sin sacrificar a su familia.

-¿Lo haréis? ¿Me prometéis al menos que os preocuparéis de que Summerbourne siga siendo un lugar alegre?

El advenedizo apretó las mandíbulas.

-Mi intención es que tanto Summerbourne como mi esposa estén alegres. Como lo estarán mis hijos en su día. Para un hombre como yo, esas cosas son de un enorme valor.

Él azuzó a su caballo con las piernas, y Claire lo siguió, esforzándose por encontrar algo de alivio en sus palabras. Pero ¿de qué era capaz aquel ser ávido de tener posesiones para alcanzar sus sueños? ¿Qué había hecho?

Guerras. Justas. Derramamientos de sangre. Él mismo lo admitía.

De Lisle dio la orden de que desmontaran el campamento, después se dirigió hacia el portón. La madre de Claire esperaba allí y fue a su encuentro.

-He oído que Felice y Amice han desaparecido. ¿Se encuentran bien?

Claire bajó del caballo antes de que él la ayudara.

-Están en St. Frideswide. He intentado... -se interrumpió, no quería ser cruel con él ni con Felice-. He intentado que Felice se diera cuenta de que lord Renald sería un buen marido para ella, pero no me ha escuchado.

-Entonces, ¿está todo arreglado?

Lady Murielle los miró con nerviosismo a los dos, y a él le dirigió una apaciguadora sonrisa. Claire hubiera preferido que su madre no hiciera eso. Acabarían estando todos en manos de aquel hombre. No tenían que humillarse. Tomó de inmediato una firme decisión. Jamás se humillaría ante él.

-Todo saldrá bien -dijo lady Murielle a su hija, al tiempo que la rodeaba con el brazo y la acompañaba hasta la casa-. Todos seguiremos en nuestro hogar y...

-Señoras...

La voz del advenedizo las detuvo y les hizo darse la vuelta.

-Es la voluntad del rey que este asunto se resuelva con prontitud. Os ruego que entreguéis a mi administrador una lista de los invitados que deseáis que vengan a los esponsales, pero tienen que ser personas que puedan estar aquí mañana.

Claire quiso en ese momento protestar, pero su madre tiró de ella hacia la sala.

-¡Claire! Ya lo has oído. Es la voluntad del rey. No le irrites ahora. Sobre todo porque va a ser tu marido.

-¡Es un tirano!

-Más razón para mostrarte complaciente. Sé agradable con él, querida, y todo irá bien. -La madre le acarició la mano-. Parece un hombre razonable. Al fin y al cabo, podía empeñarse en que los esponsales fueran ahora, sin invitados ni celebración.

-Lo preferiría. Sería de lo más adecuado, muerto padre hace tan poco. Los documentos ya están listos.

-¡No! -dijo lady Murielle, casi gimiendo-. No permitiré que mi única hija se prometa en matrimonio sin testigos ni invitados. Claire la miró fijamente:

-Pero Padre...

-¡No me des lecciones, Claire! Clarence habría querido que tu casamiento fuera alegre, sabes que es eso lo que le habría gustado. Eso era verdad, pero para Claire todo aquello era un error.

-Tal vez entonces una ceremonia rápida...

-No. -Nunca se había dado cuenta de que su madre fuera tan testaruda-. Lo haremos como es debido. Vamos a hacer las invitaciones para que las repartan y después prepararemos la fiesta. Hay tantas cosas que hacer...., y encima Felice y Amice no están para ayudar...

Mientras su madre tiraba de ella, Claire pasó junto a lady Agnes, y la joven se detuvo un momento a hacerle una pregunta:

-Abuela, ¿no hay forma de librarse?

-¿Dónde está Felice?

Claire le explicó la situación.

-Entonces, no -contestó la abuela-. No hay forma de librarse. Tiene que casarse con alguna de vosotras.

-Que es lo que tú querías.

Lady Agnes se mostraba tan impávida como De Lisie ante sus ataques.

-Sí. Y será lo mejor.

La madre la rodeó con el brazo.

-Vamos, querida. Tu abuela tiene razón. Será lo mejor. Felice no se preocuparía de todos como tú.

Pero la mirada de lady Murielle estaba fija en Thomas, que se encontraba en ese momento echado en el suelo, con cara de estar enfurruñado. Claire deseó que al menos él supiera apreciar su sacrificio.

-Deberías estar cumpliendo con tus obligaciones -le dijo, sorprendida de la dureza de su voz.

El muchacho se encogió de hombros. -Nadie me ha dicho lo que tengo que hacer.

-¿Y dónde estabas antes? Te estaban buscando.

-No tengo que estar a su disposición día y noche.

-¡Eso es exactamente lo que tienes que hacer! Thomas se sentó y, apretando las mandíbulas, dijo:

-¡Muy bien! Pues no lo voy a hacer.

-Por supuesto que no -dijo lady Murielle-. No tiene por qué, Claire. Thomas es hijo de un lord, no es un siervo.

La joven miró a su hermano.

-Si yo me caso con De Lisie, será por mi familia, especialmente por ti. Pero tú tienes que poner de tu parte. Tienes que prepararte para abrirte camino en el mundo.

-¡No es justo!

-No es justo que yo tenga que casarme con ese hombre. Estaré ligada a él de por vida, mientras tú podrás tener una vida propia.

El muchacho puso una leve expresión de culpa ante aquellas palabras.

-Aprenderé a manejar la espada y esas cosas.

-Aprenderás lo que te digan que tienes que aprender. Y eso incluye la asistencia al servicio y las leyes.

-Ese aburrimiento.

-Thomas, te castigarán con palizas si no haces lo que te dicen, y no te pienses que yo podré detenerlos. Y has llegado a agotar la paciencia de lord Renald.

-Pero esto será sólo un tiempo, hijo mío -dijo la madre de Claire, dirigiéndose al muchacho-. Una vez que tu hermana se haya casado con lord Renald, estoy segura de que ella lo convencerá para que te encargue ocupaciones más apropiadas para ti.

Claire se llevó las manos a la cabeza de desesperación. Por lo visto, todo el mundo creía que con que ella se casara con ese advenedizo, el mundo seguiría siendo como antes.

-Si se atreve a maltrataros a cualquiera de los dos -dijo lady Agnes-, sabremos cómo manejarlo.

-¿Manejarlo? -Claire se volvió hacia su abuela, segura ya de que todos se estaban volviendo locos-. ¡Sólo conseguiríamos que el rey acabara con todos nosotros!

Lady Agnes se rió entre dientes.

-Tanto tiempo con Clarence, ese dulce hijo mío, os ha reblandecido la mente. Las mujeres siempre hemos tenido formas de manejar a los hombres y siempre las tendremos, mientras sigan teniendo que fundirse con nosotras. -Los ojos de la anciana miraron por detrás de Claire-. Justa advertencia, joven.

Claire se dio la vuelta y vio que De Lisle acababa de entrar.

-No tengo intención de maltratar a nadie -dijo, escuetamente-. Lady Murielle, ¿tenéis la lista de los invitados? ¿No? Os ruego que la hagáis. Thomas.

Claire se sobresaltó casi tanto como su hermano, que se puso de pie de inmediato.

-Ayúdame. -Con aquella brusca orden, De Lisle se marchó al gabinete de su padre. Lady Murielle extendió la mano, como para impedir que su hijo se fuera, pero al punto la retiró.

Tras echar un vistazo en busca de ayuda, Thomas siguió a De Lisle.

-Que la Virgen lo proteja -susurró lady Murielle.

-¡Madre! Thomas se pone así de mohíno cada vez que se le pide que haga algo que a él no le gusta.

-Al menos, todavía mi hijo está aquí. No puedo soportar que le traten con crueldad.

Claire deseó que su madre reparara en que también estaba allí su hija.

-El mundo es cruel, Murielle -replicó lady Agnes-. Ya es hora de que el muchacho aprenda a estar en él.

Lady Murielle miró a su suegra.

-Supongo que querrás que le den una paliza cinco veces al día.

-Sólo si se lo merece. -Lady Agnes se volvió hacia Claire-. Tú también te mereces unos cuantos azotes, muchacha, por armar tanto jaleo de nada. Deja de poner esa cara de duelo.

-Pero es que estoy de duelo. -Claire estuvo a punto de gritar-. ¿Ya te has olvidado?

-No. Pero la muerte de Clarence no es culpa de ese hombre. Él es apuesto y cortés. ¿Qué mas quieres?

-¡Afecto, honor, sensibilidad! -La joven se tapó la cara con las manos- Yo no quiero casarme con él -se volvió hacia su madre-. Madre, tú me entiendes ¿no?

Lady Murielle le pasó una mano por el hombro y se lo acarició. -Claro que sí, hija. Han sido unas semanas terribles, y el dolor por la muerte de tu padre está demasiado fresco aún para todos nosotros. Pero la vida debe seguir su curso. Estoy de acuerdo con tu abuela. Si no hay más remedio de que te cases con un marido impuesto, el destino podría haberte deparado uno mucho peor.

Y, añadió Claire para sí, si el precio del futuro de Thomas es arrojarte a un lobo hambriento, qué se le va a hacer.

Se recordó a sí misma que todo lo que estaba pasando no era más que un reflejo de la desesperada situación en que se encontraban. De Lisle se estaba comportando de manera tan moderada que casi era fácil olvidarse de que el mundo había cambiado. Ninguno de ellos tenía ya ningún derecho a estar allí. Ni a nada, ni a la ropa ni a la deliciosa comida. Menos aún a los adornos, los instrumentos de música o los libros.

A menos que ella se casara con él.

Tenía que hacerlo, y no era propio de ella hacerse la mártir.

Se tomó unos momentos para recobrarse, y al final fue capaz de esbozar una sonrisa.

-Verdaderamente, no parece un mal hombre. ¿Qué era lo que teníamos que hacer?

-Muy bien, hija, muy bien -su madre sonrió con alivio-. Primero tenemos que confeccionar la lista. No podemos celebrar unos esponsales sin la presencia de todos nuestros buenos vecinos.

-Tengo las cosas de escribir en la cámara de las doncellas.

-Excelente -mientras subían la escalera, la madre dijo-: También tenemos que decidir lo que te pondrás para la ceremonia. Claire se acordó rápidamente, con nostalgia, de su feo atuendo y

las manchas de ceniza, pero no tenía sentido. Pese a todo, se sentía muy orgullosa de su pelo. No había nada para arreglarlo y lo habitual es que la novia llevara la cabeza descubierta.

Al menos los invitados, congregados con tantas prisas, sabrían que ella no iba de buen grado al encuentro de su funesto destino.

## Capítulo 9

-Capón -dijo lady Murielle, mientras supervisaba el patio interior que hacía las veces de almacén-. No hay tiempo para asar un buey... ¡Cochinillo!

Claire sintió una punzada de dolor por aquellos lechones que se bañaban tan alegremente en el barro dos días antes. Pero ella misma había ordenado la matanza, así que siguió a su madre hasta la cervecería y las bodegas. No solían beber mucho vino en Summerbourne, pero junto con la gran cantidad de cerveza, tenían hidromiel y dos cubas de vino de Burdeos. Mandaron que los llevaran hasta la sala para que la bebida se asentara antes de la fiesta.

La fiesta.

Claire se frotó las sienes, no sintiéndose en absoluto festiva.

La voz de su madre vino a sacarla de su pesaroso estado de ánimo.

-¿Quedan cerezas? No sé si todavía habrá moras en el bosque. Manda a algunos niños a buscarlas, Claire. Aunque tengamos que hacerlo todo con tanta prisa, debemos hacerlo lo mejor posible.

Claire miró a su madre, quien parecía quitarse la pena entregándose de lleno al trabajo. Tal vez ese fuera el secreto. Se concentró ella también en asuntos estrictamente prácticos y en transmitir órdenes. Fue con su madre a todas partes para asegurarse de que las gallinas estaban poniendo suficientes huevos y de que los animales de la granja estaban dando una buena cantidad de leche. El colmenero les aseguró que las colmenas estaban llenas de miel.

-Si ponemos bastantes pasteles ricos -dijo lady Murielle-, ya verás como todo el mundo estará contento.

-Hasta que se les subleve el estómago -señaló Claire, lo que les hizo compartir una sonrisa.

Volvían a la casa de la cabaña del colmenero cuando Claire vio a De Lisle apoyado en una pared, mirándolas.

Su madre comprobó hacia dónde miraba su hija.

-Me sorprende que no se haya ido de caza con sus hombres. A los tipos como él eso suele gustarles.

-¿Es que ha mandado fuera a sus hombres? -preguntó Claire. -Sí. Si traen un ciervo o cualquier otra pieza de caza nos serán muy útiles. Pero es raro que él no haya ido.



Librodot

-Se quiere asegurar de que la única prometida que le queda no se le escape a St. Frideswide.

Su madre la miró con reprobación. -Claire...

-No te preocupes, madre. Estoy encantada de entregarme en sacrificio.

Encantada no era la palabra más apropiada, pero ¿qué otra podía aplicarse para indicar que no iba a oponerse? Al menos, al día siguiente no serían más que los esponsales. Tenía algo de tiempo para armarse de valor y prepararse para el lecho nupcial.

Tras asegurarse de que había en la casa suficientes provisiones, se fueron a supervisar los preparativos e incluso ellas mismas se pusieron a hacer los pasteles. Claire se hizo con un lugar en la repostería y empezó a hacer su especialidad: pasteles de miel con almendras.

¿Cuántas personas vendrían a unos esponsales tan presurosos?, se preguntó a sí misma mientras molía las almendras. Se iba a quedar sorprendida si de cada familia de importancia a menos de medio día de

distancia no enviaran al menos a algún miembro. Con la última rebelión, habría mucho de que hablar, y todo el mundo tendría mucha curiosidad por el nuevo señor y toda la situación.

Dejó por un momento de trabajar la masa. En las invitaciones habían incluido la noticia del reciente fallecimiento de su padre, así que la gente vendría también con ánimo de duelo. Volvió a hundir los puños en la masa dulce y pegajosa. Iban a ser los esponsales más extraños que jamás se habían visto.

Confiaba en que la gente no tuviera ganas de hablar de la muerte de su padre, pero seguramente sí. Eso la llevó a pensar en lo poco que sabían del tema. Ella no podría explicarle a nadie dónde había muerto su padre, nada salvo que una espada le entró directa al corazón a través de la cota de malla.

Con el ceño fruncido, volvió a preguntarse qué le habría ocurrido a Ulric.

Envolvió la masa en un trapo húmedo y empezó a preparar los pastelillos. Para su padre, su acto de rebeldía había sido personal, y por eso no se llevó consigo a ningún soldado. Sin embargo, Ulric, su criado, se negó a dejarle ir solo. Debía de haber muerto, seguramente en la misma escaramuza, porque jamás se apartaba del lado de su padre.

-¡Lady Claire! -gritó una de las mujeres, sacándola así de sus pensamientos y con el rostro acalorado por el enfado-. Le juro que esos hombres no están haciéndolo bien con las gallinas. Tienen un jaleo montado de la pura borrachera que llevan, si me permitís que hable con claridad.

Claire suspiró.

-En seguida salgo, Heddy.

Cubrió los pasteles con un trapo y se fue hacia fuera. Intentaba siempre estar lo más apartada posible de las matanzas. Era Felice quien solía ocuparse de esas cosas. Aquello era otro signo de los tristes cambios en su vida, y ahora no le quedaba más remedio que estar allí y ver cómo les retorcían los pescuezos a las gallinas.

Aquello era un caos, pero normal. Las gallinas y los pollos corrían despavoridos en todas direcciones, sin dejar de dar graznidos de terror. Entre carcajadas, los hombres agarraban a toda ave que pasaba

por su lado y la sujetaban con fuerza por el cuello hasta matarla. Tiraban después los cadáveres a las criadas, que las descabezaban con los cuchillos y las desplumaban. Otras mujeres iban cogiendo las que ya estaban frías para limpiarlas.

Por todas partes había un intenso olor a entresijos y sangre. Claire vio cómo un hombre le daba una patada a una gallina por diversión y le gritó:

-¡Alby, eso no!

De pronto, conscientes de la presencia de la señora, los hombres se pusieron serios y empezaron a coger a las víctimas con menos jugueteos. Las gallinas siguieron muriendo.

Con una expresión buscada de rigidez, la joven se quedó mirando, pensando en la muerte. La necesaria muerte. La inútil muerte.

¿Qué tipo de muerte había tenido su padre?

Tal vez alguno de los invitados lo supiera, pero se dio cuenta de que empezaba a pensar como su madre. No quería saber. No quería hablar de ello. Quería recordar a su padre como el hombre pacífico y auténtico que había sido, no como una criatura de hierro y sangre.

De hecho, en aquel momento debía sentirse menos apesadumbrada. Ninguna de las personas que había allí consideraba la matanza un motivo de tristeza. Al poco rato, incluso sin que ella dejara de estar presente, volvieron a oírse las carcajadas y las bromas.

Se dio la vuelta, pero no podía librarse de los graznidos, de los gritos, del sonido constante de los cuchillos rebanando cuellos.

Los sonidos de la muerte.

De repente, oyó los agudos chillidos de los lechones.

Dios santo, ¿qué clase de alegría era aquélla?

Consciente de su estupidez -¿acaso no comía ella carne todos los días?-, Claire se apartó hacia atrás.

-¿Milady?

Se sorprendió al oír la voz de De Lisle, y se volvió a mirarlo. -¿Os encontráis mal?

-No, no, por supuesto que no. Él la estudió con la mirada.

-No se os ve tan entusiasta como otra veces.

-Es sólo porque hay tanto trabajo...

El hombre miró por detrás de la joven.

-O más bien trabajo que no os agrada.

Ella suspiró y dejó de empeñarse en ocultar la verdad.

-¿Por qué lo sabéis?

-Tenéis la mirada de un muchacho después de su primera batalla. Aunque -añadió con una leve sonrisa- sin la euforia de haber sobrevivido -volvió a mirar por detrás de ella-. Seguro que habréis visto antes pollos muertos.

Claire deseó que él no viniera siempre a encontrarse con ella cuando se sentía apocada.

-No es... no es una de mis ocupaciones. Felice o madre suelen encargarse de esto.

-Es preciso que los animales mueran para que nosotros comamos.

Ella miró de frente a aquellos gélidos ojos.

-¡Eso ya lo sé! Ya sé que es una tontería, pero a mí no me gusta. -¿Qué preferirías estar haciendo?

-Pasteles de miel con almendras. Esta vez la sonrisa fue más amplia.

-Pues yo prefiero comer pasteles de miel con almendra que pollo asado. Yo me encargaré de esto.

-¿Vos?

Él levantó las cejas.

-Después de todo, estoy muy bien entrenado para supervisar matanzas.

Claire tragó saliva ante aquel frío recordatorio de lo que era ese hombre, pero no dejó de captar su intención. Él deseaba ocuparse de lo que ella aborrecía.

-Están también los lechones...

-Que hace tan poco tiempo se divertían rebozándose de barro. -De Lisle le tomó una mano y se la besó-. Entiendo lo que sentís, mademoiselle.

Aquel cortés y delicado roce en sus nudillos hizo que el mundo se tambaleara bajo sus pies.

Después, casi de forma contemplativa, volvió a besarle la mano. Jengibre y miel. Dulce y picante -con los ojos clavados en ella, le fue pasando la lengua por las yemas de los dedos de su mano cautiva-. No penséis en la muerte, milady. Dejad que sea yo quien me ocupe de eso, y regresad al país de la miel y la leche.

Claire miró fijamente a aquellos ojos, que parecían de una profundidad aterradora.

Con una leve exclamación, retiró la mano y se marchó otra vez a la repostería.

Sin embargo, al llegar a la puerta, se detuvo y miró hacia atrás. ¿Qué efecto era ese que tenía aquel hombre sobre su persona? ¿Era algo bueno o malo? ¿Qué era aquel hombre?

Se quedó allí unos instantes, contemplando la matanza, contemplando al hombre que sabía tratar con la muerte y contemplando en el interior de sí misma sus propios misterios, pues no podía negar una

actitud suya secreta y maligna hacia aquel lobo invasor. Tal vez, sólo tal vez, si Felice cambiara de opinión e irrumpiera de pronto en Summerbourne exigiendo que fuera su marido, Claire sentiría una leve sensación de pérdida.

Se dio la vuelta bruscamente y se adentró en la tumultuosa calidez de la repostería. Sólo una sensación leve, muy leve.

No quería casarse con Renald de Lisle.

Su madre se encontraba también allí, comprobando cómo crecían las pilas de pasteles y bizcochos, todavía contenta por entregarse al trabajo. Pero se la veía acalorada y con su pelo castaño pegado a la frente del sudor. Claire sospechó que ella tendría un aspecto muy parecido. Se acordó de por qué Felice prefería supervisar la matanza. Fuera hacía más fresco y las damas no se ensuciaban tanto.

-Vaya, Claire, por fin estás aquí -dijo su madre-. Hemos encontrado cerezas, y los niños han traído un montón de moras y bastantes frambuesas también.

-Podría poner algunas en mis tartas.

-Sí, ponlas.

La joven se puso con esmero a la labor y fue haciendo delicias que encantarían a los invitados. No obstante, sus pensamientos seguían vagando por sus filosóficos derroteros. La vida no se sustentaba con aquellas delicias, pero sí con los burdos productos de la matanza.

Se acordó de cuando De Lisle le dijo algo parecido a Madre Winifred.

Las ocupaciones que ella solía hacer, sus escritos y sus ilustraciones, no servían realmente para nada, mientras que la violencia de los guerreros era necesaria en aquel duro mundo. No hacía tanto de la época en que algunas partes de Inglaterra estuvieron sometidas a los ataques de los vikingos. En aquel tiempo, la gente pacífica como ella o como su padre -como los habitantes de los conventos y los monasterios- habría muerto. Si no hubiera habido lobos de guerra que se interpusieran entre ellos y los otros depredadores, sus trabajos habrían sido robados o destrozados.

Tal vez los hombres como De Lisle no fueran tan malos...

Sus pensamientos se vieron quebrados por la llegada de una criada con un cubo lleno de sangre.

-¡Los hígados, señora! -anunció la mujer a su madre.

-Ah, sí, gracias, Ilsa. Claire, ¿por qué no haces ese plato especial, el que lleva tantas especias?

Claire suspiró, pero se marchó a la cocina. No le gustaba manosear las vísceras todavía calientes, pero no era tan desagradable como supervisar la matanza.

Dispuso los suaves higadillos de los lechones para trocearlos todos seguidos y después los mezcló con huevos nata y especias. Acabó poniéndolo todo en una vasija de barro y la colocó junto al calor abrasador del horno. Sería sólo para los invitados más importantes. El conde de Salisbury aceptaría seguramente su invitación, si es que no se encontraba en la corte. Al fin y al cabo, aunque apenas lo veía, era su padrino.

Un cocinero preparaba los lechones descabezados para asarlos día siguiente. Con el firme propósito de no volverse a comportar como una remilgada, Claire se afanó en hacer una salsa de cerezas para acompañar el asado.

Con todo, se sintió muy satisfecha cuando después de lavarse las manos, logró escaparse otra vez «al país de la miel y la leche». Mientras mezclaba las almendras y la fruta, pensó en el hombre que había dicho aquellas palabras, recapacitando en el hecho de que un espada sangrienta, un lobo de guerra, pudiera ser, tal vez, un hombre soportable.

Al fin y al cabo, se había encargado de una tarea que a ella le repugnaba, cuando, como dueño y señor de Summerbourne, no le correspondía en absoluto.

Pese al ataque de ira que le había dado con sus hombres cuando sus tías se habían escapado, no había llegado a hacer nada terrible. Era cierto lo que ella le había dicho a Felice de que no le había levantado la mano a nadie.

Puso junto al horno la bandeja con las tartas hasta que les llegara su turno y, estirándose para tocarse la dolorida espalda, se dio cuenta de que empezaba a dolerle también la cabeza, sin duda por la de pensamientos que la abrumaban. Con algo de culpabilidad, echó un vistazo al ajetreo que bullía en la asfixiante habitación y decidió escabullirse un momento para respirar un poco de aire fresco.

Sería sólo un momento.

Aquel largo día tocaba a su fin, y una suave brisa le acarició la piel sudorosa. Suspiró ante la agradable sensación del aire jugueteando con su pelo corto por detrás de la nuca, y se lo levantó aún más, al tiempo que movía la cabeza y los hombros para aliviarse el dolor.

-La vida en el país de la miel y de la leche debe ser tan dura como en el mundo más cruel.

¡Cómo no! Seguía custodiándola. Claire se volvió para mirarlo.

-Se os ve envidiablemente sereno, milord.

-Debe de haber algo edificante ahí. Esa muerte es más fácil que otras. Es tan fácil...

-La verdad es que Felice siempre se las arreglaba para quedarse perfectamente limpia y serena después de supervisar la matanza.

Él levantó las cejas.

-¿Seguís pensando que vuestra tía y yo estamos hechos el uno para el otro?

-Quizá, pero alguien tiene que pasar calor y sudar en las cocinas.

-¿Lo veis? Nuestra unión está claramente marcada por el destino.

-Queréis decir, marcada por la fuerza.

Al momento se preguntó a sí misma por qué se mostraba tan calmada rechazándolo. Tal vez no fuera más que por el profundo cansancio de un día tan largo.

-Sea por el destino o por la fuerza -dijo él, sin inmutarse-, no me quejo. Ni de la prometida ni de la heredad. Mi prometida sabe hacer pasteles de almendra, y Summerbourne es una excelente propiedad, salvo por sus defensas.

-¿Defensas? -replicó ella, tratando de no sentirse ofendida por la forma en que aquel hombre valoraba su botín.

-No os alarméis. Estáis a salvo en tiempos como estos, pero necesitamos murallas de piedra.

-¡No! -Él había captado la alarma en la pregunta de la joven, pero no había sabido interpretarla-. Las murallas de piedra son muy frías.

-Frías y sólidas. Con un pequeño ejército, podría tomar este lugar en cuestión de horas.

Claire levantó la barbilla y se quedó mirándolo.

-Ni siquiera habéis necesitado un pequeño ejército, ¿no es cierto? Alguna que otra artimaña, una pequeña matanza, y os habéis apoderado de nosotros sin un solo golpe.

-¿Qué queréis decir con una pequeña matanza?

-Aunque De Lisle apenas se movió, una irritación repentina le secó la boca. Ella dio un paso hacia atrás, pero sólo uno-. ¿De qué me estáis acusando, milady?

Ella se refería a cómo el rey había asesinado a su hermano, pero tuvo la suficiente prudencia de no decirlo. La única reacción que se le ocurrió en ese momento fue formular una pregunta:

-¿De qué os avergonzáis?

El hombre se golpeó repetidas veces el ancho cinto de cuero con el pulgar, y su irritación se mitigó.

-Yo me avergüenzo de muchas cosas. ¿Tenéis vos una conciencia impoluta?

-Al menos no he matado a cientos de personas.

-Ni yo -la examinó con los ojos durante un oscuro momento y se encogió de hombros-. De momento no pienso modificar las fortificaciones. Ya nos pelearemos por ese tema más adelante.

-Pero esperáis vencer.

Volvió a invadirle el sentimiento de negrura.

-¿Qué esperaríais vos, milady? Soy un guerrero. Peleo para ganar.

-Y yo soy una oveja que no puede esperar nada de los lobos. Él se sonrió.

-Salvo de mí.

Claire estuvo a punto de señalar que él era precisamente el lobo, pero no lo hizo porque De Lisle ya lo sabía.

-Tengo que volver.

Se dio la vuelta, pero el hombre la detuvo con su voz.

-Milady, creo que habéis trabajado bastante ya.

-No, si todavía quedan cosas que hacer.

-¿Acaso no tenemos criados preparados para hacerlo?

-Es preciso supervisarlos. No puedo dejar sola a mi madre.

La miró en silencio unos instantes.

-Mandaré a Nils y a Josce para que la ayuden.

-¿En las cocinas?

-También Thomas puede echar una mano. Cuando más ocupado esté, menos problemas se buscará. -Detuvo a un sirviente que pasó cerca de ellos y le dio las instrucciones.

-Pero, señor -protestó ella-, no sabrán nada de lo que hay que hacer en las cocinas. De veras que tengo que volver.

Él la sujetó por el brazo. No le hizo daño, pero ella tembló porque pudiera hacérselo.

-¿Y dejarme solo? Claire intentó soltarse.

-No creáis que no me doy cuenta de lo que pretendéis. Me estáis vigilando todo el tiempo. Tenéis miedo de que me escape al convento.

-No, no es miedo. Pero he puesto más hombres a la entrada de las murallas y en la puerta posterior. Mis hombres, claro.

Claire lo miró con perplejidad, preguntándose si aquello era una broma. Pero los lobos no hacían bromas.

-Muy bien, señor, si queréis vigilarme, venid conmigo a las cocinas. Tal vez incluso podáis hacer algo. Tenéis manos fuertes -añadió, bajando la vista hacia la que la estaba reteniendo-, y siempre hay pan que amasar.

Aquella mano relajó un poco la sujeción y se movió, rozándole la manga contra la piel de una forma inquietante.

-Qué agradable ser pan -murmuró él- y ser amasado por vuestras manos.

O había dicho «amado».

Claire tragó saliva e intentó de nuevo soltarse.

-De veras que...

Él se acercó más y le cogió la otra mano.

-¡Milord!

Entrelazó sus dedos en los de ella.

-Venid conmigo al jardín, lady Claire. Después de todo, mañana serán nuestros esponsales.

El tono de su voz era de súplica pero su sujeción era de mandato.

Después, le rozó suavemente la palma de la mano con el pulgar, y ella lo miró, sorprendida -sorprendida por el hecho y por la reacción que provocaba en ella-. Serían toscas y duras sus manos, pero aquel roce había sido muy agradable.

El hombre sonrió.

Tenía una sonrisa bastante bonita. Sobre todo para ser un lobo. Al poco rato, se vio a sí misma andando por el sendero entre las altas celosías por las que crecían las plantas de judías y guisantes, llevada por el brazo de aquel hombre alrededor de su cintura. No había nada de brutal en aquel contacto y sin embargo se estremeció, igual que lo había hecho delante del convento.

No le gustaba notar el aturdimiento que sentía con su contacto y con sus sonrisas.

¿Qué haría si intentaba besarla? Sabía que la había llevado hasta allí para besarla.

Pero cuando se detuvieron, él se puso a su espalda.

-Hablando de amasar... -con sus enormes manos, empezó a masajearle los doloridos y tensos hombros.

Se puso rígida.

-No hagáis eso.

-¿Es un pecado?

Tras el primer sobresalto, Claire empezó a sentir que aquel masaje resultaba pecaminosamente agradable.

-No, pero...

-¿Pero? -bajó las manos, buscando el hueco entre las paletas de su espalda, y Claire gimió de placer.

-¿Pero? -repitió él.

-Pero es el tipo de atención que debería tener una dama hacia su señor -dijo ella, casi en un susurro. La voz parecía también habérsele derretido, como el resto del cuerpo-, y no al revés.

-¿Es que hay una regla en esto? -Claire percibió algo de broma en su tono, lo que la relajó aún más, igual que a sus enormes y fuertes: manos-. Más bien dependerá de cuál de los dos haya hecho el trabajo más duro.

-Y yo he estado luchando contra las almendras y las cerezas. Por no hablar de los hígados de los pobres cochinillos.

-Ay, pobre doncella...

Apretaba con los pulgares lo suficiente para suavizar, pero sin hacerle ningún daño. Se acordó de haberle escrito a Felice algo de que aquel hombre sabía como controlar su tamaño y su fuerza.

Cuán cierto era.

-Lo hacéis muy bien.

-Todo escudero aprende a quitar la tensión en los músculos de su señor-dijo él-. Incluso los hombres se lo hacen unos a otros -empezó a presionarla en la parte alta de los hombros-. Me alegro de que al menos os agrade una de las habilidades que he aprendido preparándome para la guerra.

Sus pulgares empezaron a imprimirle círculos en la parte posterior del cuello, y sintió que un fuego intenso le recorría toda la espalda. Ella inclinó la cabeza hacia adelante para que él pudiera maniobrar mejor, pero no replicó a sus palabras porque tenía razón. Sus destrezas más primitivas, su dominio de las artes de guerra nunca le agradarían. Pero esto sí. Desde luego que sí.

Un nuevo toque la sobresaltó. Fueron los labios de él rozándole con suavidad la expuesta nuca. De inmediato, intentó cambiar de postura, pero las manos de él la sujetaron por los hombros, acercándola más a sus labios.

-Una nuca desnuda es una oportunidad irresistible.

Sintió entonces los dientes, apretándole dulcemente la piel. Aun cuando se estremeció y quiso resistirse a su sujeción, se le aflojaron las piernas, y el vientre le dolió con una misteriosa nostalgia.

Hasta los dedos de los pies se le curvaron hacia arriba.

Aquello era demasiado. Se soltó y se dio la vuelta para mirarlo de frente.

-Gracias, milord, pero ya es suficiente.

El hombre elevó las cejas de aquella forma en que lo hacía, pero se limitó a inclinar la cabeza.

-Siempre será un placer para mí cuidaros, milady. -Con aspecto de estar completamente relajado, miró alrededor, y frunció el ceño-. Este jardín no parece muy próspero.

-¿Cómo? -preguntó Claire con indignación, sin dejar de mirar a toda la saludable vegetación que los rodeaba.

-Las plantas de guisantes y judías. No tienen frutos.

-¡Ah! Pero es que les hemos sacado todo lo comestible para la fiesta de mañana.

-¿Es conveniente hacer eso?

Claire se acercó hasta la celosía de una planta de guisantes y levantó una hoja para mostrarle una vaina, todavía tierna.

-Y aún quedan flores. En pocos días la tierra dará más frutos.

-Menos mal. No me gustaría tener que comer raíces.

La joven elevó los ojos.

-Ya veo que el viejo refrán es acertado. A un hombre le preocupa únicamente su estómago.

Se acordó de la forma en que aquel hombre la había presionado contra su pecho a la puerta del convento y, de repente, pese a los trinos de los pájaros y el zumbido de los insectos, pese a los ruidos distantes de la casa, el jardín le pareció un sitio aislado y las sombras de las hojas, muy oscuras.

Claire se apartó un poco de él.

-Al menos vuestro estómago, milord, no pasará privaciones. Mañana tendremos un verdadero banquete, y con los restos podremos seguir comiendo durante varios días. Llegaréis a cansaros del cerdo con salsa de cerezas y del pollo con azafrán.

Daba la impresión de que él se concentraba en leerle los labios.

-Hasta eso lo soportaré, mi dulce dama, si sois vos quien me alimentáis de vuestra propia mano.

Aunque el hombre no se movió, fue como si la rodeara, como si la atrapara. Supo de inmediato que jamás podría esquivarlo.

-¡Milord...!

Él se acercó un poco más.

-¿Sí?

Como una liebre, se quedó paralizada, y al punto las manos de él se depositaron sobre sus hombros. No pudo más que mirar cómo los labios de aquel hombre se acercaban a los suyos.

Ella esperaba un rudo ataque, pero él se limitó a rozarla con sus firmes labios, como el roce de una ala de mariposa, no más, pero prolongado. Cuando él se separó, Claire sintió una extraña insatisfacción, pero sin resistencia alguna.

Al momento siguiente, supo que eso era lo que él pretendía.

-¿Jugáis al ajedrez? -le preguntó, con el ceño fruncido.

-Sí. ¿Por qué?

-Me lo imaginaba.

El hombre se rió, y ella pensó que había algo de admiración en aquella risa, lo cual le alivió en su orgullo. Estaba jugando con ella como con el halcón al que se adiestra a llevar la capucha o como con el caballo al que se aplaca con la brida, y al final ella tendría que rendirse. Pero era una mujer, no un animal, y aunque tuviera que casarse con él, no le iba a resultar fácil amaestrarla.

El hombre no intentó tocarla otra vez.

-Claire, tengo dos peticiones que haceros.

-¿ Sí? -ella lo miró con recelo.

-No es nada grave, os lo aseguro. La primera es que dejéis de trabajar por hoy y descanséis para mañana.

-¿Queréis que me convierta en una perezosa, milord? Puede que un día lo lamentéis.

Una leve sonrisa se dibujo en los labios del guerrero.

-No, si vuestra pereza os lleva a remolonear en nuestro lecho.

-¿Y la segunda petición? -se apresuró ella a preguntar.

-Quisiera que siguierais una costumbre de mi tierra natal. Una vez haya llegado el primer invitado, os quedaréis en vuestra cámara, acompañada únicamente por vuestra familia y vuestras sirvientas hasta que esté a punto de comenzar la ceremonia de esponsales.

-¿Ni siquiera puedo ver a mis amigos?

-No antes de la ceremonia. Así tendrán tiempo de sobra para chismorrear.

Claire apretó los dientes ante el tono de superioridad de sus palabras.

-Habrá mucho que hacer.

-Lo harán sin vos.

-Milord, no os podéis hacer una idea de la cantidad de trabajo que se requiere para dar una fiesta. ¿Os olvidáis de que Felice y Amice no estarán aquí?

El hombre pasó por alto aquellas tendenciosas palabras.

-No es una petición excesiva.

Ella se quedó pensativa moviendo la cabeza. En cierto modo, no era una petición excesiva, pero le iba a resultar difícil retirarse a su cuarto mientras los demás estuvieran saturados de trabajo.

-Lo haré, milord. Pero tengo la impresión de que queréis que vuestra esposa sea una haragana.

-Yo lo que quiero es que mi esposa seáis vos, lady Claire. Es lo único que quiero.

Resultaba un poco extraño escuchar aquellas palabras en ese momento, sobre todo con un tono de voz tan pausado. ¿Habría mentido respecto a las órdenes del rey? ¿Le habrían ordenado que se casara precisamente con ella para sellar así su vinculación con Summerbourne?

¿Habría sido la última voluntad de su padre que se hiciera así? No, no podía ser. Ella misma había leído los documentos en que se despojaba a Clarence de Summerbourne de todas sus posesiones. Su última voluntad no habría tenido peso alguno.

No lograba entender los modales ni las palabras de aquel hombre, y rehuía cualquier pensamiento sobre su padre. El sol se estaba ocultando ya, con el intenso rojo hundiéndose entre azules y grises, mientras con rapidez las misteriosas sombras lo rodeaban todo.

Las peligrosas sombras. De Lisle hizo un gesto.

-Vayamos, milady, os acompañaré hasta la casa. Ella se apartó.

-No me voy a escapar de aquí a allí.

Él la acompañó de todas formas, como bien sabía ella que lo haría. Al menos no la volvió a tocar.

Hasta que no hubieron llegado a la puerta de la sala. Fue un leve roce de un dedo que le recorrió el contorno de la barbilla.

-Ansío que llegue mañana -dijo él con suavidad- cuando os haga mía.

Era evidente que lo ansiaba, y con avidez. Claire quiso decir algo sensato, algo que deshiciera la red que él había tejido a su alrededor. Sin que se le ocurriera nada, se limitó a mirarlo con una desencajada sonrisa y a marcharse corriendo de su lado, con el recuerdo de su roce temblándole aún en la piel.

Subió presurosa a su habitación para cambiarse antes de la cena. Pero sabía que corría únicamente por intentar librarse de un ávido lobo.

Capítulo 10

Nils, agobiado por las obligaciones en las cocinas, además de las otras tareas, se encontró con lord Renald a los pies de la escalera y vio a lady Claire subiendo a toda prisa como si tuviera el diablo a sus espaldas. En cierto modo, Nils estaba preocupado por la forma en que su señor trataba a su prometida.

-¿Milord?

Lord Renald se dio la vuelta y se quedó mirando con gesto de desagrado el pergamino que su administrador llevaba en la mano.

-¿Más documentos?

-La administración de una propiedad conlleva muchos documentos, milord.

-Ya veo. Vayamos al gabinete.

-¿Está enfadada con vos lady Claire? -preguntó Nils, mientras seguía a su señor.

-En absoluto.

El clérigo sabía muy bien identificar un rechazo, pero prefirió insistir. La dama le parecía una mujer muy buena, de gran corazón y consciente de sus deberes, su gente la quería mucho. Y lord Renald estaba... sombrío.

-Tenéis aspecto de enfadado, milord. ¿Es porque la dama se resiste aún a vos?

-Es porque no se resiste. Vamos, Hermano -dijo De Lisle mientras se hundía en la enorme silla-, ¿qué asuntos os preocupan esta vez?

«El hecho de que la silla en la que estáis sentado perteneciera al padre de vuestra prometida, el hombre que matasteis», pensó. Nils, aunque era muy consciente de que no debía hablar de esas cosas allí. Las órdenes eran muy claras. Pero ¿qué iba a pasar cuando lady Claire se enterara de la verdad? Había estado tentado de decírsela él mismo varias veces pese a las consecuencias, pero el clérigo sabía que conocer la verdad no iba a serle de ninguna ayuda. El matrimonio debía realizarse.

-¿Nils? -replicó lord Renald, levantando las cejas-. ¿Cuáles son los asuntos de la propiedad?

-El arriendo de las bateas de las salinas, en la costa -contestó el clérigo, aún sin abandonar sus pensamientos-. ¿La consideráis una terca?

-¿A quién? ¿A Claire? Por supuesto que no. Me parece que tanto vos como Josce os preocupáis en exceso, como si fuera yo a hacerle algún daño.

-¿Y no se lo vais a hacer?

Para sorpresa del clérigo, su señor aguantó el envite.

-Sí. Pero no hay nada que vos o yo podamos hacer para impedirlo. Explicadme lo de las bateas de las salinas.

Ante el lacónico tono de su voz, Nils supo que se había sobrepasado todo lo que podía hacerlo. Sin rechistar, se concentró en el trabajo.

Claire hubiera preferido permanecer en su habitación, pero las obligaciones la hicieron bajar otra vez a la sala un poco antes de la cena. Tenía que supervisar a los criados y representar su doloroso papel de prometida. Sentía como si todo el mundo, incluso los sirvientes, la miraran, sopesando su maestría en aplacar al terrible lobo.

Entró en la habitación con cautela, temiendo encontrarse otra vez con De Lisle, pero fue a darse de bruces con su hermano.

-Me han dicho que has estado en el jardín, retozando con él.

-¡Thomas!

-Te estás enamorando de él, ¿verdad? -Su tono al hablar era agudo y la gente los miraba-. Del hombre que me ha arrebatado mi propiedad.

-¡No! -Ella llevó a su hermano hasta una esquina-. Thomas, yo no quiero casarme con él, lo voy a hacer por ti. Por ti, por la abuela y por madre y todos los demás. No tengo otra elección.

Se quedó mirándola, y ella supo que aquel primer aturdimiento de su hermano empezaba a verse sustituido por un profundo dolor. Deseó abrazarlo, pero ya era demasiado mayor para eso.

-Sé obediente -le dijo-. Me ocuparé de ti en cuanto pueda. Pero entretanto, no debes irritarlo.

-Ha llegado aquí y ha echado todo a perder...

-No -dijo la hermana con firmeza-. A lord Renald le han concedido las posesiones de padre. Nada de lo que está pasando es culpa suya, podríamos haber caído en manos de otro mucho peor que él. Eso tienes que admitirlo. ¿Te acuerdas de Baldwin de Biggin?

El muchacho hizo una mueca, y ella le acarició el pelo.

-Venga, vete. Sigue haciendo lo que te hayan mandado.

Thomas se marchó, cabizbajo.

-¡Claire!

Se volvió para encontrarse con su madre radiante de felicidad, que le dio unas palmaditas en el hombro.

-Me han dicho que has estado fuera en el jardín, con él. Buena chica.



Librodot

Claire quiso emitir un gruñido. Ya era hora de que Renald de Lisle dejara de custodiarla. No podía dar un paso sin que toda la casa se enterara de lo que hacía.

-Hemos hablado. Eso ha sido todo -mintió. Una media verdad.

-Pues si habéis hablado, estoy segura de que te habrás dado cuenta de que no es un hombre tan terrible.

-Estoy resignada, madre. ¿No es bastante?

Lady Murielle se puso pálida y le tembló la boca.

-¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil? Lo único que yo quiero es que mis dos hijos estén contentos.

Con un suspiro, Claire abrazó a su madre.

-Perdóname, madre. Sé que tengo que hacer esto. Tienes razón. Voy a intentar no ser tan mala. Pero te ruego que no quieras que seamos ya dos tortolitos.

Con los ojos humedecidos, lady Murielle acarició las mejillas de su hija.

-Pero es que yo quiero que seáis dos tortolitos. Quiero que tu vida sea dichosa.

Los deseos de su madre caían sobre los hombros de Claire como un yugo. Se concentró en dar el aspecto de estar relajada.

-Ya seré feliz con el paso del tiempo, Como tú bien dices, no es un mal hombre. Pero es demasiado pronto para el amor, madre. Tienes que comprenderlo.

De Lisle entró en la sala en ese momento al salir del gabinete, mientras seguía hablando con su administrador. Examinó la habitación con los ojos de la forma en que él lo hacía, atento al peligro. Al punto, se quedó mirando fijamente a Claire y a su madre.

La joven tuvo la impresión de que todos los allí presentes estaban pendientes de cómo ellos dos se miraban. Con un suspiro, se dispuso a representar su papel, el papel de complaciente prometida. Se fue a ocupar su asiento a la mesa.

Lady Agnes estaba ya sentada y levantó la vista para decir:

-He oído que has aceptado la situación. Ahora sólo es cuestión de tiempo.

-¿Es que nadie en Summerbourne tiene nada mejor que hacer que estar pendiente de mí?

-El destino de todos nosotros está en tus manos. Claro que estamos pendientes de ti.

En el otro extremo de la sala, preparado con el cuenco y el paño para que los comensales se lavaran las manos, se encontraba Thomas, todavía con gesto de enfado. El problema era que cuanto más feliz se mostrara ella, más disgustado estaría su hermano. Claire estaba a punto de romperse en pedazos por dentro ante toda aquella situación. De Lisle fue también hasta la mesa y ocupó su asiento junto a ella. Claire vio cómo Josce empujaba a su hermano para que sirviera, y le suplicó en su interior que se comportara correctamente. Thomas cumplió sus

obligaciones con cuidado, pero sin levantar la vista del cuenco y con el descontento atrapado en los labios.

La joven picó algo de comida y se sintió agradecida de que De Lisle la molestara únicamente con los comentarios imprescindibles. Sin embargo, cuando se terminó la cena y ella se levantó, él la cogió de la mano.

-Quedaos, Claire. -El tono de su voz era suave, pero firme la presión de su mano-. Ya han llegado algunos artistas y quiero que nos den una primicia de lo que harán mañana.

Claire miró hacia donde estaban un hombre y una mujer preparando sus juegos malabares con unas copas.

-No me siento muy animada, milord.

-Nuestra gente se merece un poco de disfrute. Han trabajo hoy duramente y mañana también tendrán muchas cosas que hacer.

Ella captó que aquel «nuestra» era un señuelo, puesto, por cierto, con bastante torpeza.

-Pero ¿es obligatorio quedarse? Tengo ganas de estar tranquila a solas.

-Un rato al menos, sí.

Otra pesada obligación. Claire volvió a sentarse por el bien de los suyos y hasta se forzó a sonreír.

Él también sonrió y llegó incluso a aplaudir ante algunas de las habilidades de aquellos artistas, pero Claire sospechó que se estaba divirtiendo en realidad tan poco como ella. De hecho, hubo un momento en que el advenedizo movió los dedos con nerviosismo sobre la mesa, en marcado contraste con la alegre musiquilla que sonaba.

De Lisle se volvió bruscamente hacia ella.

-Sé que esto no es fácil para vos. Pero es la voluntad del rey que los esponsales se celebren lo antes posible.

Claire se recordó a sí misma que, en cierto modo, aquel hombre era tan víctima como ella. Al fin y al cabo -nuevo pensamiento este último-, tal vez estuviera enamorado de otra mujer antes de que el rey le concediera Summerbourne y le obligara a contraer matrimonio allí. Además había dejado elegir a las doncellas de la casa. No era culpa suya que dos de ellas se hubieran encerrado en un convento.

-Lo entiendo, milord. Estoy resignada.

Vieron después a unos bailarines, pero el silencio empezó a oprimirla. ¿De qué podrían hablar que no les llevara por incómodos derroteros? Cuando concluyó el número de danza y se acabaron los aplausos, ella dijo:

-Contadme más cosas de la agreste tierra en que os criasteis, milord.

Él la miró como si quisiera captar dónde estaba la trampa esta vez, pero a continuación contestó:

-Mi padre no era noble. Caballero, sí, porque tenía un caballo de batalla. Pero no poseía más que una granja amurallada, en la ladera de una montaña.

Así pues, el haber conseguido Summerbourne era un gran logro para aquel hombre, y era evidente que sentía cierto resquemor por ello. Pero no era algo que Claire pudiera echarle en cara.

-No he estado nunca en una zona montañosa -dijo ella-. ¿Me gustaría?

-Lo más probable es que no. Es una tierra agreste, que da gente también agreste.

-Yo no os encuentro agreste -lo dijo instintivamente por cortesía, pero al instante se dio cuenta de que en verdad lo pensaba. Duro, sí. Frío, un poco. Oscuro de una manera que ella no entendía bien. Pero ¿agreste? No.

Los negros ojos de él se clavaron en los suyos.

-Tal vez sea porque no me conocéis bien.

Estuvo a punto de negar aquellas palabras, pero vio que era una ridiculez. Hacía un día que se conocían y habían hablado apenas unas cuantas veces. ¿Por qué negar que no le conocía de nada?

Tal vez por la comunicación que habían tenido sus cuerpos, uno junto al otro. Se estremeció.

-Parece como si fingierais ser lo que no sois, milord.

La miró con ojos sobresaltados y ella pudo notar al instante cómo aquel hombre se acorazaba.

-Todos somos casi lo que parecemos de primeras, más y menos que esa primera impresión.

Claire se dio la vuelta para observar la actuación de un prestidigitador, y ocultar a su vez su propia expresión ante los ojos de aquel hombre incomprensible. Fingía en algo.

¿En qué?

Era tal la presión que tenía en su mente que dejó volar la imaginación y llegó a pensar que tal vez fuera un impostor. Que no fuera Renald de Lisle. Que los documentos con que había llegado a Summerbourne fueran falsos. Que tuviera ya una esposa...

Se obligó a detener sus pensamientos. Todo aquello era ridículo. La vida era ya lo suficientemente rara como para complicar más las cosas con su calenturienta imaginación.

Se forzó a retomar el tema más o menos inocuo de los orígenes del advenedizo.

-¿Sois entonces un hijo menor? Es obvio que no heredasteis.

Él cogió su copa y dio un sorbo, sin dejar de mirar a una volatinera que hacía sus acrobacias con unas mallas de hombre debajo del vestido.

-Ninguno de los hermanos heredamos. Mi padre perdió el favor de su señor y fue desterrado.

-Como nosotros -Claire suspiró, sintiendo una repentina unión entre ellos-. ¿Cuántos años teníais vos?

-Diez.

-¿Por eso os mostráis tan paciente con Thomas?

-En parte -la miró-. Lo hago más que nada para complacer a mi prometida.

¿Se iba ella a creer semejante afirmación, dicha con esa frialdad? Le agradeció, no obstante, el cumplido y añadió:

-Me esforzaré porque Thomas comprenda todo esto, una vez que las heridas se hayan cerrado un poco. -Miró a su hermano a lo lejos, que contemplaba la actuación de los artistas aún con gesto de estar enfadado-. Thomas espera todavía que el mundo vuelva a ser como antes y él recupere su lugar.

-Recuerdo esa sensación -el hombre bebió otro sorbo de su copa.

Claire observó a la acróbata, que daba volteretas en el aire.

-Quizá los asuntos del ser humano avancen también en círculos -dijo ella.

-Pero, a diferencia de las acrobacias, nunca van hacia atrás. -Él la miró-. El pasado está muerto, Claire, y no se puede cambiar, por mucho que lo deseemos. La inmensa rueda del destino sólo avanza hacia el futuro, y es nuestra labor forjárnoslo.

Ella no sentía en modo alguno que pudiera controlar su propio futuro, pero en lo esencial consideró que lo que aquel hombre decía era verdad. Su padre estaba muerto. Summerbourne, perdido. En cierto modo, a ella le pasaba lo mismo que a Thomas, erróneamente esperaba que todo aquello desapareciera y volver a encontrarse donde antes, feliz con su padre en Summerbourne. Libre de aquel matrimonio.

El hombre le puso suavemente una mano en el hombro.

-Claire, con la ayuda de Dios y buena voluntad, podremos conseguir algo de todo esto. Trabajar juntos por el futuro y convencer a vuestro hermano de que haga lo mismo.

Consciente del calor de aquella mano sobre su piel, ella miró hacia donde estaba Thomas, mohíno.

-A veces es tan testarudo...

-Pues tendrá que cambiar antes de ir a servir al rey.

Claire se mordió el labio pensando en las consecuencias de ser rebelde allí.

-Aquí estará más seguro.

-¿Bajo mis dulces cuidados? -La mano aumentó levemente su presión sobre el hombro-. ¿O pensáis controlarme?

Claire lo miró, reparando en que era eso exactamente lo que ella se proponía hacer.

-Supongo que una esposa siempre tendrá derecho a interceder...

-No para conseguir lo imposible o erróneo.

-¿Acaso sería erróneo dejar que Thomas permanezca aquí durante un tiempo?

-Sería erróneo contravenir la voluntad del rey.

-Pero...

-No.

Fue un «no» absoluto, autoritario y taxativo.

Ella se sacudió la mano de encima.

-No se me da muy bien la obediencia ciega, milord.

-En tal caso, os sugiero que aprendáis.

-¿O de lo contrario me azotaréis?

Él levantó las cejas, como si la pregunta le sorprendiera.

-Si fuera necesario, sí.

Claire reparó en que ella misma tenía los puños apretados, sus patéticos puños diminutos sobre la mesa. Él le cogió uno con su enorme y oscura mano, y no hubo nada de ternura en aquel gesto.

-Hemos de obedecer las órdenes del rey. En todo momento.

-¿Y si son órdenes equivocadas?

-Eso tiene que juzgarlo Dios.

La joven intentó retirar la mano, pero no pudo.

-Algunas personas tenemos nuestras propias conciencias para guiarnos por ellas, milord.

-¿Cómo vuestro padre? Ved hasta dónde le llevó su conciencia. Ella se acercó a él para decir entre dientes:

-¡Al menos ha ido al cielo!

-¿Es que yo estoy destinado a ir al infierno?

Claire se contuvo para no decir que sí, eso habría sido muy poco cristiano.

-Dijisteis que habías hecho penitencia.

-Dije que podía haberla hecho.

-Pues si no la habéis hecho, deberías hacerla. Todo pecado puede ser perdonado si el arrepentimiento es verdadero. Incluso los vuestros.

-Me dais un gran solaz, milady -contestó él, con un tono tan seco que hubiera podido prenderse una astilla en su voz.

Apareció entonces un hombre rechoncho, de mediana edad, en medio de la zona despejada de la sala, pidiendo con la mano que la concurrencia guardara silencio. Claire aprovechó con alivio aquella oportunidad para poner fin a tan inflamable conversación. ¿Y si él no se había confesado? ¿Qué indicaba el hecho de que aquel hombre no sintiera arrepentimiento por todas las vidas que había segado?

¿Cómo sería entonces el futuro juntos?

El alivio por la interrupción se le tornó en amargura cuando comprobó que el artista no era un contador de cuentos, sino de acertijos. No estaba preparada para escuchar una serie de adivinanzas allí, en la sala del hombre que había sido el mayor maestro en aquel arte. Se obligó a permanecer sentada y sonreír, pero bebió un gran sorbo de cerveza para mantener la calma.

Aquel hombre regordete y colorado era bastante bueno en su oficio. Aunque Claire había oído cientos de adivinanzas desde que era muy pequeña y las acertaba todas, empezó a disfrutar con la manera en que las contaba aquel hombrecillo. Le ayudó el hecho de que su estilo fuera muy diferente del de su padre. El artista hacía más gestos, andaba a grandes zancadas por la habitación y bromeaba con la audiencia. También hacía guiños subidos de tono, algo que su padre solía evitar.

-Una adivinanza para vos, mi joven señor -exclamó el hombre, deteniéndose delante de Josce, que estaba agarrado de ambos brazos por las atentas sirvientas de Claire.

El escudero se puso recto, sin dejar de pestañear. Era obvio que no tenía la mente para acertijos, y la gente se rió.

-Sobresalgo hacia arriba y crezco, joven señor -dijo el artista, con mirada burlona-. Erecta y altiva soy, pero peluda por abajo en algunas partes sombrías.

La pecosa cara de Josce se tiñó de rubor, y las risotadas inundaron la sala. Claire se dio cuenta de que el escudero no conocía aquel acertijo y murmuró:

-Lord Renald, ¿creéis que...? Él negó con la cabeza.

-Una de las muchas lecciones de la vida.

-Las mujeres me adoran -continuó el hombrecillo-. Algunas dicen incluso que la vida no tendría sabor sin mí. Las más osadas, joven señor, me cogen y me ponen en un lugar oscuro y

pegajoso, tan sólo por placer. Pero yo me tomo la revancha haciendo llorar a las más jóvenes. Así pues, joven señor, ¿qué soy?

Josce se quedó con la boca abierta y miró horrorizado a las dos mujeres que tenía a ambos lados. Prissy, que debía de haber reconocido el acertijo, se estaba riendo. María estaba tan colorada como el escudero.

-¿Y bien, Josce? -preguntó lord Renald-. Un buen guerrero no ve sólo lo obvio. Y en lo que tú estás pensando, si se tiene cuidado, no tiene por qué hacer llorar a las doncellas jóvenes.

Recuperando el raciocinio por la calmada voz de su señor, Josce sintió que su rubor se desvanecía, y frunció levemente el ceño. Acto seguido, se rió.

-Muy bien, señor adivinanzas. Es la cebolla.

El artista miró a la concurrencia pidiendo un aplauso para el escudero.

-Muy bien vos, joven señor. Como os ha señalado vuestro sabio maestro, uno no debe ver sólo lo obvio. Y ese es el arte del buen contador de adivinanzas: enseñar a la gente a ver más allá. -Después de hacer un reverencia, el hombrecillo se retiró a su asiento, para dar paso a un juglar.

Sabio maestro. Claire no había pensado que Renald de Lisle pudiera parecer sabio. Lo miró.

-¿Lo habíais oído antes, milord, o es sencillamente que sois muy bueno en adivinar lo menos obvio?

-Las dos cosas -se puso de pie e hizo un gesto con la mano-. Creo que ya podemos retirarnos.

De Lisle la acompañó hasta el final de la sala y subió con ella las escaleras hasta su cámara, deteniéndose antes junto a la puerta del gabinete.

-En este cuarto hay muchos libros. ¿Os gustaría tener algunos en vuestra habitación?

La amabilidad la sorprendió.

-Os lo agradezco, milord, pero está ya muy oscuro para leer, y estoy muy cansada.

El hombre se apoyó en la pared, también él con aspecto de estar fatigado.

-Me ha dicho el Hermano Nils que hay también escritos de vuestro padre sin encuadernar. Historias e ilustraciones. ¿Os gustaría que las mandara encuadernar para vos?

Claire hubiera preferido no tener que abordar aquel asunto tan pronto.

-El trabajo es mío -admitió-. Mi padre era un mago con las palabras, pero tenía muy poca paciencia con la caligrafía y nada de talento para la ilustración. Estábamos trabajando juntos en una colección de historias y adivinanzas suyas.

-Ah, ya entiendo.

Ella hizo un esfuerzo por interpretar la expresión de aquel sombrío rostro.

-¿Querríais que dejara de hacer esas cosas?

De Lisle se puso recto.

-No, no, claro que no. El Hermano Nils me ha enseñado las ilustraciones. Están muy bien hechas. Debéis acabarlas.

Claire estaba a punto de darle las gracias con auténtica franqueza, cuando el hombre añadió:

-Lo encuadernaremos todo y le enviaremos una copia al rey como regalo.

-¡De ninguna manera! Enrique Beauclerc no se merece... Él la empujó contra la pared y le tapó la boca.

-Vigilad vuestra lengua.

Ella levantó la vista, asustada, pero cuando él le retiró la mano de la boca, le dijo:

-¡Incluso vos le tenéis miedo!

-Cualquier persona en sus cabales teme al rey, y vos no tenéis razón alguna para ser desagradecida con él.

-¿Que no tengo ninguna razón? -Presionada aún por el cuerpo de aquel hombre y sintiendo la dura madera contra su espalda, dijo bruscamente-: El rey decía ser amigo de mi padre, pero no hizo nada para salvarlo. Nada. Y le ha arrebatado Summerbourne a mi hermano para dároslo a vos.

-Los traidores siempre pierden sus propiedades.

Ella lo empujó, dándole un manotazo en el pétreo pecho.

-¡Mi padre no era un traidor!

Él le sujetó las manos.

-Claire, vuestro padre se unió a una rebelión declarada.

Casi sin poder moverse, no dejó de mirarle a los ojos.

-Entonces, tal vez la rebelión fuera justa.

Él la miró de arriba abajo, y ella supo que había ido demasiado lejos, que lo que acababa de decir podía considerarse traición.

De pronto, con brusquedad, el hombre retrocedió.

-Entrad en vuestra habitación y dejad de decir insensateces. Sintiéndose como una niña pequeña a la que mandan a la cama, Claire se marchó, contenta no obstante de haberse librado. Pero la idea de la traición siguió martirizándola. Su padre había actuado correctamente. Enrique Beauclerc había asesinado a su hermano y por eso no debía reinar.

¿Cómo se atrevía Renald de Lisle a alabar al rey delante de ella? ¿Cómo osaba proponer que mandaran las preciadas historias de su padre al hombre que le había causado la muerte? ¡Antes quemaría todas las páginas una por una!

En vez de dejar que sus atónitas criadas la prepararan para dormir, Claire no cesó de recorrer la habitación, retirándose las lágrimas de las mejillas.

Qué débil y estúpida había sido.

¿Cómo había podido empezar a aceptar al advenedizo, olvidándose de que era un favorito del rey? Su padre había pagado con su vida el decir que Enrique Beauclerc no tenía derecho legítimo a ocupar el trono, y allí estaba ella, ¡ablandándose como una margarita mustia ante un favorito del asesino!

Se suponía que las mujeres no debían preocuparse de esas cuestiones. Ellas no tenían que hacer juramentos, salvo a sus maridos. Y al hacerlo así, aceptaban los vínculos maritales.

Al día siguiente, ¡juraría fidelidad a Enrique Beauclerc al prometerse en matrimonio a Renald de Lisle!

Se paró en seco. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Se sujetó con las manos la cabeza, que estaba a punto de estallarle. Si se negaba, echarían de la casa a su familia y su hermano se convertiría en un siervo de la gleba. Pero ¿cómo pronunciar los votos de matrimonio con honor?

Se envolvió en su capa.

-Voy a rezar a la tumba de mi padre.

Las flores de la ofrenda que le había llevado antes estaban ya marchitas, y volvieron a saltársele las lágrimas. Qué tonta por dejar flores sin agua. Había sido un hecho de violencia sin sentido. ¿No merecían las plantas tanto respeto como los animales? Los seres humanos merecían respeto. Y si tenían que morir, su muerte no podía ser en vano. Bajo la tenue luz de la luna, arrancó algunas matas con flores y las volvió a plantar en la tierra yerma de la tumba, las regó abundantemente y apretó bien el suelo para que estuviera firme.

-¿Es que tu muerte ha sido en vano, padre? -preguntó, en voz queda-. Enrique Beauclerc sigue en el trono y el duque Roberto ha huido a Normandía. Entonces, ¿todo ha sido para nada?

No hubo respuesta. Ella sabía por la Historia que no todas las rebeliones triunfaban, y que a veces los mártires se quedaban como hitos en el camino hasta que llegaba por fin la victoria, pasados los años. En todas las contiendas había perdedores, lo mismo que vencedores. El éxito o el fracaso no eran lo importante. Lo importante era el honor.

Actuar correctamente.

-¿Estoy actuando yo correctamente, padre? -dijo, entre susurros-. Me caso con él para salvar a la familia y para poder ocuparme de Summerbourne, pero es uno de los hombres del rey y tú creías que Enrique no tenía derecho legítimo a ocupar el trono -se dejó caer al suelo con las

piernas cruzadas-. No veo ninguna otra opción. Tú no querrías que fuéramos todos mártires por la causa, ¿verdad?

Como esperaba, la tumba no le dio la respuesta.

El viento susurraba entre las hojas y al otro extremo del patio interior alguien gritó una orden, pero no era urgente. Se oyó cómo se cerraba de golpe una puerta. Un perro ladraba a lo lejos. La leve brisa arrastró los pocos pétalos sueltos que quedaban sobre el túmulo. Pero la tumba permaneció en silencio.

Claire recogió unos cuantos capullos marchitos de las pobres violetas cercenadas y aspiró las últimas briznas de su aroma.

-Él me ha dado a entender que os conocisteis. Me pregunto ahora dónde y lo que te parecería a ti este hombre.

Inclinándose hacia atrás, alzó la vista hasta la brillante luna, preguntándose dónde estaría el firmamento, dónde estaría su padre.

Se quedó mirando una estrella, una que titilaba. Le agradó pensar que podría ser su padre que danzaba a través del cielo de la noche, explorando el universo. Eso a él le gustaría. Con frecuencia se preguntaba cómo sería la luna, y estudiaba a menudo las estrellas y las constelaciones, diciendo siempre que eran mucho más que sólo luces en el cielo.

Como bálsamo para su dolor, recordó que su padre creía que la muerte era una liberación para las almas buenas, que el firmamento sería tener libertad para explorar más allá de los límites del ser humano. Entonces ahora su padre sería libre ya. No como ella.

Sin más complicaciones, no le quedaba otro remedio que aceptar aquel matrimonio. Se puso en pie y se limpió el polvo del vestido. Mientras regresaba a la casa, pensó en todos los rebeldes que creían lo mismo que su padre, pero habían jurado fidelidad a Enrique y habían regresado a sus hogares, contentos de estar vivos y de seguir teniendo sus posesiones. ¿Cómo iba a estar mal obrar como lo habían hecho?

Una enorme sombra se movió.

Se echó alarmada hacia atrás, a punto de dar un grito, cuando reconoció a Renald de Lisle.

-¡Me habéis asustado!

-¿Por qué habéis salido de la casa?

Ante el tono de enfado de aquella voz, Claire contuvo el miedo.

-No es posible que todavía penséis que me voy a escapar.

-Os vigilo para impedirlo.

-Vigilancia, vigilancia.

Aquel hombre no era mucho más que una enorme sombra en la oscuridad. Tal vez por eso sintió el valor suficiente para desafiarlo-. Más os valdría confiar en mí, milord.

-No me habéis dado vuestra palabra, milady, salvo anoche, cuando me prometisteis que estaríais aquí por la mañana.

Ella reparó en que era cierto. Le molestaba que fuera tan desconfiado, pero entendía que tuviera miedo de que ella se refugiara también en el convento.

¿Y no lo haría si pudiese?

No. Si él estaba atado por su deber para con el rey, ella lo estaba también por su familia.

-Tenéis mi palabra -dijo-. Estaré aquí mañana para prometerme a vos en matrimonio.

-Gracias. -Él le cogió la mano y se la acercó a los labios, cuyo suave roce volvió a acariciarle los nudillos. Su aliento tibio le erizó la piel. Tal vez llegara a gustarle aquella clase de beso.

-Milord... -Sintió, sin embargo, que debía resistirse de alguna manera.

De Lisle le volvió la mano y se la besó en el mismo centro de la palma.

Ella intentó entonces apartarla, pero él se la retuvo y aspiró su olor. Claire pudo oír y sentir su profunda inspiración.

-Violetas -dijo él, en voz muy baja-. Primero, especias, ahora flores. Vuestras armas son poderosas, lady Claire.

-Acabo de estar atendiendo la tumba de mi padre.

El hombre le apretó la mano con la suya, pero tan suavemente que ni siquiera debiera haberlo notado. Seguramente la oscuridad sería lo que le hacía detectar aquellas sutilezas, aquella tenue tensión en la mano de ese hombre y la repentina relajación de su corpulento cuerpo.

-Sé que mi padre se interpone entre nosotros.

-Esa es una imagen muy poco atractiva. Claire retiró con fuerza la mano.

-¡Sois un lascivo! Lo que quiero decir es que la forma en que habéis llegado aquí nos separa. La reciente muerte de mi padre nos roba la alegría. Vuestra alianza con Enrique Beauclerc me hiere. Me siento capaz de olvidar y perdonar todo eso, pero jamás, jamás olvidaré a mi padre. Seguiré cuidando de su tumba y le amaré mientras viva.

Se hizo un silencio demasiado largo para tomar aliento, y Claire empezó a sentir que los nervios se le ponían de punta. Pero no estaba dispuesta a languidecer una vez más.

-Y haréis muy bien en amarle y cuidar de su tumba. Puede que algún día tengáis hacia mí un sentimiento parecido. Espero que no se os haya olvidado la promesa que me habéis hecho para mañana.

A aquel hombre le daba igual todo. No debía olvidarse de eso. Desempeñaba el papel de pretendiente sólo por cortesía, pero lo único que le importaba era asegurarse una esposa para cumplir las órdenes del rey. Y ella debía sentirse agradecida. Estaba de hecho agradecida. No quería que las vertiginosas emociones le jugaran más malas pasadas. Si mantenía la cabeza fría, todos estarían a salvo.



Librodot

-No se me olvida, milord. Cuando lleguen los primeros invitados, me retiraré a mi habitación y seré como una monja de clausura hasta la ceremonia.

-Se diría que os molesta.

Pensó por un momento en explicarle que con todo el trabajo que había que hacer se iba a tener que levantar muy pronto, pero le pareció que no merecía la pena esforzarse.

-Estoy segura de que me resultará agradable tener un poco de tiempo para mí. Buenas noches, milord.

Con aquella despedida, se adentró en la sala y subió a su habitación.

Renald de Lisle se quedó oyendo los pasos de ella por los peldaños hasta que cerró la puerta de su habitación; después, se llevó lentamente las manos a la cara anhelando el recuerdo de las violetas, el recuerdo de Claire. En sólo dos días, la prometida que el destino le había deparado le había enredado como un parra perfumada, arrebatándole los sentidos; arrebatándole casi el juicio. El coraje de aquella damisela, su devoción por su familia, hasta su impulsiva insensatez eran como piedras preciosas ensartadas alrededor de la absurda, encantadora y deliciosa maraña de rizos que coronaban su cabeza.

¿Cuánto tiempo habría de pasar hasta que llegara la verdad, la verdad de cómo había muerto su venerado padre? Ojalá no llegara antes de que estuvieran los dos unidos para siempre.

Él no dejaba de tener presente, como el hombre que intenta sujetar una espada por la hoja desnuda, el punzante dolor que estaba por llegar. Si pudiera evitárselo de alguna manera, lo haría. Por librar de aquel tormento a Claire de Summerbourne, estaría dispuesto a pagar casi cualquier precio.

Pero no a perderla.

Por tenerla, sujetaría la espada por la hoja desnuda e incluso la obligaría a ella a sujetarla también.

## Capítulo 11

Para cuando los cuernos anunciaron la llegada de los primeros invitados, Claire se sintió francamente satisfecha de la costumbre de De Lisle. Abrumada por el calor, llena de arrugas y con un leve dolor de cabeza, estuvo encantada de retirarse a su habitación. Pero cuando vio a su abuela sentada en su silla junto a la ventana tomando el sol, no pudo por menos de acercarse y decirle:

-Todo está saliendo como querías, abuela. Lady Agnes levantó la vista.

-No te enfades conmigo como si fuera culpa mía.

-¿De quién es la culpa entonces?

Los labios de lady Agnes titubearon un momento.

-De Clarence.

Claire se echó hacia atrás.

-¡No fue culpa suya! Fue -bajó la voz hasta casi susurrar- culpa del rey.

-Si te sirve de algo verlo así, hazlo. Pero no vayas a intentar vengarle. Y ocúpate de tu hermano. Estaba aquí hace un rato, gimoteando.

-No estaba gimoteando. Tiene razones para estar disgustado.

-Con los disgustos no se va a ninguna parte. Así que reacciona.

-Lo estoy haciendo, ¿no te parece?

Lady Agnes volvió a levantar la vista.

-Sí. Tú eres una persona fuerte, como yo. Yo tenía una hermana, ¿sabes? Murió de unas fiebres hace ya mucho tiempo. Ella se disgustó. Yo me casé con el hombre que nos invadió porque no se podía hacer otra cosa.

-Me gustaría que Thomas llegara a entender eso.

-Se lo he dicho, y con mucha claridad. Tal vez eso ayude.

El ruido de voces y campanas de arreos en el patio le indicó que ya estaban llegando los primeros invitados.

-¿Tenías hermanos varones más pequeños que tú?

-¿Yo? No.

-¿Y qué me dices de Sigfrith?

Lady Agnes se quedó mirándola fijamente.

-¿Sigfrith el de las cuadras? Era un hijo de un primo que se crió con mi padre.

-¿No podías haber hecho algo más por él?

-¿Qué? Se negó a hacer el juramento y por eso no pudo nunca ser un hombre de guerra. Ha estado aquí ocupando su puesto todos estos años.

Claire sintió que su dolor de cabeza aumentaba, ¿Qué ocurriría si Thomas se negaba a hacer el juramento cuando fuera mayor?

-¿Y dónde vas tú ahora? -preguntó lady Agnes-. ¿Ya está todo hecho?

-Prometí a ese hombre que me estaría recluida en mis aposentos hasta la ceremonia. Es una costumbre de los francos.

-Pues no había oído nunca hablar de ella, pero es sensata. Vete entonces a tu habitación, venga.

Claire dio dos pasos, pero después se dio la vuelta.

-¿Fue lo mismo para ti? -La joven se dio cuenta de que esa era la pregunta que quería hacer desde el principio.

La abuela apretó los labios mientras reflexionaba.

-Fue peor. Eran épocas más arriesgadas, ocurrió a los pocos días de Hastings. Tu abuelo impuso a su sacerdote y el matrimonio se celebró de inmediato sin que tuviéramos tiempo para dejar de llorar por las malas noticias. No hubo esponsales y no hubo más testigos que la gente de la casa.

-Qué horrible.

Lady Agnes se encogió de hombros.

-Si te digo la verdad, ya no me acuerdo de casi nada. Estaba como atontada. Pero una vez estuvimos casados, se portó bien conmigo. Me cortejó. Y el tiempo todo lo suaviza. A ti puede que te ocurra igual.

Los ojos de su abuela se quedaron clavados en algo por detrás de ella, y se volvió para mirar. El futuro marido de Claire se encontraba de pie, junto a las puertas de la sala, y fuera los primeros invitados se disponían a entrar.

No dijo nada, pero sólo con verlo Claire se acordó de su promesa. Esforzándose por no poner una cara de profundo malestar, se marchó corriendo a recluirse en su habitación.

Sus criadas le tenían preparada una tina con agua caliente, y Claire se quitó con gusto la ropa de faena.

-Maria, echa en el agua un poco de romero y de lavanda.

-¿Dolor de cabeza? -preguntó la criada, al tiempo que abría la caja de las especias y sacaba unas bolsas.

-Es sólo por el calor de la cocina -mintió Claire.

Al momento, estaba dentro del agua caliente y olorosa, y el dolor empezó a remitir. Ah... sí que le iba a gustar acostumbrarse a eso. Normalmente ella se bañaba en las cocinas, pero para cumplir su promesa había pedido que le subieran la tina a la habitación. El fragante vapor y la tranquilidad y el silencio eran una mágica combinación. Mientras se iba limpiando todos los restos del trabajo, vio un poco de canela y se acordó de lo que le había dicho lord Renald sobre las especias y las violetas.

No era su natural hacer las cosas de mala gana o con poco entusiasmo. Ya que no le quedaba más remedio que comprometerse con lord Renald de por vida, intentaría hacerlo lo mejor posible. Al fin y al cabo, como ya había considerado anteriormente, nada de lo que ocurría era culpa de aquel hombre. El rey había matado a su hermano y se había apoderado del trono, lo cual había provocado una rebelión. En esa rebelión había muerto su padre y sus posesiones habían tenido que ser confiscadas y concedidas a otro. Y, como ella misma le había dicho a Thomas, de tener que aceptar a otro señor impuesto, les podía haber tocado alguien mucho peor que Renald de Lisle.

Así que estaba decidida a aceptarlo sin amargura y a intentar que aquel matrimonio funcionara. Como símbolo de su buena disposición, mandó a Maria que le acercara el cofre de las especias y a Prissy que cogiera unas cuantas violetas.

Mientras esperaba a que volvieran las criadas, Claire removió el agua con los dedos de los pies y se propuso pensar algo positivo de Renald de Lisle.

Ese hombre había sido un mercenario y un luchador profesional. La vida de Claire había sido muy fácil, ¿qué derecho tenía ella para despreciar a quien se había esforzado tanto por conseguir lo que ahora tenía? Y seguro que no había hablado en serio y que se habría confesado ponlas muchas personas a las que había dado muerte.

Se acordó de lo que le había dicho sobre tener una propiedad, esposa e hijos y de lo valiosos que eran para un hombre como él. Sus palabras le habían parecido sinceras, como si en verdad él valorara en mucho el tener una hacienda y una familia. Eso era bueno. Muy bueno.

A continuación se sorprendió a sí misma imaginándose la figura de lord Renald, grande y oscura, sujetando en sus brazos a un bebé de dorados cabellos. Era una tontería, los hombres no solían prestar mucha atención a los recién nacidos, pero le parecía tan real que no pudo resistirse a regodearse en aquella visión. De hecho, la llevó más allá. Al poco rato, él se reía abiertamente, rodeado de un enjambre de criaturas saludables y felices, con los mayores en sus brazos, los de mediana edad entre las piernas y un recién nacido en el amplio y robusto pecho de aquel hombre...

Tras una rotunda carcajada, Claire sacudió la cabeza para disipar sus ensoñaciones y se puso sentada en la tina en un gesto de volver a la tierra. Podía acabar con un gran desengaño si se empeñaba en convertir a su lobo en un perrito faldero. Tenía que ser práctica, por mucho que aquel hombre tuviera la habilidad de hacerla languidecer con sólo rozarla.

Cuando se abrió la puerta y entró su madre, Claire se sintió agradecida de poder distraerse con alguien. Lady Murielle se sentó en un taburete junto a la tina, colocando con cuidado su elegante vestido para impedir que se le salpicara.

-Hoy es un día especial, Claire.

-Seguramente.

-Va a ser un buen marido.

Claire reprimió un gesto de desagrado. Tal vez fuera cierto, pero su madre no tenía fundamento alguno para afirmarlo de aquel modo.

-Lord Renald es un buen hombre que se preocupa por ti -insistió lady Murielle.



Librodot

Claire la miró con sorpresa.

-¿Es que ha hablado contigo?

-Pues claro.

-Quiero decir que si te ha hablado de mí.

-Por supuesto que sí, Claire. ¿Crees que tomaría a una dama por esposa sin hablar antes con su madre?

-Como es una orden del rey...

-Aun así, siempre importan la gentileza y la cortesía. A mí me parece un hombre que tiene muy en cuenta la cortesía.

Claire reflexionó sobre aquello.

-Sí, seguramente será así.

Como la cortesía de aliviar los nervios de una damisela en el jardín.

Dejó caer las hierbas de la bolsa en el agua y el olor se esparció con intensidad por el vapor. Se había propuesto contenerse, pero al final formuló la pregunta.

-Entonces, madre, ¿qué te ha dicho? ¿Qué te ha dicho de mí? Lady Murielle se rió con satisfacción, lo que relajó a la hija.

-Me ha dicho que le pareces una joven muy hermosa y de muy buen corazón, y que está muy contento de que al final hayas resultado tú la elegida para ser su esposa. He intentado decirle que también puedes ser una persona difícil cuando te enfadas, pero le costaba mucho creerme.

Claire supo que se estaba sonrojando.

-¿Qué más?

-Me ha asegurado que será un buen marido, tierno y comprensivo, y yo le creo.

-¿Tierno? No me da la impresión de que sepa muy bien lo que es la ternura. -Sin embargo, no podía negar su visión de él rodeado de niños. ¿Qué pasaría si fuera todo completamente falso?

-Es un tipo de hombre muy distinto de tu padre, Claire -dijo lady Murielle-. A ti te costará entenderlo, pero yo sé qué clase de hombre es porque mi padre y mi hermano eran así. Los hombres como él valoran mucho el coraje y la acción, y protegen siempre su honor. A veces dan patadas y rugen, pero no llegan a hacer daño a menos que se vean atacados o lleguen a enfadarse mucho.

-Como los sementales o los toros.

-Pero con más cerebro. No quieras enfadarlo, Claire. La miel es siempre mejor que el vinagre.

La joven no estaba muy convencida de ser capaz de comportarse siempre con dulzura, pero su madre no dejaba de retorcerse las manos con nerviosismo. La hija sonrió.

-Intentaré poner todo de mi parte, madre.

Lady Murielle le dio unas palmaditas de aprobación en el hombro y dijo:

-Buena chica. -Pero al momento siguió hablando, todavía nerviosa-. Supongo que es mi obligación hablarte de otras cosas... Aunque hoy no se celebran más que los esponsales, Claire, quizá deba explicarte los deberes matrimoniales...

La hija se hundió en el agua, sintiendo vergüenza.

-¿Como el deber de remendarle y zurcirle la ropa?

La madre se rió a carcajadas y sacudió la cabeza.

-Eso también, por supuesto, pero... ¿No tienes miedo del lecho connubial?

Claire se dio la vuelta para alcanzar la bolsa de las hierbas, sin dejar de tener presente cómo se había sentido en los brazos de aquel hombre, el temblor que le producía con sólo rozarla o la dulce amenaza de su cuerpo junto a ella. No le daban miedo esas sensaciones, pero tampoco se sentía preparada para aceptarlas de buen grado.

-Todavía pasarán algunos días antes de la boda.

-¿Habéis fijado la fecha?

-No -miró a su madre-. Pero se esperará, ¿no crees?

-Tal vez el rey quiera que la boda sea pronto también. No es frecuente que se retrase mucho.

Claire se quedó allí impasible, consciente por primera vez de que lo que ocurriría aquel día la llevaría al lecho junto a aquel hombre. Ella sabía cómo eran las cosas. Tendría que permitirle que la acariciara por donde el quisiera y que la penetrara hasta rasgarle la virginidad. Entonces él plantaría su semilla para que pudieran tener hijos. Tendría que dejarle repetir el acto tantas veces como quisiera, siempre respetando las reglas de la Santa Madre Iglesia.

En Cuaresma, el Adviento y las Fiestas de Guardar, podría descansar de su acoso.

Se sentía preparada para aceptar todo aquello. Lo difícil era lo otro. Aquella languidez que la dejaba tan debilitada, tan vulnerable, tan deseosa...

Verdaderamente debía de haber algo más que los fundamentos que ella conocía. Tal vez su madre fuera a explicárselo ahora.

-Muy bien, madre, no dudes más y cuéntamelo todo.

Lady Murielle, hablando con bastante dificultad, le hizo una descripción que avergonzó tanto a Claire como a ella misma, sin añadir nada a lo que la joven ya sabía.

-Pero ¿yo qué tengo que hacer, preguntó al final?

-Nada. Eso es lo bueno. Sólo lo que él te diga.

En cierto modo aquello no le pareció muy bien a Claire, pero lo aceptó y salió de la tina. Una cosa era evidente: fuera lo que fuera lo que había que hacer, Renald de Lisle lo sabría.

-Has sido siempre una muchacha tan sensata, Claire... -dijo la madre, aunque casi sonó a queja. Pero después añadió con entusiasmo-: Y él es un hombre muy afortunado por llevarse un tesoro como tú. Pero tu pelo... ¡Qué lástima!

Claire se lo frotó con un paño.

-Sensata -repitió, con una desconcertada sonrisa, que fue seguida de una carcajada-. Pero tienes que admitir, madre, que es más fácil de secar.

Prissy y Maria regresaron en aquel momento, comentando con entusiasmo detalles acerca de los invitados, sus lujosos vestidos, los elegantes caballos y el suculento banquete que estaba ya preparado en la gran sala. Claire dejó que la peinaran y la rociaran de perfume, y se puso una enagua limpia. Después, se acercó a mirar a través de la ventana.

Tal como decían las criadas, había mucho ajetreo allí abajo. La larga fila de invitados no cesaba de aumentar, y era cierto que habían dispuesto un suculento banquete. Daba la impresión de que habían venido todos los vecinos de los alrededores. Personas que se saludaban unas a otras, criados desconocidos que iban de acá para allá y una caterva ingente de perros y caballos que interrumpía el paso por todas partes. Las caballerías, con sus tintineantes arreos, se iban quedando fuera de los portones a la espera de sus señores.

-Apártate de la ventana, Claire -dijo la madre-. Tienes que terminar de vestirte. Ya debe de ser casi la hora.

Claire vio entrar a caballo a su amiga Margret con su esposo Alaine y sus sirvientes. Si pudiera hablar un rato a solas con ella, seguro que lograría enterarse de la verdad sobre lo del lecho nupcial. Pero había hecho una promesa. Había prometido que permanecería recluida hasta la ceremonia.

Ya habría tiempo luego. Esto no eran más que los esponsales. Estando tan reciente la muerte de su padre, seguro que podían retrasar la boda unas semanas, tal vez un mes o dos.

-Estás preciosa, Claire -dijo la madre, antes de darle un beso y de bajarse otra vez a la sala.

-Es una verdadera lástima lo de vuestro pelo, señora -dijo Prissy-. Si lo tuvierais como siempre, que os llegaba hasta la cintura, pareceríais un ángel.

Claire suspiró por su sacrificada melena y cogió el espejo de plomo para verse. Aquel metal no mostraba todos los detalles que podían ver los ojos, pero sí le hizo ver la masa de rizos que le rodeaban la cabeza. Intentó aplastarlos un poco, pero no los arregló mucho. ¿Cuánto tardaría en volverle a crecer? Años.

Puso el espejo boca abajo. La vanidad era un pecado, pero habría preferido que las tradiciones no dictaran la costumbre de que la novia llevara la cabeza descubierta y el pelo suelto. Con un velo podría ocultárselo bien.

Alguien llamó a la puerta.

Pese a sus buenos propósitos, la invadió un repentino pavor. ¿Sería la hora? ¿Ya?

Entró Maria, con un chirrido de la madera. Tras unos momentos de plácida conversación, la criada se dio la vuelta y entregó a Claire una corona de nomeolvides, rosas y suaves violetas.

-¡Qué hermosura! -dijo Claire, sujetando la corona en la mano-. Es como la corona de la Reina de Mayo. ¿De dónde la has sacado?

-De vuestro prometido, señora-dijo la criada, con los ojos brillantes-. Ha dicho que es una costumbre de su país que la dama lleve flores en la cabeza y un velo, en los esponsales.

Mientras acariciaba la delicada palidez de una rosa, Claire puso en duda que aquello fuera cierto. Pero eso significaría que lord Renald se había inventado esa tradición como excusa para que ella pudiera cubrirse la cabeza y ocultar así la indómita condición de su pelo ralo. ¿Era capaz aquel hombre de pensar en esas cosas? Entonces comprendió todo, pero no por ello dejó de sonreír. Sus motivos habrían sido egoístas, no querría que su prometida tuviera el aspecto de estar reacia en semejante ocasión. En todo caso, el resultado era muy agradable. Aquella guirnalda no le ocultaría la cabeza, pero sí suavizaría mucho su aspecto.

Se llevó las flores a la cara para embriagarse de su perfume y para disfrutar una sensación de estar en armonía con su futuro marido, aun cuando fuera por cuestiones prácticas. Los dos, cada uno por sus propias razones, deseaban que todo aquello siguiera adelante y sin malos sentimientos. Había peores fundamentos para contraer matrimonio.

-María -ordenó-, tráeme el velo de seda.

Su padre le había comprado aquel tocado transparente hacía un año, y se le saltaron las lágrimas al pensar que él no estaría allí para verla. Enjugó rápidamente su llanto. Las lágrimas le quitarían serenidad.

Prissy le colocó el velo sobre el pelo de modo que los rizos de la frente le quedaron por encima de las cejas. Después, Maria le puso la guirnalda cuidadosamente en la cabeza.

-No vayáis a rasgar esta fina seda, señora.

-Desde luego que no. -Claire apenas se atrevía a mover la cabeza-. Pesa un poco, pero así se mantendrá todo bien sujeto. ¿Qué aspecto tengo?

La expresión en los rostros de las criadas ya decía bastante, pero las dos se apresuraron a añadir:

-Estáis preciosa, señora.

-Como salida de un cuento de hadas.

Claire volvió a mirarse en el espejo, pero no vio mucho más que antes. Sospechó que seguiría teniendo un aspecto raro, pero se dejó llevar por los elogios.

Con la misma precaución que si llevara un cuenco de huevos en la cabeza, se fue hasta la ventana para mirar otra vez. Los rezagados iban entrando, pero ya debía de ser la hora.

Al oír que alguien llamaba a la puerta, se dio la vuelta. Volvió a invadirla un pánico repentino, pero menos intenso que antes. Estaba realmente convencida de que conseguiría sacar adelante aquella unión.

Maria contestó.

-Ya están todos preparados, señora.

Acordándose de que se había propuesto ser positiva, Claire abrió con la llave el cofre de las especias y se esparció un poco de canela por la saya. Después, se puso en el pelo un poco de cardamomo y de jengibre. Para terminar, se frotó las palmas de las manos con un manojito de violetas y se acarició varias veces el cuello.

Ya estaba. Aquello era el gesto simbólico de su propósito de honrar sus votos matrimoniales y ser una buena esposa para Renald de Lisle. Con lentitud, debido a la guirnalda de flores con que él le había ofrendado, salió de la habitación para recibir con los brazos abiertos a su futuro.

Era innegable que, con la corona y el velo, aquel día Claire caminaría con absoluta dignidad, pues le preocupaba mucho rasgar la delicada seda. Levantándose las faldas, fue bajando con cuidado todos los peldaños. Por momentos, el sonido de la música y de las diversas conversaciones se hacía más fuerte, llegando a ser casi un estruendo cuando alcanzó el rellano de la escalera y dio la vuelta a la esquina para hacer su entrada en la parte principal de la sala.

Una vez dentro, tuvo miedo de ver miradas de condena en los ojos de sus vecinos, de oír ecos del disgusto de Thomas. Pero todo el mundo le sonreía. Eran quizá sonrisas mudas, pero aquello era de esperar teniendo en cuenta la sombra que cubría aquel día por la muerte de su padre.

Vio también miradas de interés y no le cupo duda alguna de que los últimos sucesos de Summerbourne serían el tema de conversación de todo el condado. Había también sorpresa, y eso quizá fuera por su extraño tocado.

Una de aquellas sonrisas parecía titubeante. Eudo el juez estaría muy afectado por la muerte de su padre, pues era un hombre bastante emotivo. Pese a que ella le culpara en gran medida de la decisión de su progenitor, Claire le transmitió una sonrisa de reconciliación, después miró a su destino.

Obviamente, la figura de lord Renald dominaba el centro de la sala. A un lado tenía a su clérigo y al otro, al obispo Geoffrey; los dos, un cuarta más bajos de estatura y la mitad de corpulentos. La presencia del obispo era todo un honor y ponía de manifiesto, por si a ella se le había olvidado, que aquel matrimonio se celebraba por voluntad del rey.

Su padrino, el conde de Salisbury, también estaba allí de pie, espigado, delgado y altanero junto a su madre, ocupando el lugar de su padre. Claire se congratuló de que su madre contara con la compañía de un hombre en aquellos momentos.

Caminó hacia adelante, sin retirar la mirada de su futuro esposo, con el propósito de aceptarlo conscientemente como lo que era: un guerrero y un hombre del rey, pero razonable y amable a veces. Había algo, sin embargo, que la inquietaba, y se dio cuenta de que era la expresión del conde.

¿Irritación? No, no era eso.

Condena, tal vez. O desaprobación. O sólo resentimiento. Pero era comprensible. Él había sido uno de los rebeldes. No le agradaría nada verla a ella y a Summerbourne en manos de uno de los hombres de Enrique. Muy probablemente, el rey le habría obligado a acudir para dar la impresión de concordia en la boda.

De pronto, la mirada perpleja en los ojos de lord Renald le hizo darse cuenta de que se había quedado quieta en medio de la concurrida sala.

De reojo, comprobó que las sonrisas a su alrededor se teñían de duda, pues todos la miraban con interés y enorme curiosidad. Volvió a mirar a lord Renald, asombrada de que él pudiera creerse que ella se iba a echar atrás en ese momento. Caminó briosa hacia adelante.

El ceño de él se relajó.

-Estáis realmente hermosa, milady.

-Gracias, milord.

Ella podría haber dicho lo mismo de él. Hasta aquel momento, sólo le había visto vestido con la cota de malla o la ropa de diario, pero ahora llevaba puesta una casaca de un fino tejido color rojo, bordada con esmero en negro y oro, y pesadas joyas de oro en las muñecas y en la hebilla. En todos los sentidos, tenía el aspecto de un imponente señor.

Por un momento, la joven sintió una punzada de culpa, pues si Felice le viera tan elegantemente ataviado, seguro que se lo arrebataría de inmediato. Pero ese pensamiento era ridículo. Bien sabía Dios que ella había hecho cuanto había podido por que aquel hombre se comprometiera con su tía.

Cuando se colocó junto a su madre, vio a su hermano, muy erguido detrás de lord Renald. Thomas iba vestido con su mejor casaca azul, y el cabello le lucía como una limpia y brillante corona de oro.

Aunque era aún muy joven, su serena presencia desempeñaba un papel importante en el intento de tranquilizar a sus vecinos. Y allí estaba él, serio y calmado.

Quizá las duras palabras de lady Agnes le hubieran hecho entrar en razón. Confió en que su actitud no se debiera a sentirse acobardado por las amenazas de De Lisle.

Intentó dirigirle una sonrisa, pero su hermano no la miraba. Con un suspiro, dejó a un lado temporalmente su preocupación por él. Una vez todo estuviera afianzado, haría algo por su hermano y él no tendría la menor duda del profundo amor que le profesaba. Cada cosa a su tiempo.

Su madre la miró con una ansiosa sonrisa y le apretó la mano. Claire se esforzó cuanto pudo por parecer tranquila y contenta, y respondió a la mano de su madre con otra presión de la suya. Se inclinó ante su tío con una reverencia y volvió a mirar a su oscuro destino.

Se sobresaltó, le vio con la expresión de lo que para ella era el semblante de un guerrero. Con ojo avizor, el hombre rastreó la sala como si esperara que pudiera surgir algún conflicto y estuviera preparado para hacerle frente. Si hubiera tenido su espada, Claire le veía dispuesto a

sacarla y matar. Ella miró también en derredor, buscando el peligro, pero no vio más que a sus amigos y vecinos que la miraban sonrientes.

-Estamos aquí reunidos -dijo el obispo- para ser testigos de la promesa de matrimonio entre...

Azarada, Claire prestó atención mientras el obispo fue leyendo en voz alta el documento de los esponsales para que todos los allí presentes conocieran sus cláusulas y pudieran dar fe de las mismas después, aun cuando aquel documento llegara a extraviarse. Claire se concentró para comprobar si no habían modificado ningún detalle, aunque tampoco esperaba ese tipo de bajezas.

Era todo lo mismo que antes. Su marido le concedía tres propiedades que serían su garantía durante el matrimonio y su dote si se quedaba viuda. Procedían de las posesiones de su padre, en vez de las de su esposo, salvo por el hecho de que las posesiones de su padre eran ahora las de su futuro marido.

Se confirmaba que tanto su madre como su abuela seguirían conservando sus posesiones de viudez; y Felice y Amice, sus dotes. No se hacía ninguna mención de Thomas. Claire le dirigió una rápida mirada, pero le pareció que su hermano ni siquiera estaba escuchando. En semejante situación, nadie podía esperar que Thomas recibiera propiedad alguna, pero como todas las cláusulas eran tan generosas, resultaba lastimoso que no hubiera nada para él.

Si aquel matrimonio llegaba a funcionar con armonía, el amante esposo de su hermana le ayudaría. Con tristeza, Claire cayó en la cuenta de que, en cierto modo, su hermano sería como un rehén para asegurar el buen comportamiento de ella; y ella, otro rehén para asegurar el de su hermano. Se preguntó si sería eso lo que le habían dicho a Thomas y si aquello explicaba entonces su complaciente conducta.

Ay. No era así como ella habría querido entregarse a un hombre. Pero llegó el momento de pronunciar los votos. Su madre y su padrino le colocaron una mano sobre la de Renald de Lisle. El obispo los roció con agua bendita, mientras declaraba que Dios sería testigo de sus promesas. A continuación, un monje puso delante de ella un crucifijo, al tiempo que el obispo recitaba la pregunta de si aceptaba de buen grado las disposiciones de aquellos esponsales y entregarse mediante juramento a Renald de Lisle.

No tenía elección. Con la mano en la cruz, Claire dijo:

-Sí, acepto.

Pasó entonces la cruz a ser situada delante de lord Renald, quien a la misma pregunta, dijo:

-Sí, acepto.

Acto seguido él se volvió hacia ella y le introdujo un anillo en el dedo angular de su mano derecha.

El obispo sujetó entonces unidas sus dos manos diestras.

-Así pues, estáis unidos. Que Dios sea la guía de vuestra vida juntos.

La sala entera asintió con un sonoro: «Amen».

Aquel vínculo físico, el extraño anillo hundido en la piel de ambos, era un verdadero símbolo de su unión.

Claire notó que las lágrimas le inundaban los ojos mientras firmaba el documento. Se esforzó en contenerlas. Ese día no quería verter ni una sola lágrima. Se las arregló incluso para sonreír, mientras miraba a su prometido firmando en el pergamino con el signo de una cruz, aquello le recordó una vez más lo diferente que era de su padre aquel hombre.

Tampoco debía fijarse tanto en eso. Pocos hombres eran tan cultivados como su padre. La mayoría de los guerreros no sabían siquiera leer ni escribir. Tales destrezas se consideraban debilidades, signos de que un hombre había perdido el tiempo que más le valdría haber empleado en fortalecer el cuerpo y adiestrarse en las artes de la guerra. De Lisle se volvió hacia ella y le tomó de nuevo la mano, pero esta vez con la suya izquierda y muy suavemente. Los dos se volvieron para declarar ante la concurrencia:

-¡Sellada está nuestra promesa!

Los vítores hicieron tambalearse el edificio y temblar las cortinas. Los hombres se llegaron hasta la parte de delante para firmar o poner una cruz en el documento, mientras las mujeres se arremolinaban a su alrededor para felicitarlos.

Y para hacer comentarios sobre el pelo de Claire.

-¡Qué lástima!

Y sobre el velo.

-¡Qué tejido tan fino!

Y sobre las flores.

-¡Qué preciosa corona y tan original...!

Envuelta entre caras conocidas, Claire lloró un poco entonces, pero fueron lágrimas de alegría. Resultaba muy grato encontrarse entre rostros sonrientes y con personas que no la obligaban a nada. Ya estaba hecho. Estaba comprometida para el resto de su vida y aquel era el día de sus esponsales. Seguramente jamás volvería a tener otros. Eran momentos para la felicidad y el festejo, y estaba decidida a vivirlos con alegría.

## Capítulo 12

Los hombres se llevaron aparte a Renald, y Claire lo agradeció. Con las mujeres podía relajarse, más que nada porque no paraban de servirle vino. Era tradición hacer que los recién prometidos se embriagaran.

Tanto el hombre como la mujer. Entre risas y vítores, Claire miró a lo lejos para ver a Renald bebiéndose un enorme cuerno de cerveza. Al menos ella confiaba en que fuera cerveza aquella gran cantidad de líquido que se estaba bebiendo de un tirón. Cuando acabó, la joven se temía que fuera a desplomarse, pero su futuro marido despegó el cuerno de los labios y lo puso triunfante boca abajo para demostrar que estaba vacío. ¡Santa madre de Dios! Debía de haberse bebido casi litro y medio. Los hombres que le rodeaban manifestaron a grandes voces su aprobación.

Sin dejar de reír, él se dio cuenta de que ella lo estaba mirando, y su expresión se tornó en una leve sonrisa; aun así, nunca le había visto tan alegre. La joven no pudo evitar devolvérsela.

De Lisle levantó su copa de la mesa y la extendió hacia ella, que estaba en el otro extremo de la sala. Claire tomó la suya e hizo el mismo gesto de saludo, pero entonces el sol brilló sobre el oro y las piedras preciosas. Petrificada, la joven reparó en que su prometido sujetaba en sus manos la copa de su padre, ¡el regalo del rey!

-¿Claire? -preguntó lady Huguette, que estaba sentada junto a ella-. ¿Ocurre algo?

-No -contestó, forzándose a sonreír mientras alzaba su copa devolviendo el saludo a De Lisle. Algo debió de notársele, pues los ojos de Renald se entrecerraron.

No pareció que nadie más se diera cuenta. Todo el mundo se reía y disfrutaba en su papel de comparsas, dando palmas y pateando el suelo con los pies. Algunos hombres hacían comentarios picarescos y las mujeres se reían nerviosamente. Claire sonrió con todo el esplendor de que era capaz, después se volvió a sumergir en la amable calidad de las mujeres, que estaban también subidas de tono.

Él no debía de saber que aquella copa simbolizaba la traición de su señor y que, como todo en aquella casa, ahora le pertenecía. Pero la joven deseó que su futuro esposo hubiera elegido otra para aquel día.

-Menudo buen mozo te llevas, Claire -le dijo una matrona, al tiempo que se chupaba el jugo de frambuesa de los dedos-. ¡Vaya torso que tiene!

-Y seguro que también está bien hecho en otras partes -dijo otra, con tono burlón.

-¿Y yo cómo lo voy a saber? -replicó Claire, mientras mordisqueaba uno de los pasteles de carne que ella misma había preparado con esmero para el horno-. De momento...

Las mujeres se rieron.

-Esperemos que sepa manejar bien su tamaño -dijo la anciana lady Huguette, dándole un codazo a Claire con su huesudo brazo. Margret le guiñó un ojo a su amiga y dijo:

-Si no sabe, mándamelo a mí, que yo le enseñaré.

La carcajada entonces fue unánime, pero Claire replicó:

-Ponle una mano encima a mi hombre, Margret, y te corto el pelo por la raíz.

Volvió a oírse una sonora risotada, pero era todo parte del juego, el ritual por el que se pasaba de doncella a esposa. Hasta para una sacrificada prometida, resultaba muy gratificante.

Todas aquellas mujeres, las viejas y las jóvenes, habían pasado por lo mismo antes que ella y habían sobrevivido. Formaban una comunidad en la que estaba a punto de entrar. Las mujeres casadas se veían unas a otras siempre que podían, se contaban historias y compartían su sabiduría, siempre dispuestas a ayudarse mutuamente. Se acordó del comentario de su abuela sobre cómo tratar a los hombres crueles. Era cierto que las mujeres tenían sus propias formas de hacer las cosas.

Tenían también su propia manera de vivir la muerte y la tristeza. Mientras que lady Agnes permaneció sentada en su acolchada silla rodeada de amigas, la madre de Claire se había retirado de la celebración. Varias mujeres entraban y salían de su cuarto, para asegurarse de que estuviera acompañada y tuviera solaz.

Por fin Margret consiguió quedarse a solas con Claire en una esquina, sin dejar de tener la mano sobre su abultado vientre.

-Se te ve triste, Claire. Supongo que será por tu padre.

La joven prometida no se había dado cuenta de que se le había borrado de los labios la sonrisa. Al menos con Margret, no tenía que esforzarse tanto por disimular.

-No puedo sentirme totalmente feliz todavía.

-Nadie espera que lo estés. -Margret cogió un champiñón relleno de una bandeja-. Pero no dudes de que estará en él cielo junto con otros santos como él.

-Estoy segura. En su cielo particular, donde pueda sentirse libre para explorar el universo. ¿Cómo va el bebé? ¿Sigues teniendo náuseas?

-Todas las mañanas -suspiró Margret, pero prosiguió encantada con la descripción de todos sus síntomas.

Aquello también era parte del ritual, de la transmisión de conocimientos. Pronto Claire estaría hinchada, con el hijo de su marido en sus entrañas, sentiría los cambios y tendría probablemente arcadas cuando se despertara con el estómago vacío. A ella le gustaban mucho los niños y le entusiasmaba la idea de tener los suyos propios.

Se arriesgó a mirar otra vez a su prometido, que parecía congeniar tanto con los hombres como ella con las mujeres, pese a ser un forastero por aquellas tierras. Encajaba allí. Todo iría bien.

¿Le acariciaría la espalda dolorida con sus enormes manos del mismo modo que contaba Margret que se lo hacía a ella Alaine? Acordándose del rato que habían pasado en el jardín, supo que lo haría. La gelidez de su resistencia cada vez se derretía más. En muchos aspectos parecía un buen hombre, pero todo quedaba ensombrecido por la forma en que había llegado hasta allí.

Claire intentó imaginarse qué impresión le habría dado si hubiera aparecido de otra manera, sin la carga del cuerpo muerto de su padre. La habría intimidado bastante por su tamaño y por el hecho de que fuera un guerrero, pero pensó que seguramente habría llegado a gustarle.



Librodot

Como, tal vez, ya le gustaba.

Era guapo. Ya se había dado cuenta, pero en aquellos momentos terminó de admitir en su interior que era un hombre verdaderamente guapo, con una expresión particularmente alegre. Los oscuros ojos que tenía se le ponían realmente bonitos al reírse. Se movía con gallardía. Dirigía su enorme cuerpo con ese tipo de gracejo de las personas sanas y fuertes.

No era de extrañar que las mujeres que la rodeaban hicieran comentarios picantes y la envidiaran. Nunca se habría esperado aquello. En todo caso si esperaba algo, era que tuvieran pena por ella. Ahora comprobaba con agrado que su destino no inspiraba ningún tipo de lástima.

Siguió mirándolo, de soslayo, viendo la facilidad con que se movía entre los demás y el halo de aprobación que dejaba tras él. Cualquier hombre de sus características -un guerrero, un campeón de torneos, un favorito del rey- intentaría imponerse a todos, vociferar, ser demasiado impetuoso y arrogante. Sin embargo, Renald de Lisle encajaba en su comunidad como la planta de un pie en un zapato muy gastado.

Era desconcertante, pero no tenía nada que objetar. Le parecía como si un gigante sujetara en sus manos la sala y la balanceara. Debía de ser la bebida.

Un leve golpe en la rodilla le hizo bajar la vista hacia el suelo, donde se encontró con la hija de dos años de Margret, que le pedía que la cogiera en brazos. Contenta de poder conceder un deseo tan sencillo, Claire se agachó y la tomó en sus brazos.

-¿Lo estás pasando bien, Ouisa?

La muñequita de cabello oscuro asintió con la cabeza. Después, señalando a la corona de flores de Claire, dijo:

-Muy bonita.

-Sí, ¿verdad? Lord Renald la hizo para mí. Le diré que te haga una a ti la próxima vez que vengas a visitarnos.

Aquello también era agradable, la idea de que Margret, Alaine y Ouisa fueran a verlos a Summerbourne de vez en cuando para pasar un buen rato de charla y diversión con Claire y su marido. Fue evidente que a la niña también le gustó, porque echó la cabeza hacia atrás y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Lordenald!

Claire se rió y le dijo que se callara. Margret exclamó:

-¡Ouisa, pórtate bien!

Pero al momento se acercó a ellas Renald.

-¿Me llamáis, damisela? -dijo, sujetando las dos manitas de la niña. Claire se puso tensa, temiéndose que Ouisa se achantara, pero prácticamente se le lanzó a los brazos.

-Es una coqueta sin remedio -dijo Margret-, y muy codiciosa. Tened cuidado, milord, os arrancará los adornos de oro de vuestro traje antes de que os deis cuenta.

Realmente, Ouisa ya estaba levantándole con el dedito los bordados de la manga.

-Cualquier dama bonita se merece oro. -Renald se sacó el brazalete y se lo dio a la niña.

-¿Para mí? preguntó la pequeña.

Claire se temía que dijera eso y se preguntó que haría él ahora.

-No. Pero te dejo que lo tengas un ratito. -De Lisle miró sonriente a Margret y la felicitó por tener una niña tan preciosa. Mientras los dos hablaban y Ouisa examinaba el brazalete por dentro y por fuera, Claire se quedó ensimismada ante una escena tan próxima a las de sus sueños de felicidad. No había duda de que Renald de Lisle, lobo de guerra y un espada sangrienta como era, podría ser un buen padre. Pero por qué eso le producía a ella tanta alarma era algo que no acababa de comprender.

Ouisa intentaba ponerse el brazalete en la cabeza como si fuera una corona y él estiró una mano para colocárselo sin interrumpir la charla. A continuación, la niña volvió a coger la pulsera de oro y se la metió en el bracito, sin dejar de balancearla. Al momento siguiente, la niña lo estaba mirando con el ceño fruncido.

-Tengo pis -dijo.

-¡Vaya! -exclamó sonriente Margret y se levantó-. Mejor que me la paséis a mí, milord, sino queréis que os moje vuestra elegante ropa.

Renald dejó a la niña en los brazos de su madre y dijo:

-Tienes que devolverme ya el brazalete, Ouisa. ¿Quieres ponérmelo tú?

La niña se quedó mirando un momento a la muñeca de aquel hombre y al brazalete al mismo tiempo, y a continuación intentó unir los dos por la fuerza bruta. Aquello le debió hacer daño, pero se limitó a mover el brazo para facilitar la maniobra.

-Muchas gracias, damita. -Con galantería, besó la regordeta mano de la niña. Sonriente, Claire hubiera dicho que babeante, Margret se marchó presurosa con ella en brazos, y Ouisa no dejó de mirarlo sobre el hombro de su madre mientras se alejaban.

-Os gustan los niños.

De Lisle se volvió hacia ella, con las cejas levantadas.

-¿Alguna objeción?

Claire se sonrojó por lo que pudiera haber entendido de su comentario. No quería decir eso. Era nada más que el gigante acababa de balancear la sala otra vez.

-Por supuesto que no, milord. Me encanta que el padre de mis hijos vaya a ser amable con ellos.

Él la miró torciendo una ceja y ella supo que la frase le había salido con menos gracia de lo que pretendía. Antes de poder arreglarlo, Renald dijo:

-Prefiero las niñas a los niños. Los chicos pequeños son como monstruos.

Como para demostrar lo que acababa de decir, se oyó la voz de un muchacho que gritaba:

-¡Lord Renald, venid, venid! De Lisle apretó los labios.

-¡Anda! Se me había olvidado que les iba a enseñar a unos cuantos un truco con piedras y juncos. Se inclinó para besarle la mano y añadió en voz baja:

-Dadme muchas niñas, milady.

Colorada, Claire le vio acercarse a un grupo de muchachos aún más pequeños que Thomas, que le esperaban ansiosamente. En los ojos de algunos brillaba la admiración por el héroe, y no era de extrañar.

Claire reparó en que le había seguido con la vista del mismo modo en que lo había hecho Ouisa y se apresuró a darse la vuelta, para descubrir que todas las mujeres la estaban mirando con simpatía y sonrisas de complicidad.

El gigante volvió a balancear la habitación como si fuera una barquilla. Dispuesta como estaba a sacrificarse, se dio cuenta en aquel momento de que lo único que estaba haciendo era emborracharse. Aunque sabía que no todo era por efecto del vino, dejó un momento la copa medio llena sobre la mesa.

Una larga nota del cuerno hizo temblar la sala, anunciándoles que la cena estaba lista. Contenta de que todo estuviera saliendo bien, Claire se levantó, y un tirón en el pelo le recordó que tuviera cuidado con la corona. Se la tocó para asegurarse de que estaba bien puesta, después llegó hasta donde estaba Renald esperándola para ir juntos a sus asientos en el centro de la enorme mesa.

Levemente acalorado por el rato que había pasado con los chicos, se le veía rejuvenecido. En absoluto parecía un endurecido guerrero. De hecho, irradiaba un brillo que parecía inundar la habitación y también la alcanzaba a ella. El gigante puso de repente todo del revés.

De Lisle se acercó rápidamente a ella, cogiéndola de las manos.

-¿Os encontráis bien?

-Sí, sí. -Pero Claire tuvo que apoyarse en las manos de él como si fuera su única manera de mantener el equilibrio-. Es el vino.

Ella sabía que no era sólo eso. Se estaba enamorando de su futuro marido y aquello le hacía tambalearse. Era demasiado novedoso, demasiado inmediato. No había previsto tener esos sentimientos aquel día.

Él la acompañó hasta su silla y la ayudó a sentarse.

-Comed algo y os pondréis mejor.

No estaba del todo segura.

De Lisle levantó la mano y llegó Thomas a la mesa, con el cuenco de lavarse antes de comer. A Claire le dio la impresión de que su hermano tenía un aspecto más relajado que antes. Muchos de los invitados más jóvenes eran amigos suyos, y con la admiración que Renald despertaba, tal vez Thomas empezara también a congraciarse con él. Claire deseó vivamente que fuera así. Tendría una cosa menos por la que martirizarse.

Seguramente no sería nada malo amar a su marido. Sin embargo le hacía sentirse rara. Indefensa. Como si estuviera intentando mantener el equilibrio encima de una roca resbaladiza, en medio de la corriente de un río.

En la sala, todos iban ocupando sus asientos y el barullo empezaba a bajar de tono hasta ir convirtiéndose en un murmullo de conversaciones. Por fin era posible oír la música. Cuando su hermano terminó de pasar el cuenco con el agua a todos los comensales, Renald dijo:

-Gracias, Thomas. Ahora ya puedes ir con tus amigos a disfrutar de la fiesta.

Claire notó cómo se le iluminaba la cara a su hermano con auténtico placer. Merecido placer.

-Gracias, milord.

Y se alejó hacia una esquina de la habitación donde estaban los mas jóvenes, entregados sin lugar a dudas a todo tipo de travesuras.

-Libraré también a Josce de sus obligaciones. -Se volvió hacia ella-: Así tendré una excusa para serviros yo mismo. -Era el tipo de galantería que un recién prometido solía decir, pero Claire habría preferido que no la dijera. No en ese momento, pues se esforzaba con denuedo por mantener el equilibrio.

Fueron entrando los criados con bandejas de comida, y Claire centró la atención en las cuestiones prosaicas, tanto para fijarse en si había algún problema, como para empapar en comida parte del vino que le pesaba en el estómago.

Sin embargo, cuando apareció ante su vista un cochinillo asado sobre un lecho de berros, exclamó:

-¡Pobre lechoncito!

De inmediato, Renald hizo un gesto para que retiraran aquella bandeja de allí, pero ella le detuvo, sujetándole el brazo:

-Me gustaría comer un poco de cochinillo, milord.

Acto seguido, se quedó petrificada por el contacto de la piel de aquel hombre bajo su mano. Sus tensos músculos al ras de su oscuro vello la sobrecogieron y la cabeza le daba vueltas. Retiró con cuidado la mano.

-Es importante que sepáis mis peores defectos, milord -dijo con espontaneidad, al tiempo que tomaba otro sorbo de vino y reparaba en que no era muy conveniente-. No tengo en realidad un alma muy sensible y me encanta el cochinillo.

Los ojos oscuros de él se entrecerraron.

-Si ese es vuestro peor defecto, entonces soy un hombre muy afortunado. -Tomó un pedazo de carne y la puso en los labios de su prometida-. Que el sacrificio de estos pobres animales no haya sido en vano.

Claire se la comió, notando el rubor en su rostro, extrañamente caliente. Mientras se lamía la salsa de frambuesas de los labios, teniendo incluso que quitarse con el dedo unas gotas que se le caían por la barbilla, los ojos de él observaban con atención todos sus movimientos.

La roca se tambaleó bajo sus pies y supo que no podría mantenerse durante mucho tiempo en la corriente.

Como dictaba la tradición, ella tomó otro pedazo de carne y se lo dio a comer a él, consciente, sin necesidad de mirar alrededor, de que todos los presentes estarían atentos a cada uno de sus gestos. Observaban cómo De Lisle sujetaba la muñeca de su prometida para poder chupetearle los dedos mojados con salsa de frambuesas. Pero sólo ella pudo sentir los dientes de él apretándole dulcemente la carne. Sólo ella pudo saber el efecto.

Al momento se dio cuenta, por la mirada de su prometido, que también él lo sabía.

Pasó ese momento. De Lisle acercó aquel delicioso plato a los demás invitados y sirvió unos pedazos de pollo para ella y para él. Claire se concentró en comer, considerando que aquello era lo menos arriesgado que podía hacer. Si aquello era amor, si no era embriaguez por el vino, llegaría a acostumbrarse. Con el tiempo no sería tan inquietante, tan doloroso, tan perturbador.

Se puso a charlar con el conde, al que tenía justo al otro lado, contenta de volver su atención hacia aguas menos turbulentas, si bien su padrino no parecía muy entusiasmado con la situación. No por nada de lo que decía, sino por la expresión de su semblante.

Un brillo a su izquierda la hizo volverse hacia donde estaba Renald levantando la copa ante los comensales. Era otra vez aquella copa.

De Lisle captó la mirada de su prometida.

-Milady, ¿qué os inquieta? -De repente, volvía a ser el guerrero, atento al peligro.

-La copa. Era de mi padre.

De Lisle se quedó mirando el recipiente con el ceño fruncido.

-Todo lo que hay aquí era de vuestro padre. ¿Por qué os inquieta?

Aun temerosa de que se enfadara, le dijo la verdad.

-Fue un regalo del rey.

-Ah. ¿Y os duele que yo la use?

-Tal vez porque nunca la ha utilizado nadie. Llegó después..., después de que Enrique se apoderara del trono.

-Después de que fuera elegido rey -la corrigió él con frialdad. Claire se mordió el labio. No quería seguir ahondando en aquel tema.

-Mi padre no la utilizó nunca. La guardaba como un adorno. Al momento, Renald cogió la copa de plata de ella y se la cambió por la de oro con piedras preciosas.

-Ahora es vuestra. Un regalo de compromiso. Haced con ella lo que os plazca.

¿Puedo romperla, se preguntó la joven en silencio, o tirarla a la fragua? No iba a hacerlo en cualquier caso. Ella, al igual que su padre, era incapaz de destrozar un objeto hermoso. Mientras acariciaba con el dedo la inscripción sobre el metal, dijo:

-Gracias.

-¿Qué pone?

-«Al señor del paraíso del rey de los ángeles.» Renald levantó las cejas.

-Extraño mensaje.

-Enrique Beauclerc decía siempre que Summerbourne era como un pedazo del firmamento, un paraíso en la tierra.

-Eso lo entiendo -dijo él, mirándola ternura-. Pero ¿lo del rey de los ángeles?

La joven se sonrió, aunque sabía que en su sonrisa se ocultaba también la tristeza.

-Era un broma entre ellos. Eran amigos, ¿sabéis? Lo fueron en una época.

-Sí -asintió él, con suavidad-. Ya lo sabía. Pero ¿cuál era la broma?

Claire acarició el borde de oro.

-¿Conocéis la historia del Papa Gregorio y los esclavos ingleses? Se acercó en ese momento un sirviente y Renald puso en el plato de su prometida un poco de conejo con miel.

-Contádmela.

Ella se dio cuenta de que apenas había probado el pollo y se obligó a sí misma a comer algo.

-El Papa Gregorio vio una vez a unos esclavos en Roma. Eso fue hace cientos de años, cuando los romanos tenían esclavos. Se quedó muy sorprendido por su belleza, pues nunca había visto pieles tan blancas...

-Ni dorados cabellos -dijo De Lisle, admirando el de su prometida-. Ni esos ojos -añadió, mirándola fijamente-, azules como un cielo de verano. Me imagino muy bien lo que sintió el Papa.

Claire se esforzó por tragarse un pedazo de carne.

-Entonces -se las arregló para proseguir con la historia-, el Papa Gregorio dijo-: «¿Quiénes son estas gentes?». Y el tratante de esclavos contestó: «Angles». A lo que el Papa replicó: Non angh sed angeli, «No anglos, sino ángeles». Por eso mi padre bromeaba con Enrique diciéndole que pretendía ser el rey de los ángeles...

Claire se interrumpió al reparar en que Enrique Beauclerc había conseguido erigirse en el rey de los ángeles y no había hecho nada por salvar al señor del paraíso. Ella se había propuesto firmemente que nada relacionado con la muerte de su padre ensombrecería sus esponsales. Pero parecía algo inevitable.

Vio cómo Renald fruncía el ceño, pero no por ella, sino por el conde de Salisbury.

-Salisbury me sugirió que utilizara esa copa-dijo.

Claire miró a su padrino, que hablaba con su madre al otro lado.

-Pues él sabía la historia. Y creo que sabrá también...

-Que no era una cosa especialmente grata. Curioso, ¿no os lo parece?

Había algo en el ambiente, un oscuro peligro, que la obligó a dar explicaciones.

-Él fue uno de los cabecillas de la última rebelión.

-Ya lo sé.

La joven se lo imaginaba. Y se imaginaba también que no era muy acertado recordárselo a uno de los hombres del rey.

De Lisle se encogió de hombros, y cambió el ceño fruncido por una sonrisa.

-Pero no hablemos hoy de rebeliones -la miró fijamente a los ojos-. Milady, os ordeno que me deis de comer.

Claire lo miró, perdiendo repentinamente el aliento.

-¿Y si me niego, milord?

-Tendré que castigaros.

La joven ladeó la cabeza, sorprendida de no tener miedo.

-¿Cómo?

-Con besos.

Ella se rió nerviosamente. Se oyó a sí misma. Fue claramente una risita nerviosa.

-¿Besos, milord? Para muchas mujeres, eso sería una invitación al desenfreno.

-¿Ah, sí? -Lentamente, le pasó la mano por el cuello, su mano temblorosa, tosca y cálida-. ¿Y vos, milady? ¿Os sentís atraída por el desenfreno?

El vino contestó, no ella.

-Sumamente atraída.

Él la apretó junto a su cuerpo y la besó. Pero no fue esta vez un roce de los labios, fue un beso de fuego. Allí mismo, delante de todos los presentes en la sala, la boca de ella conoció el calor de su prometido, su intenso sabor; y su cuerpo sintió la intensa pasión de aquel enorme torso.

A lo lejos, Claire oyó sonar unos tambores. Al cabo de unos instantes, con la boca aún llena de un sabroso éxtasis, se dio cuenta de que el estruendo procedía de los invitados, que pateaban el suelo con los pies y golpeaban con fuerza la mesa. Mientras ellos siguieron besándose, los demás empezaron a gritar, a reírse, a vitorearlos...

¿O era únicamente el clamor que resonaba dentro de su cabeza embrujándola? Habría intentando resistirse si hubiera sentido que le quedaba aún algún hueso en el cuerpo.

Tal vez si hacía un esfuerzo podría...

Los brazos de ella rodeaban con intensidad a aquel hombre y el cuerpo se le había adherido por completo a su torso y a su sabia, ávida y triunfante boca.

Él la separó de sí lentamente, regodeándose en la separación, con sus oscuros ojos, ahora apasionados y posesivos.

-¿Y bien, desenfrenada jovencita? ¿Os rendís? ¿Me daréis de comer?

La sala entera permaneció en silencio, atenta. Aceptando el reto, Claire habló para la audiencia.

-Eso depende del tipo de hambre que tengáis, milord.

-¡Oh, oh, oh! -gritaron todos al unísono.

-Tendréis que esperar a la boda, Claire -bromearon las mujeres.

-¿Cuándo será?

La joven se quedó mirando a los burlones asistentes, disfrutando realmente con la situación.

-Bueno... Dentro de uno o dos años.

Se oyeron risas de las mujeres; sonoras quejas de los hombres. De Lisle le tomó una mano con suavidad y fue besándole los dedos uno por uno.

-Una lástima, mi dulce dama. Me moriré de hambre. Bromeando con la audiencia, Claire lo miró de soslayo.

-No os vendrá mal perder un poco de grasa.

Él la sonrió, mirándola a los ojos.

-Si me matáis de hambre de esa forma, Claire, puede que pierda peso donde menos os gustaría.

La sala se alborozó, y se oyeron estruendosas risotadas, aplausos y abucheos.

-Ah, es verdad -replicó Claire-. Se atrofia si no se usa, ¿no es cierto? Pero eso le ahorrará muchas lágrimas a una doncella.

Se oyeron otra vez vítores de las mujeres.

-Más bien la hará llorar de pena. Aplausos de los hombres.

Él le besó la palma de la mano.

-Casaos pronto conmigo, Claire, y no correréis ningún riesgo. La joven fingió estar reflexionando sobre el tema, sin dejar de sonreír a sus burlonas amigas.

-¿Dentro de seis meses os parece bien?

-¿En mitad del invierno? Tened piedad de nuestros vecinos.

-Eso, Claire -gritaron algunos-. Y tampoco en la época de la cosecha. No queremos perdernos vuestra primera noche.

-¿Un mes? -dijo Claire, reparando de pronto en que estaba a punto de comprometerse a algo que no pretendía hacer tan pronto. Pensó que aquello sería suficiente, pero De Lisle dijo:

-¿Un mes? No parece muy apropiado mandar a todos a casa para que vuelvan dentro de un mes.

-¿Entonces, cuándo?

Él la miró con ojos burlones, y ella supo que había caído en una trampa.

-Mañana.

Todos los presentes se quedaron en silencio, sin dejar de observarlos, ansiosos.

De Lisle le soltó la mano e hizo un gesto señalando a la concurrencia.

-Están aquí todos nuestros amigos. Hay banquete suficiente para dos días. ¿Por qué retrasarlo?

Perpleja ya de veras, ella musitó:

-Mi padre...

-Eso es el pasado -le dijo él, con suavidad-. La rueda de la fortuna ha dado otra vuelta. ¿Por qué no, Claire? Una vez esté todo asentado, podremos mirar hacia el futuro, restablecer la paz y el orden en Summerbourne.

Claire sintió que la cabeza le daba vueltas, por el beso, por el vino y por el encantamiento que aquel hombre estaba tejiendo a su alrededor. Le costaba pensar. Pero él tenía razón, ¿no? ¿Por qué retrasarlo?

-¿Por qué no, Claire? -repitió él, poniéndole una mano en el hombro y acariciándole el cuello con los dedos, sin dejar de tener los ojos clavados en los de ella.

La sala entera esperaba, como si estuvieran todos conteniendo la respiración.

-¿Por qué no? -repitió entonces ella, complaciente.

Antes de que pudiera retractarse de aquellas precipitadas palabras, él se puso en pie.

-Amigos, mi dulce dama no desea arriesgarse a que haya mengua alguna en mi persona. ¡La boda será mañana!

Alegres vítores se oyeron por toda la sala, con lo que las mejillas de Claire se inflamaron de rubor. Él se sentó y la atrajo hacia sí para otro beso tan intenso y ardiente como el primero, encendida promesa para la noche del día siguiente.

Separándose despacio de los irritados labios de ella, dijo:

-Es mejor así, Claire. Creedme. Os sentiréis feliz si dejáis todo en mis manos para que pueda complaceros. -A continuación se dirigió a la audiencia-: Lady Claire no lamentará este día. ¡Lo juro por mi espada!

No eran inusitadas aquellas palabras en unos esponsales ni en una boda, pero en aquella ocasión, así pronunciadas, delante de todos sus vecinos de siempre, sonaron más definitivas. Claire sintió que la invadía una especie de paz. Él tenía razón. Era mejor seguir adelante y mirar hacia el futuro.

-Y un juramento por un espada como esa no es poca cosa. Intentando centrar su nublada vista, Claire vio que el conde se había puesto en pie y levantaba su copa ante la concurrencia.

-Un brindis por la famosa espada de oscuro acero y por un matrimonio en el paraíso.

Todos levantaron sus copas y bebieron, aunque Claire se quedó convencida de que muchos estarían tan perplejos como ella.

-¿Oscuro acero? -preguntó.

-¿Es que no lo sabéis? -preguntó el conde, mientras volvía a sentarse-. La espada de lord Renald está hecha de un acero alemán de un tono especialmente oscuro. Lo único que le brilla es una piedra que lleva en la empuñadura. Una piedra de la tumba de Jesucristo en Jerusalén.

Claire se volvió a Renald, con la veneración renovada.

-¿Habéis estado en las cruzadas, milord?

-Siento deciros que no. -Tal vez por eso se hubiera puesto de repente tan serio y con gesto adusto, por no tener más remedio que negarlo-. La piedra de la espada es un regalo de un cruzado.

-Y regalo también del rey -subrayó el conde.

-¡Una reliquia sagrada! -Claire estaba realmente maravillada. Eran pocos los que viajaban a Tierra Santa, y los preciados objetos que venían de allí eran muy admirados-. Debisteis hacer un gran servicio a aquel cruzado para que os regalara esa piedra.

-La espada era del rey -dijo Renald, escuetamente.

-Entonces debisteis hacerle un gran servicio al rey.

Cuando vio que no contestaba nada, la joven se sorprendió de, comprobar que tal vez fuera muy modesto. Quizá fuera un código de conducta entre los hombres como él: no alardear de sus logros.

A ella le resultaba extraño, pero le dio su aprobación. -Admiro vuestra modestia, milord. Pero sin duda es obligación de una esposa alabar las hazañas de su marido.

-No ha habido hazañas.

Claire tuvo que reprimir una sonrisa. ¿Cómo esperaba él ocultar tanto relumbre?

-Nadie podría creerse eso, milord. No en la figura de un campeón del rey. Seguro que vuestros hombres se sienten orgullosos de vuestros logros. Les diré que me los cuenten.

-Sí, contadnos, Renald. Contadnos vuestros logros. -El conde se había inclinado sobre la mesa para interrumpir. Claire miraba a ambos hombres, a uno y otro lado. ¿Eran imaginaciones suyas el que le pareciera que los dos se miraban como perros enfadados? Sus ojos nublados por la bebida no terminaban de dar crédito.

Antes de que su atolondrado cerebro fuera capaz de entender algo de la situación, Renald dijo, dirigiéndose a ella:

-El cruzado dio la piedra al rey y él la engastó en la espada para regalármela. No hay más.

-Pero ¿qué habíais hecho vos para merecerla?

-Nada de lo que vanagloriarse.

Ella movió la cabeza con perplejidad.

-Me enteraré y mandaré a un trovador que os haga una canción. -No descubriréis nada que me haga merecedor de una balada, Claire. -En ese momento él cogió la jarra que tenían delante-. ¿Os sirvo un poco más de vino?

Si bebía más se le iban a cerrar los ojos, pero le pareció que su ofrecimiento era para desviar el tema de conversación.

-Me gustaría echarle un vistazo.

-¿Al vino?

-¡A vuestra espada! Y a esa piedra de Jerusalén.

Él le sirvió más vino de todas formas y le puso la enjoyada copa en la mano.

-En otra ocasión. Las espadas no tienen cabida en un banquete.

-Una santa reliquia sí. Bendecirá nuestros votos.

-No.

Ella lo miró sorprendida, con las cejas levantadas. Otro autoritario «no», pero esta vez por modestia, no por enfado.

El conde, que seguía escuchando sin ser tenido en cuenta, habló de repente, con la voz tan alta que los demás lo oyeron.

-Estoy seguro de que todos los presentes nos sentiríamos honrados de ver esa espada, lord Renald. Según cuentan, su acero puede atravesar hasta la madera más dura. Dicen incluso que hasta el metal. En ese momento, otros hombres se vieron atraídos por el tema.

-¿Que atraviesa el metal?

-¡No puede ser!

Fue corriéndose la voz por toda la sala.

-Con un piedra de la tumba de Jesucristo.

-Que corta el hierro.

La concurrencia empezó a demandar, cada vez con más insistencia, que les enseñaran esa espada.

Con brusquedad y serio el semblante, Renald ordenó a Josce que se la trajera. Cuando volvió el escudero, el prometido cogió el arma; con una mano y la puso, casi la tiró, sobre el regazo de Claire.

Era muy pesada. Pesada, dura y oscura. Igual que la expresión que tenía en ese momento su prometido. Claire se dio cuenta de que no había estado muy acertada. Tal vez fuera modesto respecto a sus proezas, pero se había puesto de pronto muy, muy enfadado.

Ya era tarde para lamentarse y, aun sintiendo una repentina sequedad en la boca, examinó el regalo que ella misma había pedido. No había estado nunca tan cerca de una espada, y no le gustó. El tenía razón. Un instrumento de muerte no tenía cabida en un banquete, y menos en aquél.

Las fundas solían estar decoradas y, en algunos casos, ribeteadas de metal y piedras preciosas. La de aquella espada era de cuero negro sobre madera. Por única decoración llevaba unas pequeñas tachuelas de plata y unos medallones de azabache incrustados.

La imagen de aquel instrumento la llevó a pensar en el infierno o en una medianoche sin luna.

-¿Y bien? -preguntó él.

Ella sabía que él podía leerle el pensamiento.

-Tiene un aspecto mortal.

-¿Para qué sirve una, espada sino para matar?

Claire tragó saliva, pues la pregunta se refería tanto al arma como a él mismo. Aquel hombre no sembraba. Tampoco cosechaba. No hacía música ni creaba nada de belleza. Estaba únicamente entrenado para matar y lo hacía siempre que se lo ordenaban.

Se concentró en la empuñadura, parte también de aquel mortal instrumento, pero con forma de cruz y con el único toque de color que tenía aquel objeto: una piedra rojiza. La santa reliquia que santificaba aquel oscuro acero para la muerte.

Matar a los infieles era un acto santo, al menos eso decía la Iglesia. Pero ¿en verdad sería algo bueno matar en determinadas circunstancias? Alguien tenía que ejecutar a los criminales. Claire puso 1a yema del dedo en el frío metal para tocarlo.

-¿Ha hecho algún milagro esta espada?

-No, que yo sepa.

-Pero podría hacerlos. Si procede de la tumba de Cristo...

La joven levantó la espada y besó la piedra, pidiéndole en su interior salud y bienestar para todos en Summerbourne y para que su matrimonio, pese a las muchas dificultades, saliera adelante.

-Estáis bendecidos por Dios al tener esto, milord.

-Deberíamos entonces pasarla por toda la sala. ¡Josce!

El escudero se acercó, y Claire sujetó la espada con las dos manos para entregársela.

Acto seguido, se miró la palma de una mano. ¡Tenía sangre!

## Capítulo 13

Lord Renald cogió rápidamente la espada de las manos de su prometida.

-¿Os habéis cortado?

Ella se frotó las manos, pero no se vio ninguna herida.

-No.

De Lisle se había puesto en pie y estaba sacando la espada de la funda, cuando vio un rastro de sangre en la hoja y junto a la empuñadura.

-¿Josce?

El escudero palideció.

-Acabo de traerla de vuestra habitación, milord. Lord Renald tocó la sangre.

-No es reciente, pero tampoco de hace mucho tiempo. Observado por toda la concurrencia, ahora en completo silencio, él terminó de sacar el arma de su vaina. A la luz de las antorchas y las velas, ahí estaba la sombría hoja de metal, reflejando sólo algunos destellos que brillaban como llamas de fuego en un profundo y oscuro estanque.

Un estanque veteado de sangre.

-¿Cuándo fue la última vez que matasteis, milord? -preguntó Claire, en voz queda.

-Hace demasiado tiempo para esto. Y habría desollado vivo a Josce si me hubiera dejado la espada en este estado.

Claire cogió su copa y bebió. Era evidente que no había matado a nadie en los últimos días. Al menos no desde que llegara a Summerbourne. Pero en aquel momento le fue demasiado patente lo que era aquel hombre.

Un verdadero espada sangrienta. Fue como si se lo gritaran desde el cielo. ¿Era tan malvada como para enamorarse de alguien así?

De Lisle volvió a meter la hoja en la funda.

-Una broma pesada, tal vez. -Lanzó una fría mirada al conde, y Claire se acordó de quién había sido el que le había empujado a traer el arma a la sala. Pero ¿por qué un hombre de la categoría de su padrino se iba aprestar a semejante bajeza? ¿Sólo por qué estaba en contra de aquel matrimonio?

Lord Renald entregó la espada a su escudero.

-Límpiala y después tráela aquí otra vez para que la vean cuantos lo deseen. -Se volvió a sentar y mandó que le trajeran agua. Cuando se la pusieron en la mesa, él mismo le limpió la mano a su prometida-. Lamento que haya ocurrido esto, milady. No debéis afligiros por estas cosas.

Le besó la palma de la mano, ya limpia de la sangre.

-Me ocuparé de que estéis tan feliz como Summerbourne se merece.

-Pero seguiréis saliendo a matar.

Él tiró al suelo el trapo manchado y lo dejó ahí.

-Es mi obligación si me lo ordenan.

-Ya lo sé, pero...

Antes de que pudiera seguir hablando, De Lisle le puso en los labios una pasa bañada en miel. No tuvo más remedio que comérsela, aunque él no consiguió acallarle la mente. Había empezado a sentirse feliz, a rendirse al amor. Pero en aquel momento sus vertiginosas sensaciones y la alegría de alrededor le parecían como hojarasca; hojarasca en una ciénaga de muerte y violencia.

Miró al conde. Le habían sancionado con una cuantiosa multa por su participación en la rebelión, pero seguía conservando la vida y las posesiones. Sus hijos no habían perdido sus privilegios de nacimiento.

¿Con qué derecho se atrevía aquel hombre a remover las turbulentas aguas que fluían bajo la felicidad de aquel día?

Renald se volvió a mirarla, interrogándola con los ojos.

-No frunzáis el ceño, mi dulce dama -le besó con suavidad la frente que debía de tener arrugada por las preocupaciones-. En el paraíso no tiene que haber más que sonrisas, y los ángeles nunca fruncen el ceño.

Claire dejó que su prometido la sacara de la oscuridad. Estaba cansada, agotada de pensar y atormentarse. Cuando su hombre se le acercó para otro intenso beso, se dejó invadir. Al terminar, todo el mundo volvió a aplaudirlos, y Claire sintió que estarían tan dichosos como ella para dejar a un lado la sangre y las espadas.

Entonces, alguien gritó:

-¡El baile! ¡Que empiece el baile! -Y los músicos comenzaron a tocar Holy Berry, la canción tradicional en los casamientos.

La costumbre era que la novia precediera a las demás doncellas en la danza, pero Claire no se sentía muy segura de poder hacerlo con todo el vino que había bebido. ¡Qué más daba! Nadie esperaría que la feliz pareja pudiera sostenerse en pie con facilidad.

Cuando se levantó, el mundo le pareció teñido de una leve irrealidad, pero decidió que caminaría y hablaría sin avergonzarse. Un tirón en la cabeza le recordó que llevaba aún puestos la corona y el velo, y comenzó a quitárselos con mucho cuidado.

Lord Renald se puso también de pie y la ayudó; aquellas ágiles y misteriosas manos moviéndose por su cabeza. Claire se acordó entonces de darle las gracias por la guirnalda de flores.

-Es perfecta para vos -dijo él, con una cálida sonrisa de alivio. Ella le devolvió la sonrisa y fue hasta el centro de la sala, haciendo gestos a las otras doncellas para que la siguieran. Pronto, muy pronto, ella dejaría de ser una doncella. No quedaba apenas tiempo para que tuvieran su encuentro íntimo.

Era una sensación extraña, impregnada de una misteriosa música. Pero la música de verdad la llamaba, y Claire dirigió a las doncellas en aquella danza, concentrando su atención y su mirada, como todas las demás, en el hombre elegido.

A Claire le gustaba aquel baile, pero nunca se lo había dedicado a ningún hombre en especial. El mover rítmicamente los pies contra el suelo delante de él, con las faldas ligeramente levantadas y lanzándose el uno al otro desafiantes miradas despertaba una curiosa fuerza en su interior. O tal vez fuera algo que se liberaba. Algo salvaje que ella pudo ver reflejado en aquellos oscuros y peligrosos ojos.

Él estaba repantigado en su silla, con la mano laxa alrededor de la copa y los ojos clavados en su dama. Penetrante, excitado incluso. Aquella avidez le resecaba la boca, pero daba la impresión de que a ella la empujaba a movimientos aún más salvajes.

Entonces, al dar una vuelta, Claire se fijó en los ojos de otro hombre. Lambert de Vayne, joven y apuesto, estaba apoyado hacia adelante sobre la mesa, mirándola con algo más que aprobación.

Con una intención puramente malvada, ella bailó para él durante un rato, balanceando las caderas, mostrándole la pierna, con su atención en verdad pendiente del oscuro varón que presidía la mesa.

Cuando de nuevo dio otra vuelta hacia su prometido, él seguía teniendo un aspecto relajado, pero ahora sujetaba con tensión la copa y en sus ojos había algo de advertencia. En lugar de ponerse más recatada al verlo, aquella actitud espoleó sus atrevidos movimientos.

¿Que haría Renald si de verdad ella coqueteara con otro hombre? Por alguna absurda razón, le gustaba aquel peligro, lo ansiaba. Deseó vivamente tener su melena larga y suelta para poder lanzarla al aire como un látigo con el que atormentar y desafiar aún más a su oscuro lobo.

Cuando los vertiginosos giros de la danza llegaron a su fin, ella se tambaleó y tuvo que sujetarse en sus amigas, igualmente mareadas y sudorosas, con lo que todas se fundieron en una delirante y sonora carcajada. Entonces, él llegó hasta donde estaba ella y, tomándola por la cintura, la apretó contra sí en un gesto doble, de apoyo y de captura.

-Sois una jovencita muy atrevida-murmuró De Lisle. Después la besó en la empapada nuca y apretó los dientes contra su fina carne. Aunque Claire no pudo evitar un chillido ahogado, supo que aquello no había sido más que un castigo de broma.

Lo miró fijamente, deseando con ardor que aquella fuera su noche de bodas.

-¡Oh, Claire! Si bailáis con tanta pasión en el lecho nupcial, voy a ser el hombre más feliz de la tierra.

-¿No es el novio quien tiene que hacer bailar a la novia?

Los labios de él esbozaron entonces una lenta sonrisa, dejada y abrasadora.

-Podéis estar segura de que me esmeraré cuanto pueda-dijo él, mientras la guiaba hasta su asiento y le ponía con gentileza el velo y la corona sobre la cabeza-. Ahora, sentaos, mi dulce dama. Yo bailaré para vos.

Pidió que tocaran la danza de las espadas y la mayoría de los hombres jóvenes se levantaron para participar y lucirse ante las mujeres. No usaban espadas en realidad, aunque Claire había oído contar que en otro tiempo sí lo hacían. Cuando empezó a sonar la música, que era más un compás de golpes que una melodía, todos blandían unos cortos bastones y los chocaban unos



Librodot

con otros. Era un simulacro de una lucha con espadas pero con tal ritmo que se iba formando una música.

Mientras giraban en rápidas vueltas, golpeaban el suelo con los pies y unos palos con otros, los hombres tenían los ojos fijos en las mujeres que consideraban sus damas.

Los de Renald estaban clavados en los de Claire.

Ella no había visto muchas veces ese baile porque a su padre no le gustaba. Siempre había creído que era una danza vulgar y aborrecía el aura de violencia que tenía. Pero en aquel momento, era diferente. Ahora, al ver la soltura de movimientos de De Lisle, su elegante gracejo, no pudo por menos de admitir la peligrosa belleza de aquel baile.

Pura seda. Aunque no sabía valorar el dominio de la espada, Claire pudo comprobar la superioridad de su hombre sobre los demás. Como el resto de los invitados, empezó ella también a dar palmadas al ritmo de la música. Pero las suyas eran únicamente para él, y el hueco sonido de aquel repiqueteo de sus manos le invadió todo el cuerpo. Entonces De Lisle dio una vuelta y se encontró de frente con Lambert. Tal vez los hombres del lugar lo habían hecho a propósito. O quizá había sido el propio Renald, provocado por el juego de ella. De repente, los movimientos se hicieron menos rítmicos, más amenazadores. Dejaron de oírse las palmas. Como ondas en la superficie del agua, los demás varones abrieron el círculo y se echaron hacia atrás, golpeando el suelo de madera con los palos, mientras los otros dos permanecían en el medio, enfrentados en un supuesto combate. Renald y Lambert mantenían el ritmo a su modo, pero también se afanaban por desconcentrarse el uno al otro. Era evidente que Lambert estaba en inferioridad de condiciones. Hasta Claire podía verlo. Estaba entrenado en las artes de la guerra, pero sólo por obligación. No daba la talla para ser un campeón del rey, un hombre dedicado a la lucha.

Al ver cómo Renald jugueteaba con su oponente, Claire se acordó de cuando le había hablado de lo que era ser un buen luchador y tener el control en la contienda. Allí lo tenía delante para verlo. Acorralaba constantemente a Lambert y le acometía con movimientos simples de modo que el otro pudiera responderle con facilidad. Era obvio que De Lisle tenía en su mano prolongar aquella lidia, dirigirla en todo momento y darle fin cuando le viniera en gana.

De pronto, con un escalofrío, Claire se imaginó a su padre enfrentado a un hombre así, impotente ante una muerte certera. Al fin y al cabo, Lambert era bastante más joven, robusto y diestro con la espada que su padre. Aun así, estaba claramente en desventaja.

La joven cogió la copa con manos temblorosas, suplicando en su interior que acabara de una vez aquella macabra danza. Era cierto que la muerte de su padre no había tenido nada en común con aquella situación. Sin duda habría sido en alguna revuelta en medio del barro, en alguna parte, y no habría tenido ni tiempo de ver la espada que lo mató. «Pero que se acabe de una vez», pensó Claire angustiada, mientras los golpes de los palos le martilleaban el cerebro. «Mátalo ya. Deja de juguetear con él.»

La joven bebió un buen sorbo de vino, esforzándose por reprimir la angustia. Estaban peleando con palos de madera. No iba a morir nadie. Ni siquiera a resultar herido. Era una danza.

Una danza.

Vio cómo Renald le dirigía una mirada y frunció el ceño. Al momento, volvió a recuperarse el ritmo. Poco a poco, sin dejar de estar todo bajo el control de Renald, se fue mezclando con los chasquidos de los palos de los otros hombres y con los tambores de los músicos. De Lisle había dado claras muestras de ser imbatible, mientras que Lambert jadeaba, con el sudor cayéndole por el rostro. Fuera quien fuese quien hubiera comenzado la competición, se sintió sumamente aliviado cuando le indicaron que se retirara.

Los demás retomaron sus posiciones y siguieron hasta el final. Lo habían hecho muy bien. Claire no podía negarlo. En verdad había reaccionado de manera absurda ante un simple entretenimiento. Pero tan pronto como concluyó la danza, antes de que Renald volviera junto a ella, la joven se las arregló para abandonar la sala y marcharse un rato fuera, a airearse con la fragancia del atardecer y a serenar sus agitados pensamientos.

Acababa de ponerse el sol y todo estaba envuelto en un tono nacarado que suavizó sus atormentados nervios.

Al oír unos pasos detrás de ella, se dio la vuelta, preparándose para el ánimo contrariado de su prometido.

Pero no era Renald, sino el conde de Salisbury.

-Milord...

-Claire. -Era un hombre alto y enjuto, pero con una complexión nervuda, en absoluto frágil-. Resulta verdaderamente extraño ver estos alardes guerreros en Summerbourne.

-No era más que una danza, milord.

-Sí, pero una danza de muerte.

-Nadie corría riesgo alguno. -Claire deseó vivamente que se marchara.

-Desde luego, De Lisle no.

Ninguno de ellos, sólo tenían palos de madera.

-Los hombres como De Lisle pueden matar con palos. O incluso con las manos. -¿Qué era lo que pretendía su padrino? Si lo que quería era poner en duda aquella unión, ya era demasiado tarde.

La miraba con ojos escrutadores, como si buscara la respuesta a un acertijo.

-Os debe de resultar agradable tener un día feliz después de la pena.

El tono de su voz la irritó.

-No tenía elección, milord. Lo único que intento es llevarlo con el mejor ánimo posible.

-En tal caso, vuestra entereza es envidiable.

Claire lo comprendió todo en ese momento. No le extrañó que se dirigiera a ella con tono de desconfianza. Su voluptuosa exhibición en el baile de las mujeres y su aparente avidez por

casarse al día siguiente daban de ella la imagen de una hija terriblemente insensible. Avanzó unos pasos, alejándose más de la sala, con la esperanza de que el conde no la siguiera. Pero entonces, el hombre habló, justo detrás de ella.

-Vuestro padre no apoyaba a Enrique Beauclerc en el trono.

Ella se volvió, lanzando un suspiro.

-El mundo entero sabe eso, milord.

-Aun así, vos os lanzáis a los brazos de uno de los principales seguidores de Enrique.

La joven abrió las manos.

-¿Y qué queréis que haga, milord? El rey ha entregado nuestras tierras y posesiones a lord Renald y le ha ordenado que se case aquí. ¿Deberíamos empeorar las cosas negándonos a aceptar los hechos?

El conde apretó las mandíbulas.

-Quizá lo que me sorprende es vuestro entusiasmo, lady Claire. El rubor le invadió las mejillas, pero no estaba dispuesta a acobardarse.

-¿Preferiríais que me hubiera pasado el día de hoy llorando?

-Sí, lo preferiría.

-Pues sabed que no es ese mi modo de proceder.

-Cuando os vi besando esa espada...

-¡Ah, la espada! ¿La espada que vos manchasteis de sangre, milord?

El hombre se puso aún más erguido.

-¿Yo? ¿Por qué me acusáis a mí?

-Porque vos pedisteis que trajeran la espada. Insististeis en ello.

-Tenía mis razones. -El ceño se le frunció aún más, acentuando su amargura.

-¿Y qué me decís de la copa, milord? ¿Qué pretendíais animando a lord Renald a que la utilizara hoy cuando sólo serviría para recordarme algo doloroso?

-Claire, pensé que debíais saber, pero...

-¿Claire?

La joven se dio la vuelta y corrió junto a De Lisle, sintiendo únicamente un agudo alivio. Le dio igual si él estaba enfadado porque se hubiera marchado de la sala. Sólo quería apartarse de

las acusaciones y la desaprobación, para volver a ser una feliz prometida. No tenía otra opción. A menos que sacrificara a toda su familia, no tenía opción.

Renald se quedó mirando al conde y a Claire, y al instante la sonrió y la cogió de la mano.

-Mucho calor en la sala, ¿verdad? ¿Os gustaría que diéramos un paseo por el jardín, milady?

-Me encantaría -la joven hizo una reverencia al conde-. Gracias por vuestros consejos, milord.

Por un momento, Claire se temió que su padrino continuara con lo que estaba diciendo, pero tras unos instantes, el conde se dio media vuelta y se alejó.

Según iba quedándose atrás el clamor de la sala, Renald preguntó:

-¿Consejos?

En alguno de los arbustos cercanos, se oyó el trino de un tordo, bálsamo para los angustiosos pensamientos de Claire. La suave brisa le refrescó las acaloradas y ebrias mejillas.

-Cree que debería haberme negado a nuestro matrimonio y que si no he podido hacer nada para impedirlo, debería haberme pasado el día de hoy llorando y gimiendo.

-Gracias a Dios que no lo habéis hecho. -Le besó la mano y la miró con ojos escrutadores-. En la sala, me ha dado la impresión de que os habíais disgustado por algo.

No se sentía capaz de explicar la alarma irracional que le había entrado, y dijo:

-Estabais avergonzando a Lambert.

-Parecía muy interesado por vos. Entonces, todo había sido deliberado.

-¿Y siempre vais a enfrentaros con los hombres que muestren interés por mí?

-¿Preferiríais que no lo hiciera?

Tras unos momentos de reflexión, Claire tuvo que admitir en su interior que la respuesta era «no». Algo en aquella ardiente manera suya de poseerla le gustaba. Pero una sensación innoble.

-No deseo que muera nadie por mi causa.

-Entonces no infligiré ningún castigo a menos que vos me lo pidáis. -Los labios se le iluminaron con una sonrisa-. Una de las ventajas de ser quien soy y hacer lo que hago es que no tengo más que fruncir levemente el ceño. Del mismo modo que a vos os bastará con fruncirlo ante mí.

-Lo dudo, milord. -Pero en el interior de Claire, las palabras de su prometido encendieron una cálida llama, exactamente en el mismo lugar en el que antes había habido sólo un gélido frío.

-Pues no lo dudéis. No dudéis de vuestro poder sobre mí, mi dulce Claire del paraíso.

Entrelazó sus dedos con los de ella, y la guió, inestable como iba, hasta el jardín, bajando por los umbríos senderos que empezaban a cubrirse de rocío. Qué distinto de la noche anterior, cuando todos los nervios de su cuerpo habían estado en guardia. Ahora se sentía serena, gratamente a salvo, aun cuando también la agitaban inefables esperanzas. Renald se detuvo tras uno de los perales que crecían junto a la celosía. Las hojas y las ramas del árbol tamizaban la desfalleciente luz, creando misteriosas sombras. Él la llevó hasta un banco oculto en la umbría. Claire supo que iba a besarla una vez más y, a diferencia de la noche anterior, sintió que el corazón se le descompasaba por la espera. Pero Renald no la tomó de inmediato en sus brazos.

-Antes, en la sala, os he hablado con sinceridad. En verdad es mi intención y mi deseo haceros feliz.

-Y yo a vos, milord.

Aquella frases eran algo más que mera cortesía. La felicidad, que en un momento pareció haber desaparecido para siempre, estaba ahora al alcance de los dos.

-Sé que mi naturaleza os desagrada. Soy un guerrero. Esa es mi vida y mi esencia. Debo entrenarme para la guerra y adiestrar a mis hombres.

-¿En Summerbourne? -Claire deseó que la consternación no le hubiera traicionado la voz. Se repuso y añadió-: ¿No podría ser al otro lado de las murallas, milord?

-La mayor parte del tiempo, sí. Yo también quiero dejar intacto el paraíso. -El hombre sonrió y miró alrededor-. Quizá este sea el jardín del Edén. No había visto nunca un lugar con tanta paz como hay aquí.

-Y es un Edén sin serpientes, gracias a Dios -dijo Claire-, salvo alguna que otra culebrilla inofensiva.

-Es el cielo en la tierra.

Claire intentó ver el jardín con los ojos de él. Para ella, siempre había sido parte de su vida: la forma de los arriates, el frescor de los senderos de piedra, y la bendición de las hojas y los frutos que les daban alimento, hierbas curativas y sosiego para el alma.

-Me imagino que nunca habéis tenido un jardín propio.

-Ni tampoco he estado en muchos. Suelen ser de las damas. Salvo el propietario, los hombres en ellos serían vistos como serpientes.

-Me sorprende entonces que vos no hayáis estado en muchos jardines.

Renald se sonrió por la broma, y ella siguió contemplando el jardín, intentando imaginarse lo que él vería.

Ciertamente, no era más que un jardín y no estaba en su mejor momento con aquella tenue luz. Las flores quedaban ocultas como sombras grisáceas sobresaliendo de los oscuros arbustos y las hojas. Aun así, estaban los dos rodeados de fragancias y melodías. El zumbido de los insectos impregnaba el aire, en un tono más bajo que el canto de los pájaros. Flores, hierbas y vigorosos verdores que sazonaban todas las respiraciones.

Claire se sintió de pronto profundamente agradecida por no tener que marcharse de allí. Y se lo debía a aquel hombre. Se volvió hacia él y se atrevió a ponerle las dos manos en la cara. Después, le besó suavemente en los labios en señal de gratitud.

Renald aceptó el gesto con repentina serenidad.

-¿Y eso por qué ha sido?

-¿Es que una prometida no puede besar a su futuro esposo en los labios?

-Desde luego que sí. Y él se siente muy satisfecho. Pero parecía un beso de agradecimiento.

-Estoy agradecida de estar aquí, de seguir estando aquí.

Él le levantó la barbilla y le devolvió el beso con la misma suavidad.

-Entonces los dos somos muy afortunados. Recordadme que nunca más vuelva a morder una manzana. No quisiera ser arrojado fuera del Edén.

Claire creyó que en ese momento él iba a darle uno de esos besos suyos, largos y profundos; pero el hombre se relajó y siguió mirando a su alrededor.

-¿Es vuestro todo este trabajo?

No debía ser tan ansiosa, ya llegaría.

-En absoluto. Yo he hecho algunas cosas, pero es un jardín muy antiguo que ha ido pasando de una dama a otra -esbozó una sonrisa de frustración-. Os conviene saber mis defectos. No sólo carezco de un alma sensible, soy también demasiado impulsiva para ser una buena jardinera, y demasiado fantasiosa. No me gusta planear las cosas con años de previsión y se me olvida regar las plantas nuevas.

Él entrecerró los ojos.

-Podía habérmelo imaginado. Pero una fantasiosa impulsiva también suena atrayente. ¿Qué planta es esa de las hojas moradas?

-Una dedalera.

-¿Cultiváis dedales para poneros morada?

Claire se sonrió. Qué placer tener otra vez cerca el regalo del sentido del humor.

-Cuando seáis viejo y el corazón empiece a fallaros, agradeceréis mucho las infusiones de esa planta.

La sonrisa desapareció de los labios de él.

-Tal vez no me haga nunca viejo. ¿De qué sirve un lobo viejo? La joven tuvo intención de protestar, pero entendió a lo que se refería. Había visto envejecer a algunos guerreros, debilitados por la edad, con los huesos retorcidos y gastados, jadeantes por la enfermedad y

las numerosas heridas, convertidos casi en mendigos, toda vez que su único valor: la fuerza, los había abandonado.

La imagen de la lejana muerte de aquel hombre le anticipaba un profundo dolor. Siendo su esposa, debía preocuparse de que se mantuviera sano, y ahora que tenía una propiedad estaría a salvo de lo peor.

Renald fue preguntándole por otras plantas y ella fue contestando, indicándole en cada caso lo más interesante y describiéndole los diversos usos. La voz de su prometido, pensó ella, era profunda, serena y plácida, en armonía con la paz que los rodeaba y con las sombras de la noche.

Era evidente que él no sabía mucho de jardines, pues su oficio era el de matar, no el de cultivar ni el de sanar.

No. No pensaría en esas cosas.

Un petirrojo vino a posarse muy cerca de donde tenían ambos los pies y entonó varios trinos.

-Nos está recordando que este pedazo de suelo es suyo- dijo ella- y nos manda que le hagamos un agujero en la tierra para que pueda cazar sus gusanos con más facilidad.

-Pajarillo holgazán: búscate tú la cena, gandul.

Como si hubiera comprendido aquellas palabras, el petirrojo dejó de cantar y ladeó la cabeza hacia ellos. Después se alejó a saltitos. Al momento ya había encontrado un gusano, lo sacó de su agujero y se marchó volando con él en el pico.

-Más muerte -dijo Claire suspirando-. ¿Por qué no nos importa el destino de los gusanos?

-Tal vez porque ellos nos comerán luego a nosotros.

Acto seguido, Renald se puso tieso, consciente de que lo que acababa de decir no había sido muy afortunado. Ella le cogió la mano.

-No podemos evitar toda mención de la muerte, milord.

Él tomó la mano de ella entre las suyas.

-Sois una joya sin precio, mi dulce dama. ¿Puedo pediros un favor?

Sin el menor recelo, Claire contestó:

-Claro que sí.

-Quisiera que me llamarais por mi nombre: Renald.

La joven reparó entonces en que, desde hacía ya varias horas, lo llamaba con ese nombre en su interior al pensar en él. Entonces sonrió y dijo:

-Así lo haré, Renald.

El hombre la tomó entonces entre sus brazos y bajó la cabeza para besarla, suave al principio, como antes, un leve roce de sus labios contra los de ella. Después, le pasó la mano por detrás, entre el pelo. Cálida y tosca su mano fue recorriéndole la cabeza como si le diera forma para él. A continuación la besó como lo había hecho en la sala. Pero allí en el jardín, en aquella privada umbría, su beso fue más dulce y tierno y más profundo y verdadero de lo que ella jamás hubiera podido imaginarse.

A Claire se le despertaron todos los sentidos, llegando incluso a disfrutar con la leve aspereza de su barba. ¡Por todas las estrellas del firmamento que aquel hombre era robusto! Estaba casi sentada encima de sus poderosos muslos, abrazaba con las manos abiertas aquellos hombros duros y firmes como la madera, ardientes como ascuas...

Y le gustaba infinitamente.

Ella, que había pensado en otro tiempo que jamás llegaría a sentir atracción alguna por un hombre de guerra, se sabía ahora, desde una parte secreta de sí misma, arrebatada por el oscuro poder que percibía bajo sus propias manos, pequeñas y delicadas.

La boca de Renald acabó por fin de despegarse de la suya, pero la fuerza de aquel fornido cuerpo siguió abarcándola mientras los alientos de ambos se mezclaban. Claire fue recorriendo con la mano la anchura de los hombros, las pronunciadas curvas de los brazos. Una extraordinaria visión la abrasó por dentro, la visión de aquel cuerpo desnudo y entregado a su mano especuladora; la imagen de ella misma, en irrespetuosa actitud de conquista, contemplándolo rendido bajo su sombra.

Cómo si le estuviera leyendo el pensamiento, él la atrajo de repente hacia sí, la apretó contra el pecho y la meció allí, en aquel abrazo, con la barbilla hundida en su pelo. Claire sabía bien la fuerza de aquel hombre. Sabía que no podría escaparse, pero no se sintió acorralada. Por un instante, se sintió como una niña en un lugar seguro, un lugar donde la muerte no era más que una leyenda y el sol brillaba todas las mañanas.

El pecho de Renald subía y bajaba con la respiración, y ella empezó a respirar al mismo ritmo. Su especiado aroma se mezcló con el olor a sudor, lana y caballo de él. Se acordó de que le había contado eso a Felice en su carta. Que no olía mal, sólo un poco a caballo y sudor. En aquel entonces, fue un problema al que intentó únicamente dar alguna solución. Ahora, no era más que él, su persona.

Se dio cuenta de que había cerrado los ojos y respiraba profundamente, saboreando a aquel hombre como se disfruta de una flor, una especia o un pan recién salido del horno.

La boca se le hacía agua levemente, como si estuviera sentada ante una mesa repleta de exquisitos manjares. Pero por debajo de aquella dulce anticipación, algo le aguijoneaba como una piedra dentro del zapato o la cabeza de un clavo sobresaliendo de la silla.

¿Qué era?

Las últimas palabras del conde: «Creí que debíais saber». ¿Por qué la atormentaban de ese modo?

Porque se hacían eco de algo.

Las palabras de Felice a la puerta del convento: «Ya verás cuando te enteres...».



Librodot

Si bien podía fácilmente no tener en cuenta a Felice, en el caso de conde le resultaba más difícil. Pero ¿qué podían saber ellos dos de algo que era todavía un secreto para toda la gente de Summerbourne? Él se movió para mirarla. Claire reparó demasiado tarde en que las dudas eran perceptibles.

-¿Qué os preocupa, Claire? Es algo de lo que os ha dicho Salisbury?

-No, la verdad es que no. -Pero antes de rendirse por completo a aquel hombre, tenía que disipar de algún modo sus terribles dudas-. Madre Winifred dijo que sois un asesino. ¿Habéis matado a alguien alguna vez?

Él cambió de postura para verle la cara.

-Soy un guerrero.

-Me refiero a fuera de las batallas.

-No, o mejor dicho, sí. En torneos.

-Eso no es correcto, ¿verdad?

-Para mucha gente sí lo es. Y las dos muertes fueron accidentes. Nunca tenemos el objetivo de matar en los torneos amistosos.- Él seguía mirándola con ojos escrutadores, como si estuviera desconcertado-. En mi época maté a un buen número de maleantes y bribones. Pero eso no era asesinato. Eran ejecuciones justas. Que se enterara madre Winifred.

La espada. El conde parecía obsesionado con la santa reliquia.

-¿Por qué os dio el rey esa espada?

-Por mis honrosos servicios. Lo juro por mi alma.

No fue una respuesta directa y Claire sintió una leve reticencia por parte de él, pero no podía poner en duda su juramento. No obstante, su sutil cambio de actitud la forzó a querer saber más.

-Era negra. No pensaba que las espadas pudieran ser negras.

-Es simplemente oscura, Claire. Eso tendrá que ver con la forja. No os inquietéis por eso. -Le bajó su enorme mano por la espalda, para tranquilizarla, para excitarla otra vez, para distraerla.

-Debéis perdonar mi nerviosismo ante semejantes cuestiones. No estoy acostumbrada a la violencia.

Él le besó una ceja.

-Es bueno que no estéis acostumbrada, y yo me encargaré de que nada perturbe vuestra paz. Os lo juro.

Todavía una espina la aguijoneaba.

-El conde...

-Es un rebelde -dijo él, sellándole los labios con el dedo-. A él no puede gustarle nuestro matrimonio. No permitáis que os inquiete.

Sus sombrías dudas empezaron a convertirse en una tenue nebulosa, y ella las apartó de su mente. Ya estaba bien de atormentarse. Conocía un poco a aquel hombre.

-¿Dejaréis de matar a partir de ahora? -Claire levantó la vista para ver la expresión de su rostro.

-Soy un guerrero -volvió a decir él-. Tendré que hacerlo si me lo ordenan.

-Eso ya lo sé. Quiero decir en combates cuerpo a cuerpo.

-Pueden ordenarme que luche en un combate representando al rey -contestó De Lisle, jugueteando con los dedos entre el pelo de su prometida-. Pero en Inglaterra no son frecuentes esos combates. Los reyes sensatos no le ven sentido a que se pierdan vidas inútilmente. La joven sonrió.

-Así que no tendréis que volver a luchar de ese modo. Me alegro. El dulce tormento de sus dedos por la nuca la hizo sonreír aún más, pero entonces él dejó de hacérselo.

-Debo de ser un indeseable, Claire, pero me divierte hacerlo. Ella se apartó para mirarlo fijamente.

-¿Que os divierte matar? Renald la sujetó por los brazos.

-No, eso nunca. Pero disfruto con la lucha. En los combates cuerpo a cuerpo se lucha para ganar o perder rescates. El objetivo no es matar -se encogió de hombros, pero con una pizca de humor en los ojos-. Eso suele ensombrecer el espectáculo.

-¿Cómo podéis bromear con algo así?

La pizca de humor desapareció de sus ojos, pero algo en la expresión de su semblante la hizo sentirse como una tonta. ¿Era una tontería no querer que la gente jugara con la violencia? ¿No querer que nadie pusiera en riesgo la vida por diversión?

-Ahora que soy un barón, con propiedades de las que ocuparme -dijo Renald-, tendré menos tiempo para juegos. A menos que nos ataquen, me limitaré a darles su merecido a los maleantes. Supongo que no os importará que me deshaga de algunos de vez en cuando... Perpleja por aquel tono irónico, musitó:

-Supongo que no.

Le acarició entonces los labios, forzándola a sonreír.

-Pero no tendré más remedio que seguir practicando, Claire, de lo contrario, ¿de qué utilidad voy a ser yo para vos o para el rey?

-Entiendo, entiendo. Perdonadme si os he parecido una tonta. Han cambiado tanto las cosas...

-Y yo os parezco la serpiente del paraíso -le reprochó-. Pero no lo soy, Claire. Tengo tanto interés como vos en mantener intacto este lugar.

Ella le creyó y obedeció a sus caricias entreabriendo los labios. Acogió con agrado el fuerte sabor de su dedo, pasándole la lengua alrededor. No se resistió cuando él se la absorbió con fuerza hasta dentro de su boca y se la volvió a sacar, repitiendo el movimiento una y otra vez, aunque se daba cuenta de lo que le estaba haciendo y sentía la respuesta de aceptación en otra parte de su cuerpo.

Mañana.

Con aquel pensamiento, ella apretó aún más los dientes y los labios contra la boca de él, llegando casi a desvanecerse ante la mirada de sus ojos.

Entonces Renald capturó aquellos labios dentro de su boca y adhirió el cuerpo de ella al suyo sentándosela en las piernas. Claire, arrebatada de deseo, se pegó aún más a él y sintió su miembro duro entre los muslos, separados los dos sólo por capas de ropa, frustrantes capas de ropa.

Por primera vez en su vida, comprendió por qué algunas alocadas doncellas no eran capaces de esperar...

Después de mucho, mucho rato, él se echó para atrás y respiró profundamente, frotando la cabeza con la de ella.

-Especias otra vez, mi deliciosa dama.

-No me puedo creer que tengáis hambre todavía...

-No es hambre, es ansia. -La mordió fuerte en el cuello.

Ella chilló y se levantó, riéndose con todas sus fuerzas. Riéndose realmente con ganas como no lo había hecho en mucho tiempo. Renald se quedó allí, con cara de estar haciéndose el enfadado y una expresión más joven, luminosa, deliciosamente atractiva. Parecía que sintiera su propia belleza. Se sonrió.

Claire vio de pronto un cubo de agua y, sin pensar, lo cogió y se la echó encima a él.

Tras un instante de estupor, salió corriendo.

Medio cegado por el chaparrón, Renald soltó algún improperio, pero aún tuvo tiempo de estirar una mano y agarrarla de la falda. En su intento por zafarse, Claire se acabó tropezando con el banco. La mano que la retenía impidió que se cayera del todo, pero la joven fue a quedarse medio tumbada en una piedra.

Entonces, gritó.

-¿Claire?

La joven se levantó y dio unos pasos hacia atrás, con lo que vino a golpearse con la barbilla de él.

-¡Por los cuernos de Lucifer, Claire...!

En ese momento, al tiempo que se retiraba de la cara el pelo mojado, Renald vio lo que ella había visto. En el reducido espacio que quedaba debajo del banco, cuidadosamente cubierto de hierbas medio secas, había un hombre.

Un hombre muerto.

Él la abrazó y la apartó de allí.

-Tranquila, mi amor.

Claire dejó de hacer los ruidos que estaba haciendo apenas sin darse cuenta.

-Parece..., parece mi padre. Renald la apretó entre sus brazos.

-¿Es algún pariente?

Ella movió la cabeza con nerviosismo.

-¡Está muerto!

Él la dio la vuelta, arrimándola a su pecho.

-Tranquila, mi amor. Tranquila. No puede hacerte ningún daño. El momento de pánico se pasó y Claire tragó saliva.

-Lo siento. Normalmente no soy tan impresionable. He visto personas muertas, pero...

-Pero esto ha sido una impresión muy fuerte -él le acarició la espalda-. Os ha traído a la mente la muerte de vuestro padre. Lo entiendo. Os llevaré a la sala.

Claire recobró la compostura.

-No. Ya se me ha pasado el susto. No he reconocido al muerto, es que ni lo he intentado. Pero debe de ser de la gente de Summerbourne.

-O un criado de algún invitado.

La joven se había olvidado por completo de que la sala estaba abarrotada de gente.

-Pero tenemos que ver quién es. No podemos dejarlo ahí.

Él la miró unos instantes para ver realmente cómo estaba y después asintió.

-Está bien.

Sin dejar de protegerla con su brazo, Renald la llevó hasta el banco donde los dos se pusieron a mirar cuidadosamente. Había muy poca luz y todo eran sombras, pero el rostro fantasmal del cadáver resplandecía ente las hojas mustias, con esa placidez de la muerte.

Apretando los dientes, Claire apartó de la cara unos cuantos hierbajos y exclamó:

-Pero si es... ¡Es Ulric, el escudero de mi padre! La mano de Renald le apretó el brazo.

-Me preguntaba dónde estaría. Por qué no había vuelto con... con el cuerpo. Nunca se apartaba de mi padre. -Levantó la vista para mirar el serio semblante de Renald-. ¿Murió en la misma contienda?

Él se separó de ella y se acercó al cadáver para terminar de quitarle todas las hojas que lo tapaban.

-Ha muerto hace muy poco.

Entonces levantó las manos que estaban manchadas de algo oscuro.

-¿Sangre?

-Sangre.

Acordándose de la oscura espada sangrienta, Claire se estremeció y comenzó a alejarse de allí.

-Claire, yo no he tenido nada que ver con esto.

Se quedó bloqueada mirándolo, esforzándose por ahuyentar el pánico y afrontar la verdad.

-Esta sangre es reciente-dijo él sin apartar la vista de los ojos de ella-. Han debido de matarle bastante antes de que llegáramos nosotros aquí, pero bastante después de que vierais la sangre en mi espada. Eso debía ser cierto. Claire se llevó las manos a la cara.

-Perdonadme. Además, ¿por qué motivo ibais a matar a Ulric?

-¿Quién podría tener algún motivo?

Ella se acercó un poco.

-¿No puede haber sido un accidente?

Renald se levantó, frotándose las manos en las mallas que le cubrían las piernas.

-No veo cómo. Me da la impresión de que ha sido una muerte rápida, y no hay ninguna espada. No, Claire. Me temo que, después de todo, hay una serpiente en el paraíso. Esta noche ha habido aquí un asesinato.

Renald parecía tan consternado como ella, y con razón. Realmente había una serpiente que desmoronaba el frágil paraíso con el que se habían encontrado.

-No podemos casarnos mañana. -Claire habló sin pensar, llevada por un profundo malestar instintivo.

Renald se acercó a ella.

-¿Por la muerte de un criado? Claire, ya lo hemos anunciado.

-Podemos cambiar de opinión. La gente lo entenderá.

-No creo que lo entiendan. ¿Estáis dispuesta a casaros a los días de que haya muerto vuestro padre pero os echáis atrás cuando aparece muerto un criado? ¿Qué sentido tiene?

Ninguno, pensó ella.

-Pero es que ha ocurrido aquí, en Summerbourne.

-Por supuesto que es inquietante -la rodeó con sus brazos-. Pero encontraremos al que lo haya hecho y tendrá su merecido. Tal vez ha sido una pelea entre criados.

-¡Pero Ulric ni siquiera estaba aquí! Quiero decir que nadie sabía que había vuelto. ¿Cuándo llegó? ¿Dónde ha estado?

-Tranquila -dijo él, al tiempo que le acariciaba los brazos-. Descubriremos la verdad y ya veréis cómo hay una explicación. Pero esto no tiene por qué afectar a nuestra boda-le levantó la barbilla-. Tened piedad de mí, Claire, yo no quiero esperar.

Y algo del paraíso volvió a envolverla, junto con la intensidad de su deseo. Ella tampoco quería esperar. Le destrozaba el corazón, con el pobre Ulric ahí tumbado, a tan poca distancia, pero deseaba casarse con su hombre al día siguiente.

-Muy bien.

Renald la besó.

-Vayamos dentro y dejemos el asunto en manos de vuestro melancólico juez. Es el más indicado para ocuparse de esto y tal vez le temple más que los esponsales.

Claire llegó incluso a sonreír ante aquellas palabras, pues eran bien ciertas. Seguramente no iba a agradarle mucho a Eudo el juez cuando se enterara de que habían encontrado un cadáver, pero tal vez se sintiera aliviado de no tener que mostrarse con ánimo festivo. Quizá el conde se uniera a él en sus pesquisas por la misma razón.

Margret llegó a encontrarse con su amiga.

-Un asesinato. No me esperaba que en vuestros esponsales pudiera ocurrir algo tan inusual.

Claire abrió los ojos con resignación.

-Por lo menos, no creo que pueda ya ocurrir nada peor.

Renald vio a su prometida charlando con su amiga y resistió la tentación de reunirse con ellas para comprobar de qué estaban hablando. Lady Margret no sabría nada. Por lo que él podía figurarse, nadie de los que estaban allí sabría nada, salvo el conde, y tendría la prudencia suficiente de no desatar contra él la ira del rey.

Pero antes había estado a punto de hacerlo. Renald había tenido que recordarle que el rey se sentiría muy contrariado si pasaba algo que impidiera aquel matrimonio. De todas formas, comprendía la congoja de Salisbury. A De Lisle le costaba mucho sentirse enemigo de cualquier persona que se preocupara por Claire.

Pero la tenía ya al alcance de su mano y no iba a permitir que nada se interpusiera entre ellos.

Sólo quedaban la boda y la noche de bodas, y estarían unidos para toda la eternidad.

Menos mal que Ulric no tendría nunca la oportunidad de hablar con ella.

## Capítulo 14

Claire se despertó nerviosa la mañana siguiente a los esponsales, pero sin duda sólo con los nervios que tendría cualquier novia. Para cuando se había ido a la cama la noche anterior, no se había descubierto nada sobre la muerte de Ulric. Pero estaba decidida a que aquel asunto no le amargara el día.

Deseaba que encontraran al culpable y se arreglara todo. Por lo que sabía, lo único que Eudo había descubierto era que Ulric había llegado en mitad de la fiesta y seguramente se habría sentado a la mesa a comer algo. Por lo visto, nadie sabía dónde se había sentado ni quién había hablado con él. Era imposible para todo el mundo imaginarse quién podría haberle matado en el jardín.

Según el juez, era la clase de asesinatos que nunca se resolvían.

Se dio cuenta de pronto de que casi estaba fuera de la cama, entreabrió los ojos hacia un lado y vio a Margret, que ocupaba todo el centro, profundamente dormida. Con la cantidad de gente que había venido, aquella cama grande no podía ser sólo para una persona. Lady Huguette roncaba plácidamente en el otro extremo.

Se sintió a gusto. Así había sido toda su vida. Una cama para tres.

Pero esa noche sería distinto.

Dos en una cama. Desnudos y entrelazados.

Oyó ruidos fuera de caballos y hombres que vociferaban. Se levantó y se fue corriendo a la ventana para ver qué pasaba. Por un momento, pensó que todos se marchaban de Summerbourne. Pero después se relajó. Los hombres se iban de caza.

Buena idea. Les vendría bien el aire fresco y un poco de eje antes de otro día de banquete, y si volvían con alguna pieza de c sería muy útil.

En el suelo dormían amontonadas las sirvientas, y Prissy se incorporó sobre su camastro.

-¡Oh, señora! ¿Ya estáis despierta?

-No, es que ando en sueños.

La criadita se rió y se levantó para ayudarla a vestirse. Al poco rato, todo el mundo se había despertado y en seguida se entregaron a sus ocupaciones. Renald no le había hecho ninguna petición aquel día, por lo que Claire tenía absoluta libertad de movimientos para ir de acá para allá y organizar el nuevo banquete. Menos mal que no había que cocinar nada, salvo el pan.

Todas las demás mujeres también estaban deseosas de colaborar así que no tardaron en tener todo preparado y pudieron sen charlar, a la espera de que los hombres regresaran y pudiera celebrarse la ceremonia.

-Se os ve muy tranquila --dijo Margret-. Yo estaba fuera de mí.

-Ya me acuerdo, yendo de un lado a otro, cambiándoos de vestido sin parar, preocupada por si no llegaba Alaine...

-Por lo menos vos no tenéis que preocuparos de eso.

-No. -Sintió una punzada. Aquella era la casa de Renald, no su padre. Pero al momento se acordó de la ventaja: no tenía que marcharse de allí.

Había más cosas buenas. Su abuela se sentía segura en su hogar su madre ya casi estaba tan alegre como siempre, rodeada de sus gas y empezando a superar la pena.

No sabía como se encontraría Thomas, pues había salido también de cacería, pero estaba casi completamente segura de que estaría más contento.

En verdad, había muchas cosas buenas en su vida.

Cuando se oyeron los cuernos de caza a lo lejos, la mayoría de l mujeres se pusieron en pie y se fueron al patio a ver llegar a los hombres con las piezas que se hubieran cobrado.

Alegres y triunfantes, fueron entrando en sus monturas, con piezas pequeñas colgando de las sillas y un ciervo cargado en una mula. Claire se quedó mirando los ojos tristes y muertos del animal, y por un momento sintió que se le ensombrecía el ánimo. Apartó de SU mente aquellos pensamientos. Ya estaba bien de tanta estupidez A ella le gustaba mucho el venado.

Renald se bajó del caballo y vino hasta ella a sorprenderla con un apasionado y oloroso beso.

-¿Me habéis echado de menos?

-¿En apenas unas horas? -Pero sí le había echado de menos. Se dio cuenta según pronunciaba aquellas palabras. Summerbourne le había parecido un lugar despoblado sin él.- Supongo que tendréis que marcharos con frecuencia para atender a los requerimientos del rey.

-Pero sólo lo imprescindible, os lo aseguro -miró a su alrededor-. ¿No íbamos a casarnos hoy?

Ella arrugó la nariz contra la de él.

-No, a menos que os deis un baño.

-Voy a meterme en el río de inmediato.

-Cuando estéis limpio, milord, yo estaré preparada.

Claire mandó llamar a sus sirvientas y a sus amigas y subió a su habitación para arreglarse.

Al cabo del rato, estaba ya preparada para bajar a la iglesia a la espera de que sus criadas le dijeran que todo estaba listo, cuando se abrió la puerta de golpe sin que nadie hubiera llamado antes y entraron sus dos tías.

La primera reacción instintiva de Claire fue de pánico al pensar en que Felice estaba allí para reclamar a Renald como marido, pero se obligó a sí misma a sonreír.

-¡Felice, Amice! ¡Qué bien que estáis aquí! ¿Venís para quedaros?

-¿Y por qué no íbamos a quedarnos? -replicó Felice, al tiempo que tiraba la capa en medio del suelo-. Ya nos hemos enterado de los esponsales. Ahora que estamos a salvo, venimos a ayudarte en el día de tu boda.

Claire no dudó ni un momento de que su tía se habría enterado de las espadas manchadas de sangre y de la misteriosa aparición de cadáveres, y seguramente esperaría que hubiera más. Las besó a las dos de todas formas. Eran como hermanas para ella y su presencia aquel día completaba la memorable ocasión.

Amice se iba descubriendo la cara tras distintas capas de velos.

-La verdad es que el convento no es un sitio muy agradable. Las camas son duras y la comida es bastante sosa. Estoy encantada de no tener que instalarnos allí. ¡Oh, Claire! ¿Qué tal vas afrontando la situación?

-Muy bien. -La ayudó a descubrirse-. Me gusta teneros aquí a las dos.

-No me extraña. -Felice cogió el velo rasgado de Claire y metió el dedo por uno de los agujeros-. Según parece, ya ha dado muestras de su violento carácter.

Claire recuperó la delicada seda.

-En absoluto.

-¿Lo tienes contento? Por lo que dicen sus hombres, es terrorífico cuando se enfada.

-Pues debe de tardar mucho en enfadarse. ¡Felice, déjalo ya!

-Estoy segura de que no hay ser humano que pueda ser cruel con Claire -dijo Amice, y añadió-: Sus hombres cuentan historias terribles, Claire. Las oímos -y, poniéndose algo colorada, dijo en voz queda-: Pero no sólo de sus ataques de ira. También de su... lujuria. La sobrina sabía que debía mandarlas callar a las dos, pero su insaciable necesidad de saber la traicionó:

-¿Lujuria?

-Dos o tres por noche -dijo Felice.

-¿Y eso te asusta?

Felice se sonrojó.

-No estoy dispuesta a que me desgarren una vez, ¡y mucho menos tres!

-¿A que te desgarren?

-¿Todavía no te has enterado? Es un hombre enorme. Muy pocas mujeres pueden soportarlo, pero, claro, a él le da igual.

-Eso no puede ser cierto.

-Sus hombres fanfarronean de sus extraordinarias cualidades. De los gritos de sus víctimas.

-¡Oh, Claire! -Amice se frotaba los ojos cuajados de lágrimas-. ¿Qué vas a hacer?

Aunque empezó a temblarle todo el cuerpo, Claire no estaba dispuesta a dar ninguna satisfacción a Felice.

-Casarme con él. No me creo esas bobadas. Ahora, prefiero estar sola antes de la boda.

-Por supuesto -dijo Felice, pero no se movió-. Pensé que te gustaría recibir noticias de Imogen de Carrisford.

-Ya sé de ella. Se ha casado con FitzRoger de Cleeve.

-FitzRoger el bastardo. Una triste unión para una dama tan dulce y gentil.

Claire dio una palmada junto a las orejas de su tía.

-¡Felice, no quiero saber nada más!

-La encerró en un castillo.

Claire bajó rendida las manos y no pudo contenerse de preguntar:

-¿Por qué? ¿Qué le pasó?

-Que ¿por qué? Porque intentó huir de su cruel marido. ¿Y quién te crees que fue su carcelero?

-Antes de que Claire pudiera responder, Felice añadió-: Renald de Lisle.

Cuando Claire se quedó allí de pie, sin saber que decir, Felice continuó:

-Y en cuanto a qué le pasó, tengo entendido que ahora tiene un poco de libertad, pero sólo después de unos cuantos latigazos -dio unas palmaditas en la cara a su sobrina-. Así que más te vale ser una sumisa y complaciente esposa, Claire, y no negarte a nada de lo que te exija tu marido, por doloroso que sea. Vamos, Amice, debemos bajar a la sala. Claire quiere estar sola.



Librodot

Amice fue detrás de su gemela, pero se dio la vuelta para decir: -Estoy segura de que si eres amable y dulce con él... -Felice le tiró de la manga para que siguiera andando.

-Bobadas, y nada más que bobadas -dijo Prissy, mientras arreglaba los pliegues del vestido de Claire-. No os creáis ni una sola palabra, señora.

-Lo de Imogen debe de ser verdad -musitó Claire-. Felice no se atrevería a inventárselo.

-Los rumores no son de fiar, milady -dijo Maria-. Lo más probable es que riñeran por algo y al final, por el chismorreo, se ha convertido en eso.

-Además -añadió Prissy-, debéis fiaros de lo que os parezca a vos una persona. ¿Diríais que lord Renald es un hombre cruel y despiadado?

Claire comenzó a salir de la siniestra nebulosa.

-Fijaos en esa historia de tres por noche, señora -continuó Prissy-. Por lo que yo sé, lord Renald no ha estado con ninguna mujer desde que llegó a Summerbourne.

-Sólo hace tres días.

-Pero si fuera tan ansioso y desconsiderado, ya se habría buscado a alguna de las criadas más viciosas. Hay muchas que le tienen echado el ojo, la verdad.

Claire se rió aliviada. Hablando de serpientes en el paraíso, ella misma había visto en la lechería a unas cuantas criadillas que le miraban con muy buenos ojos. No estarían tan dispuestas a provocarlo, que también ella lo había oído, si fuera cierto eso de que las dejaba desgarradas.

-De toda la vida sabemos que no hay que hacer caso de lo que diga lady Felice.

Prissy le dio unas palmaditas en el hombro.

-Es natural que estéis nerviosa, señora. Pero mirad lo que os digo -añadió, guiñando un ojo-: si decidís que no lo queréis en vuestro lecho, habrá muchas que ocuparán vuestro lugar.

Entró entonces lady Murielle, sonriente.

-Ya es la hora, querida. -Se acercó a darle a su hija un tierno beso-. ¡Oh! Creo que es el día más feliz de mi vida. Todo va a salir perfecto.

La joven novia se tomó unos minutos para serenarse, después puso el velo en la cabeza y se lo fijó con un aro. Acto seguido, empezó a bajar con su madre a la sala, donde la esperaban sus tías para acompañarla hasta la puerta de la iglesia.

Como era la costumbre, todo el mundo estaba allí reunido par, ser testigo de los votos matrimoniales. Claire ocupó su lugar delate del obispo y sonrió a Renald de Lisle. Sin titubear, prometió honrarlo y obedecerlo, y cuidar tanto de su cuerpo como de su alma. Qué delicia poder decir aquellas palabras sintiéndolas con el corazón.

A continuación, él pronunció sus votos y, tomando las manos de su prometida, le cambió el anillo de compromiso de la mano derecha a la izquierda, con lo que Claire se convertía en una mujer casada.

Después, besó el anillo y sonrió. Todo el mundo vitoreó, pero la joven apenas pudo oírlo, sumida como estaba en la calidez de los ojos de hombre.

Verdaderamente, ella no había esperado nunca que le pasara algo así, pero era realmente delicioso. Delicioso.

Ahora sólo quedaban algunas horas hasta que llegara la noche. De la mano, corrieron los dos a la sala, plagada de flores y semillas, seguidos de una alegre muchedumbre. De inmediato, los obliga ron a bailar, era una danza nupcial para ellos solos; para el cazador y su presa. Acabó cuando él la cogió en brazos y la llevó victorioso hasta su sitio a la mesa.

Él le fue dando suculentos bocados de comida, pero sólo le permitió beber vino rebajado con agua.

-Quiero que estéis totalmente despejada esta noche, amor mío. Aturdida aun sin vino, Claire le fue dando de comer de su propia mano, besando los restos que le quedaban en los labios. Salieron acróbatas dando vertiginosas volteretas, hombres que tragaban fuego y espadas y magos que hacían aparecer y desaparecer los objetos más imposibles, pero ella y Renald apenas los veían, ensimismados como estaban el uno en el otro.

Cuando acabó el banquete, todo el mundo salió fuera, fuera incluso de Summerbourne, a campo abierto, para bailar en la hierba y enfrascarse en diversas competiciones.

Habían puesto una traviesa entre dos postes para que los muchachos y los hombres pusieran a prueba su equilibrio cruzándola. En el río habían colgado un premio y los niños tenían que llegar a él remando y mantener la barca estable mientras uno de la cuadrilla conseguía agarrarlo. Un cerdo bañado en grasa corría dando chillidos por un cercado redondo para que el que quisiera intentara sujetarlo y tenerlo quieto, al tiempo que los demás contaban hasta veinte.

Por todas partes había barriles de cerveza. En mantas sobre la hierba habían dispuesto los restos del festín. Hombres, mujeres y niños danzaban por doquier. Claire bailaba también entusiasmada, en la fantástica compañía de sus amigos y vecinos, y de su esposo.

Al principio, Renald estuvo con ella, pero después lo arrastraron para que participara en una lucha cuerpo a cuerpo.

Una mujer gritó:

-¡No vayáis a heriros en una noche como esta!

De Lisle se rió y acabó venciendo a su oponente con facilidad. Después, todos los hombres quisieron beber con él. Miró con gesto compungido hacia donde estaba Claire, pero dejó que los demás lo arrastraran.

Sería sólo un rato. El día se iba pasando.

Claire fue a sentarse con las otras mujeres a la sombra de un árbol y hablaron animadamente de niños y ampollas y de la paja de las camas. De cosas corrientes. Cosas de la vida. Luego, se acercó adonde estaban Renald y otros hombres jugando con una pelota rellena a dar en un blanco. Su marido no era muy bueno.

Era agradable comprobar que no era un maestro en todo.

-Un hombre muy apuesto.

La joven esposa se volvió para encontrarse a Eudo el juez a su lado. No tenía la menor gana de ponerse hablar de asesinatos, pero le sonrió, dejando a un lado el rencor que le guardaba por la muerte de su padre. Desde un principio, Lord Clarence no había visto con buenos ojos el modo en que Enrique Beauclerc se hizo con el trono. Sin duda, Eudo se quedaría tan estupefacto como el resto de la gente cuando se enterara de que su padre había puesto en práctica sus teóricas conversaciones y de que eso le había llevado al desastre.

Además el juez le habló de libros, lo cual siempre era para ella una fuente de disfrute.

-Veo que no tenéis hoy la mente para cuestiones eruditas, Claire. Claire se sonrojó al darse cuenta de que estaba más pendiente de Renald, quien en ese momento intentaba demostrar algo con una espada de otro.

-Perdonadme...

-No, perdonadme vos por aburriros con semejante tema cuando tenéis otras cosas en la cabeza. Dentro de la clase de hombre que es, parece bueno. Me agrada ver que hay un poco de felicidad en todo este triste asunto.

-Por cierto -añadió-, he averiguado que algunas personas vieron a Ulric en la fiesta, pero estuvo todo el tiempo solo.

Claire frunció el ceño.

-¡Qué extraño! Lo normal hubiera sido que nos hubiera dicho al menos que había vuelto. -Así ella hubiera podido hablar con él y enterarse de cómo habían sido los últimos días de su padre.

-Seguramente no le pareció un buen momento. Tened en cuenta que no podía saber que iba a morir.

-Es verdad.

Aquello le hizo pensar en que nadie puede saber cuándo llegará la hora de su muerte, y por eso debían disfrutar de cada momento. Estaba a punto de alejarse hasta donde estaba Renald y gozar con él su glorioso momento, cuando un soldado llegó presuroso y se arrodilló delante el juez.

-Perdonadme, señor juez, pero creo que debéis saberlo.

-¿Sí? ¿Saber qué?

-Hemos encontrado el morral de Ulric, señor. Estaba en una esquina de la sala, junto a las escaleras. O al menos pensamos que es de él. -El hombre sacó una bolsa de cuero arrugada.

-Sí que es de Ulric -dijo Claire, que lo cogió y al momento esbozó una sonrisa de ternura al ver algo relacionado con su progenitor-. Solía llevar los enseres personales de mi padre en...

Eudo se lo quitó de las manos antes de que ella pudiera reaccionar.

-¡Eudo! Debemos entregárselo a mi madre.

El juez levantó el morral como si estuviera calculando su peso..

-Primero tengo que ver lo que hay dentro, Claire, por si pudiera arrojar alguna luz sobre su muerte.

-¿Cómo ... ?

Pero el juez ya le había dado la vuelta y empezó a sacar algunas mudas, un par de zapatos, unas cuantas monedas pequeñas y un libro. Su padre siempre llevaba un libro.

¡No, el libro no!

Claire se agachó a cogerlo.

La mano de la joven y la de Eudo chocaron con las tapas que envolvían los pliegos sueltos de pergamino.

-¡Es el diario de mi padre! -exclamó ella, con el corazón acelerado-. No puede tener nada que ver con Ulric. Él no sabía leer. Es algo muy valioso para mí y para mi familia.

La expresión de los ojos del juez cambió, aunque la mano le siguió temblando, casi como si estuviera dispuesto a arrebatarle el libro.

-¿El registro de lo que hacía todos los días hasta los más pequeños detalles? Ya recuerdo. Realmente debería...

-No.

Asombrada, Claire notó en su voz el tono autoritario de Renald.

Y Eudo cedió.

La joven se puso de pie, sujetando el diario contra el pecho.

-Es muy especial, debéis comprenderlo. Sus últimas palabras y pensamientos.

Seguramente, pensó en ese momento ella, la verdadera explicación de por qué había terminado muriendo. Por fin lo iba a saber, y en las propias palabras de su padre.

El juez lo miraba como si tuviera para él tanto valor como para ella y le interesara luchar por conseguirlo.

-No seáis caprichosa. Podría tener algo de importancia.

-Únicamente para...

-Insisto en que...

-¡No! -Claire dio un paso atrás para apartarse-. ¡La primera en oír estas palabras debe ser mi madre!

Se marchó antes de que el juez pudiera protestar. ¿Qué se pensaba que iba a hacer con él? ¿Romperlo?

Encontró a su madre en el jardín de Summerbourne con unas amigas. Claire fue directa a ella y le puso el diario en la mano.

-Es de padre. Lo llevaba Ulric.

-¿El diario de su viaje? -Lady Murielle palpó las tapas de madera en las que iban envueltos los trozos de pergamino-. ¿Y qué de bueno nos puede traer esto?

Claire no se esperaba aquella reacción.

-Ya conoces a padre. Habrá convertido su viaje en una buena historia.

-¿De derrota y muerte? Claire le quitó el libro.

-Perdona si...

-No -dijo la madre, esbozando por fin una sonrisa-. ¿Por que no nos lees un poco del principio?

Su madre tenía razón. Aquel libro sólo conseguiría entristecer: y ella no quería afligirse ese día. Pero desató las tapas y abrió el primer pliego suelto. Sonrió y sintió dolor al mismo tiempo al ver la desordenada caligrafía de su padre. Siempre había sido demasiado impaciente para plasmar sus pensamientos con buena letra. Por eso ella frutaba sobremanera transcribiéndole las palabras con una escritura cuidada.

-Si te resulta muy duro, Claire, no lo hagas -dijo la madre. Hoy es el día de tu boda.

La joven esposa tragó saliva, movió la cabeza y comenzó a leer e voz alta aquellos familiares garabatos, aunque no era fácil con la poca luz que había: «La gracia de... del verano alcanzó el hogar de nuestro humilde héroe, infundiéndole... -¡Oh!- alegría en el ánimo...»

Claire se detuvo.

-Esto parece más una historia que un diario.

-Una nueva historia -dijo su madre, con el rostro iluminado. Sí que es un tesoro. Continúa.

-«... alegría en el ánimo, pero pena también, porque sabía q su... -No sé muy bien-... que su aventura lo llevaría muy lejos, lejos que tal vez no volviera a encontrar el... -¿Comino? No- ...camino de vuelta a sus seres queridos, aquellos seres que lo amaba más de lo que él se

merecía. Pero con resolución y después de una última plegaria, el Valiente Niño Sebastián... » Oh.

-Oh -repitió su madre-. Otra historia de ese niño. Es muy bonita, pero todos nos la sabemos ya de memoria.

Claire se esforzó por disipar el dolor de aquella penosa pérdida, pérdida de los últimos días de su padre en sus propias palabras. Y ahora que Ulric había muerto, jamás llegaría a enterarse. Incapaz de seguir leyendo, cerró las tapas y volvió a atar los cordones.

-Ya lo leeremos en otro momento, madre. Lo dejaré junto a lo otros libros.

-Sí, hija, haz eso. Y vuelve a los prados a disfrutar del día de boda.

Mordiéndose el labio para contener las lágrimas, Claire se marchó corriendo y fue a chocarse contra un fornido pecho.

-¿Qué? -replicó al ver a Renald-. ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué me estáis siempre siguiendo?

-Es que no puedo resistirme, mi amor. -La apartó de los curiosos de alrededor y le pasó el brazo por la cintura. Después, se detuvo-. ¿Qué os aflige, Claire?

-Nada.

-Algo será.

-Nada importante.

La apartó un poco más y se quedó mirando los pergaminos envueltos en madera.

-¿Qué es eso?

Tras un momento de silencio, ella suspiró.

-Es de mi padre. Lo llevaba Ulric. Creí que iba a ser su diario, la consignación de sus últimos días. Pero no es más que una repetición de una de sus historias.

-¿No tiene valor?

-Sí que lo tendrá. Es la primera vez que escribe una entera -acarició repetidamente los cordones de cuero que ataban las tapas-. Pero nos las sabemos todas de memoria, podemos escribirlas. Hubiera preferido tener sus experiencias, sus pensamientos durante lo que fue su último viaje.

Renald la tomó entre sus brazos.

-Comprendo.

Y Claire comprobó que era un alivio refugiarse en aquel cálido y enorme cuerpo cuando se sentía perdida y triste. Qué maravilloso tener semejante refugio para cuando la vida le asestará algún golpe.

Entonces él bajó la cabeza y le selló los labios con un beso, que no le transmitió pasión esta vez, sino cariño y solaz. Un beso de curación. Aunque se fue convirtiendo en algo un poco más sabroso.

Cuando las bocas se separaron y Renald la miró, sus oscuros ojos tenían una profunda mirada.

-Esposa mía.

-Sí, por favor. Renald se rió con fuerza.

-Ya queda poco. Debe de ser casi la hora de que las mujeres os lleven al lecho. Después los hombres me llevaran a mí -torció los labios-. Se ve que en alguna época alguien pensó que los novios podían perderse.

La cogió de la mano y ella sintió verdadero placer al entrelazar los dedos con los suyos.

-Creo que es una costumbre de cuando los romanos. Unidos por algo más que las manos, caminaron de vuelta a la sala.

-¿Las parejas se perdían en aquel entonces?

-No, pero se suponía que el marido capturaba a la esposa y se la llevaba al hogar. Los parientes varones de ella intentaban protegerla y él tenía que enfrentarse con todos.

Renald la miró.

-Tal vez en un tiempo se hizo así de verdad. De hecho hoy algunas novias son raptadas por la fuerza.

-Las herederas. -Sintió que algo la aguijoneaba-. ¿Fue as cómo vuestro amigo FitzRoger capturó a Imogen de Carrisford? Él levantó las cejas.

-Claro que no. Ella fue a él en busca de ayuda.

-¿Pero quería casarse con FitzRoger?

-Fue de buen grado a la puerta de la iglesia.

Sonaba a evasiva, pero seguro que había sido así al menos aparentemente. Imogen habría sentido tanta presión como ella misma.

-Me han contado que él la pegó y la tuvo prisionera, con vos como guardián.

-¿Os contaron también que ella lo dejó inconsciente de un golpe?

-¿Imogen? -Claire se paró para mirarlo fijamente. Recordaba que aquella joven era una hermosa muchacha, dulce y encantadora y con ningún pensamiento más serio que el corte de sus vestidos.

-Imogen, sí, la Dulce Flor del Oeste. Atacar a un marido se considera traición, ¿sabéis? Sobre todo si se trata de un fiel vasallo del rey. Claire se santiguó.

-¿Y qué ha sido de ella?

-Es una historia muy larga para contárosla ahora. Pero creedme: Imogen está sana y salva en Carrisford y no está descontenta con su suerte. Confío en que pronto podré llevaros a visitarla. Vos misma se lo podréis preguntar.

Lo miró con ojos escrutadores y decidió que le estaba diciendo la verdad.

-Pero lord FitzRoger es un temido guerrero.

-Como yo. ¿Os sentís vos descontenta con vuestra suerte? Y ella tuvo que decir:

-No.

Él le levantó la barbilla.

-Los dos hemos tenido que luchar para sobrevivir, Claire, para salir de la sima a la que nos arrojó la vida. Los dos hemos hecho cosas que ahora lamentamos. Quizá un día nuestras almas tengan que pagar por ello. Pero ni él ni yo hemos matado a nadie sin motivo ni hemos herido a persona alguna por simple diversión.

-¿Por diversión? Le acarició la mejilla.

-Ay, Claire, vuestra vida es una bendición, pero hay lobos ahí fuera.

-Y dentro -se le escaparon las palabras de la boca antes de poder contenerlas.

Pero él no se ofendió, hasta esbozó una leve sonrisa.

-Pero yo soy un lobo manso, domesticado por una hermosa dama.

-Eso sí que no -dijo ella, sonrojándose por la mirada de él-. Seréis muchas cosas, pero manso no.

-Es verdad. ¿De qué sirve un lobo, aunque sea uno completamente rendido a su dama, si no saca los dientes?

-Pues sería un lobo más calmado.

Pero entonces fue él quien clavó la mirada en los ojos de ella.

-¿Os gustaría ese tipo de calma, querida esposa?

Tras unos segundos de reflexión, inclinándose hacia la verdad, la joven musitó:

-No.

Volvió a besarla. -Una abrasadora promesa de las peligrosas llamas que estaban por llegar-. Separándose de los labios de su joven esposa, la empujó al interior de la estruendosa sala.

-Id a buscar a alguien que nos arrastré hasta el lecho.

Capítulo 15

Claire entró, sintiendo que las piernas le temblaban. Un rápido vistazo hacia atrás le hizo ver que el sol se había puesto ya casi del todo, cubriendo el espacio de dorados y rojos que reflejaban el vertiginoso calor de su interior.

Oh, sí, el temible y peligroso lecho...

Sujetaba algo en las manos, cuando bajó la vista vio que era el libro de su padre. Había prometido dejarlo junto a los otros libros, pero no se atrevía a entrar en ese momento a la alcoba matrimonial, pues supondría quebrantar la costumbre. Tenía que esperar a que la arrastraran hasta allí. Se suponía que debía mostrarse reticente, no deseosa. Vio a Thomas y le pareció una buena oportunidad para enfriarse un poco. Le enseñaría el libro. Su hermano mostró tan poco entusiasmo como su madre, aunque por distintos motivos. A él no le gustaban los libros. En realidad lo que quería era volver con sus amigos, que estaban jugando a algo con unas piedrecillas.

Le dejó que se fuera.

-¿Ya no estás tan enfadado conmigo?

El muchacho miró hacia el suelo e hizo una mueca.

-Veo que no es culpa tuya y que él no pudo evitar que pasara lo que ha pasado.

Claire dijo en su interior una plegaria de agradecimiento.

-Y yo jamás dejaré de quererte, Thomas.

En ese instante, su hermano se puso vergonzoso, pero después levantó la vista, con los ojos llenos de ansiedad.

-No quiero irme de aquí, Claire.

Ella suspiró, pero no pudo más que contestarle con la verdad.

-Me gustaría prometerte que no tendrás que irte nunca, mi vida, pero no sería cierto. Ho esté en mi mano por ti, es todo lo que te puedo decir.

Josce dice que será mejor para mí si me voy, que me gustará la casa del rey.

Claire bendijo en su interior al escudero.

-¿Ha servido él en la casa del rey?

Un muchacho gritó:

-Thomas, te toca. ¡Venga!

El hermano hizo ademán de marcharse.

-Sí, y Josce es estupendo.

Con aquella alabanza, volvió corriendo a seguir con el juego. Claire se dio la vuelta, sonriente. «Estupendo» significaba que Josce estaba en un nivel sólo un poco inferior al de Dios. Su hermano iba progresando. No estaba contento todavía y los cambios debían de dolerle por dentro, seguramente nunca se le quitaría del todo ese dolor, pero empezaba a reaccionar.

Entonces. Llegó el momento.

Margret sería la que la arrastraría al lecho. Claire miró por la abarrotada sala, buscando a su amiga. Pensó después que seguramente la estaría buscando a ella y se volvió a su sitio a la mesa, que era donde se esperaba que debía estar. Vio a Renald en el otro extremo de la habitación, y él levantó las cejas como preguntándole que por qué era el retraso.

Bebió un sorbo de vino para serenarse. «Vamos, Margret, Ven de una vez.»

Justo en ese momento, mientras recorría con los ojos la sala, el juez le arrebató el libro que tenía delante en la mesa y se apartó rápidamente antes de que la joven pudiera recuperarlo.

-¡Eudo!

Él lo estaba desatando con nerviosismo.

-Está claro que a vuestra madre de momento no le interesa mucho.

-No contiene nada. El juez se detuvo.

-¿Están en blanco las páginas?

-No, pero no es el diario de padre. Por lo visto en ese viaje no fue escribiendo ningún diario. Es una de sus historias, la del Valiente Niño Sebastián.

Eudo siguió desatando las tapas de madera y después recorrió con la vista el primer pliego de pergamino, sin dejar de fruncir el ceño.

-¡Qué escritura tan atroz!

-Padre nunca se esmeraba mucho al escribir.

El hombre se acercó más a la ventana, esforzándose por descifrar aquellos garabatos y fue pasando los pliegos. Claire quiso protestar, no le gustaba que leyera partes que ella no había leído, pero no pudo hacer nada.

Fue evidente que no había encontrado nada asombroso. El juez volvió a atar los cordones.

-Como bien habéis dicho, lady Claire, no tiene nada. Pero merece la pena conservarlo.

La joven cogió el libro y ató de nuevo los cordones para dejar bien claro que era suyo y de su familia.

-Lo transcribiré con una buena caligrafía. Tal vez entonces queráis leerlo.

-Por supuesto que sí. Clarence fue un buen amigo.

Sin embargo, mientras el juez se alejaba, Claire tuvo la impresión de que, en cierto modo, se le habían disipado sus dudas. Se quedó contemplando el libro, preguntándose qué sería lo que buscaba.

Eudo se había leído la última página. Ella no creía que tuviera ninguna importancia, pero volvió a abrir el libro. La escritura de esa página era más clara, como si su padre se hubiera tomado más tiempo y hubiera escrito sobre alguna superficie plana.

«Entonces el Valiente Niño Sebastián se quedó de pie junto al cadáver de su imponente enemigo, sintiéndose triunfante por el inmenso poder de Dios. Pero las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de nuestro héroe. Lágrimas de tristeza por haberse visto obligado a matar, y a matar a un hombre como aquél.»

Claire lo leyó por segunda vez. La historia nunca había acabado de ese modo. Sebastián no había llorado nunca junto al tirano muerto...

Alguien volvió a arrebatarle el libro.

-No, no, no -dijo Margret-. Las novias no se enfrascan en los libros en la noche de bodas. Y tampoco fruncen el ceño.

-¡Margret! ¡Trátalo con cuidado!

Con sonrisa burlona, su amiga se lo devolvió.

-Pero ¿qué es?

Claire se lo explicó, admitiendo su decepción porque fuera una historia, y no el diario de la rebelión.

-Bueno, Claire -dijo Margret, al tiempo que cogía de un plato un trozo de carne fría y lo mordisqueaba-, vuestro padre nunca ha salido a luchar, o al menos no desde que muy joven. Cuando Alaine tiene que vestir con la armadura, se pone de un humor extraño. A veces vuelve a casa lleno de júbilo, no es fácil comprender las cosas que les gustan a los hombres. Pero otras veces tiene una expresión en la mirada... Quizá vuestro padre empezó a ver a los héroes con otros ojos.

Claire se quedó mirando a su amiga, sorprendida por su certera intuición.

-Eso explica que quisiera escribir una nueva versión de la historia. Para plasmar lo que había aprendido en la batalla. -Claire acarició las tapas del libro-. Me resulta entonces aún más valioso, poder ver cómo sus experiencias le hicieron cambiar. -Empezó otra vez desatar los cordones.

Margret se lo volvió a quitar de las manos.

-¡No, no y no! ¡Esta noche, no!

Claire intentó cogerlo, y entre el forcejeo y las risas de las dos, desparramaron por el suelo algunas páginas, y vino a recogerlas conde de Salisbury.

-Dos hermosas damas luchando por un libro -dijo el conde mientras devolvía los pergaminos a Claire-. Debe de ser muy interesante.

Ella volvió a atar las tapas, asegurándose de que las páginas que habían caído estuvieran en su sitio.

-Es muy especial, milord. Es lo último que escribió mi padre.

-¿Su diario?

Sorprendida, se quedó mirando fijamente a su padrino.

-¿Sabéis algo de un diario?

-Mientras estuvimos juntos para apoyar al duque Roberto, 1a veía escribir todos los días. Seguro que tiene comentarios interesante sobre aquel triste asunto.

¿No parecía que también el conde estuviera preocupado por algo? ¿Querría asimismo arrebatarle el libro?

Claire apretó con fuerza los cordones.

-Sí es interesante, milord, pero no es un diario. No sé por qué razón, decidió poner por escrito una de sus historias favoritas, la del Valiente Niño Sebastián.

-Ah, sí. Recuerdo que una noche nos la estuvo contando. Era una historia un tanto absurda - miró el libro con el ceño fruncido-. ¿De dónde ha salido?

-Estaba en el morral de Ulric. No había ninguna otra cosa de interés.

-Y supongo que el libro no arroja ninguna luz sobre el asesinato de Ulric. Es un incidente bien raro que seguramente jamás llegue a resolverse. El juez Eudo perdió también a uno de sus criados hace unos meses y nunca se averiguó quiénes lo mataron.

-Tampoco será tan raro, milord.

-Bastante raro. Muchas muertes son claramente asesinatos cometidos en un arrebato de ira o de miedo. En el caso del criado del juez, fueron asaltados por unos bandidos que salieron huyendo campo a través. Así aprendió que no debe salir a caballo sin la apropiada escolta.

Claire no acababa de comprender por qué le estaría hablando de aquellas cosas, pero le daba igual. Ya era completamente de noche, y Margret se había ido a buscar a las demás jóvenes matronas. Su suerte estaba deliciosamente cerca.

La joven miró a la sala y pudo ver a Renald, que estaba en cuclillas con los muchachos, haciendo rodar por el suelo un hueso de caña. Thomas se estaba riendo.

-Ulric debía saber cómo murió vuestro padre. Volvió la cabeza hacia el conde.



Librodot

-Sí, nunca se separaba de su lado. -Suspiró, pese a que la mayor parte de su ser sólo deseaba llegar al lecho matrimonial-. Me hubiera gustado hablar con él.

-No dudo de que os habría resultado de lo más esclarecedor. Claire pestañeó ante el extraño tono de la voz del conde.

-¿Esclarecedor? -¿Dónde estaba Margret?

-Lord Renald trajo aquí el cuerpo de vuestro padre. Según tengo entendido, vestido con la cota de malla, tal como murió.

-¡Milord, este no es momento para hablar de esas cosas! Intento ser feliz el día de mi boda.

-Ya veo que estáis ansiosa por ir al lecho. -Y, al momento, añadió-: Algunos somos cobardes.

Clavó la mirada en su padrino, preguntándose por qué pensaba eso de ella, pero Margret ya se acercaba por fin, seguida de un grupo de vociferantes mujeres jóvenes que no paraban de reírse.

El conde se volvió a mirarlas, y Claire pensó que le habría oído suspirar de alivio.

-Rezaré por vos, Claire -de repente se acercó más a ella, obligándola a prestarle atención-. Antes de entregaros al goce en el lecho nupcial, Claire, pensad más en la muerte. En vuestro padre. En la cota de malla y en espadas.

Lo vio marcharse y dudó de si la bebida le habría confundido la mente. Que pensara en la muerte. ¿En aquel preciso momento? Era obvio que lo que su padrino deseaba era que se pasase el día de su boda llorando y gimiendo. Como si ella no supiera a la perfección que su padre jamás habría querido verla casada con un hombre tan amante de las armaduras y la espada. Pero había sido su propio padre quien, adentrándose en el mundo de las contiendas y las armas, había acabado causando todo aquello. Lo único que ella pretendía era que las cosas volvieran a su cauce.

Cuando las mujeres la rodearon, dejó que la sacaran del eco de las palabras del conde que resonaban en su cerebro, y se unió a ellas en las risas y el jolgorio.

A los pocos momentos, tiraban de ella hacia la alcoba matrimonial y Claire fingió sentir un nervioso recelo. Aunque, pese a su deseo, no tuvo que fingir totalmente, pues el lecho nupcial la esperaba como un oscuro pozo de lo desconocido, y estaban también todas aquellas historias de las lastimeras víctimas...

Bobadas, historias maledicientes.

Antes de atravesar la cortina de la sala, miró hacia atrás y vio que Renald se había puesto de pie para ver la escena. Fue como si la abrasara con las llamas de sus ojos.

Él dio unos pasos hacia adelante con la intención de ir tras ellas, pero tres hombres lo sujetaron y lo obligaron a retroceder. Tal vez todo fuera parte del juego, pero por alguna extraña razón ella no lo vivió así. El poder del deseo en los ojos de su esposo la atraía, pero la aterrorizaba también.

Al momento siguiente, se vio ya en la alcoba, que estaba perfumada de flores y hierbas. Habían cubierto el lecho y el suelo con pétalos de rosa rojos y con hojas de otros muchos colores.

Varias manos se afanaban en desvestirla, entonces alguien dijo:

-¡Por todos los ángeles del cielo, Claire! Sin vuestra melena estáis indecente.

-Id ya a la cama -dijo Margret.

Claire se metió con gusto entre las olorosas sábanas y se las subió hasta la barbilla. Una vez más, su precipitada decisión de cortarse el pelo la acongojó.

Margret le tocó las puntas.

-No sé cómo pudisteis hacerlo.

-En el momento en que lo hice me pareció una buena idea.

-¡Claro! .

La joven se deslizó hacia dentro, tragando saliva con nerviosismo.

-Los pétalos entre las sábanas tienen un tacto raro.

-Pero huelen bien. -Margret echó algunos granos de trigo para la fertilidad. Puso también unas hierbas bajo la almohada.

-Así tendréis una noche feliz y un bebé dentro de nueve meses.

-Desde luego en vuestro caso funcionó -añadió Claire, sonrojándose-, la segunda parte, al menos.

-Y la primera -dijo Margret, haciéndole un guiño.

-¿Siendo la primera vez? ¿Fue bien la primera noche?

-Luego mejoró, pero sí -contestó Margret-, estuvo muy bien la primera noche.

Claire miró a las otras mujeres, que se arremolinaban a la puerta pendientes de la llegada de los hombres. Tenía tiempo de hacerle una pregunta rápida a su amiga.

-Margret -le dijo en voz queda-, ¿hay algo que deba saber? Las cosas que tengo que hacer, aparte de quedarme aquí tendida.

Se oía llegar a los hombres, que se acercaban riéndose y cantando. Margret se ruborizó un poco.

-Bueno..., hacedle saber lo que os guste, y lo que os disguste.

-¿No le dará igual?

-A Alaine no le da igual.

Sonaban ya los golpes a la puerta, mientras, entre risas, las mujeres la mantenían bien cerrada.

-¿Alguna otra cosa?

-No tengáis miedo de acariciarlo... por todas partes. -La puerta empezó a abrirse lentamente-. Si os place, podéis hacerle cosas con la boca.

-¿Con la boca? ¿Cosas?

-Bueno..., besarlo, chuparlo... Los vuelve locos. Claire miró a su amiga con los ojos como platos.

-¿Lo decís de broma?

-¡No, os lo juro!

La puerta se abrió bruscamente hacia dentro.

-¿Chuparlo? -repitió Claire, al tiempo que los hombres irrumpían en la habitación.

-¡Pero no nada más empezar! -Margret le hizo una advertencia entre susurros, -¡Que os conozco, Claire! Pensará que sois demasiado atrevida.

La mayor parte de los hombres estaban medio borrachos, pero esforzaban por mantener sujeto a Renald en el medio, como si de ve ras estuviera perdido y tuvieran que llevarlo hasta donde estaba la novia. Él se soltó con facilidad y la miró. A ella se le retorcieron los dos de los pies y empezó a faltarle el aire.

-¡ Eh! ¿Es que no vamos a ver a la novia?

-No -contestó Renald, mientras se iba desvistiendo sin apartar los ojos de su dama-. Sólo yo la veré. -Ya desnudo, se volvió hacia ellos-. ¿Alguno quiere desafiarme?

Claire no se sorprendió de que todos ellos se echaran hacia atrás entre risas. Tampoco le extrañaron los descarados comentarios de las mujeres. Sabía que Renald era un hombre fuerte y grande. Pero sólo en aquel momento pudo comprobar que era todo músculo, los hombros, la espalda, las nalgas, las piernas. Cuando se dio la vuelta hacia donde estaba ella, se quedó tan estupefacta que apenas fue capaz de hablar ni tan siquiera de tragar saliva.

Vagamente, fue sintiendo que la gente se marchaba de la habitación. Lo único de lo que era consciente fue de que él se iba acercar al lecho. Por delante resultaba tan imponente como de espaldas, y e miembro viril sobresalía con urgencia.

Le pareció muy grande. Asombrosamente grande. Cuando el fluido volvió a su boca, tragó saliva.

-No me hagáis daño, os lo ruego.

Él se detuvo y después se sentó en la cama.

-Por supuesto que no, Claire. ¿De qué tenéis miedo?

-Sois muy grande.

Renald apretó los labios.

-No tan grande, os lo aseguro. No os haré ningún daño.

-¿Y mi virginidad?

El hombre se encogió de hombros.

-Tal vez sólo un poco de daño. Con suerte, no se me pondrá demasiado dura. -Se metió ágilmente bajo las sábanas y la rodeó con los brazos-. ¿Mejor?

Tras unos momentos de pavor, Claire sintió que se tranquilizaba. Estar pegada a su cuerpo caliente y terso era una sensación milagrosa que disipaba todos sus miedos. Le pasó una pierna por encima, rodeó aquel robusto pecho con un brazo y se acurrucó suavemente contra él.

-Perdonadme, me ha entrado un miedo ridículo.

Él le estaba acariciando la espalda, lo que le producía un placer aún mayor que cuando le había besado la nuca.

-No voy a aplastaros, pero si lo preferís podéis poneros encima.

-¿Encima?

Pero su esposo ya la estaba moviendo y ella dejó que la pusiera sobre él. Era como estar tumbada sobre una suave roca calentada por el sol. Con todo, su miembro erecto estaba allí, duro entre sus muslos, y le hacía sentir cierto peligro.

-Sí que es grande -dijo, sabiendo que se estaba poniendo colorada pero firmemente decidida a verlo de cerca-. Quiero decir vuestro... miembro.

Al tocarlo sintió como si creciera. ¿Podía ser? ¿Cuán grande llegaría a hacerse?

-Felice... -dijo ella, cambiando levemente de postura-, en vuestro campamento, Felice oyó a vuestros hombres. Hablaban del tamaño... de vuestro tamaño ahí abajo. Decían que... que desgarráis a las mujeres.

Renald cerró los ojos y musitó:

-¡Maldita sea! -y algo así como-: Sí que está subiendo.

Entonces, la miró a los ojos.

-Claire, os lo juro, jamás he hecho daño a ninguna mujer, no de ese modo. No soy tan grande y tendré cuidado. ¿Os lo demuestro? Ella asintió, pese a que de repente se notó dolorosamente cohibida. Renald la apartó de su pecho y echó hacia atrás las sábanas, de modo que los dos se quedaron descubiertos. La exploró con los ojos.

-Qué piel tan blanca y qué curvas tan delicadas. -Fue subiendo la mano por sus caderas, por el vientre, hasta llegar a acariciarle un pecho-. Parecéis de seda. Mis bastas manos podrían rasgar la seda, pero a vos no os harán ningún daño.

Ante la leve aspereza de su roce en partes hasta aquel momento intactas, Claire sintió que volvía a faltarle el aire. Se atrevió a ponerle una mano en el torso y notó su calor y su peculiar suavidad, palpando también sus diversas cicatrices. Mientras los sentidos se le debilitaban con las caricias de él, fue contando las marcas de guerra de aquel lobo que era hora su amante.

En otro tiempo, la fuerza de aquel guerrero, su tamaño y corpulencia la habrían asustado. En otro tiempo, las cicatrices de las batallas la habrían disgustado sobremanera. Pero en aquel momento, todo lo que sentía era un intenso calor trémulo y un ansia febril que le dolía de avidez por dentro.

De pronto le cogió la mano y observó las callosidades de su piel.

-Os acepto como sois -le dijo, y besó la cicatriz que le atravesaba la palma de la mano-. Acepto la espada.

Una expresión casi dolorosa se apoderó del rostro de Renald.

-¡Ah, Claire! ¡Mi dulce Claire! -y la besó profundamente, ahogadamente, como si lo hiciera con el cuerpo entero. Sin despegar del todo los labios, musitó-: Quisiera ser un hombre mejor para vos, tierna esposa mía, pero os daré todo cuanto de bueno haya en mí. Después, fue bajando con los labios hasta el pecho de su amada.

Mientras saboreaba su piel y se deleitaba con la rugosa textura de aquel pezón purísimo, Renald sintió que un estremecimiento de placer le atravesaba todo el cuerpo, llevándolo incluso hasta la orilla del dolor. Pero pudo soportarlo. Peor había sido antes. A punto había estado de romperse en pedazos por dentro con ese beso bueno de Claire en la palma de la mano que había matado a su padre.

Tenía que apartárselo de la mente y contener su propia necesidad de hablar. No había otro remedio. No tardaría ya en enterarse por boca de cualquiera. Aquella era su última oportunidad. Su última oportunidad de encadenarla a él para siempre con la pasión y el deseo para que nunca pudiera dejarlo. Ni siquiera cuando se enterara de la verdad. Oyó cómo su dama recobraba el compás de la respiración, sin la tensión de su frágil cuerpo y desplegó todas sus artes amatorias, sabía bien cómo interpretar los deseos de una mujer, descifrar el significado de sus sutiles movimientos, leer en ella con la misma habilidad con la que Claire leía en los libros. Utilizaría todas sus ternura para esclavizarla. Las dudas lo atenazaban. Mientras la lamía con la lengua en diversos rincones, tratando de descubrir qué era lo que más le gustaba, se esforzó por acallarlas.

No había otro remedio. No tenía elección.

«Podrías decírselo tú mismo», le susurraba su conciencia. «Díselo ahora, en vez de esperar a que esté unida a ti para siempre, se entere la verdad por cualquier otro y se le parta el corazón.»

Le acarició con la mano el otro pecho, y de repente la oyó susurrar:

-¡Renald!

Sintió que ella le tocaba la mano como si quisiera que parara. Después se la acarició con suavidad, vacilante.

Ah, Claire. Hermosa Claire. Trémula Claire, de sedosa piel y encendido coraje.

«Ya estamos casados. Es demasiado tarde. Pero al menos puedo darle esto. No estás dando. Estás recibiendo.»

Silenció sus tormentosos pensamientos levantando la cabeza para mirarla, y vio aquel fino rostro expectante, sonriéndole. Estaba ya muy excitada. Casi dispuesta. Iba a ser una maravillosa amante.

Al poner un dedo entre los pliegues más íntimos de su dama encontró allí una cálida humedad esperándolo. Ella abrió los ojos con sorpresa ante aquel roce, pero le sonrió aún más y separó ansiosa los muslos para recibirlo.

-Todavía no -le dijo, sin dejar de acariciarla-. Es pronto. Aún con la mejor disposición, no es frecuente que la primera vez sea perfecta para la mujer. Dejadme mostraros antes lo bueno del goce.

Con la mano y la música del cuerpo de su dama, además de la destreza aprendida con otras muchas mujeres, la llevó hasta el umbral del placer, más allá del umbral. Olvidándose de la urgencia de su propio deseo, buscó con caricias la respuesta que esperaba hasta que el delicado cuerpo de su amante le dijera que había llegado al final.

Ella permanecía en silencio. Algunas mujeres lo preferían. No le importaba. Los gestos de su semblante y sus pequeños gritos ahogados hablaban por ella, y su cuerpo bailaba con el mismo mensaje en sus serpenteantes caderas. Sacó el dedo y lo pasó suavemente por una fina línea de doloroso placer hasta que ella abrió los ojos suplicantes, enmudecidos, absortos.

Triunfante, la hizo llegar hasta que ella emitió el grito que había estado esperando, la convulsión del éxtasis, los descompasados suspiros tan dulces como el premio del mejor torneo. Le entregó su boca y ella lo besó apasionadamente, henchida de la máxima satisfacción.

Lo que ella creía que era la máxima satisfacción. De momento.

Claire abrió los temblorosos párpados y se rió, con la sonrosada cara cubierta de sudor.

-No sabía que..., que era así.

Entonces se puso colorada por lo que acababa de admitir.

Él esbozo una burlona sonrisa.

-Ahora ya sabéis por qué dos es mejor que uno.

-Pero no hemos... ¿No, verdad?

-No, pero ahora lo haremos. Esperad.

-¿Por qué hay que esperar?

-Porque yo quiero.

Ella bajó la vista hacia su miembro, que estaba aún más erecto que antes.

-¿De veras preferís esperar?

Renald se rió abiertamente ante la franqueza de su dama.

-Sí, mi verga os desea ahora, pero mi mente desea una nueva contienda.

-¿Por qué? -Ella se acercó a tocársela y él le sujetó la muñeca

-No. -Su cuerpo le hacía la misma pregunta, ¿por qué? Hacía apenas un momento, no le había parecido tan mala idea.

Pero tenía que tratarla con sumo cuidado cuando la tomara. Con mucho control. Un control que empezaba a abandonarlo. Apretó los dientes y pensó en agua helada en lugar de en aquella piel sonrosada, en el dulce olor especiado de su cuerpo y en la cálida cremosidad que lo estaba esperando...

-Margret me ha dicho que a los hombres os gusta que os la acaricien, que os la besen, incluso que os la chupen.

Sintió que el cuerpo se le rebelaba de necesidad.

-¿Está tan caliente como parece?

Antes de que él pudiera sujetarle el brazo otra vez, antes de poder impedírselo, ella le cogió la verga y empezó a acariciársela una y vez...

Con una incontenible sacudida, su cuerpo liberó la blanca y fluidez de su alivio. Su semilla se desparramó por todas partes. Tras unos momentos de puro éxtasis entre sonoros gemidos, se apoderó él la rabia.

Por su propia debilidad.

Por la precipitación de ella.

Por la lujuriosa desobediencia.

Se dio media vuelta y se sentó a un lado de la cama, con la cabeza hundida entre las manos. En algún momento, tendría que volver a mirarla de frente. Ella estaba sentada sobre el lecho, con las piernas tendidas, entre aplastados pétalos de rosa, con la expresión de que hubiera visto explotar un barril de cerveza delante de sus ojos. Lo en cierto modo era bastante parecido.

-Perdonadme -dijo ella, con los ojos sumamente abiertos ¿Os ha dolido?

-Sólo agradablemente. Pero quería reservarme para vos. – al menos no parecía disgustada.

El hombre se levantó por un trapo con el que limpiarse y le trajo otro a ella, que ya se estaba quitando algunas salpicaduras con un trozo de sábana.

-¿ Os sentís molesta? -preguntó él temeroso, mientras le daba el trapo. Claire de Summerbourne no era, desde luego, la más predecible de las mujeres.

-No. -Había algo de preocupación en su rostro-. ¿Pero... ya está? ¿No vamos a...?

-Miradme y contestad vos misma.

Ella bajó la vista hacia su miembro y se sonrojó.

-Me alegro, porque quiero convertirme en vuestra esposa esta noche.

Él se rió con satisfacción, realmente encantado con la preciosa sencillez de su dama.

-Os convertiréis en mi esposa, Claire. No tengáis ningún miedo.

-Ningún miedo -repitió ella, y se sonrió con tal dulzura que estuvo a punto de romperle el corazón-. ¡Y pensar que antes me dabais miedo! Vos y... vuestra verga.

Renald nunca había pensado que su corazón fuera tan frágil, pero el dolor que sentía en el pecho en ese momento no podía ser más que de la emoción.

-Y como habéis visto con qué facilidad me habéis conquistado ¿no? -dijo, bromeando, haciendo verdaderos esfuerzos por... ¡Que Dios se amparara de él! Por no llorar.

Como era su costumbre, cogió su enfundada espada, que estaba a un lado de la cama, y miró que no le hubiera salpicado nada.

Cuando volvió la cabeza hacia Claire, vio que tenía los ojos clavados en el arma.

-Siempre duermo con ella en la mano, Claire.

-Es un espada santa. Bendecirá nuestra unión -dijo ella, pero tenía fruncido el ceño.

-Perdonadme. La pondré donde no la veamos.

Acordándose de la noche anterior, sacó la hoja de la funda para asegurarse de que no hubiera más trampas. Estaba oscura y limpia, así que la enfundó otra vez y la dejó un poco más lejos, donde no estuviera tan a la vista en un intento de acostumbrarse a su nueva vida. La vida en la que amaba a Claire de Summerbourne, su esposa, la mujer a la que estaba seduciendo y engañando, porque muy pronto, tendría razones para aborrecerlo. Pero la engañaba y la seducía sencillamente porque

la quería, y cuando quería algo luchaba por conseguirlo. ¿Cuál era la diferencia entre querer y

cuando quería algo luchaba por conseguirlo. ¿Cuál era la diferencia entre querer y amar? No sabía explicarlo, pero había una diferencia, eso lo cambiaba todo.
Tal vez si hubiera llegado a amarla antes, habría tenido la fuerza suficiente para dejar que se apartara de su lado.

Pero la rueda de la fortuna había dado otra vuelta. Ahora no podía hacer nada, más que continuar adelante y rezar. Se volvió para ver qué estado estaban las sábanas, si se habrían

manchado demasiado para que su dama estuviera a gusto, y vio que ella seguía con el ceño fruncido.

-Claire, sería una tontería dejar la espada demasiado lejos. ¿Y nos atacan durante la noche?

-¿Por qué iban a atacarnos? -preguntó, pero sin mucho interés-. En el banquete dijeron que podía atravesar el metal, la cota de malla.

Algo en el tono de voz de la joven, en la gravedad de su ceño fruncido, le inspiró un profundo y gélido temor. Por todos los santos; todavía no. No en aquel momento. Se puso de rodillas y se acerco a abrazarla.

-No hablemos de espadas esta noche, amor mío.

-¿La mayoría de las espadas no atraviesan el metal?

-Claire, hay mejores temas de conversación... Ella se apartó de su abrazo.

-¿Sí o no?

Renald dejó caer los brazos.

-No. La mayoría de las espadas no atraviesan el metal.

-Pero ¿habrá otras espadas como esa?

-Por supuesto. -En ese instante, no intentó ni siquiera tocarla.

-Entonces, ¿por qué estaba todo el mundo tan sorprendido?

-Porque lleva la piedra de Jerusalén. -Se obligó a mirar de frente a aquellos asustados e interrogantes ojos.

-Pero se sorprendían más de que pueda atravesar el metal, clavó sus ojos en los de él, como suplicándole algo-. ¿Cuántas das hay en Inglaterra que puedan atravesar el metal?

Renald supo que no tenía escapatoria y sintió que la con atenazaba la garganta. Deseó ser capaz de mentir, por ella, por el mismo, pero no podía hacerlo.

-Que yo sepa, sólo esta.

Claire se apartó ligeramente de su esposo.

-Mi padre llevaba puesta la cota de malla cuando lo mataron de una espada directa al corazón que atravesó las bandas de hierro entrelazadas. -Claire se alejó hasta el borde del lecho-. ¿Mataron a mi padre con esa espada?

Al cabo de unos instantes, dijo ella en voz queda:

-¿Fuisteis vos quie...? ¡No puede ser!

La mentira acariciaba seductoramente los labios de Renald. Una tentación propia de la serpiente del Edén. No sabía si le frenaba el honor o si sencillamente era porque sabía que se enteraría de la verdad tarde o temprano. No serviría de nada mentir.

Pálida y presa de la desesperación, la joven fue retrocediendo hasta salirse de la cama.

-¡ Oh, Dios mío! ¡Fuisteis vos! ¿Por qué si no os dieron esta propiedad y a una de las doncellas por esposa?

-Claire...

-¿Por qué si no os dieron esa espada? En recompensa... No. -Se quedó mirándolo fijamente-. La tenías de antes. Se supone que la cota de malla es una protección contra las espadas. Me habéis engañado. -Dio una vuelta alrededor del lecho impulsada por la ira-. ¡Vos lo asesinasteis!

Él se echó hacia atrás, con las manos levantadas.

-Claire, debéis escucharme...

-¿Cómo habéis sido capaz -dijo ella, sujetando la espada con las dos manos- de traer esto aquí? ¿Como habéis podido mirarnos a la cara con vuestras manos manchadas de su sangre? ¿Cómo habéis podido... ?

Justo en el momento en que Claire sujetaba el arma por la empuñadura como si fuera a desenvainarla, él se la arrebató y la tiró al otro extremo de la cama.

La joven se volvió para seguirla con los ojos, y Renald vio lo mismo que ella: las sábanas manchadas con la sangre de los pétalos de rosa aplastados y la negra hoja enfundada sobre el lecho. En la habitación flotaba el olor a sexo y a rosas con una extraña mezcla de especias y hierbas.

Él no se sorprendió cuando vio a la joven inclinándose para vomitar.

Se quedó paralizado. Por primera vez en su vida, no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer, especialmente a aquella mujer, a la única que deseaba proteger para siempre de todos los males. Desde el principio había sabido que la estaba obligando a aferrarse a su indigna espada, y ahora la herida ya estaba abierta.

La sangre le hervía.

No había nada que él pudiera hacer. Del mismo modo que pudo hacer nada para salvar a su padre.

«Debías haberle dicho la verdad.» »Debías haberla dejado marchar.»

Que Dios se apiadara de ellos, pero ya era demasiado tarde para arrepentimiento.

## Capítulo 16

Se le pasaron las arcadas y Claire se limpió la cara con la punta de la sábana. Las palabras del conde habían desencadenado todo aquello. «Pensad en vuestro padre, en cotas de malla, en espadas, antes de entregaros al goce en el lecho.» El conde no quería que se hubiera casado con Renald, no quería que estuviera feliz porque sabía el gran pecado que estaba cometiendo.

¡Se había casado con el asesino de su padre! No era siquiera un hombre que lo hubiera matado en el fragor de la batalla, sino un asesino, pues lo había matado con una espada que no podía fallar.

Pero ¿por qué el conde no se lo había dicho todo con claridad? ¿Por qué no había impedido aquel matrimonio?

Un ruido la hizo volver la cabeza y vio a su esposo, a su enemigo, pero era únicamente que se estaba poniendo los calzones.

-Pediré la anulación de este matrimonio -dijo ella.

-¡No!

-No podéis impedírmelo.

Aquel hombre volvía ser frío como el granito.

-Por supuesto que puedo impedíroslo.

-¿Acaso vais a violarme? -Pese al estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo, Claire levantó la barbilla-. ¿Cómo he podido llegar a creerme que no quisierais hacerlo? Todo lo que me habéis dicho no era más que una mentira.

-Todo lo que os he dicho era verdad. Aunque no toda la verdad. Jamás os violaré.

Fue por su enagua y se la puso. Después, el vestido y la casaca encima. Deseó tener una capa gruesa para envolverse entera en ella protegerse.

-Entonces, ¿podré librarme de este matrimonio?

-¿Y arrastrar a vuestra familia a la pobreza? Ella se volvió.

-¿Haríais eso?

-¿Por qué no, si no me dais lo que quiero?

-¿Como podéis querer una esposa que os odie?

-Creed sencillamente que es lo que quiero.

-Una esposa cuyo cuerpo jamás podréis poseer sin violencia. Renald mantenía impertérrito el semblante, pero los ojos le delataban.

Claire recordó su rostro de antes, cuando estaba riéndose. Recordó, con una amarga sensación de pérdida, la dulce manera en que la había llevado a su primer encuentro con el placer, aquella abrasadora espiral de goce.

La verdadera tragedia de su situación era que él realmente la quería, incluso más que sólo quererla.

Cerró los ojos unos instantes antes de hablar:

-Renald, entiendo que debió de ser en una batalla. En el fondo no os culpo a vos. No tendríais de antemano la intención de matarlo. Pero debéis comprender que yo no puedo...

-No fue en una batalla, Claire, o, al menos, no de la forma en vos creéis. Y sí tuve intención de matarlo. Fue en una justa por la corona. Solos los dos, el uno contra el otro.

Lo miró fijamente.

-¿Una justa por la corona?

-En la que cada adversario defiende su causa...

-¡Sé lo que es una justa por la corona! ¿Cómo acabó mi p metiéndose en algo así?

-Desafiando el derecho legítimo del rey a ocupar el trono. Claire sacudió la cabeza como si quisiera apartar de su mente la macabra escena.

-Y vos actuabais como el clase de competición era esa?

-Ninguna.

La joven se llevó las manos a la cabeza, intentando desesperadamente ver algún sentido en un mundo tan absurdo.

-¡Y con esa espada! No era suficiente con que fueseis más joven, más grande y más fuerte y estuvieseis entrenado para la guerra desde que tenéis uso de razón. Necesitabais también una espada que pudiese atravesar el metal. ¡Salisteis a matarlo!

Esperó que él negaría aquellas palabras, que le daría alguna excusa. Pero Renald dijo:

-Sí. Tenía que morir.

Claire caminó unos cuantos pasos hacia atrás hasta que una pared la detuvo, y se cubrió la cara con las manos. Santa Virgen María, ¿por qué le tocaba a ella semejante horror? Cuando le había acusado de asesinato, creía que había empleado un término excesivo. Estaba segura de que habría sido otra muerte mas en medio de una batalla, sin que fuera directamente culpa de nadie.

Pero sí que había sido un asesinato. Su padre fue obligado a enfrentarse, cuerpo a cuerpo, con un oponente al que jamás hubiera podido vencer.

Cuando Claire volvió a mirar hacia Renald, estaba poniéndose la casaca y la tenía en aquel momento por la cabeza.

Corrió hasta la puerta. Ya la había cruzado y estaba atravesando al cortina cuando un brazo de hierro la retuvo.

La muchedumbre de la fiesta se iba acallando poco a poco.

En esos momentos, Renald susurró:

-No digáis una sola palabra o vuestra familia sufrirá las consecuencias.

La acusación se iba forjando en su mente: «Este hombre mató a mi padre a sangre fría e incluso con malas artes. Renuncio a él.» Pero la amenaza que acababa de hacerle, reforzada por aquel brazo de hierro, la obligó a guardar silencio en aquellos cruciales momentos.

-Amigos míos -dijo él, dirigiéndose a la asombrada concurrencia, y aflojó la presión de su mano para que pareciera más un abrazo-, en mi ansiedad por conseguir a mi esposa, no he tenido en cuenta su profundo pesar por su padre.

Claire se retorció y la presión implacable de la mano se acentuó. -Aunque ha intentado ser una entregada esposa, la pesadumbre se ha interpuesto entre nosotros y el placer de nuestra noche de bodas. Por tanto, hemos decidido retrasar la consumación. Tal como recomienda la Iglesia, haremos un voto de celibato durante el primer mes de matrimonio. Lo ofreceremos al alma de lord Clarence.

-Mi padre ya está en los cielos -dijo Claire, pero el pecho de Renald silenció sus palabras.

-Puede ser -susurró él-. Aceptad esta solución, Claire. Al menos tendréis un mes para pensar, antes de echarlo todo por tierra.

Se quedó allí, tensa por la presión en su brazo, mientras un m mullo de sorpresa recorría toda la habitación. Le pareció oír expresiones de aprobación. Era cierto que los sacerdotes defendían la santidad de semejantes contenciones dentro del matrimonio, pero eran pocas las parejas capaces de llevarlas a cabo.

Le disgustaba ver que él ocultaba su infamia bajo un manto santidad, pero también aquello le daba un aplazamiento. No tenía que tomar una decisión atropellada en aquellos momentos en que su mente estaba asediada por el horror. Tendría un mes para intentar librarse de aquel matrimonio, para pensar en alguna manera de no arrastrar a su familia a la ruina.

-Ya podéis soltarme -murmuró-. Estoy preparada para representar mi papel.

Cuando él hubo aflojado cautelosamente la presión, ella lo miró a los ojos.

-Tampoco yo miento, milord.

Después, fue a reunirse con sus amigas que le expresaron su admiración y su piedad.

Vio a Thomas, que parecía perplejo, y cayó en la cuenta de tendría que contarle la verdad. Virgen santísima, ¿cuál sería la reacción de su hermano?

¿Y cómo se tomarían su madre y su abuela el hecho de haber acogido en su casa al asesino de lord Clarence? Tal vez, pensó con amargura, a su madre sólo le inquietara el que Thomas pudiera estar vez en peligro.

¿Cuándo debería contarlo?

Mas reparó en que la historia se acabaría sabiendo tanto si ella contaba como si no. Vio a lord Salisbury, que miraba la escena con presión sombría. ¿Por qué no se lo había dicho todo antes?

Entonces se acordó de sus palabras respecto a los cobardes. No se había referido a ella, sino a él mismo. Su padrino hubiera querido contárselo, pero dudó por si alteraba los planes del rey. Por eso se limito a hacer insinuaciones. Hizo que llevaran a la sala la horrible es manchada de sangre para ver si así se descubría la situación.

Si Renald de Lisle tuviera algún sentimiento en su alma, se ha venido abajo en aquel momento.

Sintió rabia contra el conde. Había guardado silencio para protegerse a sí mismo y a su familia. Ella se callaba ahora por la misma razón.

Pero se acabaría sabiendo. Acarició aquel pensamiento en su interior.

Aunque ella no dijera nada, en cualquier momento un viajero o algún comerciante traería a Summerbourne la historia de la muerte de lord Clarence.

Mientras sus amigas la rodeaban, intentando consolarla y darle cariño, se acordó de Ulric.

-Es un poco triste, pero es lo correcto -dijo Margret.

-Ha sido un buen gesto -asintió lady Huguette, con los ojos humedecidos.

-Tiene que ser un buen hombre para estar dispuesto a someterse a eso -añadió lady Katherine, la mayor cotorra del condado. Qué suculenta tenía que parecerle a ella toda la situación.

Claire escuchó aquellas palabras sin prestarles ninguna atención, abrigaba en su interior la idea de que Renald había tenido razones obvias para matar a Ulric. Lo había matado para que las noticias que traía el escudero no estropearan los esponsales ni la boda.

Empezó a llorar, no pudo remediarlo. Dejó que Margret la llevara otra vez a la alcoba matrimonial.

-Tranquila, querida, tranquila. Es mejor que no estrenéis vuestro lecho nupcial llorando.

La amiga se calló y Claire se enjugó el llanto para mirar alrededor. La cama mojada y desordenada, con la negra espada entre los pétalos de rosa aplastados, sugería seguramente una historia extraña.

Margret separó las sábanas sin hacer ningún comentario, apartó los pétalos tirándolos al suelo y puso la espada cuidadosamente sobre un baúl. El olor de las rosas impregnaba la habitación, junto con el otro olor. Claire se temió que nunca más volvieran a parecerle bellas las rosas.

-Es un admirable sacrificio -señaló Margret.

-No es para tanto.

-Pues, si soy yo alguien para juzgar, os digo que el pobre se va a pasar un mes penando por las esquinas. Os ha estado comiendo con los ojos todo el día. ¿Estáis segura de que habéis sido justa con él?

-¡Justa! -Pero Claire tuvo que recordarse a sí misma que Margret no sabía nada. Nadie sabía nada, salvo el conde.

Margret le dio unas palmaditas en el hombro.

-Tranquila, calma, Claire. Mandaré llamar a vuestras sirvientas. Al poco rato entraron Prissy y Maria e hicieron la cama sin decir nada. Pero no había duda de que habría muchos comentarios por detrás sobre lo que habría ocurrido exactamente. ¡Que especularan! ¡Qué más daba!

Claire vio cómo Maria retiraba la enorme espada del baúl para sacar las sábanas limpias y deseó poder tirarla por la ventana o tirarla mejor a la fragua, para que se derritiera. Aquel oscuro instrumento que había hecho pedazos el corazón de su padre, empuñado por la fría mano de Renald de Lisle.

Se dio cuenta entonces de que todas las cosas de él estaban en habitación. Sus baúles, sus bolsas, su cota de malla en la percha. Aquel era su cuarto ahora. ¿Tendría la intención de dormir allí? ¿Con ella?

Las sirvientas habían llevado hasta la alcoba las pertenencias Claire. Tal como le había prometido, los baúles con los libros de padre estaban allí, arrumbados contra la pared. Se acercó a tocarlos buscando alivio en ellos.

-Oh, padre. ¿Y ahora, qué?

Aunque llenos de sabiduría, los libros permanecieron en silencio

-¿Deseáis desvestiros, señora? -preguntó Prissy.

No podía pasarse el resto de su vida envuelta en capas de ropa, que dejó que la desvistieran, pero se quedó con la enagua. Si él entraba, al menos no la encontraría desnuda.

¿Qué esperarían los invitados de una pareja célibe? ¿Que yacieran juntos para que el sacrificio fuera aún más valioso? ¿O que durmieran separados para demostrar que cumplían su palabra? Aunque los sacerdotes defendían la santidad de un período de contención den del matrimonio, Claire no había sabido de nadie que hubiera abrazado semejante propuesta.

Abrazado.

Se abrazó a sí misma. Había disfrutado con la compañía de aquel hombre, se había deleitado con sus abrazos. Sí, incluso había gozado con la pasión de sus caricias.

No había sido culpa suya pues no sabía quien era él; aun así, se sintió profundamente humillada.

-¿Os encontráis bien, milady? -preguntó Maria, mientras ordenaba el cuarto-. ¿Queréis algo? ¿Una infusión de adormidera para descansar un poco?

-No.

-¿Deseáis que nos quedemos con vos?

-No. Podéis iros.

Cuando se quedó sola, anduvo por la habitación sin saber qué hacer. Se acordó de la hija del molinero, la que contaba piedras. La pobre Aldreth, que perdió a su marido en un accidente. Después, al siguiente, sus dos hijos se murieron de unas fiebres. Fue capaz de encajar la primer pérdida, pero cuando hubieron enterrado a sus dos pequeños, empezó a contar piedras y ya nunca dejó de hacerlo.

Ahora Claire la comprendía. Entendía el placer de no hacer otra cosa más que contar piedras.

Con un suspiro, recorrió la alcoba con la vista. Había sido la habitación de sus padres, estaba llena de buenos recuerdos. Por breves momentos había sido también un refugio de placer. Ahora, estaba ya marchita para siempre por culpa del hombre que le había arrebatado a su padre y le había robado la alegría. Aquel hombre -¡Maldito fuera!- que le había encadenado el corazón hasta tal punto que ni siquiera podía entregarse al desgarro.

¡Aquella espada la ofendía! Sacó un pañuelo de uno de los baúles y lo tiró sobre la negra arma.

Alguien llamó a la puerta. ¿Sería Renald? No. Si fuera él, no llamaría. Abrió y se encontró con Josce, que parecía cansado y lleno de extrañeza.

-Con vuestro permiso, milady, lord Renald me ha encargado que lleve su espada al gabinete, que será donde él dormirá a partir de ahora.

Claire no supo qué decir, por lo que se militó a echarse hacia atrás. El escudero se apresuró a entrar y se quedó parado, mirando en derredor.

-Está ahí, debajo de ese trapo.

Josce la miró con desconcierto y, al momento, descubrió el arma. Se retiró con ella como si temiera que la joven fuera a atacarlo, y Claire cerró la puerta tras él.

Aún colgaba de la percha la cota de malla de Renald, como su fantasmal presencia. Rectilínea, fuerte, fría, era un claro símbolo de la naturaleza de su dueño, un hombre que no podía soportar estar un segundo sin su espada. Un hombre que mataba cuando se lo ordenaban. Capaz incluso de matar con trampas, si su señor le mandaba que lo hiciera.

¿Por qué se afligía su corazón por semejante lobo sin escrúpulos? Estaba de pie, contemplando la detestable armadura, cuando su madre irrumpió en la habitación.

-¿Claire? ¿Qué locura te ha dado ahora?

La joven quiso pronunciar las palabras que le sirvieran para decir la verdad, pero le faltó valor.



Librodot

-Ha sido por padre -murmuró.

Lady Murielle la abrazó con ternura.

-¡Mi pobre niña! Se te ve a veces tan fuerte que se me olvida que... Claro que es demasiado pronto, y lord Renald ha sido muy bueno en comprender tu dolor.

Claire suspiró. No había sido nada de bueno y ella no soporta vivir en una mentira.

-Él mató a padre.

-¿Cómo?

La joven se separó de los brazos de su madre.

-Renald de Lisle, campeón del rey, mató a padre en una justa la corona, con esa espada negra. El rey se la regaló para que no tuviera duda de su victoria. No me mires así, madre. Él mismo lo ha admitido todo. No era suficiente con que fuera diez años más joven y d veces más fuerte. Se aseguraron de todo dándole una espada que atraviesa el metal.

Lady Murielle se sentó en la cama.

-¿Lord Renald mató a Clarence?

-Sí.

-Pero, ¿por qué? -gimió la madre.

En verdad Claire no había hecho aquella pregunta, pero la respuesta era obvia.

-Para recompensar a otro codicioso seguidor. A FitzRoger bastardo le concedieron a la pobre Imogen y Carrisford, y ahora amigo me tiene a mí y a Summerbourne. Seguro que otros hombres morirán de maneras igual de intempestivas que padre.

La madre se cubrió la boca con la mano temblorosa.

-¡No! ¡No, eso no puede ser!

-Y a Ulric -dijo Claire, poniendo sus pensamientos en palabras-. Eso no lo ha admitido aún, pero él lo mató. Creí al principio que no tenía ningún motivo, pero ahora veo que sí.

-Ulric no era ninguna amenaza para nadie, Claire. Eso son puras fantasías...

-No, no son fantasías. Ulric estuvo presente cuando padre rió. Al volver nos lo habría contado todo. Renald sabía que en cuan yo conociera la verdad no aceptaría los votos matrimoniales. Por lo mató.

La madre la miró fijamente con los labios temblorosos.

-¿Estás segura, Claire?

Claire levantó una mano, en un gesto de desesperación.

-Pregúntaselo a él. Lo admitirá. Le da igual todo. Lo único que le importaba era que llegara a celebrarse la boda. Ahora que ya es un hecho y que tiene Summerbourne, le da... exactamente igual. -Su precaria serenidad se vino abajo, y no pudo evitar repetir el gesto de su madre, cubriéndose la boca con la mano-. ¡Dios santo! Tengo que romper este matrimonio, madre.

Lady Murielle se había quedado como atontada por la impresión.

-No creo que puedas...

Claire empezó a andar por la habitación.

-Me ha dicho que nos echará a todos de aquí si lo hago. Pero tengo que hacerlo. -Se arrodilló junto a su madre-. Lo entiendes, ¿verdad? Tengo que hacerlo. No puedo vivir con el asesino de mi padre.

Lady Murielle le acarició la mejilla con mano vacilante.

-No sé, Claire. No sé. En un cuerpo a cuerpo... ¡Pobre Clarence! ¡Mi pobre amado Clarence!

Empezó a estremecerse por todas partes y Claire se puso de pie para abrazarla.

-¡Madre! ¡No te pongas así! ¡Madre!

Pero cuando la viuda empezó a gemir desconsoladamente, Claire llamó a gritos a las sirvientas.

Llegaron corriendo las criadas y algunas amigas, que mandaron que prepararan infusiones y metieron en la cama a lady Murielle que estaba con la mirada perdida y temblando. Todo el mundo asumió que también ella se sentía de repente abrumada por el dolor, y las entrecortadas palabras que decía entre dientes no llegaron a revelar la verdad.

Por fin le hizo efecto la pócima, y se quedó dormida. Las dos criadas de la dama echaron unos camastros junto a los de Prissy y Maria. Los invitados se fueron marchando y pronto dejaron de oírse ruidos en la sala. La celebración, aquella peculiar celebración, se había acabado.

El día de su boda ya se había pasado.

Sola, Claire se preguntó qué ocurriría si ella se desmoronaba. Pero no era su natural, si bien en cierto modo le sería un inmenso alivio. En cualquier caso, necesitaba a alguien, alguien que la consolara, que le diera algún consejo.

Se envolvió en la capa y salió en busca de su abuela. Lady Agnes tenía un pequeño cuarto en aquella misma planta, pero tan pronto como empujó la puerta para abrirla, Claire escuchó una sonora mezcla de soplidos y ronquidos. Lógicamente, las habitaciones estaban abarrotadas de gente y todos dormían.

Sólo un lugar la llamaba. No había nadie en el mundo dispuesto a ayudarla, pero quizá encontrara algún solaz en el más allá. Salió de sala y dirigió sus pasos hacia la tumba de su padre.



Librodot

Al dar la vuelta a la esquina del edificio de madera que era la capilla, se detuvo. Junto a la tumba de su padre, había un hombre erguido con la cabeza hacia abajo y las manos sobre una espada desnuda, clavada en la tierra.

Por unos momentos de estupor, la joven pensó que aquel hombre se proponía romper el túmulo en pedazos, volver a matar a su pobre padre. Pero al momento reconoció en su actitud la tradicional postura del luto del guerrero. ¿Estaba guardando el luto por su padre?

No.

¿Entonces qué hacía?

No sabría decirlo ni tenía interés en adivinarlo. Sintió aún odio hacia aquel hombre porque ocupaba en aquel momento el lugar donde ella quería estar.

Se quedó rezando en la distancia, con la esperanza de que se fuera Cuando vio que no iba a marcharse, pues aquel hombre ni tan siquiera se movió, el cansancio la traicionó y volvió cabizbaja a la alcoba mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Eran lágrimas de dolor, por su padre, por su propia vida y por que apenas había atisbado unos instantes y ahora estaba ya perdido para siempre. Eran también lágrimas de miedo y amarga soledad; otra ocasión había pensado en la soledad de sentirse expuesta en medio de la plaza del mercado, pero nunca hasta aquel momento ha sentido el abandono.

Una vez ya en la alcoba, en esa habitación que aún desprendía fantasmales aromas de su noche de bodas, descubrió que quedaba poco de la pócima que se había tomado su madre. Se la terminó, rendida a la imperiosa necesidad de perder la conciencia. Mientras estaba tumbada y aún despierta junto a lady Murielle, volvió en silencio a suplicar ayuda a su padre.

¿Cómo iba a lograr librarse de aquel matrimonio? ¿Cómo conseguir que el asesino pagara sus culpas? ¿Cómo hacer las dos cosas llevar a su familia al desastre?

Pero no le pidió ayuda para su otro dolor. Se merecía aquel sufrimiento que le atenazaba el corazón.

## Capítulo 17

A la mañana siguiente, Claire tuvo serias dificultades para salir de la cama a causa de la infusión de adormidera y de su estado general de abatimiento. También el tiempo había cambiado. No llovía, pero el cielo estaba cubierto y hacía bochorno. Su madre y las sirvientas se habían ido, con lo que estaba sola en la alcoba.

Se sentó junto a la ventana y contempló a los criados, que preparaban las cosas para los viajes de regreso. Escuchaba sus conversaciones a lo lejos, preguntándose qué diría la gente de los extraños sucesos. ¿Se sabría ya la infamia de Renald? Todo lo que logró oír fueron únicamente chismorreos sobre el voto de castidad.

-Muy noble por parte de él -decía un hombre que estaba limpiando los arreos de un caballo.

-Y por parte de ella -completó una criada que llevaba un fajo de algo a la cintura y no parecía tener demasiada prisa por cumplir sus tareas-. Si me dieran la oportunidad de tener a lord Renald en mi lecho, ¡no la dejaría escapar!

-Tú no dejas escapar nada, Rilla.

-Bueno, no creas. A ti no me importaría dejarte escapar, Eddy. Al otro extremo, en el interior de la sala, se oyó una voz que gritaba:

-¡Rilla! ¿Se puede saber dónde te has metido, haragana?

La mujer se apresuró a marcharse tras hacerle un guiño al sonriente mozo de cuadra, y Claire envidió la sencilla vida de los criados. ¿Qué haría Rilla si Eddy matara a su padre? No tenía ni idea. Ni siquiera eran criados de Summerbourne. Seguramente sus códigos de conducta serían tan estrictos como los de los nobles, por mucho que Rilla no se mostrara nada reticente a meterse en la cama con el asesino de lord Clarence.

Hasta eso era dudoso. En todos los niveles de la sociedad el se do de la propiedad era algo muy importante y solía estar ligado al matrimonio. Pero, por lo general, si se sabía que alguien era un ases se le aplicaba el justo castigo.

Sin embargo, nadie iba a castigar a Enrique Beauclerc por ha matado a su propio hermano ni por haber planeado la muerte de Clarence de Summerbourne. Nadie castigaría al hombre que se había servido para ello de una fraudulenta espada.

No era justo. Si acaso, Claire podía pasar por alto la muerte de rey ya que no le afectaba tan de cerca, pero no podía hacer caso omiso de la muerte de su padre, pues se trataba de un hombre inocente.

Encontraría alguna manera de demostrar que Renald había matado a Ulric. Aquello había sido claramente un asesinato, y hasta un barón podía ser ejecutado por asesinato. Enrique Beauclerc había logrado estar donde estaba aferrándose a las leyes. ¡Que se aferrara también a esa!

-¿Milady? -Era Prissy, que la llamaba con una afabilidad poco habitual en ella.

-¿Sí?

-Lord Renald solicita de vos que os reunáis con él para despedir a los invitados.

Claire se puso rígida y estuvo a punto de negarse a ir, pero pensó que mejor jugaría sus cartas con más perspicacia. Aun así, se vistió con austeridad. No llegó a mancharse con ceniza, pero tampoco se puso sus mejores galas.

Renald esperaba en la bulliciosa sala y, con un simple «Buen día milady, dejó que ella se colocara de pie a su lado, junto a la puerta. Con una rápida mirada de soslayo, Claire pudo ver que el hombre tenía el terrible aspecto que ella esperaba.

Tenía verdaderamente muy mala cara; sería por la pesada carga su conciencia, pero Claire sintió cierta vacilación en el alma. ¿Deseaba realmente verlo muerto?



Librodot

Tal vez no fuera para tanto. Quizá podría servirse de su culpabilidad para que el rey accediera a anular aquel matrimonio y le devolviera las tierras a su hermano.

Sí, eso sería mejor. Menos drástico, pero mejor.

Los invitados se fueron marchando, tras comprobar que llevaba consigo sus pertenencias y expresar los mejores deseos a la pareja. Claire notó que todavía no sabían nada sobre cómo había muerto su padre. Sus ingenuos vecinos se despidieron amablemente del asesino, dándole la bienvenida al condado. Algunos incluso la felicitaron por su inmensa fortuna al encontrar tan buen marido.

Mientras permanecía junto a él, sonriendo únicamente con los labios, Claire preguntó:

-¿Por qué el conde no le ha contado a todo el mundo vuestro infame delito?

-No he cometido ningún delito, milady.

-¡Oh, por Dios! -dijo ella, con tono de mofa, mientras despedía a su amiga Margret agitando la mano en el aire-. Pocas personas podrían hacer esa aseveración tan osada.

-¿Y vos? ¿Habéis cometido algún delito?

-Casarme con vos.

Él se volvió hacia ella, con las cejas arqueadas.

-¿Es que estabais casada de antes? En tal caso, menos mal que no fuimos más lejos en el lecho.

-Ha sido un delito contra el cielo, no contra las leyes terrenales.

-¿Es que el cielo aprueba la bigamia?

Volvía a olvidarse de que aquel hombre no era estúpido. Sin saber qué responder, se volvió para agitar de nuevo la mano mientras Margret y su marido cruzaban a caballo el portón.

-No consigo entender por qué el conde os ha guardado el secreto.

-Salisbury sabe muy bien que su futuro pende de un hilo. Me limité a recordarle que el rey se sentiría muy contrariado si ocurriera algo que impidiera este matrimonio. Él ya lo sabía.

-Otro cobarde.

-¿Os parece de cobardes temer la ira del rey? Está en su mano despojar de todo a cualquier hombre y a su familia entera, incluso de la vida.

«Ojalá os despojara a vos de Summerbourne», pensó Claire.

-Y se puede saber -preguntó ella, con una forzada sonrisa mientras mantenía apretadas las mandíbulas-. ¿de qué modo mi pobre padre despertó la ira del rey?

-Acusándolo de fratricida.

La joven se dio la vuelta para mirarlo de frente.

-De lo cual es culpable.

-¡Callaos!

-¿Tanto miedo os da la verdad?

-Estoy a cargo de vuestro bienestar. No quiero veros morir tambien a vos por lo mismo.

Sonriente, Renald agitaba la mano despidiéndose del último grupo. Cuando se hubieron alejado todos los invitados, la cogió por el brazo y la arrastró dentro de la sala hasta cruzarla y llegar a la alcoba matrimonial. La gente se quedó mirándolos, pero no le detuvieron.

Al fin y al cabo, él era el dueño y señor, el esposo.

Cuando hubo cerrado con fuerza la puerta de la habitación, ella se pasó la mano por el brazo.

-¿Ya se os ha pasado la castidad, milord?

La cogió por los hombros y la empujó para que se sentara sobre la cama.

-Escuchadme: entiendo vuestro dolor y vuestra rabia, pero las cosas no son nunca simples, buenas o malas, blancas o negras. -De repente, se arrodilló frente a ella y le cogió las manos-. Claire, no va a morir nadie más por ser un mártir.

Ella se soltó.

-Sí existe una diferencia entre el bien y el mal. A vosotros os viene bien verlo de otro modo porque habéis sido el agente del mal. -¿Acaso no es la voluntad de Dios el resultado de una justa por la corona?

Sintiéndose acorralada por aquella pregunta, Claire se inclinó hacia atrás.

-Tal vez en una verdadera justa, sí. Pero no cuando un hombre como vos sale a la arena a luchar con un hombre como mi padre. Un hombre como vos y armado con esa espada distinta de todas las demás.

-¿Y qué me decís del Valiente Niño Sebastián?

La joven se inclinó aún más, deseando apartarse, irse al otro extremo de la habitación. Al otro extremo del mundo.

-¿Qué sabéis vos de eso?

-Es una historia muy conocida. Pero es también lo que vuestro padre escribió en ese libro.

-¿Cómo lo sabéis?

-Lord Eudo habló de ello, y mandé a Nils que me leyera algunas partes.

Entre dientes, Claire dijo entonces:

-Debo suponer que no tengo ningún derecho a pediros que no leáis los escritos privados de mi padre.

-No. Ningún derecho.

Ella se movió en aquel momento, le dio la espalda y atravesó la cama hasta el otro lado, sobre todo para que él no pudiera ver sus lágrimas.

Renald se puso en pie.

-¿A qué viene tanto misterio? Cualquiera diría que esos escritos contienen secretos.

-Son las últimas palabras de mi padre. Me sorprende que no las hayáis destrozado del mismo modo que le destrozasteis a él.

-Claire, tenéis motivos para guardarme rencor, pero no seáis infantil.

Se volvió para mirarlo:

-¿Es infantil odiar al asesino de mi padre?

Tras unos momentos, De Lisle dijo:

-No, pero sí es infantil no ver más allá de la superficie de las cosas. Creí que la hija de un maestro de las adivinanzas sería bien consciente de eso. La justa por la corona fue un procedimiento absolutamente legal. Tenedlo en cuenta. Vuestro padre fue juzgado culpable y murió.

-¡Juzgado culpable por un falso rey y asesinado por su lacayo! Un músculo tembló en la tensa mandíbula de Renald.

-Claire...

-El rey mató a su hermano -continuó ella-. Los rebeldes hicieron lo correcto al decir que no tenía derecho a reinar. Por tanto, aquella justa por la corona jamás pudo contar con el apoyo de Dios.

-Interesante quiebro de la lógica.

La joven siguió hablando, encontrando cierto desahogo en soltar todo su amargo dolor.

-Sois unos farsantes. Vos y el rey, los dos. No creáis que no me doy cuenta de vuestras farsas. Nos dijisteis que teníamos derecho a elegir, pero después vuestros hombres contaron historias terroríficas para que las oyeran mis tías y salieran huyendo.

-Eso lo confieso.

-Y tampoco es ninguna costumbre de los francos el que las novias permanezcan recluidas antes de la ceremonia.

-Alguna vez tienen que empezar las costumbres.

-Y sois un ladrón.

-¿Ladrón? -Arqueó las cejas pero esta vez, junto con su imperturbable frialdad, le daban una expresión insultante.

-¿Qué es lo que he robado?

Mi corazón, pensó ella, pero golpeó con fuerza la puerta cerrada.

-Mi confianza.

Él asintió con la cabeza.

-Os pido perdón. Pero si os hubiera dicho la verdad, no habríais querido casaros conmigo.

-¡Exactamente!

-Una de vosotras tenía que hacerlo.

-Podría haber sido Felice si no os hubierais encargado de aterrorizarla.

-Lo dudo. No creo que se hubiera entregado jamás de buen grado a semejante sacrificio.

Aquel hombre volvía a ser un indescifrable manuscrito, y lo que era todavía peor, Claire empezaba a debilitarse. Aun a sabiendas de lo que era, algo en él la impedía odiarlo con toda su alma.

-¿Estáis diciendo que os habríais casado con Felice si ella hubiera estado gustosa de hacerlo?

Renald se frotó los labios con los nudillos, mientras la observaba con ojos escrutadores.

-Sí. Pero cuando ya os conocí, os quise a vos, y confieso que hice cuanto pude por conseguiros.

-Con engaños.

-De la forma que pude. -La miró, con sus oscuros ojos sombríos-. No os olvidéis de que lucho para ganar.

De pronto, el hombre sacudió la cabeza.

-Todo está demasiado reciente hoy. Tenemos un mes. -Renald señaló a la habitación-. Este será vuestro cuarto. Tened mi palabra de que no vendré a molestaros. Al menos, durante un mes.

-¿Y después de ese mes?



Librodot

-Necesitamos más espacio libre en el gabinete -añadió él, haciendo caso omiso de la pregunta-. Mandaré que traigan aquí el escritorio.

En una cosa tenía razón: estaba todo demasiado reciente. Claire apenas podía pensar, cuando menos tomar ninguna decisión. Sin embargo deseó poder marcarlo de alguna manera, llegar a su alma y escribir en ella todo su dolor, su sentimiento de haber sido traicionada, su profundo pesar.

Recordó entonces que su propósito no era marcarlo, sino acabar con él. Iba a demostrar que era culpable del asesinato de Ulric y con ello lograría poner las cosas en su sitio. Pese a sentir el corazón roto, se aferró a aquella idea. Esa sería ahora su razón de existir.

Todo lo que dijo fue:

-Gracias, milord.

-¿Necesitáis alguna otra cosa?

-Únicamente vuestra ausencia.

El hombre se marchó sin decir una sola palabra.

Una vez fuera de la habitación, Renald respiró profundamente, en un esfuerzo por tranquilizarse, por controlar sus emociones.

No estaba dispuesto a gemir ni a suplicar.

Con la ayuda de Dios, no intentaría jamás conseguir a Claire por la fuerza, pues de ese modo sólo conseguiría perderla para siempre. Entendía la ira de su dama, pero tal vez con el tiempo... Con el paso de los días y la ayuda de Dios, quizá pudiera volver a cortejarla, a hablar con ella, explicarle lo que había ocurrido y cómo había sucedido todo.

Tal vez.

Algunas heridas eran demasiado profundas para llegar a curarse. Despacio, se llevó las manos a la cara, las manos que, por un breve instante, habían sujetado las de ella.

No había esta vez olor a canela, ni a violetas. Pero tal vez si quedaba algo de la sonriente doncella que había yacido junto a él en dichosa armonía.

Un remoto vestigio del paraíso.

Al cabo del rato, alguien llamó a la puerta, Claire abrió y dejó entrar a dos hombres que transportaban el escritorio y el banco de madera. Siguiendo las instrucciones de la dama, los colocaron junto a la ventana por la que entraba más luz.

En cuanto se hubieron ido, empezó a pasar la mano una y otra vez por el escritorio, aliviada por algo que venía del pasado, de tiempos mejores.

Tiempos que podrían volver si actuaba con inteligencia y resolución. Tiempos cargados de tanto significado como el polvo. Volvieron de nuevo los hombres, uno con los tinteros y la caja de pinceles y plumas; y el otro con la carpeta de pergaminos y vitelas. Claire sabía que

debía llevar a cabo su plan y buscar pruebas de la culpabilidad de Renald, pero no se decidía a dar el primer paso y prefirió sacar la historia del Valiente Sebastián.

Fue una debilidad, lo sabía, pero la realidad la acorralaba como un retorcido bosque plagado de salvajes fauces, un lugar de destrucción, de absoluta soledad. Prefirió quedarse allí, con sus dibujos, con aquellas historias que acababan siempre como debía ser.

Y aquel era uno de los cuentos favoritos de Thomas. Una v que..., en cuanto se hubiera resuelto el asunto de Ulric, todo volvería pertenecer a su hermano. Se sentó al escritorio y empezó a limpiar página a medio terminar; entonces se acordó de que no le había dic la verdad a su hermano.

Se levantó, pero se volvió a sentar. Podría hacerlo después. Nadie más lo sabía. No importaba si se tomaba un poco de tiempo.

Le temblaban las manos y notó que sentía un extraño frío. Se frotó. Mientras lo hacía, se le escapó una leve sonrisa al ver que por había dibujado como quería la cara de la vaca. Vio entonces las manchas de tinta en el margen. Cogió una cuchilla bien afilada y se disponía a raspar el pergamino cuando decidió dejar la cuchilla sobre mesa.

Mejor que se quedaran allí esas manchas. Que aquellos borro le recordaran para siempre cómo su vida había perdido el rumbo el en que llegó a Summerbourne Renald de Lisle.

Porque el rumbo ya estaba perdido aun cuando lograra que se hiciera justicia. Tendría el corazón roto para el resto de su vida. Removió la tinta y cogió una pluma mientras esperaba a alcanzar la concentración que siempre le inspiraba aquella labor. Pero cuando se dispuso a afilar la pluma estuvo a punto de cortarse. Dejó sobre mesa la pluma y la cuchilla y se limpió las manos en la falda, dándose cuenta de que era imposible.

Renald de Lisle la había dejado sin refugio alguno.

Tragándose las lágrimas, cerró de nuevo el trabajo y volvió a meterlo en el cofre. Tuvo que retirar primero el libro de su padre para meter la carpeta que era más grande, y lo acarició con ternura. Ella conocía muy bien a su padre. Sin duda habría escrito la última parte la historia justo antes de salir a morir, asegurándose así de que se quedara acabada. En verdad, había logrado leer las últimas palabras de padre.

Deseó una vez más que no hubiera escrito una historia. Cuán anhelaba tener los pensamientos de su padre sobre la rebelión, que lograra entender algo entonces. Se preguntó de repente si no habría confundido las dos cosas. A su padre le gustaba ir de un tema a otro. Desató con torpeza los cordones de las tapas de madera y fue pasando con avidez las páginas, pero al final tuvo que aceptar que era todo lo mismo de siempre. Era la historia de Sebastián, aunque con algunos elementos nuevos. Por lo visto esta vez, Sebastián conocía a algunas personas en una prolongada estancia en la corte de Tancredo, mientras que en la versión anterior esa parte era muy breve.

Captó entonces su atención una palabra. Salisbury.

La historia de Sebastián siempre había transcurrido en otro país. ¿Su padre la situaba esta vez en Inglaterra? Pero al leer el resto de la frase se dio cuenta de que era una referencia al conde de Salisbury. El pasaje que estaba leyendo trataba de un atardecer en una mansión llamada Ickworth y de una conversación sobre la legitimidad de la causa de Sebastián.

¡No, de la causa de los rebeldes!

Había sucesos reales mezclados con la historia. Nerviosa, se sentó a estudiar las páginas con detenimiento.

«Algunos flaquearon, pero Sebastián, ajeno como era a los asuntos mundanos, se puso en pie y exhortó a los demás a que se unieran a su causa. Les contó la historia de un antiguo rey que se había apoderado del trono con maldad y pecado, y de cómo aquello sumió a su pueblo en el horror.»

Se le cayó la página al suelo. Aquello no era una mera repetición del Valiente Niño Sebastián. Era la visión que había tenido su padre de la rebelión, con él en el personaje del niño. Claire se cubrió la boca con la mano. Se había visto a él mismo como al Valiente Sebastián, cargado de razón desde un principio. Tal vez incluso había llegado a creerse la leyenda y estuvo convencido de que Dios le concedería la fuerza necesaria para vencer.

Claire notó que la mano le temblaba y se detuvo un momento para recoger la página que estaba en el suelo. ¿Y cómo sería ahora el final de la historia?

Se fue hasta la última página, a las palabras que ya había leído antes. «Entonces el Valiente Niño Sebastián se quedó de pie junto al cadáver de su imponente enemigo, sintiéndose triunfante por el inmenso poder de Dios. Pero las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de nuestro héroe. Lágrimas de tristeza por haberse visto obligado a matar, y a matar a un hombre como aquél.»

Una lágrima fue a estrellarse contra la página y la joven se apresuró a limpiarla. Su padre había escrito aquel final anticipándose a la triste muerte de Renald de Lisle por el inmenso poder de Dios. Realmente se había llegado a creer la leyenda. Era como un niño en tantas cosas...

«A un hombre como aquél.» Lo leyó otra vez. Entonces, sí que había conocido a Renald antes del final. ¿Lo contaría en alguna parte?

Fue pasando las páginas hacia atrás y por fin lo encontró.

«Confiado en que engañaría al niño con halagos, el tirano lo alojó en lujosas estancias y lo agasajó con manjares. Tentó su afecto con gratas compañías y su mente con eruditas delicias, convencido de que así el niño tendría en cuenta los placeres de este mundo. Sebastián no temía que fuera a perder la vida a menos que esa fuera la voluntad de Dios, pero en ningún caso se dejaría engatusar por semejantes tentaciones terrenales.

»El mismo conde Tancredo se dirigió hacia él, vestido con sus mejores galas. Le habló amablemente con verdadero afecto. Lo atormentó con falsos argumentos lógicos, disfrazados con el oropel de los hechos. El valiente Sebastián estuvo a punto de flaquear, pero gracias a Dios se mantuvo firme en su resolución.

»Buscaron entonces un arma más segura. Le enviaron a su oponente. Sebastián supo que no se enfrentaría directamente con el tirano, sino con un sustituto, un apuesto joven, aún con la frescura de un alma alegre.»

«Un alma alegre», pensó Claire. Ni en los momentos en que se había sentido más arrebatada por el hechizo de Renald de Lisle, lo hubiera descrito en aquellos términos. Pero al momento

recordó la forma en que congeniaba con sus vecinos, cómo había charlado cono Ouisa en los brazos, y se quedó pensativa.

Sí, bueno, en aquellos momentos, había estado alegre. Siguió leyendo.

«En aquel momento Sebastián fue consciente de la prueba que le ponía Dios. La verdadera proeza no era enfrentarse con el tirano y derribarlo, sino matar a un hombre que podría haber llegado a gustarle, un mero instrumento del mal. Iba a ser algo así como acabar hacienda ver a un amigo su propia maldad.

»Lloró y rezó, pero nadie podría librarle de aquel amargo cáliz.»

Claire lloró también. «Un hombre que hubiera podido llegar a gustarle.» Cerró el libro, demasiado conmovida para seguir leyendo. Su padre había visto lo bueno de Renald, como ella se había imaginado. Aun así, había seguido adelante con su resolución. Había hecho lo - que le parecía justo.

Y aquello tenía que servirle de guía. Pese a que una parte de su corazón la empujase absurdamente a soñar, tenía que hacerlo que le pareciera justo; castigar al asesino y salvar a su familia.

Sublevada por dentro, pensó que los caminos de Dios eran demasiado difíciles de comprender. La gente mala tendría que ser evidentemente mala, sin virtud alguna, ni encanto. Y lo menos que podía hacer era guardar fidelidad a su gente y permitir que el bien triunfara sobre el mal.

Acto seguido, se santiguó y pidió perdón por tan impertinentes pensamientos. Siempre se decía que los caminos de Dios eran insondables.

Mientras ataba una vez más los cordones del libro, reparó en que Renald le había dicho la verdad al menos en una cosa. Tanto él como el rey habían hecho todo lo posible por convencer a su padre de que desistiera de su propósito.

Aun así lo mataron. Nunca debía olvidarlo.

No debía ocultarse a sí misma la cruda realidad de lo que había ocurrido.

Habían tenido preso a su padre en la Torre. Ella no había estado nunca en Londres, pero se imaginaba que la Torre Blanca sería un edificio grande, sólido y de fría piedra. Había sido un prisionero, aun en medio del lujo.

Su padre, un alma noble, se había visto obligado a vestirse con la cota de malla y a salir a enfrentarse con un guerrero dos veces más grande de tamaño e infinitamente más adiestrado en la lucha. Sin duda, a su padre le habría ocurrido como a Lambert en la danza de las espadas. Habría estado en la arena, sudoroso y jadeante, intentando esforzarse en una competición imposible.

Se estremeció, pero vino a su mente la imagen de Renald manejando ágilmente su mortal espada, jugueteando con su padre como había hecho con Lambert. Impulsado por el disfrute de matar, habría ido avanzando hasta clavar la fraudulenta espada a través del metal, directa al amado corazón de su padre.

Se entregó al llanto, pero imaginándose a sí misma vestida con una armadura que pudiera protegerle su desbocado corazón.

Renald salió aquel día a matar. Lo había admitido. A matar con la misma sangre fría con que el matarife mataba a los terneros. Él mismo había dicho que no disfrutaba matando. Tampoco el matarife disfrutaría.

Haciendo caso omiso de la conciencia, haciendo caso omiso de la justicia, había matado a un hombre más débil por mandato de su señor, y pretendía -aún pretendía- que aquella había sido la voluntad de Dios. Ninguna mujer honorable podría jamás reconciliarse con un ser así.

Ávida de consejo y consuelo, se marchó a buscar a su madre. Encontró a lady Murielle en su pequeña cámara, sentada junto a la ventana, increíblemente inmóvil.

-¿Cómo estás, madre? Lady Murielle suspiró.

-Es una lamentable situación, pero conseguiremos echarlo.

-¿Echar a quién?

-¡Pues a De Lisle! -La madre agarró a su hija por la muñeca-, ¡No debes casarte con él! Ahora ya no. He visto cómo lo miras, ¡pero no debes casarte con el asesino de tu padre!

Claire miró alarmada a una de las mujeres, que se apresuró a tranquilizar a la dama. Al poco tiempo, lady Murielle miraba otra vez impasible por la ventana.

La hija se apartó, tocándose la muñeca que tenía aún roja y blanca por la fuerte presión.

-¿Lleva así desde que se ha levantado?

-Más o menos así, milady. Está obsesionada con vos, con que no pronuncies vuestros votos.

Claire se santiguó.

-Que Dios la ayude. La mujer se persignó también.

-La ayudará, milady, no temáis. Estoy segura de que con reposo se recuperará pronto.

La joven deseó que fuera cierto, pero se acordó de la hija del molinero que contaba piedras.

¿Y ahora? Había ido allí en busca de consejo y alivio, tal vez sólo en busca de un hombro sobre el que poder llorar. Y no había encontrado más que pesadas cargas. Más razones para destruir a Renald. Regresó a la alcoba y se encontró allí a Prissy que estaba zurciendo el velo de seda.

-Déjalo -dijo Claire con firmeza.

-Pero, señora...

-¡Déjalo! Es mejor que se rompa del todo.

Prissy puso el velo en el suelo y salió de la habitación casi temiendo que fuera a darle una bofetada.

Claire se llevó las manos a la cara. No debía hacer eso. No debía pagar su malestar con los inocentes. Renald era el único que merecía sufrir.

Necesitaba ocuparse en algo, algo que no aguijoneara sus emociones, pero no tenía fuerzas para andar por la casa. En cualquier sitio podía encontrarse con Renald, y no se sentía preparada. No tenía aún la suficiente entereza.

Intentó de nuevo tranquilizarse con la escritura. Sacó otra pila de pergaminos envueltos en tapas de madera, muy parecidos a la de su padre. Era su propio cuaderno de notas. No escribía en él los sucesos de todos los días, pues su vida no era tan interesante, pero su padre la había animado a que empezara a anotar las costumbres de la casa, cosas como las recetas de comida, las sangrías y los ungüentos.

Ella no veía que tuviera mucha utilidad, pues en la casa todo el mundo las conocía, pero siguió haciéndolo.

Fue pasando los pliegos sueltos hasta que encontró uno en blanco, mas de repente cayó en la cuenta de que su vida podía ser muchas cosas horribles, pero ya no carecía de interés. ¿Sería capaz de escribir sobre los últimos acontecimientos? Podía intentarlo. Quizá al reflexionar descubriera algo en su interior que le sirviera para demostrar la culpabilidad de Renald.

Hundió la pluma en el tintero y comenzó por el principio, cuando sonó el cuerno anunciando que alguien avanzaba hacia la casa en medio de la tormenta...

Ya había llegado a los esponsales, cuando se abrió de pronto la puerta y Felice entró en la habitación.

-¡Pero bueno, Claire! Tú eres ahora la señora de la casa. ¿O es que por casualidad se te ha olvidado?

Claire respiró profundamente y sacó la pluma del tintero.

No se le había ocurrido nada que le sirviera para llevar a cabo su plan, pero escribir la aliviaba de alguna manera.

Felice se acercó y cogió por una esquina un trozo de pergamino.

-Ya no te puedes pasar el día haciendo estas bobadas.

La sobrina apartó el pergamino, no fuera a romperse.

-¿Tu música es una bobada?

-Mi música entretiene a otros.

-Puede que mis escritos entretengan a otros algún día.

-¿Con la poca gente que sabe leer? Sería mucho mejor que nos contaras historias como hacía Clarence.

-Pero yo no tengo su don.

-Entonces haz algo útil. Murielle ha perdido la razón por completo, ¿lo sabías?

Claire se puso en pie.

-Es sólo el efecto de una fuerte impresión.

-Si prefieres verlo así... Pero da igual, eso puede esperar. Necesitamos saber cuánta comida de los restos del banquete tenemos que dar a los pobres y cuánta debemos guardar para la casa.

-Pregúntale a Renald. Él es el dueño.

Cuando Felice arqueó las cejas, Claire supo que aquella salida tono no había sido muy inteligente por su parte. Recordó que por momento todos pensaban que eran una pareja en perfecta armo únicamente bajo un voto de castidad durante un mes. Hasta que tomara una decisión sobre lo que iba a hacer, más le valía fingir que era la verdad.

Ató su trabajo para dejarlo en su sitio.

-Lo siento pero ayer tomé una infusión para dormir y me dado dolor de cabeza. Ahora veré lo que se debe hacer con la comida Mientras, tú podrías encargarte de comprobar cuántas piezas nos quedan de aves y de los otros animales. Tal vez tengamos que comprar más el próximo día de mercado.

-¿Ahora me das órdenes?

-Como tú misma has dicho, soy la señora de Summerbourne. Felice apretó los dientes y replicó:

-¡Cómo ordenéis, milady! -Y se marchó.

Aunque era una idea algo malvada, Claire no pudo por menos pensar que si Renald hubiera acabado casado con Felice, habría si algo bastante parecido a un castigo.

Mientras caminaba hacia la puerta, un brillo captó su atención. Era la copa dorada que estaba otra vez en su estantería. Aquella copa que Enrique Beauclerc regaló a su padre no mucho después de convertirse en rey. Un regalo de amistad y gratitud por los buenos tiempos pasados aquí, en el lugar que él llamaba el paraíso.

## Capítulo 18

En la despensa, Claire comprobó la cantidad y calidad de los restos del banquete y los dividió en dos partes. Ya no quedaba nada de cerdo con salsa de cerezas, pero no se sorprendió. Thomas se lo habría comido todo él solo si hubiera podido.

Aquello le hizo acordarse de su hermano. No podía evitarlo por más tiempo. Sin embargo, todavía no parecía saberlo nadie más, salvo su madre, Renald y ella; y su madre no estaba del

todo en sus cabales. No obstante, en cualquier momento podría saberse y no quería que Thomas se enterara por otros.

Preguntó dónde estaba su hermano.

-Está con lord Renald, milady -le contestó un criado y cuando ella se dio la vuelta para encaminarse hacia el gabinete, añadió-: Me parece que están fuera de las murallas, practicando con las espadas y esas cosas.

Obviamente, pensó Claire. ¿Qué iban a hacer si no?

Oyó el choque de los metales y las ásperas voces antes de atravesar el portón. Incluso le pareció oír un grito. Había sonado como la voz de su hermano. Echó a correr.

Cruzó el puente y vio que estaban enzarzados en una verdadera batalla. Pero enseguida se dio cuenta de que eran Renald y sus hombres jugando a matar, en luchas de dos, cuerpo a cuerpo. Algunos peleaban con barras, otros con los puños y los había también que llevaban espada y escudo. Habían traído del bosque un tronco de árbol enorme y lo habían dejado ahí en medio. Un hombre lo estaba golpeando con una espada y saltaban por todas partes los pedazos de corteza.

Practican cómo despedazar a los hombres. Cómo matarlos.

Le vino a la mente la conversación aquélla que mantuvieron el primer día, cuando Renald le habló de lo que era matar con eficacia. Claire se llevó la mano a la boca. ¡Maldito fuera aquel hombre abyecto!

¿Dónde estaba Thomas? En medio de aquella jauría de hombres peleándose no lograba encontrarlo.

¿Dónde estaba?

De pronto le pareció ver unos rizos dorados. ¡Estaba luchando con De Lisle!

Paralizada, su primer pensamiento fue que si conseguía captar e momento tendría la imagen perfecta para la ilustración del Valiente Sebastián y el conde Tancredo. Al instante, cuando el corazón volvió a latirle, se apresuró a ir hacia allá para impedir aquella descompensa da contienda.

Un brazo la retuvo por la cintura, levantándola del suelo.

-¡No, milady! -dijo Josce-. Lo más probable es que causéis algún daño si intervenís.

Inútilmente, Claire forcejeó para soltarse, después se quedó petrificada, mirando.

-Pero si... ¡Thomas tiene una espada de verdad!

-Por supuesto.

-Se puede hacer daño o hacérselo a alguien.

-Lord Renald lo mantendrá a salvo. No temáis. Luchó otra vez por soltarse.

-¡Lord Renald mató a nuestro padre! ¿Por qué no va a completar el trabajo? ¡Soltadme!

El escudero obedeció, pero era evidente que no la permitiría intervenir.

-Veo que la espada de Thomas es más pequeña -dijo Claire, con tono de preocupación, cruzando con fuerza los brazos bajo su pecho-. ¿Lord Renald juega limpio alguna vez?

-Tened cuidado, milady --dijo el escudero, con suavidad-- Thomas no podría manejar una espada grande. Tiene más oportunidades de herir a su adversario con esa.

-Pero es muy pequeña. -Ahora que se había calmado un poco Claire pudo ver que Thomas no corría un peligro inmediato. Era otra vez como en la danza de las espadas, con Renald controlando claramente la situación.

Aun así, preguntó:

-¿No le hará daño?

Josce se encogió de hombros.

-Nada grave.

El corazón de la joven volvió a acelerarse. Nada grave, perdería un dedo o dos, o se quedaría inútil de una pierna. Con aquella espada Renald podría aplastarle los huesos como si fueran astillas.

Se retorció en su interior por las ganas de intervenir, pero sabía que no iban a dejarla. Con impotencia, clavó los ojos en aquel desigual combate, como si pudiera proteger a su hermano con la mirada.

La extraordinaria espada de Thomas apenas llegaba a alcanzar a Renald, pero era de verdad. El hombre paraba cada golpe con el escudo o la espada y cada vez que lo hacía, salían volando las esquirlas de la madera. Renald no atacaba, en realidad lo que hacía todo el tiempo era hablar.

Consciente de que la tapaba Josce, Claire se acercó un poco más hasta que consiguió oír la templada voz de su esposo.

-Puedes ganar un combate agotando a tu adversario, Thomas, pero dudo de que en este caso vaya a funcionar.

-Encontraré la forma de mataros.

-Puede que algún día.

Thomas se detuvo un instante; tenía los labios tensos, los ojos en llamas y el pecho jadeante. En aquel momento, Claire se dio cuenta de que su hermano ya sabía la verdad y empezó a rezar por su seguridad.

El muchacho volvió a hacer varias acometidas con la espada llevado claramente por una ciega frustración, y al punto se detuvo otra vez. Acto seguido, sujetó el arma como si fuera una lanza y atacó, al tiempo que daba un grito fuerte de rabia.

Claire gritó también y, para su propia vergüenza, no pudo negarse a sí misma que parte de su miedo era por el hombre. Renald se echó para atrás, con una ligera expresión de sorpresa, pero frenó la espada del muchacho con la suya. Después, como si formara parte del mismo movimiento, con un solo golpe quitó la espada de la mano del chico, que acabó cayéndose al suelo.

Renald retrocedió unos pasos y clavó la punta de su arma en la tierra. Thomas se quedó allí sentado, con la cabeza gacha y respirando con dificultad.

La joven aprovechó para acercarse.

-¿Qué pretendéis hacerle? -preguntó, al tiempo que abrazaba a su hermano-. ¿Matarlo a él también?

-Es él el que intenta matarme a mí.

Thomas se quitó a su hermana de encima con un movimiento hombros y se puso en pie.

-Mató a padre.

-Ya lo sé.

-Por eso tengo que matarlo. Claire cerró los ojos un instante.

-Thomas, sabes que no puedes. Todavía no. Espera a que pasen unos años. La venganza no tiene límites.

El muchacho permaneció allí de pie, recuperando el resuello, la mandíbula hacia fuera. A veces, podía ser tan poco razonable como Felice.

Claire se levantó también y miró a su esposo mientras hablaba.

-Si quieres darle su merecido, Thomas, deja que te enseñe las artes que utilizarás un día contra él.

Renald arqueó las cejas.

-Creí que no aprobabais a los hombres violentos, milady.

-La vida nos obliga a aceptar cosas desagradables, milord. El hombre miró a lo lejos, como si el bosquecillo del fondo hubiera cobrado de pronto un enorme interés para él.

-Cierto lo que decís. Thomas, ve con Harry a practicar con la barra. Pero primero -dijo, mirando hacia atrás según el muchacho alejaba-, limpia tu espada.

Thomas clavó sus ojos en él, pero cogió su espada y la secó cuidadosamente con un trapo, antes de guardarla en la funda que estaba el suelo. Después, se fue con paso firme hacia donde estaba Harry, soldado de mediana edad.

-¿De dónde ha salido esa espada? -preguntó Claire.

-Mandé al herrero que acortara y aligerara una para él. Renald estaba limpiando la hoja que acababa de usar; era una espada normal, no la de negro acero con la que había matado a su padre

-Nadie le había hecho antes una espada para él.

La joven volvió a cruzar los brazos bajo el pecho, acorazándose

-Summerbourne no ha sido nunca un lugar donde se practicara la violencia.

-Sin embargo, inclusive vuestro padre llegó a practicar las de guerra en alguna época. -El hombre levantó la vista-. ¿Querías algo, Claire?

Aquel hombre se comportaba como si no hubiera pasado nada entre ellos. No, no exactamente nada, pero desde luego no el horrible hecho que lo había cambiado todo.

-He venido a buscar a Thomas -dijo ella, sin saber muy bien como debía comportarse-. No estaba segura de que lo supiera.

-Vuestra madre se lo dijo.

Y probablemente de una forma muy poco apropiada, pensó Claire. Tendría que habérselo dicho ella en vez de esconderse como una cobarde. Contempló unos momentos el asalto de las barras, haciendo gestos de dolor cada vez que golpeaban a su hermano.

-Ahora está a mi cargo -dijo Renald-, y cuidaré de él. -Cuando ella iba ya a protestar, añadió-: No permitiré que ni él ni vos me matéis.

-Qué satisfacción saberse omnipotente. -Pero acarició en su interior su secreto. Había más formas de destruir a alguien que con la espada.

-No es muy satisfactorio vencer a un niño -dijo él, antes de envainar la hoja en su funda, despojada de todo adorno.

-Pero ¿quién puede venceros? -preguntó ella-. ¿Qué valor hace falta para luchar cuando para vos todos los hombres son niños? -Eso no es cierto. De todas formas, ¿no creéis que Dios está siempre del lado de la justicia?

-Ya no lo creo. -Apartó la vista y vio que Thomas acababa de tropezar con la barra de su adversario-. ¡Lo han herido!

Esta vez fue De Lisle quien la detuvo, sujetándola con fuerza por la cintura.

-No es nada, Claire. No sufrirá ningún daño grave. Lo habéis mimado en exceso.

Ella se soltó y se volvió airada hacia él.

-No entendéis en absoluto el amor, ¿verdad? No tenéis ni la más remota idea de lo que es. Supongo que debería sentir lástima por vos, pues os apartaron de vuestra familia desde muy joven y os visteis obligado a aprender las prácticas más crueles. Pero no me dais ninguna lástima cuando veo que queréis imponer aquí esas prácticas.

Renald la sujetó por los hombros, de manera que ella no podía dejar de mirarlo.

-El amor no es envolver a las personas entre algodones. -La giró con brusquedad-. ¡Miradlo! Ya no es vuestro hermanito pequeño. Es tan alto como vos y sin duda más fuerte. Un día, si yo falto, puede ser vuestro escudo contra el mundo, el vuestro y el de toda vuestra familia. Debe hacerse fuerte y prepararse.

Claire se tragó las lágrimas y luchó por no percibir la abrasadora sensación de las toscas manos de él sobre ella.

-Estaba llamado para la Iglesia.

-Entonces debería haber estado allí. En cambio, estaba aquí, que nadie se ocupara de él porque vuestro padre no fue capaz afrontar la verdad.

La joven se volvió con fuerza hacia Renald.

-¿Cómo os atrevéis... ?

-Por supuesto que me atrevo. Vuestro padre fue un hombre bueno y noble, que trajo mucha alegría a este mundo. Pero como hermano y como padre fue un desastre. Vuestras tías debían estar casados desde hace tiempo. No es de extrañar que Felice tenga amargura et ser.

-Nació con esa amargura.

-¿Cómo lo sabéis? Vos ni siquiera habíais nacido. Y a vos os deberían haber comprometido con algún hombre de bien, especialmente cuando vuestro padre tenía el plan de aventurarse en semejante riesgo.

Claire abrió la boca, pero no le dio tiempo a decir nada.

-Y Thomas debía haber estado en un monasterio o entrenándose para la guerra. No aquí sin hacer nada. Habéis vivido una ilusión esta casa, haciendo como si el frío mundo exterior no existiera. Lo menos que vuestro padre podría haber hecho es no invitarlo a entrar La joven se acercó más, casi sin aliento por la rabia.

-Es evidente que no entendéis los principios de una conciencia noble.

-Los entiendo muy bien.

Ella se rió.

-Matasteis a mi padre y no sentís ni un atisbo de culpa. ¿Qué conciencia es esa? Pero yo me encargaré de que la sintáis. -No era intención soltar aquello, pero no pudo contenerse-. Matasteis a Ulric para ocultarme vuestro pecado. Puede que no consiga haceros pagar por haber matado a mi padre, pero la muerte de Ulric fue un asesinato, y tengo la intención de demostrarlo.

Él se quedó de pie, junto a ella, impávido como el granito.

-No podréis demostrar una falsedad.

-No será necesario.

Claire se dio la vuelta y se marchó, pero una vez hubo atravesado las murallas y estuvo lejos de su vista, se sintió flaquear. ¿Cómo era capaz de insultar a su padre de aquella forma? Era como si quisiera destrozar su memoria del mismo modo que había hecho con su cuerpo. Era su forma de defenderse, decidió. Cuanto más se convenciera a sí mismo de que lord Clarence no había sido un buen hombre, más fácil le resultaría vivir después de haberlo matado.

Como le había dicho, no iba a poder hacérselo pagar, teniendo como tenía el apoyo del rey y de la iglesia. Pero lo destrozaría con la muerte de Ulric.

Pero ¿cómo? ¿Cómo demostrar un asesinato que era un completo misterio? Eudo y el conde ya habían estudiado el tema y no habían descubierto nada.

Se acordó entonces de la costumbre que tenía su padre de apuntar los detalles y fue a buscar las tablas de cera que ella solía utilizar para tomar notas. En la cocina, borró con una cuchilla lo que estaba escrito de antes, deseando que le resultara igual de fácil borrar de su alma la reticencia que sentía para acabar destrozando a Renald de Lisle. Como una culebra zigzagueante a través de la hierba, se acordó de unos plácidos momentos en el jardín, bromeando sobre las dedaleras y fijándose atentamente en un petirrojo...

Entretanto, recordaba ahora, justo debajo de ellos, yacía el cuerpo del hombre que Renald había asesinado impunemente.

-Muy bien -se dijo a sí misma-. ¿Por dónde empiezo?

Por el principio sería lo lógico, pensó. Punzón en mano, se fue a hablar con los guardias que estuvieron de servicio la noche que regresó Ulric. Uno estaba en la garita, reparando una pieza de cuero.

-Aquel día, milady, me tocó la ronda -dijo el hombre, al tiempo que pasaba una gruesa aguja a través de la piel-. Osric cubría el portón y habló con Ulric. Hoy está de servicio.

Claire subió por la escala hasta el piso de madera que recorría el interior de las murallas. Ahí arriba, soplaba un viento fuerte y desagradable, porque hacía bastante calor. La joven se detuvo un momento para contemplar el campo, que se abría ante sus ojos como un manto extendido. Qué tranquilo y próspero estaba, salvo por el ruido de metales que chocaban unos con otros justo debajo.

Se dio la vuelta, dando la espalda al campo, y caminó hasta donde estaba el guardia.

Al verla, el hombre se inclinó.

-Lady Claire...

-¿Hablasteis con Ulric cuando llegó la otra noche?

-Sí, milady. Aquel día yo estaba abajo, junto a las puertas.

Dispuesto el punzón para escribir, la dama preguntó:

-¿Y qué dijo exactamente?

El hombre se frotó la barbilla con una mano.

-Muy poco, por lo que recuerdo. Fue una sorpresa verle así, tan de repente. Creo que yo dije algo como: «¡Ulric! ¿Dónde has estado, hombre? Te creíamos muerto».

-¿Y qué contestó él?

El guardia se quedó un momento pensando, y luego sacudió la cabeza como recordando las palabras.

-Me dijo no se qué de que había estado a punto de morirse. Claire grabó las palabras en la cera.

-¿Le había atacado alguien?

-No creo, milady.

-¿Estaba herido?

-No. Se le veía cansado y seguramente tendría los pies plenos de llagas, pero herido no estaba.

La joven borró lo que había empezado a escribir sobre un ataque

-¿Adónde fue después de cruzar las puertas?

-Se quedó parado un rato, milady, como si no supiera adónde ir. Pero Ralph, que siempre tiene puesta la oreja, salió de la garita y le dijo que había una fiesta dentro, con mucha comida y bebida en la sala. Ulric se quedó muy sorprendido.

-¿Sorprendido? -la dama tomó nota.

El guardia apartó la vista, incómodo por algo.

-Bueno, milady, seguramente sabría lo de la muerte de lord Clarence y...

-Ya. Ya entiendo. ¿Y qué hizo luego?

El hombre se esforzó por hacer memoria.

-Creo que dijo: «¿Es que están celebrando la muerte del señor? Algo parecido. Yo le contesté: «No, no es por la muerte. Son los esponsales. Lady Claire se va a casar con el nuevo señor, un tal Renald de Lisle que ha mandado el rey».

-¿Y qué dijo Ulric a eso? -Claire podía imaginarse perfectamente la impresión que aquella noticia habría producido en el escudero.

El guardia movió la cabeza con incertidumbre, y al momento dijo:

-Nada, milady. Sólo nos miró, se dio la vuelta y se fue para la sala.

Claire apuntó varias cosas más y después se quedó mirando al campo, pensativa. Ella había dado por sentado que Ulric sabría quien era De Lisle, pero tal vez lo hubieran mantenido apartado de su padre antes del final. Costaba creerlo. Ulric estaba terriblemente apegado a lord Clarence.

Pero entonces, ¿por qué no había irrumpido en la sala denunciando al asesino? Debió de odiar a Renald de Lisle tanto como ella lo odiaba ahora.

Tanto como debería odiarlo.

Un ruido distinto llamó su atención hacia abajo, hacia el campo de entrenamiento junto a las murallas. La mezcla de sonidos de antes había cesado y sólo quedaba uno rítmico, que casi parecía la música de un tambor.

Desnudo de cintura para arriba, allí estaba Renald, haciendo trizas el tronco de árbol. Los sólidos músculos de su espalda se movían al compás de sus movimientos con la negra espada: un golpe delante, otro detrás, uno abajo y otro arriba. Rápido con los pies, iba rodeando el árbol en una macabra danza en la que cada golpe hubiera sido fatal si se hubiera tratado de un hombre.

Al igual que le pasó en el baile de las espadas el día de los esponsales, Claire se quedó atónita ante la belleza de aquellas mortales destrezas.

Por fin el hombre se detuvo, dejando algo de madera para los demás, aunque no mucha, y se dio la vuelta, al tiempo que se apartaba el pelo de la cara, bañada en sudor. Jadeante, levantó la vista y se quedó paralizado al verla allí arriba. Bruscamente, se giró de nuevo, cogió la espada y arremetió con fuerza contra la madera.

Claire se volvió y bajó por la escala hasta tierra firme, sin dejar de estremecerse por aquel gesto, que no acababa de entender.

Le llevó un tiempo recobrarse, dejar atrás el horror, pero después siguió con su propósito y aún con más entrega. Tenía que destrozar a Renald de Lis le antes que el la destrozara a ella.

Al repasar sus notas, no saco nada en claro. Tal vez lo único extraño fuera que Ulric no hubiera entrado presuroso a la sala a protestar por aquella unión, pero siempre había sido un hombre taciturno y de lento proceder.

Ulric debía de tener más o menos la edad de Thomas cuando le hicieron sirviente del recién nacido lord Clarence. Pese a ser mayor que el y llevar toda la vida juntos, nunca se entrometió en las decisiones de su padre. No dijo nada ante el plan de lord Clarence de unirse a los rebeldes, se limito a preparar las bolsas y a pulir la armadura.

Con todo, fue siempre un leal escudero, y era justo vengar su muerte. ¿Dónde podría investigar ahora? Alguien tuvo que hablar con el.

Hizo pesquisas en las cocinas. Un par de personas se acordaban de visto al fondo de la sala, cerca de la puertas, pero nadie recordaba con quién estaba sentado. Como llegó tarde, se encontraría únicamente con los criados menos importantes de algún vecino. Y el total de los invitados se habrían marchado ya.

Claire recorrió todo Summerbourne haciendo preguntas e intentando enterarse de los movimientos de Ulric aquella noche. Cuando salía de la repostería, con las tablas medio derretidas el calor, vio a Renald, que se dirigía hacia ella. Iba vestido con ropa limpia y, aunque llevaba el pelo mojado, Claire pensó que sería bien por el agua del pozo que por el sudor. Tenía un aspecto fresco y también frío.

-Me he enterado de que estáis haciendo indagaciones sobre Ulric.

-¿Vais a prohibírmelo?

-No, pero insisto en ir con vos. Claire cerró de golpe sus tablas.

-Ya. Así impediréis que descubra la verdad.

-Lo que impediré será que los dos hagamos las mismas preguntas a la misma gente. Como yo no maté a Ulric, tengo tanto interés como vos en descubrir la verdad. -Puso el pulgar sobre su cinturón de cuero-. Yo entiendo vuestro propósito. Entended vos el mío. Quisiera que lográramos instaurar un poco de concordia en este matrimonio, pero va a ser difícil si me consideráis un misterioso asesino.

-¡Concordia! Aun cuando demostrarais que no matasteis a Ulric, habéis admitido que matasteis a mi padre.

-Sí.

Ella se quedó mirándolo, pero cuando vio que no decía nada ninguna excusa, ninguna explicación ni siquiera una súplica de perdón, se dio la vuelta y se encaminó hacia el siguiente cobertizo.

-Nadie, salvo vos, tenía razones para matar al pobre Ulric.

-¿No? -Fue tras ella paso a paso y la joven no pudo detenerlo-. ¿Y qué me decís de lady Agnes? Se la veía muy interesada nuestro matrimonio y tal vez no quisiera que nadie hiciera nada pudiera impedirlo.

-¿Mi abuela? -Claire se paró para mirarle a la cara-. ¡Estas loco de remate! No puede ni levantarse de la silla de los dolores tiene.

-En otro tiempo fue la señora de Summerbourne y conocía gente que estaría dispuesta a hacer lo que le pidiese. Incluso a mí amenazó indirectamente con matarme.

-¿Por qué iba mi abuela a querer matar a Ulric? Aunque supongo que estáis haciendo indagaciones sobre lo que él podía decir, le habría bastado con mantenerlo en silencio hasta después de los esponsales.

El hombre levantó las cejas.

-No es mal argumento. Os sugiero que lo apuntéis para estudiarlo más detenidamente.

-¿Por qué?

-No os vendrá mal. Ahora, decidme, ¿qué más cosas habéis descubierto?

La joven pensó en negarse a contestar, pero no tenía mucho sentido. Sujetó el punzón por la empuñadura.

-Nada. Unas cuantas personas lo vieron en la sala, donde comió un poco y bebió bastante más. Todos con los que he hablado hasta ahora estaban trabajando, así que no tuvieron tiempo para preguntarle por su viaje. Al parecer, nadie se acuerda de con quién estuvo sentado ni de alguna persona en concreto que hablara con él.

-¿Dónde estaba sentado?

-Al fondo de la sala. Muy cerca de las puertas. Llegó tarde, por eso se sentó en un sitio apartado. -Claire reparó en que el tono con el que le había hecho la pregunta había sido extraño-. ¿Por qué?

El silencio se prolongó y Renald parecía casi absorto.

-¿Os encontráis bien?

Todavía con la mirada perdida, él dijo:

-Un anciano con el pelo entrecano y una nariz grande...

-¿Qué?

-¿Conocéis a algún hombre así?

-¿Por qué? -Si alguien más se había vuelto loco, iba a acabar cayendo ella también.

Él siguió hablando como si no estuviera escuchándola.

-Y creo que... una criada con los ojos bastante saltones y las mejillas muy coloradas.

-Eso suena a Dora, la de la tintorería. Pero ¿qué es...?

Renald sacudió la cabeza y se volvió hacia ella con un escalofrío. -Tengo una especie de don. Se me quedan grabadas en la memoria situaciones enteras. Recuerdo una parte de la sala durante aquella comida y me parece que recuerdo a Ulric sentado entre aquella gente.

-Pero vos no le conocíais.

-Lo vi al servicio de vuestro padre.

Era verdad que lo conocía, pero oír esas palabras fue para ella como un jarro de agua fría.

-¿Ni siquiera titubeáis al hablar de ello?

-¿Por qué habría de titubear? Claire intentó aguijonearle el alma.

-Mi padre escribió sobre vuestra visita a la Torre.



Librodot

-¿Que escribió qué? ¿Dónde? -Parecía sorprendido, pero ningún caso con sentimiento de culpabilidad. Si pudiera al menos creer que aquel hombre sentía alguna culpa, tal vez fuera capaz perdonarlo, pero empezaba a dudar de que tuviera tan siquiera alma. Ella se dio la vuelta para marcharse, pero Renald la sujetó brazo.

-¿Dónde lo escribió?

No merecía la pena hacerle frente.

-En su diario. Aquel libro no era una repetición de la historia del Valiente Niño Sebastián. Cuenta la historia de la rebelión, con él en personaje del héroe.

-Eso pensé. -La soltó, pero siguió con una expresión de enfado en el semblante-. Tenía planeado desde el principio que todo acabara en una justa por la corona.

Claire tardó unos momentos en reaccionar.

-¿Estáis insinuando que mi padre planeó su propia muerte?

Renald soltó una breve y amarga carcajada.

-¡Oh, no! Él tenía más fe en Dios que vos. Estaba convencido que iba a ganar.

-¡Y habría ganado si no hubiera sido por esa espada!

-No digáis bobadas.

-¡Bobadas! -Claire se dio cuenta de que le había gritado, y algunos sirvientes se volvieron a mirarlos. Respiró profundamente dijo-: Mi padre era un ser justo y bueno...

-...que tenía una visión bastante equivocada sobre el bien y mal.

Claire no sabía que la rabia puede dejar muda a una persona. Cuando recuperó la voz, dijo:

-Mi padre no se equivocó nunca, salvo por no saber juzgar tiempo a un amigo ingrato.

La joven se alejó, pero él dijo:

-¿No queríais descubrir quién mató a Ulric?

Lo que quería era atacarlo. Al igual que Thomas, quería tener arma y la oportunidad de clavársela. Pero él único arma que ella tenía era la verdad sobre la muerte de Ulric.

Si le había dicho la verdad sobre su capacidad de retener imágenes en la mente, tal vez pudiera identificar a las personas que habían hablado con Ulric. No podía darle la oportunidad de que hablara con ellas primero, bien para obligarlas a permanecer calladas amedrentándolas, bien para asegurarse su silencio matándolas.

-Está bien -dijo Claire, al tiempo que se daba la vuelta-. Dora debe estar en la tintorería. Está fuera de Summerbourne, cerca del río. -Se encaminó hacia allá sin esperar a ver si él la seguía.

-Y, decidme -preguntó Renald, que iba justo detrás-, ¿qué escribió vuestro padre de mí?

El horror la hizo dejar de andar, y se dio la vuelta para mirar de frente a aquel hombre.

-¿Qué tipo de monstruo sois vos? ¿Acaso tenéis alma?

-Todo el mundo tiene alma. Puedo pedirle a Nils que me lo lea. Claire no quería que ni él ni su administrador anduvieran tocando aquel libro. Le dijo lo que esperaba que podía herirle más.

-Le gustasteis.

-Podríais interpretarlo como una guía paterna.

-Tenéis la sensibilidad de ese tronco que acabáis de destrozar. Mi padre creía que lloraría junto a vuestro cadáver.

-Claire, yo lloré junto a su cadáver.

De golpe, la joven comprendió que era cierto. Aquellos ojos agotados y enrojecidos con los que llegó a Summerbourne eran de llorar.

-Pero lo matasteis -dijo ella.

-Pero lo maté.

Y ahí estaba la realidad entre ellos, como una pared de acero, como una roca, fría e irrompible.

-Entonces que Dios os perdone, porque yo no puedo.

Bajaron en silencio hasta el río el uno al lado del otro, divididos para toda la eternidad.

La tintorería y los cobertizos donde se teñían los tejidos estaban situados allí por la proximidad del agua, pero también porque nadie quería cerca el fuerte olor de los tintes. Al notar el hedor, Claire vaciló. Renald le puso una mano en el hombro.

-¿Por qué no entro yo y le digo a esa mujer que salga para hablar con vos?

Ella se apartó.

-¿Y daros la oportunidad de que la amedrentéis para que no hable? No, gracias.

Él tuvo que agacharse para pasar por una puerta muy baja y entrar en las acres habitaciones, llenas de cubas y vapor. Por todas partes colgaban de clavos, en vigas y paredes, telas y hebras teñidas. Los líquidos hervían en las enormes cubas y había charcos de colores por suelo de tierra. Al atravesar la puerta, Claire se tapó la nariz por el ácido olor a orines. Era práctica habitual que los hombres de la zona fueran allí a orinar dentro de las cubas, pues la sustancia era recesaría para el proceso de tinción.

La joven vio a Dora inclinada sobre una burbujeante cuba, con mangas subidas y la falda plegada hacia arriba, sacando y metiendo una tela en el líquido azul.

-¡Dora!

La mujer levantó la vista al tiempo que se retiraba de la enrojecida cara manchada de azul unos cuantos rizos de pelo negro.

-¿Señora?

-Necesito hablar contigo. Busca a alguien que se ocupe de eso y ven fuera.

En aquel momento la encargada de la tintorería venía hacia donde estaban, y Claire dejó que fuera ella quien siguiera con el trabajo sacó a la joven tintorera de allí, al aire fresco.

-¿Sí, milady? -preguntó Dora, que miraba nerviosamente a Claire y a De Lisie, aunque su aparente agitación podía ser un efecto de sus pálidos ojos saltones.

-No es nada grave -le aseguró Claire-. Sólo queremos saber qué hizo Ulric, el escudero de mi padre, la noche que murió. Creemos que pudo estar sentado contigo en la comida.

-¡Oh, sí, milady! Estuvo sentado a mi lado. Pero sólo un rato. Llegó tarde, y luego yo me tuve que marchar a echar una mano en 1as cocinas.

La joven señora de Summerbourne se esforzó porque no se le notara la ansiedad, no fuera Dora a ponerse aún más nerviosa.

-¿Habló contigo?

La tintorera frunció el ceño como si acabaran de hacerle una pregunta difícil.

-Me saludó cuando se sentó.

-¿Supiste que acababa de volver de viaje?

-Me lo figuré, pues llevaba el morral y un garrote.

Claire hubiera querido sacarle toda la información con rapidez, pero sólo con paciencia conseguiría algo.

-¿Sabías que Ulric era el criado personal de mi padre?

-Si, milady.

-¿No tenías curiosidad? Quiero decir, por la muerte de lord Clarence.

Los protuberantes ojos de la tintorera siguieron con la mirada perdida.

-No, señora. Estaba viendo a los volatineros. Lo hacían muy bien.

Lady Claire lanzó a Renald una mirada de exasperación, después volvió rápidamente a centrar la atención en la criada. Él era el enemigo.

-Entonces durante todo el tiempo que estuvo allí sentado, ¿no dijo nada más?

Dora se rascó toscamente por debajo del voluminoso pecho.

-Me dijo que me callara.

-¿Que te callaras? -Claire no pudo evitar mirar otra vez a su marido y le sorprendió el gesto de sus labios.

Un asesino no debía tener una sonrisa contagiosa. No era lógico.

-Yo sólo quería ser simpática, milady. Le estaba hablando de las piruetas, que si había visto a otros tan buenos, y él me dijo que me callara.

-¿Y no habló con nadie más? -Aunque sabía que Ulric era un hombre taciturno, lo normal, en un universo que funcionara con sentido, habría sido que dijera algo más antes de morir.

Como si hubiera captado los pensamientos de la dama, Dora dijo: -Seguramente habló un poco más con Sigfrith.

-¿Sigfrith?

-Lo tenía al otro lado.

Claire vaciló unos instantes antes de confirmar quién era aquel nombre.

-¿Sigfrith el de las cuadras?

-Sí, milady.

Confirmada la duda, la dama despidió a la tintorera.

-Gracias, Dora. Ya puedes volver a tu trabajo. Pero entonces intervino Renald.

-Un momento, Dora, ¿no viste a nadie más hablando con Ulric? La mujer frunció el ceño, lo que producía la inquietante impresión de que los ojos iban a salírsele de las órbitas.

-Creo que unos tipos llegaron por detrás y parecía que iban a hablar. Pero no se quedaron. ¿Por qué iban a hacerlo si Ulric no tenía ganas de charlar?

-¿No te acuerdas de quiénes eran ni de nada de lo que dijeron?

-Estaba atendiendo al espectáculo, milord. -La tintorera se quedó pensando unos momentos, sin dejar de rascarse, como si aquello le refrescara la memoria-. Me acuerdo de uno... Uno que dijo algo así como: «Ulric, pensé que habías muerto». Sí. Aquello me chocó. Me acordé de quién era Ulric y de que el señor había muerto. Me puse un poco triste...

-¿No tienes ni idea de quiénes eran aquellos hombres?

La criada los miró a los dos, al tiempo que se frotaba la falda gris con las manos manchadas de rojo y azul.

-No, milord. No, milady.

Renald asintió con la cabeza, dio las gracias a la tintorera y se alejó con Claire.

-Esperemos que Sigfrith nos sea de más ayuda. Supongo que debe de ser el hombre de pelo entrecano, con nariz grande.

-Sí.

-Me ha dado la impresión de que os habéis alarmado al oír e nombre.

Renald era demasiado perceptivo, pero ella no quería contarle que Sigfrith era un pariente lejano. Aquello le habría servido para reforzar su idea de que el asesinato podía haber sido obra de su abuela.

No obstante, ella misma empezaba a preguntárselo. Jamás había visto ninguna relación entre lady Agnes y aquel mozo de cuadra, pe si su abuela hubiera querido contratar a un asesino, bien podría haberle servido un hermano adoptivo.

No tenía mucho sentido. ¿Su abuela?

Por mucho que deseara ahuyentar aquella idea, Claire no se atrevería a asegurar que lady Agnes fuera incapaz de planear un asesina Se repitió a sí misma con fuerza que el asesino era Renald. Te un motivo. Lo único que ella debía hacer era demostrarlo.

-Vayamos entonces a las cuadras -dijo Claire, encaminando hacia las murallas-. Supongo que no se os habrán quedado grabad las personas que se pararon a hablar con Ulric.

-No puedo controlar lo que retiene mi mente y lo que no.

-En cualquier caso, no me lo contaríais.

Renald la detuvo sujetándola por el cordón de la cintura. -Claire, si yo hubiera matado a ese hombre, nada de esto ten importancia. Y si no lo he matado, lo que quiero es que vos tenga toda la información que pueda exculparme.

Ella se volvió.

-¿Que no tiene importancia? No creo que vos empuñarais la espada. No tuvisteis tiempo. Pero podríais habérselo ordenado a cualquiera de vuestros hombres. Supongo que, al igual que vos, matan por encargo. Así que, ¿qué pasaría si Sigfrith se acordara de que uno de vuestros hombres se detuvo a hablar con Ulric?

-Vamos a preguntárselo -contestó escuetamente De Lisle, y aceleró el paso.

## Capítulo 19

Mientras interrogaban a Sigfrith, Claire observó con detenimiento a aquel hombre y llegó incluso a detectar en él cierto parecido con su padre. Salvo de asuntos de las cuadras, no le había hablado hasta entonces de ninguna otra cosa.

Lo encontraron en una de las caballerizas, limpiándole las herraduras a un caballo.

-Lord Renald, lady Claire...

-Sigfrith -dijo ella-, confiamos en que puedas contarnos algo del pobre Ulric.

El hombre siguió con la cabeza inclinada, concentrado en su labor.

-¿Ulric? ¿No está muerto?

-Estabas sentado a su lado en el banquete.

Sigfrith levantó la vista con la expresión del que se ve venir algún problema.

-¿Y qué? Llegó tarde y se sentó allí, señora. ¿Qué pasa por eso?

-Queremos saber si te dijo algo.

-Nada.

Claire intercambió una rápida mirada con Renald, antes de reparar en que la reacción de culpabilidad de aquel hombre no era muy buena para su propósito.

-¿Ni siquiera «buenas noches»? -preguntó Renald-. Ponte de pie y míranos.

Por un momento, Claire pensó que el mozo de cuadra no iba a obedecer a aquella fría orden y temió por él. Pero entonces, el hombre soltó la pezuña y se puso en pie. Hasta hizo una reverencia.

-Sí, bueno..., milord, seguramente diría eso.

-¿Y tú le devolviste el saludo?

-Sí..., supongo, milord. No me acuerdo.

Claire se preguntó si Sigfrith habría sido siempre tan huraño o su actitud sería una muestra de culpabilidad.

-¿Y él no dijo nada más? -preguntó Renald, con paciencia. ¿Sobre los volatineros o quizá sobre Dora que estaba hablando ellos?

El hombre frunció el ceño, más con aire pensativo que de enfado

-Sí, milord, dijo algo de eso. La llamó cotorra, que es verdad. Pero Ulric era un hombre de muy pocas palabras.

-¿Lo conocías bien? -preguntó Claire.

El mozo de cuadra volvió hacia ella sus azules ojos; aquellos ojos tan parecidos a los de su padre.

-Claro que sí, milady. Teníamos más o menos la misma edad hemos vivido aquí toda la vida. -Hubo un innegable resentimiento en aquel comentario, y Claire volvió a temer por el pellejo de aquel hombre.

-Y ya que os conocías tanto -preguntó Renald-, ¿no cruzasteis ni una palabra? ¿No le preguntaste tal vez por su viaje? ¿Ningún comentario sobre la muerte de lord Clarence?

Sigfrith los miró como si estuviera calibrando mucho su respuesta antes de hablar, pero al final dijo:

-Supongo que hablaríamos de algo. Creo que le dije que me había preguntado varias veces dónde estaba. También le pregunté qué había pasado al caballo de lord Clarence. Era un buen animal. Claire miró a Renald.

-¿Y qué le pasó a Adam?

Los oscuros ojos de De Lisle adoptaron un brillo de autoridad

-Eso luego. Y entonces -dijo dirigiéndose a Sigfrith-, ¿qué contestó Ulric?

-Que no era asunto mío. Pero eso no es verdad, porque las caballerizas sí son asunto mío.

-¿Dijo algo sobre la muerte de lord Clarence o sobre mi compromiso con lady Claire?

Aquella pregunta sorprendió al mozo de cuadra.

-No, milord.

-¿Nada? -preguntó Claire-. Me sorprende que no se mostrara interesado por mi compromiso matrimonial.

-Pues yo no sé nada de eso, milady. Él no dijo nada.

La joven hubiera creído que el hombre estaba mintiendo, pero no sabía explicar por qué. Aun cuando hubiera matado a Ulric por su cuenta o siguiendo instrucciones de su abuela, ¿por qué no admitía que Ulric había hecho algún comentario ante un compromiso tan desconcertante?

Era Renald el que había matado a Ulric, se recordó a sí misma. Renald o cualquiera de sus hombres.

De Lisle siguió preguntando:

-Unos hombres se pararon a hablar con él, ¿recuerdas a alguno?

Sigfrith se encogió de hombros.

-Gregorio el mazas. Está casado con una hermana de Ulric. Le dio el pésame, creo recordar; lo mismo que lord Eudo. Y Britha, ya sabéis quién es Britha, milord, le preguntó si se encontraba bien.

Claire apuntó los nombres y se preguntó si aquel «Ya sabéis quién es Britha» significaría que Renald había conocido a la voluptuosa criada en sentido bíblico.



Librodot

Hizo como si no le importara y preguntó:

-¿No recuerdas nadie más que hablara con Ulric aquella noche?

-También el escudero del señor, Josce.

El punzón de Claire se detuvo, sin acabar de apuntar aquel nombre, y ella miró a Renald, quien no se inmutó. Pero aquello, Claire empezaba a darse cuenta, significaba mucho.

-¿Oíste lo que hablaron Josce y Ulric? -preguntó la joven. Algo así como «te espero en el jardín...».

Pero ¿Josce? ¿Aquel joven de pecosa cara de manzana y amplia sonrisa? Aunque, ¿qué iba a hacer un escudero si le ordenaban que matara? Lo mismo que su señor: obedecer.

-No, milady -contestó Sigfrith-. El joven habló en voz baja, como de algo privado. -En la mirada esquiva del mozo de cuadras se reflejaba la seguridad de quien ha desencadenado un problema y se alegra de ello. Claire tendría que pensar con detenimiento si aquel hombre debía permanecer en su puesto.

Terminó de escribir, dio las gracias al criado y salió a la luz del sol. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, miró de frente a Renald .

-¿Y bien, milord?

Él apretaba con fuerza las mandíbulas y había un gesto de irritación en su boca, pero no contra ella.

-Lo mejor será que vayamos a hablar con Josce.

Echó a andar con tal premura que Claire tuvo casi que correr para alcanzarlo.

-¿Defendéis aún vuestra inocencia?

-Es que sigo siendo inocente, como Josce podrá aclararnos dentro de un momento.

-No pretendáis echarle toda la culpa a él, no es más que un muchacho.

-Le culparé únicamente de lo que se merezca -dijo él, cerrando el puño con fuerza. Claire le agarró del brazo con las dos manos. Renald se detuvo, pero se dio la vuelta tan de golpe que ella sintió miedo.

Tras unos instantes de desconcierto, la punzante sensación de peligro se aplacó.

-¿Qué?

Claire tuvo que hacer un esfuerzo para que le saliera la voz.

-Si Josce mató a Ulric -dijo, y se obligó a añadir-: fue siguiendo órdenes vuestras.

Renald se limitó a darse la vuelta y siguió andando hasta la sala. Casi sin aliento, Claire fue tras él, sin dejar de sentir que estaba a punto de haber un derramamiento de sangre. ¿Sería capaz de matar a su escudero para ocultar su culpa?

Josce estaba riéndose con un grupo de muchachos, pero ante la firme orden de Renald, se apresuró a ir junto a su señor, con las pecas de un rojo más intenso de lo habitual sobre la piel repentinamente pálida.

-¿Sí, señor? ¿Ocurre algo?

-¿Qué hacías hablando con Ulric, el hombre de lord Clarence, la noche que murió?

En lugar de una exculpatoria confusión, el rubor de la culpa invadió las mejillas del rostro de aquel joven hasta el punto de que las pecas casi le desaparecieron de la tez. Claire esperó con nerviosismo una confesión, tentada de hacerle callar de alguna manera.

El escudero se humedeció los labios.

-Quería... lo único que quería decirle era que... que lo sentía.

-¡Que lo sentías!

La voz de Renald sonó tan perpleja como estaba Claire. ¿Qué sentía? ¿Un asesinato antes de cometerlo? ¿Si no, qué?

Josce miró a la joven dama, con una expresión casi de súplica. Después, volvió a mirar a su señor.

-No le dejasteis que regresara con el cuerpo de lord Clarence, milord. Aquello lo entristeció mucho. Sé que le hubiera gustado estar presente en el entierro.

Renald tenía otra vez el pulgar sobre su cinturón, y no paraba de dar golpecitos con un dedo sobre el cuero. Aún apretaba las mandíbulas. Era innegable que seguía irritado, pero la joven no alcanzaba a entender el porqué. ¿Acaso tener un alma compasiva era un pecado para aquel hombre?

-En el morral de Ulric -dijo Renald-, había unos cuantos chelines y algún penique.

Para asombro de Claire, el semblante de Josce se tornó blanco como la nieve, salvo por las pecas.

-Yo le di ese dinero -susurró.

Renald cerró la mano entera rodeando el cinturón, y el escudero empezó a temblar. Claire los miraba a los dos, absolutamente desconcertada.

-Mañana, volverás a la casa de tu padre -dijo Renald, con firmeza-. A pie, pero enviaré unos cuantos hombres para asegurarme de que llegas allí.

Los labios del escudero se estremecieron.

-Sí, milord.

-¿Entiendes por qué?

La nuez en el cuello del escudero se movió bruscamente al tiempo que tragaba saliva.

-Sí, milord.

Renald asintió con la cabeza.

-Aléjate de mi vista. Pasa la noche en la capilla y reza.

Claire esperaba que Josce dijera algo, una excusa, una súplica, pero el muchacho se dio la vuelta y se marchó con paso rápido, casi conteniendo las ganas de echar a correr.

¿Qué había ocurrido? ¿Josce había ofendido a su señor por haberle dado unos chelines a Ulric?

-¿Qué ha hecho de malo por...?

-Confío en que estéis satisfecha de ver que él no lo mató.

La mirada de Renald era dura como una roca.

Ella había creído que Josce habría matado a Ulric por orden de De Lisle, pero después de aquella escena, ya no sabía qué pensar.

-Es posible, pero entonces... ¿Por qué lo ...? ¿Es que no queríais que Ulric tuviera nada de dinero? ¿Pretendíais que se muriera de hambre?

-Le dejamos comida suficiente para una o dos semanas. -Renald le dio la espalda y empezó a andar, pero de repente se volvió otra vez-. No os ocultaré nada: no quería que Ulric llegara hasta que todo estuviera arreglado, por eso me aseguré de que tuviera que hacer un largo viaje. Si Josce no me hubiera traicionado, no se habría presentado aquí antes de tiempo.

-¿Traicionado? No creo que por unos...

Con un brusco movimiento de la mano, Renald la obligó a callarse.

-No habléis más de eso.

Claire sintió que se le secaba la boca. De Lisle estaba al límite de un violento ataque de ira. ¿Contra Josce? ¿O por algo que el muchacho pudiera confesar?

Hizo un esfuerzo por atreverse a hablar.

-Así que lo que queríais era mantener alejado a Ulric, y cuando apareció lo matasteis.

-¡Por los cuernos de Lucifer! ¡Si hubiera querido matarlo, lo habría hecho en Londres! -Se frotó la cara con la mano-. Os doy mi palabra, Claire -dijo, mientras la miraba fijamente a los ojos-. Os juro por mi alma, que yo no maté a Ulric, no ordené que lo mataran y no apruebo su muerte. Jamás haría algo así. Al igual que habéis considerado respecto a vuestra abuela, no tenía ninguna necesidad de hacerlo. No hubiera podido mantener el secreto eternamente. Y

matar por algo semejante sería asesinato. La inmortalidad de mi alma es más importante para mí incluso que Summerbourne. Y que vos.

El hombre salió de la sala, y Claire guardó torpemente el punzón con mano temblorosa, afectada en gran medida por aquel «Y que vos».

¿Sería realmente posible que la amara a pesar de haber matado a su padre?

Sin duda era posible.

Por eso su situación era una tragedia.

Claire no tuvo más remedio que aceptarlo por la profunda negrura que le atenazaba el corazón. Por primera vez, admitió sin reservas la verdad: en el fondo de su ser y para siempre, amaba al asesino de su padre.

Atónita ante la realidad, encaminó sus pasos hacia la paz y el sosiego del jardín y las hierbas medicinales, para reflexionar sobre las cosas. Desde el sórdido descubrimiento en la alcoba nupcial, no había sido capaz de pensar con lógica sobre su situación. Ahora, entre las aromáticas veredas, se proponía hacerlo.

Renald era un hombre de guerra, un espada sangrienta, pero ella creía en su corazón que era también un hombre de honor. Sabía que cuando se lo proponía podía ser amable. Sin embargo, sabía también que para él Summerbourne era un premio muy codiciado. Sin tierra desde muy joven, había anhelado siempre una hacienda de su propiedad en la que formar una familia, una dinastía.

Y eso explicaba su participación en la muerte de su padre. Cuando el rey le ordenó que matara, la tentación fue demasiado fuerte y obedeció con la esperanza de conseguir lo que tanto anhelaba. Por el hecho de que su padre fuera un rebelde, el mundo no juzgaría que había cometido un acto innoble, pero ella sí.

Tal vez Renald hubiera llegado a convencerse de que la muerte de su padre había sido un acto de justicia, incluso puede que un acto bendecido por Dios, pero no era verdad. El rey no había tenido razón alguna para matar a Clarence de Summerbourne; no cuando a otros muchos los había dejado con vida.

Seguramente al matarlo quiso librarse del peso de su conciencia y vio también la posibilidad de recompensar a un leal seguidor, Había cumplido sus dos objetivos forzando a salir a la arena a un hombre que no estaba entrenado para enfrentarse con un campeón.

Esa injusticia convertía el acto en un asesinato; un asesinato fraguado por la culpa y la avaricia. Para empeorar las cosas, Renald había vuelto a matar de forma aún más cobarde, para impedir que la noticia fuera un impedimento para su matrimonio.

Se quedó de repente inmóvil al recordar el punto a favor de su abuela.

Ninguno de los dos, ni De Lisle ni su abuela, tenían ninguna necesidad de matar al pobre Ulric. La noticia que él hubiera contado no era ningún secreto. Lo único importante era retrasarla.

Aun cuando Renald hubiera visto llegar a Ulric y hubiera querido mantener oculta la verdad hasta la boda, habría bastado con que sus hombres lo hubieran llevado a alguna parte, alejándolo de allí. Eso habría sido lo sensato, y ya sabía ella bien que Renald no era ningún estúpido.

La joven se dejó caer sobre un banco.

Lo único que hubiera tenido que hacer habría sido retrasar la noticia.

Como había hecho con el viaje de regreso de Ulric.

Como había hecho con ella, vigilándola en todo momento y apartándola de los invitados por si alguno le contaba algo.

Como había hecho amenazando al conde.

Por tanto, a menos que hubiera otro inimaginable motivo, Renald no había matado a Ulric ni había ordenado que lo mataran.

Un primer sentimiento de alivio vino a marchitarse en su corazón, porque el problema principal seguía ahí. Renald había matado a su padre, y eso nunca podría cambiarse.

Reparó de pronto en que había perdido su última esperanza de librarse de aquel matrimonio sin llevar a la ruina a su familia.

¿Qué iba a hacer?

No se le ocurría nada.

Después de unos momentos de aturdimiento, decidió que tenía que hacer algo o se iba a volver loca, así que sacó de la tierra unas cuantas plantas y fue a ponerlas a la tumba de su padre. Las fue hundiendo en la tierra con sumo cuidado alrededor del túmulo: caléndulas, clavellinas y alegrías.

No se olvidó de regarlas bien para que arraigaran en su nueva ubicación. Plantaría también un manzano silvestre para ahuyentar al demonio y un perifollo, hinojo y salvia, contra los malos espíritus. Aunque sabía que su padre no estaba allí, que volaba dichoso por el firmamento en su nueva vida, quería respetar las viejas tradiciones y proteger su tumba.

Se detuvo un instante, cubo en mano, otra vez indecisa con el mismo dilema: sólo podría ocuparse en aquellas tareas si seguía siendo la esposa de Renald de Lisle.

-¿Claire?

Se sobresaltó y se dio la vuelta, para encontrarse a su hermano a su lado. El muchacho estaba serio pero, sorprendentemente, parecía tranquilo pese a un moratón que le afeaba el rostro.

-¿De las barras? -le preguntó, decidida a no alarmarse.

-Me agaché tarde. -No daba la impresión de que le hubiera molestado mucho-. Claire, ¿hemos de odiar a lord Renald?

No estaba preparada para aquel tema, pero sabía muy bien lo que era no tener a nadie con quien hablar. Lo atrajo hasta el banco para que se sentara.

-A los ojos del mundo, lord Renald no ha hecho nada malo, pero mató a nuestro padre. Eso cambia indefectiblemente el sentimiento que tengamos hacia él.

El muchacho permaneció allí sentado, con los brazos apoyados en las rodillas.

-Nada más enterarme, le odié con toda mi alma. Ahora ya no sé. Supongo que debo odiarle.

Aquellas palabras reflejaban tanto los sentimientos de Claire que la joven no pudo más que encogerse de hombros.

-Josce me ha dicho antes que las cosas por las que alguien te gusta no cambian.

-Pero otras cosas pueden ensombrecerlas.

Thomas levantó la vista y un rizo vino a ponérsele entre los ojos. -Le dije que le odiaba. A lord Renald. Y que quería matarlo. Por eso empezamos a luchar.

Esa era la pelea que ella había visto.

-Le he pedido a Dios que me ayudara como al Valiente Niño Sebastián. Pero no me ha hecho caso. -El muchacho dejó caer los hombros-. Tal vez algún día sea más fuerte.

Claire le puso una mano sobre el hombro, intentando reprimir el escozor en los ojos.

-No, mi vida, no. No alimentes el odio en tu alma.

-Pero tú también le odias. Te he visto discutir con él.

-Discutir no es odiar.

-¿Tú no le odias? -El chico miró a su hermana-. ¿Vas a seguir casada con él?

La esperanza titiló un instante en el interior de la hermana. Aquella esperanza que tanto le dolía ahogar.

-No, Thomas. No puedo seguir casada con él.

-¿Por qué no?

-Porque mató a nuestro padre.

-No fue culpa suya.

Ay, Thomas. Claire no sabía si su deseo era por la seguridad o porque en verdad sentía amor hacia Renald de Lisle, pero su hermano estaba obligándola a que cambiara de opinión y ella deseó con todas sus fuerzas dejarse convencer.



Librodot

-Nadie más cree que la muerte de padre fuera un acto innoble -protestó el muchacho-. En una justa por la corona, el resultado lo dicta Dios.

La joven se mordió el labio. Quiso preguntarle si pensaba que su padre no había estado en lo cierto en su acusación contra el rey, pero se contuvo para no inculcarle la idea de la traición.

-No pudo ser justo. No, lord Renald contra padre.

-Fue una lucha a muerte, ¿sabes? Si padre hubiera ganado, lord Renald estaría muerto.

Ella lo sabía, pero apenas había pensado en esa alternativa. Reprimió un escalofrío.

-Él no corrió ningún riesgo. Mientras que padre, sí. Thomas ¿lo has pensado bien? Nadie más ha acabado en una justa por la corona, ni Lambert ni Salisbury. ¡Ni siquiera el malvado de De Belléme!

-¿Insinúas que estaba todo amañado? -La mirada de su hermano estaba cargada de tanta ira que se dio cuenta de que debía haber controlado más la lengua.

-No tienes que hablar de esto con nadie -le dijo, mirándolo fijamente a los ojos-. Es muy peligroso. ¿Lo has entendido?

-Sí, pero...

-Pensaré en algo para que podamos vivir decentemente. Pero no podremos seguir aquí. No, después de lo que ha pasado. Eso debes comprenderlo·

El muchacho lanzó un profundo suspiro.

-Supongo que sí. Pero ¿cómo? ¿Qué vamos a hacer?

Por primera vez, Claire expresó con palabras sus pensamientos.

-Voy a pedir la anulación.

-¿Y luego, qué? ¿Eso va a evitar que seamos pobres? La hermana respiró hondo.

-Tal vez la familia de madre pueda acogernos.

No era un gran alivio, y no se sorprendió cuando vio palidecer a su hermano.

-¡Irnos a Francia!

-Es mejor que nada. Pero de momento tenemos que seguir como estamos. ¿No tienes ningún trabajo que hacer?

-No. Josce está en la capilla, llorando. ¿Es que no sabía lo que había hecho lord Renald?

-No. No es por eso.

Claire alzó la vista hacia el bosque y la paja del tejado de la iglesia y pensó si habría alguna forma de ayudar al escudero.

-Iba a enseñarme cómo se limpia una cota de malla. Así que entrado a la sala y le he preguntado a lord Renald, pero me ha dicho que haga lo que quiera. -Sin duda aquella respuesta le había sorprendido tanto que había empezado a preocuparse.

Era una prueba de lo mucho que se había disgustado Renald lo que había hecho Josce. ¿Habría alguien en Summerbourne que tuviera pena en el alma?

-Entonces tienes un rato de asueto -dijo ella-. ¿Porqué no vas a buscar a tus amigos?

Tan sólo unos días antes, Thomas habría salido corriendo de alegría, contento de no tener obligaciones. Ahora, dudaba sobre lo que debía hacer. Se marchó cabizbajo, pensativo. Claire sintió unas ganas inmensas de llorar por todos los cambios que eso reflejaba.

¿No sería mejor que se olvidara de sus escrúpulos y se limitara a complacer a todos los demás? No. Ni siquiera podría. Si yacía en el lecho con Renald, estando para siempre entre ellos la muerte de su padre, nada bueno saldría de aquella unión.

Se quedó contemplando los muros silentes de la capilla. Josce había elegido entre seguir los dictados de su conciencia u obedecer las órdenes de su señor. Igual que ella. Igual que su padre. Igual que Renald.

Sólo Renald había elegido obedecer.

Quienes se negaban a obedecer, abrazaban el sufrimiento.

Tener que volver a la casa de su padre sin caballo le daría una profunda vergüenza. Sabía que Josce habría preferido que lo azotaran hasta levantarle la piel antes de regresar así. Aunque según fuera su padre tal vez acabaran azotándolo también. Iba a ser muy difícil encontrarle a otro señor al que servir.

Se sentía urgida a intervenir por la necesidad de evitar otra tragedia, pero se contuvo por no tener que hablar con su esposo. Por encima de todo, no quería pedirle ningún favor.

Pero ¿por qué se preocupaba ella de lo que pasaba entre unos guerreros?

Fue hasta el telar y se aseguró de que limpiaran bien los cestos cuando se acabara el hilo. Después se fue a hablar de la miel con el colmenero y de los conejos con el conejero. Aunque no hacía falta, se llegó hasta la presa para ver si estaba bien el caudal. Se quedó allí un rato, entreviendo en el agua el brillo de las carpas.

No logró ahuyentar sus pensamientos. No podía dejar de sentir una voz interior que la urgía a actuar. Tras un profundo suspiro, regresó a la casa, dispuesta a encontrarse cara a cara con su marido, su enemigo, y pedirle clemencia.

No estaba en la alcoba, así que fue hasta el gabinete, donde lo encontró en compañía del Hermano Ni1s y de Peter el maderero.

-¿Sí, milady? -La expresión de Renald no fue acogedora y en la habitación había un ambiente que cortaba el aire.

Claire se esforzó por disipar su primer impulso instintivo de irse de allí.

-Quisiera hablar con vos, milord. A solas.

-En este momento estoy ocupado. Estaré con vos en cuanto me sea posible.

¿Dentro de dos semanas?

-Es urgente, milord. Renald torció los labios pero a continuación dijo:

-Hermano Nils, id con Peter a comprobar realmente cuál es el estado de la madera en el bosque.

Dio la impresión de que tanto el administrador como el maderero estuvieron encantados de poder marcharse.

-¿ Sí?

Estaba sentado en un banco, junto a la ventana, con su enorme y oscura espalda apoyada en la colorida tapicería de las cortinas.

-Quiero hablaros de Josce.

-No.

Esta vez no iba a aceptar su tono autoritario.

-Sí.

La miró intensamente.

-Sois una mujer absurda.

Empezaron a apoderarse de ella los temblores, pero se obligó a no hacerles caso.

-Hago lo que tengo que hacer. Igual que hizo mi padre, igual que Josce.

-Lo dudo mucho. Lo único que estáis haciendo es quebrantar un juramento de la forma más absurda que se pueda uno imaginar. Supongo que eso a vos os complacerá sobremanera.

Claire respiró hondo.

-Deseo que aflojéis el castigo que habéis impuesto a Josce.

-¿Os ha dicho él que vinierais a pedírmelo?

-¡No! Por lo que yo sé, os ha obedecido y está en la capilla.

-Es lo menos que puede hacer. Hubiera podido azotarlo antes de mandarlo a casa. Así que como podéis ver -añadió- ya he tenido suficiente misericordia con él.

Claire sintió que podían fallarle las piernas, por lo que optó por sentarse en una banqueta junto al brasero apagado.

-Renald -dijo ella, llamándole deliberadamente por su nombre de pila-, os ruego que aplaquéis vuestra ira y me escuchéis.

El sacudió la cabeza, pero habló a continuación con tono más amable.

-Sois una mujer, Claire, vuestro corazón es blando y con un extraño sentido del bien y del mal. Josce sabe muy bien que lo que hizo es imperdonable.

-No siguió vuestras órdenes. ¿Es que vuestras órdenes siempre son correctas?

-Siempre hay que obedecerlas, del mismo modo que yo obedezco a mi señor.

Por ejemplo, para matar a otro.

-Las órdenes no son siempre correctas -dijo ella, sin referirse ya a Josce.

-Entonces habrá que culpar al que tenga la autoridad.

-¿Incluso ante Dios?

-Incluso ante Dios.

¿Era ese argumento su excusa, su salvación? Que el señor acarreaba siempre con los pecados de los vasallos que cumplieran sus órdenes, del mismo modo que el esposo aceptaba siempre los pecados de la esposa?

Tuvo la tentación de preguntarle si le parecía correcto el asesinato que había cometido, pero se recordó a sí misma que había ido allí a pedir clemencia para Josce.

-El perdón es la parte esencial de nuestra fe, Renald. ¿No sois capaz de perdonar?

-Quizá ya lo haya hecho, pero no puedo tener tan cerca de mí a alguien que no cumple mis órdenes.

-En tal caso, ¿vos siempre haríais lo que os ordenara el rey? -Hizo aquella pregunta sin pensar, pues ya sabía la respuesta. La muerte de su padre era la respuesta. Claro que lo haría. Con irritación, le espetó-: ¿Me mataríais si os lo ordenaran?

Sin dejar de mirarla fijamente, contestó al cabo de unos instantes:

-No. Pero sabría que me esperaría la muerte por esa decisión.

-Os lo ruego -dijo ella, consciente de que los ojos empezaban a llenársele de lágrimas-, estáis aquí para enseñar, no para destruir. ¿No hay ninguna forma de enderezar esta situación?

-Pensé que no queríais ningún acto de violencia en Summerbourne.

Claire se estremeció, confiando en que estaría acertada respecto a los deseos de Josce.

-No soy tonta. Sé que a veces los castigos son necesarios.

De pronto, Renald se levantó, fue hasta la puerta, la abrió y mandó a uno de sus hombres que fueran a buscar a Josce y lo llevaran allí. Ya está, pensó Claire, tragando saliva. Renald iba a obligarla a que presenciara el castigo, sabiendo que también lo sería para ella.

El hombre volvió a sentarse en el banco y los dos se quedaron esperando en silencio.

## Capítulo 20

Después de llamar a la puerta, entró Josce, pálido y con los ojos enrojecidos.

-¿Señor?

Señalando hacia el suelo con un dedo, Renald dijo:

-Arrodíllate.

Con claros signos de estar asustado, Josce obedeció.

-Mi gentil esposa ha pedido clemencia para ti. No digas nada, ya se lo agradecerás luego si sigues estando agradecido. Como bien me ha hecho ver, yo no soy infalible. Ni ninguno de mis hombres. ¿Qué debemos hacer, entonces, si las órdenes de nuestro superior no son correctas?

Al cabo de unos instantes, Josce respondió:

-¿Decírselo a él?

-Con algunos señores, así sólo conseguirías una muerte segura. ¿Me hablaste a mí de Ulric?

-No, milord.

-Mírame.

Josce irguió la cabeza. Claire lo veía de espaldas, pero, sintiendo congoja en la garganta, supo que el muchacho estaba haciendo grandes esfuerzos por contener las lágrimas.

-¿Por qué no? -preguntó Renald.

Aun estando detrás, Claire notó como Josce tragaba saliva.

-No pensé que fuerais a cambiar de opinión, milord.

-¿Es que me consideras estúpido?

-¡No, milord!

-Entonces, tenía buenas razones para dar aquellas órdenes. ¿Me consideras cruel?

-No, milord -la voz de Josce fue más apagada esta vez y empezó a bajar la cabeza.

-¿Crees que Ulric no podía haber hecho el camino de regreso con las provisiones que le dejamos?

-Era un anciano... No, milord.

-Levanta la cabeza. Mírame. ¿Por qué consideraste entonces que tú eras mucho más inteligente y bondadoso que yo?

Claire contuvo las lágrimas ante aquella escena de tortura mental. No podía imaginarse cómo iba a soportar el castigo físico que vendría después.

-¿Y bien?

Josce puso la espalda recta.

-Ahora me doy cuenta de que me equivoqué, milord. Os pido perdón y acepto vuestro castigo.

-¿Tienes elección?

-No, milord. Renald se apoyó contra la pared.

-Mi esposa piensa que debería azotaros y manteneros a mi servicio. ¿Qué dices a eso?

Claire vio el escalofrío que recorrió al muchacho. Sentía verdaderos impulsos de intervenir para pedir clemencia, pero se contuvo. Ya había hecho cuanto estaba en su mano.

-Prefiero que me azotéis a que me mandéis a la casa de mi padre, milord.

Renald se quedó mirándolo, con ojos escrutadores e imperturbable expresión. Después se acercó a él y extendió los brazos mostrándole las palmas de las manos.

-Pon tus manos sobre las mías.

Vacilante, el muchacho obedeció.

-Vas a repetir tu juramento de compromiso hacia mí. Piensa todas y cada una de las palabras antes de pronunciarlas y dilas únicamente si las sientes de corazón. ¿Has entendido?

Josce asintió.

-Sí, milord.

Claire lo vio temblar y se preguntó si, llegados a aquel punto, el muchacho se echaría atrás, pero a continuación Josce habló con firmeza.



Librodot

-Yo, Josce de Gillinford, hijo de Ralph de Gillinford, juro honrar y servir a mi señor, Renald de Lisle, Lord de Summerbourne, seguir sus consejos y obedecer sus palabras.

Renald miró en silencio al muchacho y dijo:

-No habrá más castigos. Pero si rompes tu juramento, Josce, no tendré piedad. ¿Has entendido?

-Sí, milord la voz del muchacho fue muy débil.

-A menos que nos encontremos en una situación sumamente difícil, siempre puedes hablar conmigo de las órdenes que te haya dado, pero en última instancia, mi palabra ha de ser norma para ti. ¿Estamos?

-Sí, milord.

-Y ahora dime -dijo Renald, y a Claire le pareció ver un extraño movimiento de su ceja-, ¿qué harías si te ordenara que mataras a lady Claire?

Hasta los rojos rizos del muchacho se erizaron y él se echó hacia atrás de la impresión.

-¿Yo..., milord?

-Sí.

Josce bajó la cabeza lentamente y no pudo contener el torrente de lágrimas al tiempo que decía:

-Me negaría, milord. Ya sé que no soy quien para...

-No. -Renald le levantó la cabeza cogiéndole de la barbilla-. Eso sería lo correcto si es lo que te dicta tu conciencia, pero entonces aceptarías morir con dignidad.

-Entiendo, milord... Creo que lo entiendo.

-Lo que quiero decir, Josce, es que el alma de un hombre le pertenece sólo a él, y nadie, ninguna autoridad, ni siquiera el rey, puede arrebatársela. Pero estamos gobernados por poderes terrenales y poderes espirituales, y a veces nuestras elecciones pueden costarnos la vida. Pero no hay que temer a una muerte así. Sólo nos llevará antes al cielo. Es peor hacer el mal y seguir viviendo, para acabar después en el infierno.

-Entiendo señor -la voz del escudero estaba cargada del peso de las lágrimas cuando añadió-: Estoy contento de serviros, milord, porque nunca me ordenaréis que haga el mal.

Renald le dio un cachete.

-Ni siquiera cuando te mande que dejes a un hombre volver a casa sin un penique. Debes aprender otra lección: ten mucho cuidado de a quién juras lealtad. Ahora vete a buscar al pillo de Thomas y enséñale a limpiar una cota de malla.

Josce se levantó y tenía un aspecto ligeramente atribulado. Claire vio lágrimas en sus mejillas y supo que a ella también se le habían escapado algunas.

-Gracias, señor, por vuestra misericordia -dijo el muchacho y por las lecciones que me habéis enseñado hoy. -De repente, se dio la vuelta y se arrodilló ante Claire para besarle la mano-. Y gracias de corazón también a vos, milady, por interceder por mí ante mi señor.

Aunque los dos eran casi de la misma edad, Claire le acarició la cabeza.

-Dios vela por ti, Josce. Tal vez algún día llegues a ser tan sabio como tu señor.

El escudero se enrojeció, después se puso en pie y salió presuroso de la habitación.

-La sabiduría ha sido vuestra, no mía -dijo Renald, protegiendo sus sentimientos.

-Yo no sé nada de juramentos ni alianzas.

-Pero sí de enseñar a otros. -De Lisle se levantó y se puso a mirar por la ventana, al tiempo que se frotaba el cuello con la mano-. Josce es mi primer escudero. Antes de convertirme en lord de Summerbourne, no tenía categoría para ello. De la forma en que yo me crié, jamás recibí ningún tipo de instrucción. Me habéis enseñado algo importante.

Era arriesgado quedarse allí los dos solos hablando de esas cosas. Peligroso. Claire dijo:

-Pues aprendéis con mucha rapidez, milord, y superáis con creces a vuestra maestra.

Él se dio la vuelta y la miró.

-Tened cuidado, Claire, o dejaréis de verme como a un ogro.

-Yo no os... -Pero sí lo veía de ese modo.

-¿Seguís creyendo que maté a Ulric?

Ella movió la cabeza, satisfecha de poder responder a algo simple.

-No. Ya veo que no tenías razón para hacerlo.

-Gracias al menos por eso.

-Pero sí matasteis a mi padre. -Aquella frase fue como un escudo entre los dos.

-Sí -dijo él, sin dejar de mirarla.

-Y no sentís ningún remordimiento.

-Y no siento remordimiento.

Con la mano en la boca, ella preguntó:

-¿No podríais hacérmelo ver como vos lo veis? Acabáis de decir que un hombre de honor debe elegir, aun cuando la elección pueda significar su muerte. ¿Cómo es posible que no sintáis ningún remordimiento cuando elegisteis matar a mi padre y apoderaros de Summerbourne?



Librodot

Se esforzó por no teñir de amargura sus palabras, pero no lo consiguió del todo. Era un intento imposible. Se levantó, pero él la retuvo adelantando una mano. No llegó a tocarla, estaba casi al otro lado de la habitación, pero aquel movimiento la frenó.

-Quedaos Claire. Hablad conmigo. Venzamos juntos los obstáculos.

-¿Creéis que podemos?

-Podemos al menos intentarlo. Despacio, ella volvió a sentarse.

-Claire, maté a vuestro padre. Eso, y que Dios me ayude, no podremos cambiarlo jamás. Pero no fue para apoderarme de Summerbourne ni hubo ninguna razón oscura en mi alma que me llevara a hacerlo.

La dama tragó saliva. Que vencieran los obstáculos juntos, cuando su vida, vulnerable como el cristal más fino, estaba en juego en aquella habitación y los dos intentaban vencer un obstáculo inconmensurable.

-Eso no lo entiendo -dijo ella-. No puedo entender cómo no significó nada para vos.

-No he dicho eso. Ha sido lo más doloroso que he hecho en mi vida. Su sombra irá conmigo el resto de mis días. Pero estoy dispuesto a vivir con esa sombra, pese a ella; y a dar y recibir alegría, pese a ella. Es mi propia sombra. No permitiré que oscurezca a otros. Cada cual lleva su sombra.

Verdaderamente era así como Claire lo sentía en su interior. Una sombra para el resto de sus días.

-Sería mejor poder dejarla a un lado del camino -dijo ella; con la cabeza apoyada en la mano, se frotó la sien-. Os amo...

Los ojos de Renald se oscurecieron, pero no se movió.

-Entonces, ¿por qué no dejáis a un lado todo esto?

-Porque no es tan fácil -admitió Claire, con un suspiro. Levantó la vista y vio su espada, que yacía oscura sobre un cofre abollado, como siempre, cerca de su mano-. Esa espada me da náuseas.

Él se acercó hasta el cofre y la cogió con las dos manos tendidas delante de sí, como ofreciéndosela.

-Es un regalo del rey. Lleva una reliquia santa. ¿Queréis que la arroje a la forja? No ha hecho nada malo, y en todo caso, no es más, que un instrumento, no se puede culpar de nada a un mero instrumento.

-El artífice fuisteis vos.

-Sí.

Claire se levantó.

-¿De qué nos sirve todo esto si nunca podremos cambiarlo?

-Yo soy un guerrero y lucho por lo que quiero. Quedaos, Claire. Quedaos y luchad conmigo.

Movida por aquellas palabras de súplica, volvió a sentarse y si intentándolo.

-En realidad vos fuisteis el instrumento del rey-lo dijo para culparlo.

-No. Acordaos de lo que le he dicho a Josce. Yo soy un instrumento, pero con un alma y un cuerpo. Jamás mataría a una persona hacerlo me pareciera una injusticia, ni siquiera aunque me lo pide, Enrique.

-Sin embargo...

-Sin embargo, maté a vuestro padre. Eso es lo que nunca podemos cambiar. Nunca. -De pronto, sujetó la espada por la empuñadura y sacó la hoja de la funda con la facilidad de quien posee una afinada fuerza. La hoja parecía inmensa en aquella habitación tan sucinta y su acero, profundamente oscuro.

-Afrontemos la verdad -dijo él implacable, apuntándola con la punta de la espada, de modo que se interponía entre ellos como un río de negrura-. Me serví de esta espada para matar a vuestro padre, separarle el alma del cuerpo. Si no sois capaz de aceptar esta espada, jamás podréis aceptarme a mí.

Claire la miró, mientras el corazón le latía descompasado como un tambor enloquecido. Quería decir algo, algo esperanzador, pero sentía la lengua paralizada dentro de la boca, y no pudo

La espada, aun con lo pesada que era, no osciló en el aire ni un instante.

-Volveré a matar -siguió diciendo él-. Es mi oficio. Jamás mataré a nadie si hacerlo no me parece justo, pero volveré a matar. Si no sois capaz de aceptar esta espada, jamás podréis aceptarme a mí.

Claire tragó saliva, y se obligó a hablar.

-Yo acepté vuestro oficio. Vos sabéis que os acepté. Pero es esa muerte con la que no podré convivir nunca; y eso no podemos cambiarlo.

Renald volvió a enfundar la hoja, la puso sobre el cofre y se quedó allí, apoyado de frente a la pared con las manos tensas.

-Tenéis razón. No podemos cambiarlo. Y debéis aceptarme a mí, a la persona que mató a vuestro padre. No podría vivir en una mentira. Eso sería peor que no vivir.

Se volvió a mirarla.

-Creéis que soy frío, pero no me es ajeno el amor ni la confianza ni la risa. Si llegáramos a construir algo juntos, no podría basarse en un sacrificio. Debéis aceptarme como soy, sin reservas.

-¿Sin reservas? Pero...

-Pero maté a vuestro padre. Sí. Mientras su muerte esté entre nosotros, no hay esperanza.

Ella lo miró con desesperación.

-¿Cómo negarlo?

Renald se sentó, se sentó en la silla grande de su padre y ella supo que lo había hecho deliberadamente.

-Escuchad -dijo él-. Dejadme que os cuente por qué murió vuestro padre. No sé si servirá de algo, me temo que no. Pero yo no puedo vivir así, y vos tampoco.

Claire no veía de qué modo aquello iba a acercarlos y no quería tener en su mente una imagen muy detallada de cómo había ocurrido, pero dijo:

-Contádmelo entonces.

Él puso las manos sobre la mesa con los dedos entrelazados y se quedó pensando unos momentos. Después, empezó a hablar:

-Vuestro padre fue un traidor a la corona.

Ella fue a abrir la boca y él le dijo:

-No me interrumpáis. Vuestro padre negó el derecho legítimo de Enrique Beauclerc a ser Rey de Inglaterra, y eso es traición en lo que respecta a Enrique. No fueron muchos los que murieron en la revuelta, y el rey no deseaba empeorar las cosas con castigos demasiado severos. A vuestro padre, como a todos los demás, se le ofreció la oportunidad de que jurara lealtad a Enrique y regresara a casa, sólo con una multa.

Claire frunció al ceño al oír aquellas palabras.

-¿Le hicieron esa propuesta, como a todos los demás?

¯¿Pensabais que no se le dio más oportunidad que la de enfrentarse a mí?

Ella asintió con la cabeza y preguntó:

-¿Entonces por qué no volvió...?

-Porque se negó a jurarle lealtad.

Claire recordó haber hablado de eso con su hermano hacía tiempo.

-Pero habría otros muchos en su situación. ¿Quién iba a jurarle lealtad a un rey al que consideraban ilegítimo?

Renald levantó las cejas con expresión irónica.

-Pues todos experimentaron un milagroso cambio de convicciones.

-¿Todos los demás? ¿Sólo mi padre se negó?

-Aparte de los que fueron condenados al destierro.

-¿Y por qué no lo desterraron a él? Al menos seguiría con vida

Renald se inclinó ligeramente hacia adelante.

-Porque no estaba dispuesto a irse. Insistió en quedarse y en decir que el rey no tenía derecho legítimo al trono. Sus amigos, varios hombres de la Iglesia, hasta el rey, todos intentaron convencerle que cejara en su testarudez.

Airada, ella sacudió la cabeza.

-No se puede obligar a un hombre a que se retracte de lo que cree justo.

Claire vio como los nudillos en las manos entrelazadas de él se ponían blancos.

-Sois como él, salvo que vuestro padre sonreía con más frecuencia que vos aun con toda su terquedad.

Con la mano sobre los nerviosos labios, ella dijo:

-Y supongo que haría acertijos y bromas sobre eso.

-Sí.

-Pero no debería haber muerto. Aunque el rey lo hubiera retenido en la Torre. ¿Qué daño podía hacer un hombre como él? Renald separó las manos y se rió con cierta amargura.

-¿Qué daño? Podía destrozar un reino él solo. El rey cometió un error. Invitó a vuestro padre a un banquete, creyéndose que en cuanto viera a tanta gente dispuesta a aceptar la situación... personas buenas, honradas...

-¡Personas cobardes! -exclamó Claire, temerosa de que al pudiera acabar resquebrajando sus murallas.

-Sí, algunos cobardes también. Y vuestro padre no lo era. Pero entre tantas y tantas personas, el rey tenía la esperanza de que vuestro padre fuera capaz de ver el error de su actitud.

Renald se quedó un instante con la mirada perdida, rememorando sin duda un pasado que volvía a su mente con nitidez a causa de aquel don suyo.

-Vuestro padre deleitó a todos los invitados con sus historias y sus acertijos. Tenía un don realmente valioso.

-Pero entonces ¿por qué... ? Él volvió a mirarla de frente.

-Porque era un hombre muy inteligente y muy obstinado y estaba decidido a derrocar a un falso rey. Al final de aquella velada, la más alegre que se recordará jamás en la corte, se encaró con Enrique delante de todos y le exigió su derecho a poner en cuestión su culpabilidad mediante una justa por la corona.

Claire le miró fijamente.

-¿Mi padre lo exigió?

-Os lo juro. Enrique no pudo negarse. No pudo tan siquiera discutir con él; hubiera parecido que el propio rey no creía en su legitimidad.

-Y os eligieron a vos para que fuerais su adversario. -El corazón de Claire empezó a acelerarse de forma vertiginosa, al vislumbrar una tenue esperanza. Su padre lo había exigido y Renald, siendo el campeón, recibió la orden de hacerlo...

-Yo pedí que se me concediera tal honor.

-¡Lo pedisteis! -Estuvo a punto de levantarse y marcharse corriendo de la habitación, pero se obligó a quedarse. ¿Si lo amaba, no podía al menos escucharle?-. ¿Por qué?

Ella supo que él había percibido perfectamente su impulso de salir y su esfuerzo por quedarse.

-Claire, sois más preciosa que los rubíes, que las perlas, que el aire. Entonces yo no era campeón del rey. FitzRoger era el campeón. Pero él no quería participar en aquella justa, influido en gran parte por el gran afecto de Imogen hacia vuestro padre. -Renald apretó los labios-. Mirando ahora hacia atrás, comprendo cómo el amor puede transformar a un hombre.

-¿El amor? -dijo ella, casi sin aliento, pensando en Imogen y en FitzRoger el bastardo; pensando en su propio marido.

-Sí, el amor. Yo os amo como jamás creí que un hombre fuera capaz de amar. Os amo.

Aquellas palabras se quedaron flotando en la habitación como un haz de luz, mas sin llegar a rozarlos, como un rayo de sol que no estuviera aún al alcance de ninguno de los dos.

-Entonces os encomendaron a vos esa... tarea -dijo ella, sin poder evitar el malestar de su voz al llamar así a la muerte de su padre-. No. No os la encomendaron, la pedisteis. ¿Y por qué, si no fuera para obtener riquezas? ¿Cuáles pueden ser las nobles razones para matar a un inocente?

-No era inocente -dijo él sin alterarse-. Era un rebelde confeso.

-Pero la rebelión era justa.

Renald cerró los ojos y respiró profundamente. Después, volvió a mirarla y siguió hablando.

-A FitzRoger se le abrió una antigua herida... o eso fue la historia que contaron. De inmediato, muchos hombres empezaron a ofrecerse como voluntarios contra vuestro padre en la justa, aun cuando se trataba de una lucha a muerte. ¿Sabíais eso? -preguntó él.

-Puedo imaginármelo, pero todos serían bien conscientes de que no corrían riesgo alguno enfrentándose a mi padre. Debía de parecerles una forma muy fácil de obtener alguna recompensa. Una simple tarea.

-También una forma de demostrar que defendían una causa justa. Ardientes seguidores de Enrique. Hasta hubo unos cuantos rebeldes que suplicaron de rodillas su derecho a luchar.

Tened en cuenta que el rey no es dado a conceder honores y regalos a quienes considera enemigos en secreto.

-¿Eso es todo lo que se pone en juego, honores y regalos? ¿Y dónde queda la justicia?

-Dios demostraría la justicia en el resultado de la justa.

Claire no se esforzó esta vez por ocultar su amargura.

-Si eso fuera cierto, mi padre estaría vivo. Pero ¿cómo acabasteis vos resultando elegido para tan insigne tarea?

Renald tenía aspecto de estar relajado, sentado allí, en aquella enorme silla. Pero ella no tenía ninguna duda de la fuerte tensión e todos y cada uno de sus sentidos.

-El rey quería que fuese el mejor.

-¿Sois vos el mejor?

-Después de FitzRoger, sí.

-Ya. Si realmente fuera el dictado de Dios lo que resultara de una justa por la corona, no habríais sido necesario.

-¿Acaso no creéis en el poder de Dios?

En ese momento, Claire se levantó, sin poder aguantar más la agitación de sus propios pensamientos.

-¡Lo que creo es que hicisteis todos un pacto con el diablo!

-¿Creéis entonces que Satán es más fuerte que Dios?

Ella se dio media vuelta.

-¡No sé lo que creo! Seguid con vuestra historia. Contadme lo noble que fuisteis matando a un hombre que apenas podía sujetar una espada.

Claire pudo oír la serena voz de Renald por debajo de la suya.

-El rey quería que fuera el mejor para que vuestro padre tuviera una muerte fácil.

Se volvió a mirarlo.

-¿Esa va a ser vuestra excusa? ¿Que matasteis a mi padre con rapidez?

-No, con rapidez no. Eso hubiera sido insultarle. Pero sí con limpieza. ¿Sabéis cómo mueren normalmente los hombres en las justas a muerte?

-No -musitó ella.

-Agotados y heridos por todas partes. La cota impide los cortes de la hoja, pero no las magulladuras ni los huesos rotos. Por eso los combatientes acaban tambaleándose, hasta que hay uno que ya no puede más. Entonces, si el victorioso tiene aún algo de fuerza, le rebana al otro la garganta, y acaba todo.

Claire se tapó la cara con las manos y recordó sus hermosas ilustraciones del Valiente Sebastián y el malvado conde Tancredo.

-¿Y es ese vuestro oficio?

-No había luchado nunca en un combate así, y espero no tener que hacerlo nunca más. Pero tuve la destreza suficiente para ser certero, y con esa espada fue una suerte que la hoja atravesara la malla.

La joven lo miró con los ojos encendidos de rabia.

-Pero si mi padre hubiera tenido esa espada, él os habría matado a vos.

-No -dijo Renald, moviendo la cabeza-. Como tampoco Thomas podría matarme con esa espada. Vuestro padre no sabía luchar ni se había entrenado para tener fuerza o agilidad, ni siquiera resistencia.

Me costó mucho conseguir que pareciera un combate honorable. Y casi pierdo el control.

-¿Estuvo a punto de ganaros?

Renald miró hacia la espada.

-Yo no estaba hecho a la clase de hoja que tiene esa espada. No la había probado. Sabía que atravesaba el metal de punta o por los bordes, pero arremetí una vez contra su escudo y lo atravesó, de tal modo que la espada fue a clavarse en la madera; se quedó allí atorada. Vuestro padre era lo suficientemente inteligente como para intentar sacar ventaja de la situación. Pero no lo suficientemente fuerte.

Se volvió a mirarla.

-Sí. Si vuestro padre se hubiera entrenado para la guerra y hubiera sido un hombre fuerte, habría logrado destrozar un país entero. Pero no era así. ¿Por qué creéis que practicamos un día tras otro, semana tras semana desde la infancia? Para adquirir fuerza y destreza y conservarlas. La lucha no es algo que un hombre pueda hacer sólo por una convicción.

Claire se mordió el labio inferior.

-Se creyó que él era el Valiente Sebastián. Pensó que Dios lo a daría.

-Entonces, ¿qué conclusión sacáis del resultado?

-Que ya no hay Dios en esta tierra.

Aquellas palabras quedaron inmóviles en el aire de la habitación, haciendo pedazos el fino cristal y ahogando los haces de luz. Renald se levantó y fue junto a ella.

-¡Claire, luchad! ¿Cómo no podéis ver que fue el dictado de Dios? Fue un combate justo.

Ella se replegó.

-Porque vos fuisteis el adversario elegido. Porque luchasteis con esa espada. Si el rey hubiera tenido verdadera fe, habría luchado mismo.

La joven estaba en aquel momento apoyada contra la pared, acorralada, y él la encerró en sus robustos brazos.

-¿No os dais cuenta? -susurró Claire-. Es como la serpiente del Edén, musitando lo fácil que es. Lo fácil que es aceptar que el bien es el mal y que las mentiras son las verdades...

Renald bajó la cabeza y rozó con sus labios la base de la garganta de su dama.

-Yo os digo la verdad.

-Tal como vos la veis. -Pero en lugar de apartarlo de su lado, lugar de resistirse, Claire echó la cabeza hacia atrás, quedándose, puesta a él.

El hombre le rozó entonces con los labios el sensible hoyuelo esa parte, y ella se estremeció.

-No tengo más palabras -murmuró él-. Soy un guerrero. Sólo sé luchar.

Subió por el cuello de su amada, con la lengua, los labios, difuminando sus pensamientos como se difuminan las plumas en el viento perdiendo la conciencia, hasta llegar a la boca de ella, a sus labios entreabiertos.

-Si os tomo ahora -dijo él, mezclando su aliento con el de ella-, seréis mía para siempre.

Claire se sentía sólo labios, calor, deseo, rozando los del amado.

-Resistíos, Claire -gimió él-. Resistíos. Paradme. -Pero la capturó con su boca, la abarcó entera con su cuerpo, y el deseo más intenso se apoderó de ella.

Gracias a Dios y para desgracia nuestra, la conciencia de Claire volvió a hacerse oír desde la lejanía.

La joven apartó la boca.

-Deteneos. -Fue apenas un susurro, y las manos de ella sobre su pecho se resistieron con la levedad de unas alas de polluelo-. No debemos...

Él se quedó inmóvil, otra vez de cara a la pared con las manos tensas. Al punto se alejó, poniendo la habitación de por medio.

-Luchad, Claire -volvió a decirle, mirándola de nuevo-. Yo no puedo cambiar el pasado, por eso vos debéis intentar ver la verdad. O que Dios se apiade de nosotros.

Capítulo 21

Claire salió corriendo de la habitación hasta que llegó al santuario de la alcoba con las mejillas cubiertas de lágrimas. El paraíso se alejaba a su alrededor, volaba hasta estar fuera de su alcance, y la serpiente era su única manera de diferenciar entre el bien y el mal.

¡No! La serpiente, no. La serpiente era en verdad la maliciosa tentación de su amor.

Al final, todo se fue asentando en un poso de tristeza en medio de un oscuro paisaje de negro y gris. Se lo había contado todo. Le había roto el corazón, pero no había servido de nada, porque la causa de su padre había sido justa. Renald había admitido que los rebeldes cambiaron de opinión movidos por el miedo, no porque se hubieran dado cuenta de pronto de que Enrique Beauclerc fuera un rey bueno y honrado.

Únicamente su padre siguió defendiendo la causa justa y murió por ello. Su muerte sólo pudo ser injusta.

Claire se santiguó y se arrodilló para rezar. Pidió fuerza para resistir a la tentadora serpiente. Después se levantó y cogió las tablas de cera, con el propósito de escribir en ellas las posibles maneras de escapar de aquella situación.

Anulación, escribió. Fundamental. El obispo.

¿Razones? No había habido consumación y era muy probable que hubiera habido engaño. Le preguntaría al obispo si había otras razones. Estremeciéndose al recordar la escena que acababan de tener, se dio cuenta de que no debía quedarse a solas con Renald otra vez, de lo contrario, como él había dicho, caerían en la trampa.

Pero una vez que se deshiciera el matrimonio, ¿qué podrían hacer su familia y ella? Irse a St. Frideswide; lo anotó sobre la cera. Pero aquello no era ninguna solución para Thomas.

Francia, escribió. La familia de su madre.

Recordó lo que Renald le había contado de su infancia. Ella no quería eso para Thomas; además su abuela no soportaría el viaje.

Se mordió el labio inferior. Tenían otros parientes, pero todos en Inglaterra; todos, súbditos del rey.

Repasó la lista que había escrito y borró rápidamente aquellas absurdas palabras. Por todos los santos: ¿qué se suponía que tenía que hacer?

Se acordó de que hacía unos días se había propuesto escribir todo lo ocurrido. Lo acabaría. Tal vez en esos escritos encontrara alguna clave. Se puso a buscar su cuaderno de notas y cayó en la cuenta de que no estaba sobre el escritorio donde ella lo había dejado.

Miró por toda la habitación, pero no estaba en ninguna parte. Abrió con llave el cofre en el que guardaba sus trabajos y sacó las tapas grandes en las que tenía las ilustraciones del Valiente Niño Sebastián. Debajo había algunos papeles, incluido el diario de su padre pero no el que estaba buscando.

Fue a mirar en los otros cofres de libros, pero estaban cerrados con llave y lo que contenían eran trabajos encuadernados. Tampoco estaba en los baúles de ropa. ¿Cómo iba a estar allí?

-¡Prissy! -gritó al tiempo que abría la puerta y salía al corredor-. ¡María!

-¿Señora? -Prissy se levantó de un brinco, con una media Claire en la mano y, colgando de la prenda, la aguja de zurcir. -Aparte de ti, ¿ha estado alguien aquí esta mañana?

-No, milady, que yo sepa, no. -Ven aquí.

Ya dentro las dos de la alcoba, le preguntó si algún ladrón pod haber entrado en la alcoba aquella misma mañana.

-¿Un ladrón, señora? ¿Os falta algo?

-Mi cuaderno de notas -tras decir aquello, Claire empezó. comprobar otra vez inútilmente todos los cofres y baúles. Mandó a criada que mirara por detrás y debajo de los bancos y las mesas, a que costaba trabajo imaginarse que un libro hubiera ido a parar Ella miró incluso debajo de la cama y entre las sábanas. Encontró algunos pétalos mustios, pero nada parecido a un pedazo de pergamino

-Aquí no está -dijo Prissy-. ¿Estáis segura de ... ?

-¡Estaba aquí! ¿Por qué se lo habrá llevado alguien? Los libros tienen valor, ¿pero mis notas sobre trozos de pergamino?

No era tan importante, pero en medio del caos aquella última pérdida la llevó a un estado de verdadero pánico.

-Tal vez entró alguien por la ventana, señora. Claire miró por la abertura que daba al patio.

-La gente de Summerbourne no roba.- Aunque tampoco los hubiera creído capaces de asesinar. Quizá había sido uno de los hombres de Renald, que eran tanto asesinos como ladrones, la serpiente del Edén...

-¿Queréis que se lo digamos a lord Eudo, señora? Como es el juez...

Claire negó con la cabeza.

-No merece la pena mandar a buscarlo por unos pedazos de pergamino.

-Pero si todavía está aquí, señora.

-¿Lord Eudo? ¿Está aquí?

-Está investigando la muerte de Ulric. O eso dice. No parece que haga mucho aparte de comer y beber.

-Entonces, sí. Ve a decirle que venga a hablar conmigo, Prissy. Por lo menos que revisen los morrales de sus hombres antes de que se vayan.

Al momento volvió Prissy.



Librodot

-Acaba de marcharse, señora.

-¡Búscame un mensajero! Le pediré que revise a sus hombres. Casi me entra risa de pensar que alguien pretenda vender mis burdas notas. Pero no quiero perderlas.

Cuando apenas había dado el mensaje, entró Felice a exigirle que fuera con ella a ver uno de los gansos que estaba enfermo. Claire sabía que no era necesario, pero no se opuso. Tenía otras muchas cosas de las que preocuparse.

No supo decir qué le pasaba al ganso, así que ordenó que lo mataran y que quemaran el cuerpo del animal.

Deseó que todos los problemas fueran tan sencillos de resolver.

El libro no apareció y durante dos días de evitar a Renald, a Claire no se le ocurrió ninguna solución mágica. Pero Eudo regresó a Summerbourne y fue primero a visitar a lady Murielle.

Salió de su cuarto, moviendo pesaroso la cabeza.

Claire entendía por qué. Su madre se había sumido en una melancolía obsesiva, y su visión de lord Clarence era que se merecía la santificación. Aunque Claire quiso a su padre con toda su alma, sabía bien que no había sido un santo.

-¡Pobre Murielle! -dijo Eudo-. Está muy alterada. Claire le sirvió una jarra de cerveza.

-Seguro que con reposo, dentro de un tiempo se recuperará. El hombre la miró.

-Es como si se le hubiera olvidado que vuestra boda ya se ha celebrado.

En el fondo, a ella también le tenía muy sorprendida esa reacción de su madre. Sin embargo, dijo:

-No es raro cuando una persona sufre una impresión tan fuerte, Se pondrá bien con el descanso.

-Rezaré por ella. -Eudo bebió de la jarra-. Dice también otras cosas: que vuestro padre murió en una justa por la corona y que su adversario fue Renald de Lisle.

Claire estuvo, curiosamente, tentada de negarlo, pero dijo:

-Es verdad.

-¡Dios mío! -El juez palideció como si no pudiera creerlo-. Pero eso tuvo que ser una carnicería.

La descripción que le había hecho Renald del combate vino mente de Claire como si se tratara de una de sus ilustraciones.

-Sí.

El juez dejó la jarra sobre la mesa y la cogió de la mano.

-¡Pobre muchacha! Os encontráis entonces en una situación extremadamente difícil.

La joven estuvo a punto mayor dándole consuelo.

-No es fácil, no.

-¿Y qué vais a hacer?

-No lo sé. Creo que debo pedir la anulación. ¿Sabéis vos como ese trámite?

-Lo único que sé es que debéis solicitársela al obispo. ¿No habido consumación?

-Mantenemos voto de castidad. Pero tal vez sea preciso contárselo al rey, él fue quien ordenó este matrimonio.

-La iglesia es independiente del rey. Claire lo miró con intensidad.

-¿Sí?

En los labios del juez había una expresión casi de ira.

-¡Esto es injusto! ¡Nadie puede obligaros a una unión tan indecente!

Con dificultad, Claire recordó que Eudo no pensaba con demasiada lucidez y que su ira desmedida había acabado llevando a su padre al camino de la muerte. Era fuerte en su ira, mas débil en sus actos.

-Tal vez haya alguna manera -dijo ella con vaguedad, al tiempo que se soltaba la mano.

-Tenéis sólo un mes. Bueno, ya menos. Como si ella no lo supiera.

-Os lo ruego Eudo, hablemos de otras cosas. -Sacó el único tema que se le ocurrió en aquel momento-. ¿Habéis sabido algo más de la muerte de Ulric?

En un momento pensó que esa podía ser su salvación.

Ahora, ella sabía que prefería echarse atrás antes que mandar a Renald a la muerte.

Eudo estuvo un momento pensativo mientras apretaba sus finos labios y por fin dijo:

-Nada. Debió de ser un ataque repentino, quizá por la bebida. Ese tipo de muertes no suelen resolverse. -Se acabó la cerveza y se puso los guantes-. Me he detenido nada más que para tranquilizaros por la pérdida de vuestro libro. Por supuesto ninguno de mis hombres lo tenía, he comprobado cuidadosamente todo el equipaje.

-Gracias por ser tan atento. Ha sido una bobada por mi parte pensarlo.

-Debe de estar en algún sitio, estoy seguro.

-Sí, tendréis razón. -Claire lo acompañó hasta su caballo, contenta de que se fuera-. La verdad es que no tiene ningún valor para nadie, salvo para mí.

El juez de detuvo, ya con las riendas en la mano.

-Aun así, debéis tener cuidado. Espero que tengáis el diario de vuestro padre en un lugar bien seguro. Os dejasteis el otro a la vista de cualquiera, en la ventana.

-Oh, sí. El de mi padre está guardado en un cofre bajo llave.

-¿Y habéis empezado a transcribirlo?

-Todavía no me siento con fuerzas.

Eudo fue a montar, pero antes se dio la vuelta.

-Voy de camino hacia el monasterio de St. Stephen, ¿queréis que lo llevé allí? Los monjes os ahorrarían el trabajo.

Era una propuesta bastante razonable, pero Claire negó con la cabeza.

-Gracias, pero no. Es algo que quiero hacer yo misma.

-No tendréis mucho tiempo estos días.

-Sacaré tiempo. Ese tipo de labor me serena.

Pensó que el juez iba a hacer otra objeción, pero dijo:

-Entonces, puedo llevarle una carta al obispo en la que le solicitéis la anulación.

Claire vaciló y sintió con desesperanza en su interior que realmente no deseaba dar ese paso.

-¿No os importaría?

-Tengo asuntos que resolver allí, y no me llevará mucho.

-Pues esperad sólo un momento.

La joven volvió a entrar en la casa y escribió rápidamente una carta. No le salió todo lo elegante que hubiera querido, pero el contenido era claro. Regresó junto al juez y se la entregó, antes de que le fallara la determinación.

-Lamento lo que os ha ocurrido a todos -dijo Eudo, al tiempo que se guardaba la carta en el morral-. Nunca pensé...

Claire casi estuvo a punto de soltar una carcajada. Esa frase podía ser el epitafio de aquel hombre. «Nunca pensé», y en verdad nunca pensaba en las consecuencias de sus impetuosas palabras.

El hombre suspiró y la besó en la frente.

-Que Dios os bendiga y os guarde, Claire. Entregaré vuestra carta a su destinatario, y ojalá que sirva para dejaros libre.



Librodot

Libre. Ella sabía que jamás sería libre.

Claire le vio marcharse, se dio la vuelta y descubrió entonces a Renald, que la estaba mirando.

Debía de haberla visto dándole un documento, pero no había intervenido. Realmente, la estaba dejando que luchara ella sola su propia batalla. ¿Sería él consciente de que ella iba perdiendo?

Le había dicho que nunca la violaría, pero había estado a punto: No. Aquello no había sido una violación.

Cuando se hubiera pasado el mes, tendría derecho a exigirle cuerpo. ¿Lo haría? ¿Tendría ella fuerza para resistirse?

Cada hora que pasaba su ansiedad era mayor, la serpiente se ha más persuasiva.

Buscando alguna manera de protegerse de su deseo, fue hasta sala, donde estaban sentadas juntas su madre y su abuela.

Lady Murielle daba puntadas a un descosido de una de las casacas de lord Clarence. Lo malo era que volvía una y otra vez a deshacerlas para seguir teniendo algo que coser.

Lady Agnes tenía una expresión curiosa, más de impaciencia que de compasión.

-No sé que se ha creído ese Eudo que estaba haciendo aquí, metiendo las narices en todo, como una vieja.

-Pues no conozco yo a ninguna vieja que haga eso.

Cuando su abuela se rió entre dientes, la madre levantó la vista.

-¿Se ha ido ya ese hombre?

Claire supo que no se refería a Eudo.

-Summerbourne le pertenece a él ahora, madre.

Lady Murielle la cogió rápidamente de la muñeca.

-No debes casarte con él, Claire, ni siquiera por el bien de Thomas. Por favor, prométeme que no te casarás. Ya encontraremos una solución.

Claire acarició la mano de su madre, conteniendo las lágrimas al escuchar ahora las palabras que querría haber oído días atrás.

-Haré lo que pueda.

Su madre la soltó y se llevó la mano a los ojos como para secarse las lágrimas.

-Eres una hija muy juiciosa, Claire. Tú sabes cuánto te quiero, ¿verdad? Pero ahora tengo que acabar esto, Clarence la necesitará en cuanto empiece el frío.



Librodot

Claire no pudo soportar aquello.

-Padre está muerto, madre. Lady Murielle levantó la vista.

-Ya lo sé. Lo enterramos. Vestido con una prenda de lana. Pero tengo que acabar esto.

La madre siguió dando puntadas sobre el descosido.

Lady Agnes meneó la cabeza.

-No esperes que hable con sentido en estos momentos. Lo que le pasa es que siente culpabilidad además del dolor. Te empujó a que te casaras y ahora quiere negarlo. Finge que ha hecho todo cuanto ha podido por protegerte.

-Tú también me empujaste, abuela.

-Ah, ya. Pero no siento ningún remordimiento por eso. Si me hicieras caso, te aferrarías a ese matrimonio.

Esa era la razón por la que el consejo de Lady Agnes no le servía. Seguía con la misma cantinela.

-Eso no sería honrado por mi parte.

-¡Honrado! -replicó lady Agnes-. Da igual cómo se mueran, en una batalla, en una justa o de una flecha en medio del bosque. Se mueren y se mueren. La obligación de las mujeres es hacer que las cosas sigan adelante.

-Algunas obligaciones son excesivas.

La abuela la miró con el ceño fruncido.

-¿Qué te parece tan horrible en él? Es guapo, educado. Encantador si quiere serlo y te mira como cualquier mujer desearía que la mirara un hombre.

Palabras de serpiente.

-Quizá sea eso exactamente. Si fuera desagradable, lo aceptaría como una cruz que me hubiera tocado llevar. Pero no me parece honrado ceder al placer por pura debilidad.

Lady Agnes movió la cabeza con impotencia.

-¿Sabes cuál es tu problema? Que tienes dieciocho años. Tu con ciencia no tardará en convertirse en una piedra, pero entonces será demasiado tarde.

Claire no pudo reprimir una carcajada y se inclinó para besar a su abuela en la mejilla.

-Lo siento. Encontraré alguna manera de que tú no sufras, abuela.

Lady Agnes le acarició la cara.

-Sé que te crees que soy una vieja malvada y sin corazón, pero no te apresures, Claire. Tienes un mes. El tiempo lo cura todo.

Claire se marchó, con cierta culpabilidad al saber que la carta iba en camino y la impresión interior de que ya había estado antes en la misma situación. Hizo memoria. Había sido cuando intentó escapar, se de Summerbourne para convencer a Felice de que se casara con ogro.

¿Quién había dicho que la rueda de la fortuna nunca giraba hacia atrás?

Siguió en parte el consejo de su abuela y se dio una tregua para no reinar más en la angustia. Aún le quedaba casi un mes entero. Además hasta que no tuviera noticias del obispo, no podía hacer nada.

Pero los rutinarios días del verano no le serían de gran ayuda par suavizar su decisión.

Renald estaba convirtiéndose en parte de Summerbourne. Apenas podía ya imaginarse su casa sin él y sus bulliciosos hombres. Hasta sus obscenas canciones, sus risotadas y sus burdos juegos empezaban resultarle cotidianos.

La noticia de que aquel hombre había matado a lord Clarence había causado fuerte impresión, pero todo Summerbourne se recuperaba con sorprendente rapidez. Los sirvientes lo habían aceptado como otra de esas cosas que ocurren en la vida. Al fin y al cabo, como alguien le había dicho: «Lord Renald es realmente un buen hombre, milady».

Ella sabía que el que todos acabaran aceptándolo era parte del plan de Renald. Se había apresurado en llegar allí en medio de la tormenta para que la gente lo conociera y lo acogiera con agrado antes de que se supiera la verdad. Le había salido bien, pero eso no significaba que fuera un buen hombre.

Intentaba encontrarle defectos para poder acorazar con ellos su débil corazón.

Pero sólo le veía virtudes. Era atento y considerado con todos. No ordenaba nada que no fuera razonable. Casi nunca levantaba la voz y si lo hacía siempre tenía motivos. Incluso había mantenido su promesa, y salvo por el efecto inevitable de su presencia, se esforzaba por que Summerbourne no dejara de ser un lugar pacífico. Ella no le había visto en ningún acto de violencia. No le había visto nunca empuñando la espada ni con la armadura puesta.

Obviamente entrenaba a sus hombres, pero lo hacía a bastante distancia de Summerbourne.

Aun así, sin que hubiera peleas ni bravuconerías dentro de la casa, la naturaleza de aquel hombre lo había transformado todo. Ahora, la gente acudía a Summerbourne en busca de ayuda contra los depreda

dores, animales o humanos. Claire no había reparado nunca en lo extraño que era que no hubieran ido antes.

Una mañana unos déspotas caballeros empezaron a acosar a la gente en las inmediaciones de Sherborne y los aldeanos fueron a pedir ayuda a Renald.

Él fue a verla para contárselo.

-No creo que tardemos más de un día, milady.

-¿Os vais ahora?

-Debo hacerlo para que no abusen de mi gente.

-¿Pero qué vais a hacer?

-Lo que sea preciso.

Claire se asombró ante aquella respuesta, pues el hombre iba vestido sólo con un traje de lana. Después, reparó en que no se presentaría ante ella con la armadura. Sintió una punzada de miedo. Renald salía a luchar.

-Tened cuidado, milord.

Él la miró.

-¿Queréis que vuelva sano y salvo?

-¡Por supuesto!

Renald extendió una mano, como si pretendiera tocar la de ella, pero entonces dijo únicamente:

-Esa es nuestra tragedia, ¿no es así? -y con una inclinación, se marchó.

Lo vio alejarse sin el beso que un hombre podría esperar al ir a enfrentarse a un peligro, sin ninguna tierna despedida. Ella le envió en silencio palabras de amor, como símbolo de todo lo que estaba perdido.

Claire no pensaba realmente que fuera a resultar herido en un asunto de esa naturaleza, aun así tuvo miedo hasta que él y sus hombres regresaron. Los vio llegar mirando a escondidas desde la ventana y vio cómo todos se regocijaban con el entusiasmo de quien ha actuado con éxito. Renald brillaba de una forma que nunca le había visto antes.

Salvo tal vez la noche de bodas.

Por primera vez, tomó conciencia de la sinceridad de sus palabra cuando habló con ella en el jardín, aquella vez, hacía ya tanto tiempo. Realmente le gustaba luchar y ella le obligaba a ocultarlo.

Más tarde fue a verla después de haberse bañado, desarmado y sin el menor rastro de violencia en su cuerpo, ni una gota de sangre, una herida, ni el menor signo de jactancia.

-Ya hemos arreglado la situación, milady.

-¿Qué era lo que pasaba? -preguntó ella con firmeza, decidida a demostrar que era capaz al menos de aceptarle como guerrero.

-Poca cosa, no era nada. -Le habló después de algunas cuestión sin importancia sobre la administración de la propiedad y se marchó. En otro momento, ella hubiera insistido para que le contara cosas sobre la contienda. Ahora, no sabía cómo hacerlo. Pero se acabó enterando de todo. La gente de Summerbourne se sentía muy orgullosa de su señor, y por todas partes se

hablaba de lo valiente que había sido, de cómo no se había arredrado y había matado al cabecilla de los desalmados, que era un hombre más grande que él. Después, los otros habían salido huyendo o habían sido capturados.

-¿Entonces? -preguntó su abuela a la mesa a la hora de la cena antes de que él hubiera llegado-. ¿No crees que merece la pena aferrarse a un hombre así?

-Sí -contestó Claire-, si supiera cómo.

La joven pasó muchas noches dándole vueltas a su conciencia, pero no podía librarse de la verdad. Su padre había desafiado a Enrique Beauclerc por haberse apoderado del trono y había perdido injustamente. Había algo ahí que tenía que ser malo.

Renald ocultaba sus ejercicios marciales con tal habilidad que ella no hubiera llegado a enterarse de nada de no haber sido por las heridas y magulladuras que tenían sus hombres, incluido Thomas, cuando se sentaban a la mesa. Ella lo había observado, pero no hizo ningún comentario hasta que un día vio a Thomas cojeando.

Su hermano se apartó con un aspaviento cuando ella fue a cogerle del brazo.

-No es nada.

-¿Cómo que nada?

-¡Claire, déjate de ñoñerías! La joven se puso en jarras.

-Thomas de Summerbourne, te guste o no, yo soy la señora aquí. Debo velar por el bienestar de mi gente. ¿Cómo te has herido?

El hermano la miró con expresión vacilante.

-Lord Renald me dijo que no te preocupara con...

-¿ Ah, sí? ¿Cómo te lo has hecho?

-No es más que un corte en el pie...

La hermana lo agarró de la manga y lo llevó hasta la habitación en la que guardaba las hierbas medicinales y los ungüentos.

-Un corte así puede acabar convirtiéndose en una llaga.

-Lord Renald se enfadará -murmuró el muchacho mientras su hermana lo empujaba para que se sentara en un banco.

-Le diré que no ha sido culpa tuya. Enséñamelo.

Con un mohín, Thomas se quitó el zapato y la media, y dejó al descubierto el pie sobre el que tenía una venda. Cuando ella la retiró, pudo ver una desagradable herida bastante profunda, pero que empezaba a cerrarse. ¿Te pusieron algo?

-No, pero está bien.



Librodot

La hermana le lavó la suciedad de alrededor.

-Sí, está bien, pero más por suerte que otra cosa. ¿Quién se encarga de curar las heridas?

El chico se encogió de hombros.

-Nadie. Lord Renald me puso la venda y me dijo que llevara puestos los zapatos cuando fuera por sitios llenos de barro.

Claire extendió un poco de bálsamo sobre un pedazo de tela y volvió a vendarle el pie.

-Vuelve dentro de un par de días para que yo vea cómo va. Y si te empieza a doler...

-Ya sé, ya sé. Te lo digo inmediatamente.

Quiso abrazarle y cuidarle como si fuera aún un niño pequeño.

-Cuídate, Thomas.

El muchacho se puso otra vez el zapato y la media y se marcho renqueante.

-No se te olvide decirle a lord Renald que yo no me he quejado Mientras guardaba las medicinas, la joven pensó que si realmente quería proteger a su hermano lo que debía hacer era rendirse a Renald Podría mentirle. Decirle que había cambiado de opinión.

Negó con la cabeza. Era la serpiente susurrándole, ofreciéndole su sabroso jugo.

Pero sí que podría al menos ocuparse de algo sencillo. Esa bobada de las heridas tenía que acabarse.

Lo encontró en las cuadras. Sigfrith se dio cuenta de la presencia de la dama antes de que Renald se diera la vuelta. Por un momento algo brilló en los ojos de él que la aguijoneó como un látigo, y cayó en la cuenta de que era la primera vez que le veía fuera de la casa después de lo que pasó con Josce.

Para cuando Renald se acercó adonde ella estaba, ya se le veía calmado y comedido.

-¿Deseáis hablar conmigo, milady?

-¿Qué fue de Adain? -preguntó Claire, acordándose de un fleco suelto.

-¿De quién?

-El caballo de mi padre.

-Lo tiene el rey. -De Lisle la miró con dolorosa intensidad Tenía derecho a quedárselo y le gustaba aquel caballo.

Era como para echarse a llorar que aquel hombre se creyera que ese tema le causaba dolor.

-Lo preguntaba sólo por curiosidad.

-Hubiera querido tocarlo, tranquilizarlo. No se atrevió.

-Pero no habéis venido para hablar de Adain.

-No. -Claire pensó en cómo decirlo-. Milord, ya sé que os dado la impresión de que no quiero saber nada de prácticas marcial en Summerbourne, pero estáis llevándolo demasiado lejos.

-¿Lejos?

-Las heridas -dijo ella-. No quiero que haya luchas dentro Summerbourne, pero es mi obligación atender a los hombres heridos.

-Thomas -dijo él, haciendo un ingenuo gesto con las cejas que la enterneció de lo familiar que era ya para ella y el tiempo que hacía que no lo veía-. ¿Se le ha abierto una llaga en el pie?

-No, pero sólo de milagro. Y no, no vino a mí quejándose. Pero es que no puede correr con el pie así. Yo misma me di cuenta. Renald elevó las cejas.

-Siento haberos ofendido.

La joven notó que la distancia, el escudo que los separaba, empezaba a desvanecerse. Era peligroso, la velocidad a la que empezó a latirle el corazón se lo indicaba, pero daría su alma por más momentos como aquél.

-Pues sí me habéis ofendido -dijo ella, con toda la firmeza de que fue capaz-. Confío en que a partir de ahora me enviéis a los hombres que se hagan alguna herida, para que los atienda.

-¿Y si -preguntó él con suavidad- soy yo el que me hago una herida?

Después de muchos latidos, Claire replicó:

-Pues os atenderé, a menos que os opongáis.

-Todo lo contrario. Me tentáis a ser torpe con la espada. Claire contuvo la respiración.

-No -dijo por fin, echándose hacia atrás, bastante atrás-. No, Renald. Es demasiado arriesgado.

Obviamente él no acudió a ella para que le curara las heridas, pero otros hombres sí lo hicieron. Aquel mismo día, a última hora de la tarde, le puso una cataplasma a uno de los soldados que tenía una rodilla inflamada de la que habría que haberse ocupado antes. Al día siguiente, curó un ojo amoratado e hinchado. Fue dándose cuenta de cómo le habían estado ocultando aquel tipo de lesiones tan evidentes, llevando a los hombres a alguna de las cabañas de la aldea en vez de dejarles entrar en la casa.

Después, ya fue constante la fila de heridos que atendía todos los días. No obstante, seguía sin ver apropiado el que los hombres se dedicaran a herirse unos a otros por si acaso alguna vez los llamaban a la guerra; pero se limitó a cumplir su obligación y no insistió más en ello. Ninguna de aquellas heridas alcanzaban el cuerpo de Renald, pero un día vio que él se encaminaba hacia el cuarto de las hierbas. Un momento después de que el corazón empezara a latirle vertiginosamente, se dio cuenta de que traía por el brazo a un fornido soldado que arrastraba una pierna.

-Un corte de espada -dijo De Lisle, según sentaba al hombre un banco-. De hace unos días.

Renald ayudó al herido a bajarse los calzones, y Claire pudo ver un trapo sucio que le cubría parte del muslo inflamado.

-Creí que habíamos llegado a un acuerdo -dijo ella-. ¿ Por qué no lo habéis traído antes?

-No ha sido cosa mía. Se ha estado escondiendo de mí también Claire movió la cabeza y retiró el desagradable trapo. Tuvo humedecerlo antes un poco porque estaba pegado a la herida, sumamente hinchada y llena de pus.

-Podríais perder la pierna por esto -dijo la joven, dirigiendo al soldado, un hombre grande, de mediana edad-. Hasta podríais morir.

El herido bajó la cabeza, con el aspecto de un pobre sabueso que supiera que no había actuado bien. Claire cogió un cuchillo para sajar la herida y Renald se acercó.

-¿Es que no confiáis en que lo vaya a hacer bien?

-Mi confianza en vos es absoluta, pero un hombre tan estúpido que deja que se le llague un herida es capaz de darle un golpe a su cuidadora si le duele.

-No, milord -protestó el hombre-. No voy a tocar a vuestra noble dama.

-En tal caso -dijo Renald-, puede que te sientas tan agradecido que intentes robarle un beso.

El soldado se rió y llegó incluso a guiñarle un ojo a Claire, pero ella vio el sudor en la frente de aquel hombre y supo que no era de fiebre, sino de miedo.

Aseguró en su mano la cuchilla de sajar, sintiendo aún una cálida emoción por la forma en que Renald había dicho «Mi confianza vos es absoluta». Había algo entre los dos, ella lo notaba, que se iba afianzando como un hilo irrompible y se hacía más fuerte día a día Era un mutuo reconocimiento de los valores de cada uno y una valiosa confianza recíproca.

Confío en fortalecer más el vínculo salvando aquella pierna. Sin embargo, al primer roce de la cuchilla, antes incluso de que llegara a cortar, el hombre dio un respingo. Renald se acercó más y lo echó para atrás. Aunque lo sujetó, Claire tuvo que esforzarse mucho para conseguir dar los cortes donde debía darlos.

Cuando llegó el momento de limpiar la herida con vino y algunas hierbas, la situación pasó a ser una verdadera lucha entre los constantes aspavientos y la cadena sin fin de maldiciones. Claire hubiera podido quedarse sorda por los gritos de aquel soldado si Renald no llega a taparle la boca, y pese a la fuerza con que lo sujetaba, el hombre llegó incluso a darle una patada al recipiente del agua nauseabunda por el pus, que acabó cayendo encima de Claire.

Cuando la joven se apartó por fin de la herida tras haber terminado de curarla y vendarla, estaba empapada y sin resuello. Tan pronto como Renald soltó al soldado y le dio un bastón, el hombre se subió los calzones, murmuró unas disculpas y se fue de allí cojeando.

-¡Vaya escenita! -dijo Claire, al tiempo que se quitaba la casaca sucia y se enjugaba el sudor con las puntas aún limpias-. ¿Cómo tenéis con vos a semejante cobarde?

Renald estaba también agotado y sudoroso.

-Rolf es uno de mis soldados más valientes cuando le hieren en el fragor de la batalla, pero en frío no aguanta ni el más ligero dolor. Normalmente no le pierdo de vista y le obligo a que vaya a que le curen, pero he estado distraído esta...

Ante el tono de voz de su esposo, ante su mirada, Claire cayó en la cuenta de que sólo llevaba puesto un ligero vestido de verano y que estaba empapado. Se aferró a la casaca mojada como para protegerse, pero él no dejó de recorrerla con los ojos. A ella le pareció oír la respiración de él.

Aquello no era bueno. Iría al infierno. Dio un brevísimo paso hacia él.

Renald se dio la vuelta y salió de la habitación dando un portazo.

Claire se santiguó. Virgen santa, protégenos.

No podían seguir así. Se puso rápidamente ropa limpia y se fue a escribir otra carta para el obispo. Ya habían pasado dos semanas desde que enviara la anterior, y el mes se iba agotando. Esta vez no sabía cuál sería el mejor modo de enviarla, por lo que decidió hablar con el Hermano Nils.

El clérigo se quedó bastante sorprendido.

-¿Estáis segura, milady?

-Apenas me quedan dos semanas.

-Es un buen hombre, milady.

-Ya lo sé. Enviad esta carta.

Nils contempló el pergamino enrollado, casi retorcido, y fue a buscar a su señor. Lo encontró en lo alto de la empalizada con la cabeza hundida entre las manos.

Nils carraspeó. Renald, en vez de responderle con la autoridad del señor, con la brusquedad del guerrero, se levantó despacio, respiró hondo y le dijo:

-¿Qué ocurre?

Deseando, tal vez, no estar allí, Nils contestó:

-Lady Claire me ha pedido que mande esta carta. Es para el obispo.

-Entiendo. Y en verdad entendía lo que quería decir.

Tras unos momentos de silencio, Nils preguntó:

-¿La mando, milord?

-Sí, claro.

-Pero ¿por qué no os oponéis?, hubiera querido preguntar el monje, ¿Por qué no desplegáis todos vuestros encantos y la cortejáis? Él los había visto a los dos deambular angustiados por Summerbourne, como hojas encerradas en distintos remolinos, girando siempre cerca, mas sin llegar a tocarse.

También había visto la forma en que se miraban. Jamás había sido testigo de tanto dolor en los ojos de seres que no estuvieran enfermos. Debía haber algo que él pudiera hacer.

Volvió a carraspear.

-¿Deseáis primero que os la lea, milord?

-No -y esta vez el guerrero y el señor volvieron a ser uno solo-. Mandadla, Nils, después enteraos de la dirección del lanero ese de Dorchester. Dijisteis que nos haría mejor precio.

Puesto con tal firmeza en su lugar, Nils se marchó apesadumbrado a cumplir las órdenes.

## Capítulo 22

Claire ya había mandado una segunda carta al obispo, ahora tenía que pensar alguna manera para proteger la seguridad de su familia. Decidió cabalgar hasta St. Frideswide, preocupada de que Renald ya no intentara controlar sus movimientos.

A veces, vagamente, hubiera preferido que lo hiciera. Muchas noches, tendida en la cama grande, deseó que él fuera a verla, a acariciarla, a deshacerla e inundarla con sus ternuras de manera que se quedara unida a él para siempre contra su voluntad. En medio de la noche, la negra y misteriosa noche, ella sabía muy bien que no hubiera podido resistirse.

Ya en el convento, dejando a un lado todo recuerdo de su última visita, pidió ver a Madre Winifred y la llevaron a su gabinete.

-Reverenda... -dijo Claire, según tomaba asiento-. Deseo saber si aceptaríais aquí a mi madre, mi abuela y mis tías.

La monja la miró por encima del alto escritorio.

-Por caridad, estamos obligadas a dar cobijo, lady Claire.

-Pero puede que vengan sumidas en la más absoluta pobreza. ¿Qué pasaría en ese caso?

-Bueno, eso sería un poco difícil. Nuestros medios son limitados, y muchas las necesidades de los pobres. No podemos alimentar manos improductivas.

-Estoy segura de que podrían trabajar en ocupaciones propias de su rango.

-Pero no hay aquí muchas ocupaciones propias de su rango. Claire había previsto aquella respuesta.

-Podrían aportar una copa con joyas engastadas, de considerable valor.

-¿Sí? Pero ¿tendrían derecho a aportarla? Si buscáis aquí refugio para vuestra familia, lady Claire, debo entender que tenéis la intención de romper vuestro matrimonio. En tal caso, si no me equivoco, lo perderéis todo.

-Lord Renald me regaló esa copa sin ninguna condición. Es mía. Si fuera preciso, él mismo podría confirmarlo.

La monja entrelazó las manos sobre la mesa.

-Es un hombre generoso, entonces. ¿No consideráis mantener, vuestro matrimonio?

Claire no había previsto esa actitud, sin embargo.

-Vos misma le llamasteis asesino.

-Como lo son la mayoría de los hombres. Si una dama pretende casarse no tiene más elección.

-Pocas damas están llamadas a casarse con el asesino de su padre.

-Bien cierto. ¿Vos también vendréis?

Claire se puso de pie.

-No, Reverenda, no puedo quedarme tan cerca. Buscaré refugio en Francia con la familia de mi madre y llevaré a mi hermano conmigo. Cuando consiga encontrarle una ocupación, me meteré en un convento. Si mi madre y mis tías quisieran acompañarnos, me las llevaré también a ellas. Pero lady Agnes jamás soportaría el viaje.

La monja esbozó una irónica sonrisa.

-Lady Agnes no tendrá ningún deseo de quedarse aquí, pero podéis estar segura de que la cuidaremos con cariño si fuera necesario. Claire asintió.

-Gracias, es un alivio que puedan cobijarse aquí.

La monja se levantó también y metió las manos entra las mangas.

-Atravesáis una difícil situación. Rezaré por vos.

Claire estuvo tentada de pedirle consejo. Preguntar a Madre Winifred qué pensaría ella de una hija que se entregara a un feliz matrimonio con el hombre que había matado a su padre y que, de alguna forma, había contravenido la voluntad de Dios en la justa por la corona ¿De qué le iba a servir? Ya sabía la respuesta.

Durante el camino de vuelta, se dijo a sí misma que sería mucho más fácil una vez que todo estuviera solucionado y ella y Renald no tuvieran que volverse a ver. Pero, de momento, no tenían elección.

Una baronía como Summerbourne no era el trabajo de una mujer ni de un hombre. Acarreaba una compleja combinación de obligaciones por las cosechas, los animales y todos los



Librodot

vasallos. A menudo, Claire tenía que pasarse la tarde tratando de cuestiones sobre la administración con Renald y los criados de más categoría. Estudiaban la situación sobre mapas, y Claire leía en voz alta los libros de cuentas para que pudieran tomar decisiones de cara a un futuro del que ella intentaba huir.

A veces, mientras estaban los dos sentados cerca el uno del otro -cerca, pero sin rozarse-, ella levantaba la vista y lo encontraba mirándola.

Con ansia.

Aquello desencadenaba en su interior una oleada de deseo. De ansia.

¿Cuánto tiempo podían dos personas hambrientas estar delante de un banquete sin entregarse a la tentación de saciar su ansia? Aquella noche, él dijo:

-Tengo entendido que habéis escrito al obispo.

Ella lo miró, pero no pudo interpretar su expresión.

-Dos veces. Eudo se llevó la primera carta hace dos semanas. Esta vez notó impresión en su rostro. Esa impresión de quien siente una punzada en el vientre.

-¿No habéis recibido ninguna respuesta?

-Todavía no. Por eso volví a escribir.

-¿Y si os da alguna esperanza?

Claire se obligó a hablar con serenidad.

-Entonces se hará en firme.

-¿Y si se niega?

Ella apartó la vista. Ya le había dado vueltas a esa posibilidad y no había llegado a ninguna solución.

-Si se niega, Claire -dijo él-, debéis pedírselo al rey. Volvió a mirarlo, con cara de asombro.

-¿Pedirle qué?

-Que determine la anulación.

-¿Creéis que podría hacerlo?, ¿que querría?

-Por supuesto que puede hacerlo. Hay motivos suficientes. Y estará dispuesto porque yo uniré mi súplica a la vuestra. Absurdamente, aquello le dolió a Claire.

-¿Vos queréis...?

-No -Renald llegó a esbozar una amarga sonrisa-. No, claro que no. Pero no puede haber nada entre nosotros si no proviene de vuestro libre albedrío.

-Por las noches... -dijo ella, pero dejó de decir lo que no debía ser pronunciado.

-Lo sé.

Se quedaron allí sentados, el uno al lado del otro. Divididos.

Al día siguiente, volvió un mensajero con noticias del obispo. Claire desenrolló el pergamino despacio, no estaba segura de lo que deseaba leer.

Era una negativa.

Contra su voluntad, sintió un nudo de alivio.

-¿Me vais a contar lo que dice?

La joven se dio la vuelta sorprendida porque estaba en la alcoba y él nunca iba allí.

-Compartimos el lecho nupcial. -Claire intentó frenar todo pensamiento en relación con aquella cama, que estaba tan cerca-. El obispo considera consumado nuestro matrimonio.

-Qué poco realista por su parte. Podríais exigir que os hicieran una revisión.

Ella enrolló otra vez el pergamino con mano temblorosa.

-También menciona eso. Dice que hasta en una boda por poderes el contacto de la piel simboliza la unión. ¿Es eso cierto?

-Probablemente el rey podría hacerle cambiar de opinión. Nuestro mes está a punto de concluir.

Claire lo sabía bien. Lo sabía con la desesperación de tener que huir y la agonía de perderlo.

-¿Debo escribir al rey?

Como él no contestó a su pregunta de inmediato, ella lo miró con insistencia.

-Nos mandan ir a la corte -dijo él-. He recibido el mensaje esta mañana.

-¿A Londres? ¿Por qué?

-A Carrisford, que es donde el rey celebra la corte. Se ha enterado de nuestro voto de castidad y quiere presidir la consumación. Ella se tapó la boca con la mano.

-¿Qué vamos a hacer?

-Yo, como siempre, obedecer, y es lo que vos debéis hacer también. Pero Claire, ¿podréis ver a Enrique cara a cara y no decir nada que pueda considerarse traición?

Claire sintió cómo el resentimiento subía desde sus entrañas hasta abrasarle la garganta.

-No, ¿por qué iba a hacerlo? Mató a su hermano. Le arrebató la Corona. Mató a mi padre por decir la verdad y eso nos ha llevado a... Con la rapidez de un guerrero, coincidió con ella al decir:

-...a esto. -Y la obligó a arrodillarse pese a la resistencia de ella. Claire levantó la vista, temblando tanto de miedo como por el roce de su mano.

-Bueno -dijo él-, por fin tenéis miedo. Ya es hora de que adquiráis la sabiduría del miedo. Enrique Beauclerc es Rey de Inglaterra, aclamado por todos los barones y ungido por la iglesia. Tiene derecho a, decidir sobre la vida y la muerte de todos los seres de este país, la vuestra, la mía.

-Con arreglo a la ley -dijo ella, dispuesta a no acobardarse por completo.

-Con arreglo a la ley, podría castigaron por lo que acabáis de decir. Puede encerraros en prisión, azotaros, sacaros los ojos, cortaron esa imprudente lengua que tenéis. -Renald fue deslizando las manos temblorosas hasta rodearle el cuello-. No permitiré que sigáis el camino de vuestro padre.

En el interior de aquel vacilante yugo, Claire tragó saliva, acosada tanto por el amor y la compasión como por el miedo.

-Yo no puedo inclinarme ante él. No puedo. No iré.

-Rehusar un mandato del rey también es traición.

Ella no pudo contener un leve sollozo.

-Pues entonces es que estoy condenada.

Renald cerró los ojos un momento.

-Si no me juráis que os mostraréis complaciente en la corte, me aseguraré de que no podáis ir.

-¿Vais a encerrarme? -Aquella idea le resultaba casi un alivio. No resolvería sus problemas, pero tal vez Renald solo fuera capaz de convencer al rey...

De Lisle le soltó el cuello y la levantó con suavidad.

-No tengo ninguna duda de que vuestra gente os sacaría del encierro.

-¿Entonces cómo?

El se apartó unos pasos de ella.

-Será suficiente con un pierna rota. Claire lo miró fijamente.

-Hay quien muere de un hueso roto.

-Vos tendréis más oportunidades de vivir que si vais a la corte y desafiáis al rey.

Ella no pudo contener una carcajada.

-¿Lo decís en serio?

Renald estaba muy alejado de la risa.

-Estoy entrenado para hacer lo imposible, por tanto... La joven se llevó la mano a la garganta, que aún le ardía.

-¿Esperáis que tome una decisión ahora mismo?

-Si vamos, partiremos al amanecer. Podremos llegar allí en un día Vamos a ver si he entendido bien: ¿debo prometeros que no desafiaré el derecho legítimo al trono de Enrique Beauclerc?

-Ni tampoco acusarle de que mató a vuestro padre. Y no una promesa, un juramento.

Renald desenfundó la espada que no había tardado mucho en sacar. Otra prueba de lo desesperado de su situación.

-Un juramento sobre esto. Sobre la piedra de Jerusalén que está en la cruz de la empuñadura.

Claire clavó los ojos en ella.

-¿O me romperéis una pierna? ¿Cómo?

-¿Acaso dudáis de que pueda hacerlo?

Ni por un momento, no le faltaba la fuerza ni la voluntad de hacerlo.

Claire miró primero a la piedra que tenía delante de los ojos, aquella simple piedra que venía de Tierra Santa, y después a la pétrea cara de él. ¿Cómo habían podido llegar a semejante situación?

Por amor. Por el amor a su padre, que la instaba a no yacer con su asesino. Por amor a Renald, que hacía demasiado dulce la rendición. Por el amor que él la profesaba, que le llevaba a herirla para salvarla. Intrincado nudo.

Él la miraba con frialdad y firmeza, pero ella sabía que era su más cara, la que se ponía para ocultar sus verdaderos sentimientos. ¿Cuánto le había costado llegar a amenazarla de ese modo? ¿Cuánto iba costarle cumplir aquella amenaza?

Demasiado. Él le había hablado de la sombra que llevaba por muerte de su padre. Ella no podía echarle otra más sobre las espalda Claire puso la mano sobre la piedra.

-Juro que, durante nuestra estancia en la corte del rey, no manifestaré ninguna duda respecto al derecho legítimo de Enrique Beauclerc al trono de Inglaterra ni ningún pesar por la forma en que murió mi padre.

Renald cerró los ojos. Cuando los abrió, los tenía húmedos. ¿Lágrimas? ¿De un lobo?

Pero él no era un lobo. Era un hombre, el hombre que ella amaba. Sintió deseos de abrazarlo, de quitarle la pena con sus caricias, pero se contuvo aferrándose a un hilo de suave seda.

-Gracias -dijo él, al tiempo que envainaba la espada.

-Pero pediré la anulación.

-Os quedan dos días para tomar una decisión.

-¿Qué puede cambiar en dos días?

De Lisle sonrió en ese momento, con cierta ironía.

-Siempre podemos rezar para que haya algún milagro.

Claire salió de la habitación, estirando la espalda dolorida y reflexionando sobre sus últimas palabras. ¿Rezar? ¿Rezaba también un asesino? ¿Y comulgaba los domingos? ¿Por qué nunca había pensado en eso?

Era verdad que no se sentía culpable. Ella no se lo había llegado a creer hasta aquel momento. ¿No significaba algo, por muy retorcido que él fuera?

Tal vez en aquellos dos días llegara a sacar algo en claro de eso...

-¡Claire!

Se dio la vuelta hacia donde estaban sentadas sus dos tías.

-¡Mira! -dijo Felice, al tiempo que le entregaba una cosa-. ¡Qué despistada eres!

Claire cogió un libro y al momento se dio cuenta de que era su cuaderno de notas.

-¿Dónde estaba? preguntó, mientras desataba la tapas y pasaba las hojas.

-En la bandeja de los trinchadores de madera que hay de reserva. Debiste dejarlo allí en una de tus... ausencias. Tienes que empezar a prestar atención a la vida real, Claire. Aunque supongo que te costará trabajo cuando tienes la mente tan ardientemente ensimismada entre los muslos.

-¡Oh, Felice...! -musitó Amice.

Claire hizo caso omiso de sus tías y comprobó que no faltaba nada en el cuaderno. No faltaba nada, lo cual no era extraño. Aquellas notas no tenían valor para nadie, salvo para ella.

-No soy despistada con los libros, Felice. Seguro que Eudo lo dejó ahí la última vez que estuvo aquí.

Felice soltó una sonrisita.

-O sea que te queda algo de cerebro para pensar eso. ¿Y has decidido el porqué?

-Así no tenía que admitir que alguno de sus hombres lo habría robado. Pero gracias por encontrármelo, Felice. Mi trabajo se podría haber quedado ahí hasta el próximo banquete.

-¡Tu trabajo! -repitió su tía con retintín-. Pues si le das al valor, preocúpate de él.

Claire no tenía interés en discutir aquella observación.

-Por lo visto el rey nos manda ir a la corte, a Carrisford.

-¿A nosotras? -preguntó Felice, irguiéndose más sobre la si

-A Renald y a mí -dijo Claire, maldiciéndose por no cuidar las palabras-. Debo pediros que os ocupéis de Summerbourne mi tras estemos fuera.

-¿Y por qué íbamos a hacerlo -preguntó Felice con petulancia mientras vosotros estáis pasándolo bien por ahí?

La voz de Renald contestó desde atrás, cerca de Claire.

-Por amabilidad, lady Felice. La próxima vez que vayamos a corte, es muy posible que podamos llevaros con nosotros.

-Eso sólo si vos y Claire seguís casados -los ojos de Felice pasaron rápidamente de su sobrina a él-. ¿Está solucionado? ¿Ha decidido ella por fin que la muerte de un padre no es tan importante?

-¡Felice!

-Te las das siempre de ser noble y honrada y al final acabas haciendo lo que quieres, como todos nosotros. Tengo serias sospechas de que querías quedártelo desde el principio.

-Eso no es verdad.

-¿No? Todavía tengo la carta que me escribiste, con el recuento de todos sus encantos. Y me acuerdo de cómo te arrimabas a el puerta del convento.

-Intentaba convencerte para que te casaras con él.

-Pero no descartabas la posibilidad de ser tú la que te casaras él, ¿verdad? Antes de que no me diera ni tiempo a pensarlo. Amice empezó a llorar.

-Y Claire, tú sabes que yo..., que me ofrecí a...

La sobrina fue a decir algo, pero se dio cuenta de que era inútil Felice en aquel estado no atendería a razones y Amice decía la verdad. Ella se había ofrecido.

Renald fue quien rompió el silencio.

-Por agradable que resulte ser el hueso entre... perros hambrientos, lady Claire tiene que prepararse para el viaje. Saldremos al amanecer. Vamos, milady.



Librodot

La joven estuvo encantada de obedecer. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, él murmuró:

-Si alguna vez se me olvida, recordadme que me salvasteis de vuestras tías.

Aquella brizna de sentido del humor estuvo a punto de romperle el corazón, porque las palabras de Felice acababan de romperle todas las esperanzas. No sabía si iba a ser capaz de arreglarlo todo en su mente. Como él le había dicho en una ocasión, no bastaba con la mera rendición. Tenía que aceptarlo totalmente, como era. Aceptar la oscura y mortífera espada.

Pese a todo, había surgido una posible solución.

-Renald, es obvio que Felice ha cambiado de opinión. Si yo no puedo seguir adelante con este matrimonio, ¿la tomaríais a ella en mi lugar?

El la miró.

-Os amo a vos.

Ella cerró los ojos ante la punzada de dolor que le dieron aquellas palabras.

-Pero es posible que me merezca una penitencia. Soy un guerrero, Claire y, por encima de todo, lucho para ganar. Enrique dice que Summerbourne es un paraíso, y es así como yo lo veo. Y vos sois el ángel de este paraíso. Me enamoré de vos casi desde el primer instante, pero el amor no me hizo más noble, me hizo codicioso.

-¿Codicioso?

Él le puso los dedos en los labios.

-Escuchadme. Esto es una confesión. Sea cual sea la decisión que toméis, quiero que lo hagáis con pleno conocimiento de causa. Sí, me siento culpable. Hice cuanto estuvo en mi mano por atraparos. Si hubiera sido mejor hombre, os habría contado la verdad y os habría dejado marchar.

-Pero teníais que casaros con una de las doncellas de aquí, y Felice y Amice huyeron al convento.

Renald sonrió con amargura.

-Un mensajero de Enrique las hubiera hecho volver a mis brazos. Y si huyeron a la primera oportunidad fue por las mentiras que hice decir a mis hombres para que ellas las oyeran.

Claire sabía que debería ponerse furiosa, pero lo único en lo que Pudo pensar en esos momentos fue que sin aquellas estratagemas ella Ya no estaría en Summerbourne. Si todo lo que los dos iban a tener jamás era ese mes, ella no quería borrarlo de su memoria, pese a todo el dolor.

-Os perdono. Pero tenéis razón. Os merecéis un castigo. Si llego a la conclusión de que no puedo seguir adelante con este matrimonio, ¿tomaréis a Felice por esposa?

Renald lanzó un profundo suspiro.

-Un castigo de por vida... Pero sí, aunque sólo lo haga para que os sea más fácil elegir. Y prometo incluso ser amable con ella. Tengo cierta habilidad para complacer a las mujeres.

-Renald... -Pero no supo qué decir. No podía expresar la protesta que le abrasaba los labios. Al fin y al cabo, aquello era ser libre.' No.

-Lo que me lleva a la necesidad de haceros otra confesión -dijo él-. No fui honesto con mi amor en el lecho nupcial.

-No entiendo lo que...

-No sé si podréis entenderlo. Me comporté como una puta aquella noche. Me serví del don de Dios como un arma contra un adversario tan desvalido como un bebé.

Claire levantó airada la cabeza.

-¿Es que yo me comporté como una desvalida?

Renald se rió con ganas ante sus palabras, y ella pensó que tal fuera cierto lo que decían los sacerdotes de que la confesión tenía poderes curativos.

-No, en absoluto os comportasteis como una desvalida. Pero intención no fue buena. Que no influya en vuestra decisión el placer que os di aquella noche. Cualquier hombre os lo hubiera dado igual.

-Pero vos sois el único hombre al que amo. -No era inteligente haber dicho aquellas palabras, pero eran sinceras. Se sentía tan su mente perdida, que no sabía cómo ser, salvo sincera.

Él la tocó en aquel momento. Con mano temblorosa, le rozó le mente las mejillas y la besó en la frente.

-Que Dios os guíe entonces. -Renald se apartó-. Debo pediros una cosa. Si me caso con Felice, cuidaré de toda vuestra familia pero vos tendréis que iros. No deseo poneros la decisión más difícil pero jamás podría ser atento con ella, estando vos aquí.

Se marchó al gabinete y cerró con firmeza la puerta tras él. Claire se quedó apoyada en una columna.

Así que ya estaba. Era libre para seguir los dictados de su conciencia, y era muy probable que su familia no sufriera ningún daño. Tal vez ahora pudiera encontrar un poco de paz.

## Capítulo 23

La precipitada organización del viaje fue una forma perfecta de evasión. Para cuando salieron a caballo entre la neblina de las primeras horas de la mañana, Claire no había tenido tiempo de pensar en sus problemas, hecho que sin duda le complacía. Si hubiera podido, los habría dejado todos atrás, se habría perdido con Renald en la niebla y no habría vuelto jamás a pensar en la diferencia entre el bien y el mal.

Antes de partir fue a ver a su madre, a la que encontró bastante mejor, si bien aquello significaba en verdad bastante peor. Por lo visto, Felice había ido a quejarse a lady Murielle de que no la fueran a llevar con ellos, y eso había sacado a la madre de Claire de la melancolía y. la había llevado a montar en cólera.

Al parecer, Felice le había convencido de que Claire estaba loca por Renald y pretendía consumar el matrimonio sin poner ninguna objeción.

-¡Muchacha sin entrañas! -le había gritado su madre-. ¡Hija desagradecida! ¿Cómo puedes pensar siquiera en que te toque ese hombre con las manos manchadas de sangre?

-Madre, yo...

-He visto cómo lo miras. Todo el mundo te ha visto.

-¡No!

-Babeando por el hombre que mató a sangre fría a tu dulce padre.

Claire tuvo que callarse ante aquello porque era cierto.

Cuando la arenga de su madre pasó a convertirse en una cadena de murmullos, Claire dijo:

-Si deshago este matrimonio, Felice ocupará mi lugar. ¿La gritarás a ella?

Lady Murielle se dio la vuelta.

-Ella no es mi hija ni la hija de Clarence. En cualquier caso, yo no estaré aquí. Me voy a St. Frideswide. Tengo entendido que has prometido la copa de Enrique como medio de pago.

Claire pensó con ironía que jamás Madre Winifred hubiera prescindido de semejante tentación. Pero en parte resolvía sus problemas. Era evidente que su madre no podía permanecer allí.

-Puedes venir conmigo si quieres -añadió la madre-. Si sigues estando pura. Mándame a Thomas.

La joven besó la fría mejilla de su madre y salió de la habitación. No le iba a mandar a Thomas, pues se iba con ellos para servir en la corte de Enrique y, pese al dolor que le causaría la separación, ella tenía la certeza de que su hermano iba a estar mejor fuera de Summerbourne, siempre y cuando no abrigara en su interior la semilla de la rebelión y el resentimiento. Se le veía resignado, pero con él nunca se sabía.

En aquel momento Renald cabalgaba junto a ella, vestido con cota de malla y el casco. Le había impresionado verlo así en la frialdad del amanecer, mas tenía algo de bueno. Era la realidad, y aun así seguía amándolo. Ojalá lo único posible fuera el amor.

-¿Cómo está Thomas? -preguntó De Lisle.

Claire no se sorprendió esta vez de que él compartiera con ella 1os mismos pensamientos.

-Si hay algo que le tiene disgustado yo creo que es tener que separarse de Josce. Habéis sido muy amable con él.

-Soy amable por naturaleza.

La joven sabía que era verdad.

-Es un buen muchacho, muy entusiasta -prosiguió él-. Le ira bien si no va demasiado lejos con sus travesuras.

-Me preocupa.

-Pues que no os preocupe. Le azotarán más de una vez, pero no será grave. Y lo creáis o no, Enrique se ocupará de él.

-Por tener culpabilidad de conciencia, supongo.

Pero él clavó los ojos en los de ella sin alterarse.

-No más que yo.

Renald se apartó de su lado para comprobar la larga fila de jinetes y animales de carga, y la dejó sumida en el remolino de sus pensamientos. Claire pensó que tal vez ella tuviera un sentido del bien y del mal completamente distinto del resto del mundo. Quizá lo había heredado, y fue eso mismo lo que llevó a la muerte a su padre.

Se preguntó si Renald le habría dicho a Thomas que no se opusiera al rey. Se ganaría algo más que unos cuantos azotes por eso. No creía que su hermano estuviera interesado en las cuestiones políticas, pero podía ser tan impulsivo como ella. Lo llamó para cabalgar un rato a su lado.

-¿Crees que te gustará la vida en la corte?

-No sé.

-¿No te costará mucho servir a Enrique?

-¿Es que debería costarme mucho?

-¡No, por Dios! Pero después de lo de padre...

-Creo que soy demasiado joven para entender esas cosas. Así que le serviré de acuerdo con mi honor.

Claire se sonrió, segura de estar oyendo un eco de algo que Renald le habría dicho.

-Muy bien, Thomas. Yo tampoco tengo intención de provocar ningún conflicto. -No debía olvidarse de su juramento, pero además, un impulso repentino la empujó a añadir-: Al fin y al cabo, si se ha hecho algún mal, Dios lo enmendará.

-El rostro de su hermano se iluminó.

-Eso mismo dijo Josce.

-Y así es. No tenemos que empeñarnos en corregir ese tipo de males. -Era innegable, no obstante, que algún día su hermano tendría que tomar una decisión sobre jurar o no lealtad al rey, pero eso sería al cabo de años.

Thomas se relajó y empezó a charlar con ella más animado. Josce dice que el rey tiene docenas de pajes y que son muy atrevidos y hacen un montón de cosas. Va a ser divertido estar en la misma situación con tantos chicos de mi edad. También me ha explicado que me harán una armadura y distintas armas a mi medida, y que... Claire escuchaba sonriente, dando gracias al cielo de que al menos aquella parte estuviera saliendo bien.

Su madre se sentiría a gusto en el convento, y su abuela, pasara lo que pasara, no tendría que abandonar Summerbourne. Tal vez Felice acabara casada con el tipo de hombre que siempre había querido.

Miró hacia donde estaba Renald con otros jinetes. Los únicos que iban a sufrir serían él y ella, y todo lo que tenía que hacer ella para evitarlo era asimilar que la muerte de su padre había sido legal y justa. Respiró hondo.

¿No podía encomendarle a Dios aquello también? No. Eran los seres humanos quienes debían tomar sus propias decisiones morales, o eso le parecía a ella.

La mayor parte del tiempo cabalgaban a ritmo de paseo para no cansar a los caballos, por lo que los soldados iban todo el rato charlando y cantando. De repente, uno de los hombres empezó a contar una historia, y Claire se acordó del diario de su padre. Se lo había llevado consigo por si tenía tiempo de seguir leyéndolo con la esperanza de que algo de lo que hubiera allí le sirviera para resolver su intrincado dilema. Sacó el libro del morral y se puso a leerlo.

Avanzaron y avanzaron en su trayecto, y ella iba concentrada en la historia, cuando Renald vino a ponerse a su lado.

-¿El libro de vuestro padre? ¿Me vais a decir lo que cuenta?

La tranquilidad que había entre los dos en aquel momento resultaba conmovedora.

-Es desconcertante en cierto modo -dijo ella-. Me da la impresión de que mi padre tenía tanta confusión como tengo yo muchas veces. La rebelión no le merecía una opinión muy favorable. Pensaba que muchos de los seguidores del duque Roberto eran unos interesados De Lisle asintió.

-Irían atraídos por la promesa de conseguir grandes posesiones del reino.

-Mi padre detestaba a Robert de Belléme y a sus hermanos.

-No es de extrañar.

El enorme caballo de guerra en el que Renald cabalgaba lo situaba a bastante altura por encima de ella, y Claire tenía que levantar la vista para mirarlo.

-¿Es verdad que De Belléme maltrataba a su pobre esposa y ella acabó muriéndose por eso?

-Eso dicen. Claire suspiró.

-Mi padre, o más bien el Valiente Niño Sebastián, le da más vueltas a estas cuestiones. Llega incluso a cuestionarse si realmente justa su causa.

-Pues ojalá se lo hubiera cuestionado más. La joven no pudo evitar decir:

-Amén. Estaba muy a disgusto entre aquella gente. Escribe que se puede saber quién es una persona por las amistades que tiene. Renald se encogió de hombros.

-En ese sentido, había también muchos bribones en nuestro bando. -Se volvió para ver cómo iba la fila por delante y por detrás-. Será mejor que paremos pronto para que descansen los caballos. -Se apartó para dar la orden, y Claire se quedó ofuscada.

¿Es que en nada había un lado del bien y otro del mal?

Mientras alimentaban y daban de beber a los caballos, también las personas se refrescaron, andando por los alrededores para estirar las piernas. Claire seguía leyendo según andaba, buscando todavía algún mensaje mágico entre las palabras de su padre.

Sin duda para distinguir entre unos y otros seguidores, su padre hacía un recuento de los hombres justos que apoyaban al duque Roberto, entre los que incluía al conde Salisbury y a Eudo de Peel. ¿A Eudo? Claire frunció el ceño al leer aquel nombre, pero no decía nada más. Su padre se debía de referir a la vehemencia con que Eudo había defendido la causa.

Daba la impresión de que muchos de aquellos hombres se sentían inseguros. Aunque tal vez no fuera inseguridad en lo que su padre pensara exactamente. Preocupados, sí; inseguros, no. Se fue al pasaje que había leído días atrás, en el que el Valiente Niño Sebastián se levantaba delante de todos y empezaba a hablar con gran elocuencia sobre la justicia de su causa, poniendo como ejemplo la historia del rey malo que llevó a su tierra a la ruina.

La joven miró al exuberante y tranquilo paisaje que la rodeaba. La pertinaz lluvia del mes anterior, por terrible que hubiera sido en su momento, había traído consigo un vigor renovado en toda la vegetación. Más que ir a la ruina, daba la impresión de que Inglaterra florecía. ¿Sería aquello un símbolo de algo?

Todo el mundo sabía que Enrique Beauclerc había prometido una vuelta a la ley y el orden, y se contaba que por todas partes los caminos eran ahora más seguros que antes. Ciertamente, para conseguirlo había hecho falta someter a duros castigos a los bribones y maleantes, pero eso era justo.

Intentaba ver alguna posible asociación entre aquella placidez circundante y el derecho del rey al trono, cuando uno de los caballos se encabritó, dando un agudo relincho. El rocín metió una de las pezuñas en uno de los arcones del grano, que se desparramó por todas partes, con lo que se creó un pequeño caos entre los demás animales.

Hasta en la mayor placidez puede haber de vez en cuando una avispa, pensó Claire con sardónica sonrisa.

Un fuerte grito a su derecha la sobresaltó. Se acercó hasta un matorral a ver si podía ayudar en algo.

De inmediato alguien tiró de ella.

Le pusieron la mano en la boca para impedir que gritara. Un fornido brazo la arrastró mientras ella no paraba de dar patadas y de retorcerse, alejándose cada vez más del campamento. El libro, su preciado libro, se le escurrió de las manos y el gemido se Claire se hizo aún más fuerte y obstinado.

-¿Claire?

Al oír la voz de Renald, ella intentó desesperadamente quitarse la mano que le amordazaba la boca, pero fue inútil. Entonces se le enganchó la falda en una rama y su raptor -más bien raptores, porque había más de un hombre- se la acabó rasgando al tirar de su cuerpo con fuerza.

En aquel momento, Renald dio la voz de alarma.

-¡A mí la guardia! ¡Aquí! ¡Venid! ¡Vuestra señora está en peligro! Y Claire oyó el estrepitoso ruido de De Lisle que se acercaba corriendo entre los arbustos. Se retorció y luchó cuanto pudo para impedir de alguna forma la huida.

-Mátala -dijo uno, en voz baja.

El que la sujetaba se detuvo. Otro hombre se dio la vuelta, con un cuchillo en la mano. Con horror, Claire vio venir hacia ella a aquel individuo de desencajada sonrisa.

En una ocasión había pensado de Renald que era un hombre sin entrañas. Ahora veía realmente cómo era el aspecto de un ser sin alma: La sonrisa se tornó en rictus al tiempo que una afilada hoja vino veloz por el aire a clavársele en el pecho con un ruido sordo. La sujeción de su raptor se mitigó por unos instantes y ella logró soltarse de un brazo y lo golpeó con el puño. Más por suerte que por destreza, fue a darle en la garganta, y el hombre se cayó al suelo desmayado. Claire miró a su alrededor en actitud desafiante ante otros posibles peligros. ¿Dónde estaba el que había dado la orden de que la mataran? El único rastro de él eran los ruidos de su carrera entre los arbustos. Miró a su espalda al percibir otro sonido.

Tres hombres estaban atacando a Renald.

El cuchillo que él había lanzado le había salvado la vida. Ahora luchaba por salvarse a sí mismo contra un hacha, una espada y una barra. Los hombres de De Lisle iban llegando, abriéndose camino apresuradamente entre la maleza, pero aún tardarían en alcanzar el punto donde se encontraban. Uno de los hombres golpeó a Renald en la rodilla con la barra, mientras él lograba arrojar la espada de la mano de otro y esquivar el hacha del tercero.

Con un mandoble de su espada, aquella espada suya especial, consiguió partir la barra por la mitad.

Claire se acercó corriendo a recoger la mitad que rodó por el suelo. Con todas sus fuerzas, golpeó con ella en la cabeza al hombre del hacha.

Aquel fornido pelirrojo se tambaleó, pero no llegó a caerse. Lanzando un bramido, se volvió hacia ella con los ojos enloquecidos de ira. Pero a continuación lanzó un grito de dolor al tiempo que la hoja negra lo atravesaba. Una burbuja grande de sangre se le salió por la boca antes de derrumbarse a los pies de Claire.

La joven se quedó petrificada, pero al punto reparó en que Renald se había quedado sin espada.

¡Por todos los santos! De Lisle consiguió eludir una impetuosa arremetida del hombre de la espada, pero el de la barra rota se ensañó con fuerza contra él. Logró apartarla con el puño.

Apareció entonces Josce entre los árboles. Era demasiado tarde. Renald paró con el brazo otra cuchillada de la espada. ¡Menos mal que aquel acero no podía atravesar el metal!

Claire fue hasta allí por detrás y golpeó con fuerza en las rodillas al que arremetía con la espada, el típico truco de niño para intentar que alguien se caiga al suelo. Y funcionó, pues el villano cayó desplomado. Entonces el que llevaba la barra intentó salir corriendo y Claire le puso la zancadilla. Para asegurarse, golpeó en la cintura al hombre de la espada que se había caído al suelo y le arrebató el arma.

Con la barra rota en una mano y en la otra la espada, la joven se quedó mirando desafiante a quienes habían puesto en riesgo a su amor.

-¡Quietos ahí!

Cuando levantó la vista, vio a los hombres de Renald que la estaban mirando y a su dueño y señor muerto de risa y de agotamiento, apoyado en un árbol. Él abrió los brazos y, sin pensar en nada, ella tiró las armas y corrió junto a él.

-Por lo visto os parezco graciosa -dijo, cuando recobró el resuello y se recuperó de la fuerte impresión.

Él le acarició la cabeza.

-Me parecéis espléndida. Ella subió los ojos para mirarlo.

-Os podían haber matado. Renald respiró hondo.

-A vos también. La próxima vez, mujer, no os metáis en medio de la lucha.

-Pero estabais en dificultades. ¡No podéis negarlo!

-Sobre todo cuando me he quedado sin la espada.

-No tendríais que haberla soltado.

-Por todos los santos, Claire, no tenía más remedio que lanzársela. -Pero a continuación apretó el rostro de ella contra su pecho. Se me ha parado el corazón, os lo juro. -De inmediato, la besó tierna y desesperadamente, y ella le devolvió el beso con la misma pasión. Se podía haber muerto.

Madre santísima, podían haberlo matado. Como invadida por una corriente de agua cristalina, se le disiparon todas las dudas.

-Quiero que consumemos nuestro matrimonio mañana.

En lugar de dar un grito de alegría, Renald suspiró.



Librodot

-Aunque me duele decirlo, en este momento sufrís la euforia de después de una batalla, amor mío.

-¿Queréis decir que estoy loca?

-Lo que quiero decir es que no puedo tomarme en serio nada de lo que me digáis ahora.

-Mañana os diré lo mismo. No puedo vivir sin vos.

-Ojalá, pero no puedo tomaros la palabra.

Ella no pudo contener un resoplido.

-Voy a empezar a pensar que os da igual.

-No penséis eso jamás. Jamás. -Él apretó las manos cintura de su dama-. Sois la dueña de mi corazón, Claire, para toda la eternidad.

Eso era lo que ella sentía, pero la sorprendió.

-Si eso es cierto, sería muy injusto ataros a Felice. La besó en la frente y la echó hacia atrás.

-Ya sabía que acabaríais viéndolo así.

Claire puso los ojos como platos, pero no pudo por menos de sonreír.

La sonrisa en los labios de él desapareció cuando miró hacia donde estaban aquellos dos hombres en el suelo, custodiados por sus soldados. Josce había recobrado la oscura espada y la estaba limpiando. Renald se acercó hasta el espadachín, que tenía los ojos bien abiertos del terror, y le puso la punta de su espada en el robusto pecho, inclinándose un poco sobre ella, de modo que el hombre abrió aún más los ojos.

-¿Por qué habéis intentado raptar a mi dama?

El hombre miró con nerviosismo a su alrededor, como buscando desesperadamente algún tipo de ayuda, y después volvió a concentrarse en los ojos de su verdugo.

-Nos pagaron, señor. Tened piedad.

-¿Piedad? Sólo para decidir si mataros de forma rápida o lenta. ¿Quién os pagó?

-Un hombre señor. Os suplico piedad.

-¿Qué hombre? -Renald se apoyó un poco más en la espada, y el capturado lanzó un grito.

-¡No lo sé, señor! ¡No lo sé! Nos dio unas monedas de oro para que agitáramos a los caballos y atrapáramos a la dama.

-Para matarla.

-Eso no lo sabíamos hasta que lo dijo él, señor.

-Renald -dijo Claire-, el primero que me estaba sujetando ha salido huyendo, y ese fue el que les pagó.

-Una lástima -Renald miró adonde estaba el segundo villano, que gruñía como un animal acorralado, y se alejó de allí al tiempo que envainaba su espada.

-Vamos, Claire. Veamos si todavía nos queda algún caballo.

Ella dejó que la guiara, pero a los pocos pasos se detuvo y se dio la vuelta.

-¿Qué les pasará?

-Los matarán de alguna forma rápida.

-¿No podríamos...?

La obligó a seguir andando para apartarse más.

-¿No podríamos qué? ¿Dejarlos libres para que asalten al siguiente grupo de viajeros? ¿Llevarlos a Carrisford para que los juzguen allí? ¿Y para qué?, ¿para hacerles más larga la agonía?

No se oyó nada, y cuando Josce y los demás hombres regresaron no hubo nada que ver, salvo, quizá, que el escudero estaba un poco pálido. Seguramente no estaría aún acostumbrado a ver matar. Claire agradeció que Thomas se hubiera quedado con el resto de los hombres protegiendo el campamento.

Estaban todos los caballos, frescos después de comer y beber. Hasta que Claire no fue a montar en el suyo no cayó en la cuenta de que había perdido el libro. Se volvió hacia el bosque.

-Tengo que encontrar mi libro. Renald la detuvo.

-Iré yo.

Ella lo miró con la cabeza ladeada.

-No me dan miedo los cuerpos muertos.

-Pero los vivos sí deberían daros miedo. Por lo menos dos de los asaltantes siguen sueltos.

Se le había olvidado. No estaba acostumbrada a pensar que alguien quisiera matarla.

No protestó cuando Renald y dos de sus hombres la escoltaron, yendo ellos delante con las espadas dispuestas. Fueron siguiendo el rastro de las pisadas y las ramas rotas, que les indicaba por dónde la habían arrastrado. Claire se paró a coger una tira de su vestido entre unos matorrales.

-Creo que se me cayó por aquí.

La tierra estaba cubierta por un espesa capa de hojas caídas y mohosas. Miraron en los matorrales y los arbustos donde pudiera ocultarse el libro perdido. Para cuando decidieron dejar de buscar, Claire tenía la impresión de que habían rastreado por todas partes.

-Quizá no fue aquí, es que no estoy segura.

Se adentraron más en el bosque; los hombres fueron pinchando con sus espadas todos los lugares donde hubiera alguna posibilidad de encontrarlo.

-Unas tapas marrones de madera pueden desaparecer para siempre en medio de un bosque- dijo Renald, al tiempo que golpeaba con el pie un tocón de árbol podrido-. Lo siento, Claire, es una amarga pérdida.

-Espero que esos forajidos se pasen una buena temporada en el purgatorio. Lo que no entiendo de ninguna manera es por qué razón estaban contra mí.

Renald la llevó de vuelta al campamento.

-No creo que ellos lo supieran. ¿Y el que les pagó? Curioso, ¿no os parece? No sois una heredera a la que interese raptar por las propiedades.

-Y quería verme muerta. -Claire se estremeció-. Me da miedo Él se quedó un rato más mirando hacia las zarzas.

-Y a mí. Tenemos que darnos prisa o nos veremos obligados a pasar la noche de camino; no me atrevería a seguir viajando cuando haya oscurecido. -Le pasó el brazo por la cintura-. Estaréis a salvo conmigo. Mientras haya un aliento de vida en mí siempre cuidaré vos.

Su fuerza y su destreza en la lucha eran un verdadero alivio, igual que el tacto de su malla, antes aborrecido. Pero protegerla había estado a punto de costarle la vida.

No era inmortal ni invencible.

Había decidido que no podía echarse atrás en su deseo de estar con él, pero ahora podría perderlo por aquella insidia.

¿Quién era el malvado que quería verla muerta?

Horas después, cuando empezaron a divisar el castillo de Carrisford, sólido e inexpugnable con sus murallas de piedra y su torre, Claire comprendió por qué Renald no confiaba en las empalizadas de madera. Aquellos muros altos y gruesos de piedra daban una impresión muy grata de seguridad, cuando merodeaban los lobos. Al cruzar las puertas, a través de un largo túnel muy fácil de defender, sintió que iba a estar totalmente segura allí dentro, siempre y cuando el enemigo se quedara al otro lado de las murallas.

-Aquí estaréis a salvo -dijo él, y ella notó con nitidez la tranquilidad que también le invadía a él.

Expresó sus miedos.

-¿Y si el hombre que quería verme muerta consigue entrar? Renald la miró.

-¿Era normando?

-No sabría decirlo. Habló en inglés, pero... Sí, creo que sí. ¿Los normandos viven en los bosques con los forajidos?

-Muy pocos. Y está bien claro que los habían pagado. Por lo más sagrado, Claire, no os quedéis sola ni un momento.

-Desde luego que no. Pero me gustaría saber de quién debo tener miedo.

Pensó si el villano podría estar entre sus conocidos, y se paró a considerar la persona del conde de Salisbury. Se había enfadado mucho con su matrimonio; ¿tanto como para querer matarla? Le resultaba totalmente increíble, pero no se le ocurría ningún otro nombre.

Recapacitó entonces en que no habían pensado en él como el posible asesino de Ulric. No acertaba a imaginarse por qué motivos. En cualquier caso, si estaba en la corte, ¡lo evitaría!

Sin duda, había un enemigo en Carrisford. Allí iba a encontrarse cara a cara con el rey, y por el juramento que había hecho, no podría mostrarle su rencor por la muerte de su padre. Pero allí también iba a consumar su matrimonio con Renald. Tras horas de cabalgar, se le había pasado la euforia pero no había cambiado de opinión en su interior. Decidió que no volvería a pensar nunca en el bien y el mal. La vida era precaria, y tenía que aprovechar la felicidad que le saliera al encuentro.

En el gran patio cuadrado ondeaban tres banderas. Una era la del señor de Carrisford; otra, la de los leones dorados del rey. En la tercera, figuraban unas austeras barras de color verde y negro.

-¿De quién es la tercera bandera?

-De FitzRoger. Sólo la ondean cuando él se encuentra en el castillo. Concedió a Imogen el señorío de la propiedad.

Ella se volvió hacia Renald.

-¿El señorío?

-No os imaginéis nada raro. Carrisford le pertenecía por derecho, ella luchó mucho por defender su propiedad antes de casarse y al final alcanzaron ese acuerdo.

-¿Imogen? -intentó disimular su asombro. La Flor del Oeste, la consentida y dulce hija de lord Bernard, ¿había luchado por defender su propiedad con FitzRoger de Cleeve, FitzRoger el bastardo?

Al momento, los vio a los dos, que esperaban a la entrada del castillo para recibirlos, y se dio cuenta de que Imogen había cambiado. En verdad su diferencia estribaba en una sola cosa había dejado de ser una niña y era toda una mujer.

También su pelo estaba distinto.

Claire contuvo una carcajada. Tenían las dos un aspecto casi idéntico. La famosa melena de lady Imogen, que antes le llegaba por las rodillas en dorados tirabuzones, ahora apenas le rozaba los hombros

-¿También ella se lo cortó como forma de protesta? -preguntó a Renald.

-¿El qué?

-El pelo.

-Ah, no, en absoluto. Se cortó una trenza para escaparse, y luego no tuvo más remedio que cortarse la otra.

-¿Para escaparse? -Claire recordó de pronto que lo que le habían contado no era una fábula-. ¿Eso ocurrió antes o después de que él le diera los latigazos?

Renald se volvió a mirarla con perplejidad.

-No intentaba escaparse de FitzRoger. Pero no tenemos tiempo ahora. Decidle a ella que os cuente toda la historia.

Pasó el momento de terror. Si Imogen podía contárselo, no estaría entonces tan a malas con su marido, porque no daba la impresión d ser una esposa maltratada ni sometida. En aquel preciso instante, ladeaba la cabeza hacia el hombre que estaba junto a ella para hacerle algún comentario, y se la veía sonriente.

Así que aquel era el omnipotente y temido FitzRoger de Cleev, Claire se esperaba que fuera más grande, en cierto modo, más parecido a Baldwin de Biggin. Pero tenía que haber previsto que un hombre que era como un hermano para Renald no habría sido nunca un tipo así.

Se mantenía junto a su esposa, aunque un poco más atrás, concediéndole claramente a ella un lugar de mayor autoridad. No obstante, era él quien dominaba la situación. No tenía la apariencia de un ser monstruoso, pero Claire no estaba nada convencida de que hubiera sido capaz de discutir con él para defender sus derechos.

Algo en su porte, en su figura y en sus facciones indicaba que era un hombre duro, despiadado. Le recordó a la primera impresión que tuvo de Renald: el lobo de guerra, preparado en todo momento para matar. Pero en el caso de FitzRoger el bastardo, dudaba mucho de que hubiera también un lado más suave, más amable. No le costaba nada imaginárselo dándole latigazos a su rebelde esposa. Sintió lástima por Imogen, a pesar de que se la viera contenta con su suerte.

¿Sería cierto eso de que ella le había golpeado? Aquel hombre parecía tan poco vulnerable como la pétrea torre de Carrisford.

Pero entonces, mientras detuvieron los caballos y ella se quedó esperando a que Renald la ayudara a desmontar, se acordó de la facilidad con que su propio esposo había puesto su vida en peligro. Por muy fuertes y diestros en la lucha, aquellos hombres eran también de carne y hueso y, por lo tanto, vulnerables.



Librodot

Puede que incluso frente a una joven armada con una piedra o un palo. Aquel golpe en las rodillas que ella misma había propinado al villano habría tumbado también al mismísimo FitzRoger.

Con asombro, reflexionó sobre lo que le había pasado. Renald la estaba bajando de la montura.

-Se os ve preocupada.

-Acabo de darme cuenta de que he sido capaz de ayudar a matar a un hombre.

Ella esperaba que surgiera una discusión sobre lo bueno y lo malo de sus actos, lo deseaba incluso, pero él se limitó a decir:

-Y yo me alegro mucho de que lo hicierais. -Y la llevó junto a los anfitriones.

A matar, pensó ella. En un solo día.

Pero él le había dicho que tenía que llegar a aceptar la espada, y eso era lo que había hecho. O por lo menos, aceptaba ahora que, cuando sus seres queridos estuvieran en peligro, ella también podría convertirse en loba.

## Capítulo 24

Claire se planteó si FitzRoger era un hombre guapo. La elegancia de sus facciones y su abundante cabello negro le hacían pensar que sí, pero su dura apariencia y una o dos cicatrices que tenía en el rostro no terminaban de convencerla del todo.

Si Renald era de granito, FitzRoger era de mármol negro.

No obstante, su sonrisa al saludarla fue en verdad amable y resultó asombrosamente cálida cuando se dirigió a Renald. Claire se estremeció al pensar en lo errado de sus juicios. Como hermanos, recordó, al ver cómo se abrazaban.

A continuación, Imogen la atrajo junto a sí para darle un beso de bienvenida.

-¿Están mejor las cosas ahora? Ha debido de ser terrible -dijo la anfitriona, al tiempo que le pasaba la mano por la cintura y subían juntas las escaleras de madera de entrada al castillo-. Todos nos sentimos muy apenados por la muerte de vuestro padre. ¡Y vuestro pelo! ¿No es curioso? A mí ya me está creciendo, pero tengo que admitir que es mucho más fácil manejarlo cuando está bien corto. La reina está tan emocionada...

-¿Por vuestro pelo? -Imogen no había cambiado tanto, siempre había sido una parlanchina.

La joven anfitriona se rió.

-¡No! Por vuestra boda. O, mejor dicho, por vuestra noche de bodas. Le encantan las bodas. Venid conmigo a rendirle pleitesía.

En medio de la confusión, Claire se había olvidado de prepararse para encontrarse cara a cara con Enrique Beauclerc. Se alegraba de poderse aferrar al juramento que le había hecho a Renald. Hizo una reverencia ante el trono en el que estaba sentado el rey y después levantó la cabeza para mirarlo de frente. Por fuera no se le veía cambiado. El pelo negro rodeaba como siempre los ojos encendidos de aquel hermoso rostro, marcado claramente por la crueldad.

-Lady Claire, estamos encantados de veros. Levantaos y sentaos a mi lado.

Claire obedeció, sentándose en un taburete junto al trono, mientras el rey saludaba a Renald.

-¿Cómo marcha todo en Summerbourne, milord?

-Muy bien, majestad. Permitidme que os presente a Thomas, hijo de lord Clarence.

Thomas estaba muy colorado, bien de emoción o de nerviosismo. Claire no habría sabido decirlo. Por un momento pensó con preocupación que su hermano se pusiera agresivo de repente, pero se limitó a arrodillarse ante el trono.

El rey se acercó para levantarle la barbilla.

-Joven Thomas, os habéis convertido en un gallardo muchacho. ¿Os gustaría ser uno de los pajes a mis servicio?

Claire observaba en todo momento la mirada escrutadora de Enrique y sabía lo que intentaban descubrir sus ojos: el espíritu de la rebelión.

Su hermano frunció el ceño y vaciló. A su hermana se le paralizó el corazón. Acto seguido, el muchacho dijo:

-No sé, majestad. No sé cómo será.

Enrique se rió. Sensata respuesta.

-¿Os gustan los caballos y los halcones, el manejo de la espada y la lucha?

-Oh, sí, majestad.

-Entonces estaréis a gusto a mi servicio, siempre que seáis obediente y os entreguéis con denuedo a vuestro trabajo.

El rey levantó un dedo y, rápidamente, se acercó un muchacho de la edad de Thomas y se arrodilló junto a él.

-Bruno, este es Thomas de Summerbourne, ocúpate de él.

Al momento, Thomas se marchó y desapareció entre las innumerables estancias de la casa. Claire consiguió vencer su impulso de ir tras él y retenerlo.

-Yo estaré pendiente de vuestro hermano -dijo el rey, percibiendo con claridad la preocupación de la joven.



Librodot

Ella lo miró, acordándose de las palabras de Renald. Seguramente era cierto lo que le había dicho, aunque seguía estando convencida de que le remordería la conciencia por lo que había sido capaz de hacer para asegurarse de que su padre no ganara.

-Los ángeles de Summerbourne -dijo Enrique, mirándola con detenimiento-. Yo solía llamaros así, ¿lo sabíais?

-Sí, majestad, por la historia del Papa Gregorio.

-Exactamente. Eso fue lo que sentí cuando os vi por primera vez a los dos, sentados en las rodillas de vuestro padre. ¡Qué niños tan preciosos! pensé, ¡y qué genuinamente ingleses! Yo nací en Inglaterra, como sabréis, y mi esposa es inglesa. -Enrique acarició la mano de su reina, de dorados cabellos-. Tal vez nuestros hijos sean también como angelitos.

Antes de que Claire tuviera tiempo de pensar en una respuesta, Enrique frunció el ceño.

-Lo que no me complace tanto es esa nueva moda de las damas de cortarse el cabello.

Claire no pudo evitar cruzar una mirada con Imogen.

-Ni tampoco -prosiguió el rey- una especie de bravura que se detecta en algunas jóvenes del reino. Al menos lady Imogen parece haber aprendido la lección.

Para sorpresa de Claire, ante aquella alusión a los latigazos, Imogen se limitó a sonreír.

Enrique negó varias veces con la cabeza y, llevándose la mano de su reina a los labios, añadió:

-Las dos deberíais seguir el ejemplo de mi dulce esposa.

Con su suave melena rubia, de un largo discreto, y sus grandes y complacientes ojos, la reina Matilda parecía una mujer amablemente dócil.

-Es una lástima -dijo la reina- que tengáis el cabello tan corto, lady Claire. Pero por lo menos el cabello crece. La pobre Imogen está marcada para siempre.

Claire no se había dado cuenta, pero en aquel momento vio una pálida cicatriz que atravesaba de arriba abajo una de las mejillas de la joven. Se le secó la boca. ¿Sería otra brutalidad de su esposo?

De pronto se sintió abrumada por las dudas. Aquel mundo era tan irreal como el de sus ilustraciones de pergamino. El rey tenía una apariencia gentil y benigna, pero todo el mundo sabía que era cruel. Buena prueba de ello había sido su disposición a planear la muerte de un gran amigo.

La reina parecía contenta, pero también ella había sido una novia obligada. La única razón para su matrimonio fue la sangre de la antigua casa real de Inglaterra que corría por sus venas.

Imogen daba todo el aspecto de una feliz recién casada, pero eso era imposible después de que la hubieran flagelado y la hubieran hecho aquella cicatriz, y ella hubiera intentado escaparse. ¿Tendría que fingirse feliz para que no le hicieran más cosas así?

¿Y qué les pasaría entonces a Thomas y a ella?

-Con vuestro permiso, majestad. Lady Claire debe de estar agotada del viaje. ¿Puedo acompañarla a sus aposentos para que descanse antes de la comida?

Claire reparó en que debía llevar enmudecida demasiado rato.

La reina se levantó para acariciarle la cabeza, como si ella fuese un perro.

-Por supuesto que sí. Queremos que la novia esté bien descansada antes de mañana por la noche.

Claire se levantó, hizo una reverencia ante los monarcas y se marchó, realmente aliviada.

Mañana por la noche. De nuevo las dudas volvieron a atenazarla. Imogen guió a Claire y a sus sirvientas al piso de arriba por unas. amplias escaleras interiores, después a través de un laberinto de habitaciones hasta un pequeño cuarto que se encontraba situado en una de las esquinas del torreón y en el que había únicamente una cama grande con dosel y un banco junto al ventanuco. No obstante, había bolsas de hierbas olorosas colgando por la habitación para endulzar el ambiente y los tapices eran lujosos.

-Me temo que con el rey aquí y toda su corte, nos hemos quedado sin espacio. Si no os hubiéramos reservado este cuarto para vuestra noche de bodas, os tendríais que haber acomodado con otros cinco más en una misma cama como el resto de todos nosotros.

Claire se dejó caer en el banco, sintiéndose repentinamente agotada.

-Todavía no estoy segura de...

-¿No? -preguntó Imogen, con los ojos como platos. Sin duda, había cambiado-. El rey está firmemente decidido.

¿Había algo de miedo en su voz? Claire despidió a sus criadas.

-Imogen, ¿qué fue lo que ocurrió entre vos y vuestro esposo? La joven anfitriona se sentó en el borde la cama.

-¿Lo que ocurrió?

-Vuestro matrimonio. ¿Os obligó?

-No exactamente... ¿Qué pensabais?, ¿que fui arrastrada al altar dando alaridos? No. Necesitaba un hombre que me protegiera, y FitzRoger fue una excelente opción.

-¿Podríais haber dicho que no? Imogen se sonrió.

-No. Pero para entonces yo ya no quería decir que no.

-¿Le amabais?

-Apasionadamente.

-¡Pero si os había azotado!

Imogen se reclinó hacia atrás y cruzó las piernas sobre el lecho. Era una posición de niña pequeña, sin embargo no resultó nada infantil en la forma en que ella lo hizo.

-¿Quién os contó eso?

-¿Es que no es verdad?

-Sí y no. Sólo que me gustaría saber cuál es la historia que se cuenta por ahí.

-Me dijeron que vos lo golpeasteis y, como castigo, os encerró y os dio de latigazos.

-Curioso. Y más o menos, la verdad. -Se la veía asombrosamente contenta al hacer aquel comentario-. Para que os cuente cómo fue todo exactamente, tendréis que esperar, pero en resumen lo que ocurrió fue que Anulf de Warbrick nos hizo prisioneros. ¿El hermano de De Belléme?

Sobrecogida, Claire asintió. Había oído decir que Warbrick era tan horrible y monstruoso como su hermano.

-Fue terrible. Pero cuando después lo tuvimos bajo nuestro yugo, FitzRoger se empeñó en luchar con él en un combate a muerte. Una de esas cosas que hacen ellos. No había forma de hacerle cambiar de opinión, así que le di con un leño en la cabeza.

Claire pestañeó repetidas veces ante aquellas prosaicas palabras.

-¿No pensasteis que fuera a ganar? Renald me ha dicho mil veces que jamás pierde un combate.

-Normalmente no, pero estaba herido. Ya que teníamos a Warbrick en nuestro poder no parecía muy acertado darle ni la menor oportunidad. Pero ya sabes como son los hombres... -Imogen se encogió de hombros.

Claire no estaba nada segura de saber cómo eran los hombres, o al menos no los del tipo guerrero, pero podía imaginarse que la intervención de Imogen no hubiera terminado bien.

-¿Y qué pasó?

-Pues que, después de que maté a Warbrick...

-¿Qué?

Imogen restó importancia al estupor de su amiga con un indiferente movimiento de la mano.

-Lo único que hice fue ordenar a nuestros hombres que lo cosieran a flechazos. Así que, después de eso, Renald me llevó a Cleeve, que es donde está el castillo de FitzRoger.

-Queréis decir que os encerró, ¿no?

Imogen emitió una sonora carcajada.



Librodot

-¡No, pobre Renald! ¿Cómo podéis pensar eso? Lo único que pretendía era alejarme del primer impulso de ira de FitzRoger. Y yo creo que hizo bien, aunque hubiera preferido ocuparme de mi esposo.

Claire se frotó la frente, empezando a sentir una inquietante confusión.

-Y después cuando FitzRoger se recuperó, os llevó a juicio y os mandó azotar.

-No. El rey fue quien me llevó a juicio presionado por los otros barones. En verdad lo que ellos querían era mi pellejo. Por alguna razón -añadió Imogen, con un punto de malicia en la mirada-, a los hombres no les gusta que una mujer golpee a su marido hasta dejarle inconsciente.

En aquel punto, Claire no pudo contener una carcajada.

-Pero lord FitzRoger tampoco tenía que haberte azotado.

-Es una ofensa muy grave. Atacar a un marido ya es bastante malo, pero atacar a uno de los fieles vasallos del rey equivale a atacar, al propio rey.

Claire se santiguó.

-Pero aun así...

-Aun así, lo que me hizo fue simbólico. Sólo me dio un latigazo y yo llevaba la ropa puesta. -Imogen abrió mucho los ojos-. ¡Estaba tan sumamente enfadado! No me lo tendría que haber hecho si yo hubiera aceptado hacer el juramento.

-¿El juramento?

-El juramento de que no iba a volver hacer una cosa así jamás. Enrique y él lo acordaron, ¿entendéis? Una forma de librarme del castigo. Pero yo sé que volvería a hacerlo otra vez. Prefiero un latigazo a verlo muerto, y no estaba dispuesta a jurar en falso.

-No, claro. Claro que no. -Claire se quedó mirando los tapices que colgaban del dosel. Qué parecido a lo que le ocurrió a su padre, que tampoco estuvo dispuesto a un falso juramento, pero Enrique no se las arregló para darle un escarmiento simbólico.

O más bien, recapacitó con repentina agudeza, Enrique se había vuelto a encontrar con otra persona que no se resignaba a aceptar el camino más fácil.

Enrique y Renald. Ahora entendía la rabia de Renald contra su padre.

Del mismo modo que FitzRoger había montado en cólera contra Imogen por obligarle a darle un latigazo, Renald guardaba rencor a su padre por haberle forzado a convertirse en su verdugo.

Y aún más, si Claire hubiera impedido que su padre se marchara, si se lo hubiera impedido físicamente, como había hecho Imogen con su marido, nada de aquello hubiera llegado a pasar.

Imogen se puso en pie.



Librodot

-Ya he charlado demasiado y os habré cansado más. Mandaré llamar a vuestras sirvientas.

-No -Claire la detuvo con la mano-. No estoy cansada, es que vuestra historia me ha hecho recapacitar. Sobre mi padre. -No se sentía preparada para expresar abiertamente sus inconexas ideas, por lo que prefirió pasar a otro tema-. Amo a Renald, pero no dejo de tener malestar en mi mente por el hecho de que fue él quien mató a mi padre.

-A mí me ocurriría lo mismo. Pero fue en una justa por la corona.

-¡Pero tan desigual... !

-Antes Dios, eso no importa.

Claire intentó buscar un rastro de duda en el semblante de Imogen.

-¿Lo creéis de verdad?

-Por supuesto. ¿Vos no?

-Sí, pero entonces no entiendo por qué murió mi padre.

Claire era consciente de que debía reservarse sus opiniones, pero necesitaba hablar con alguien e Imogen parecía muy lúcida. Bajó la voz al volver a hablar casi con un susurro.

-Yo sigo creyendo que el rey mató a su hermano, por eso si Dios es quien decide el resultado de una justa así, mi padre tendría que estar vivo.

Imogen se retiró de los ojos un bucle de pelo.

-Pero es que la justa no era por ese motivo. Claire la miró perpleja.

-¿No?, entonces, ¿por qué era?

-Por la traición de vuestro padre y, por tanto, por el derecho legítimo del rey a ocupar el trono.

-Pero es lo mismo.

-No, no es lo mismo. Es todo una cuestión de elecciones y voluntades; esas cosas. Yo no estoy demasiado enterada porque tampoco presto mucha atención, pero, ¿preferiríais que Inglaterra estuviese gobernada por el duque Roberto y sus seguidores, gente como De Belléme y otros igual de indeseables? -Cuando Claire se quedó callada, Imogen sacudió la cabeza y dijo-: Otra vez estoy hablando de más. Llamaré a vuestras criadas.

Aturdida por aquella idea nueva, por una luz tan esperanzadora como la del amanecer, Claire necesitaba saber una cosa más.

-¡Esperad un momento! ¿Cómo os hicieron la cicatriz que tenéis en la mejilla?

Ya junto a la puerta, Imogen se dio la vuelta y se pasó el dedo por la pálida línea que le atravesaba la cara.

-¿Creéis que fue FitzRoger el que me lo hizo? Pobrecito. Todo el mundo piensa que es un ogro, pero en verdad no lo es. O al menos, no cuando no tiene por qué serlo -añadió con soltura.

Sí que había cambiado Imogen. Había cambiado muchísimo.

-Nunca me ha hecho daño por su propia voluntad -prosiguió anfitriona, sin la menor sombra de duda-. Esto me lo hice cuando tentaba huir de los hombres de Warbrick. Me di contra una antorcha de pie y me corté con uno de los salientes -la joven se sonrió, sin dejar de pasarse el dedo por la cicatriz-. Temí que mi marido me repudiara. Mi aspecto era horrible hasta que se me curó, y además lo pelo rapado. Pero él me enseñó todas sus cicatrices. Es un buen hombre. Igual que Renald, y eso que Renald es mucho más amable. Imogen se marchó, en busca de las criadas. Claire se tumbó en cama, con la mente agitada por las miles ideas nuevas, todas esperanzadoras.

Renald y FitzRoger estaban en lo alto de las murallas, uno de los cos lugares privados en el castillo, abarrotado de invitados. Los guardias de servicio vigilaban recorriendo la empalizada de un lado a otro pero no eran muchos al no haber ningún peligro cercano y sabían mantenerse a distancia.

Renald ya le había expuesto a su amigo un breve resumen de aquellos últimos meses.

-¿Os lamentáis de haber salido a la arena por mí?

-No -dijo De Lisle, y al momento añadió-: La amo.

-De eso no hay duda.

-¿Tanto se nota?

-Tal vez sólo para mí, que soy vuestro amigo. ¿Qué os preocupa? Renald hizo una mueca de dolor.

-Me aterroriza más bien. La obligué a hacer un juramento, pero... Cree que el rey mató a su hermano.

-Como toda Inglaterra.

-Pero ella piensa que por ese motivo la causa de su padre era justa y que, por tanto, el combate no fue noble. Se sale de sí cuando hablamos de eso.

Le contó a su amigo lo que había pasado en el banquete y lo de la espada.

-Como bien decís, Salisbury probó por una vía indirecta.

-Y Claire me ha hecho prometerle que no me pronunciaré contra él; es su padrino.

-Seguramente es lo mejor. Enrique quiere que todo se tranquilice, que no haya más agitación.

-Por lo menos, después de la escena de los asaltantes según veníamos para acá, habrá comprendido que prepararse para la lucha no es tan deplorable. Pero ¿qué pasaría si sus

principios la llevan a perder el control y, olvidándose de su juramento, acusa a Enrique de traición en su propia cara?

FitzRoger puso gesto de preocupación.

-Pero os lo ha jurado, ¿no?

-La obligué. -Renald arqueó las cejas-. La amenacé con romperle una pierna si no me lo juraba.

-Un poco rudo.

-¿Y qué iba a hacer? ¿Rehusar la «invitación» del rey? ¿Decir que se había puesto enferma y encerrarla en una mazmorra? Aun cuando hubiéramos logrado ocultar la verdad, su gente la habría soltado.

-¿Y habríais sido capaz de hacerlo? ¿De romperle una pierna?

-¿Y vos? -contestó Renald.

Tras unos momentos de reflexión, FitzRoger se encogió de hombros.

-Sí, lo mismo que Imogen me volvería a dejar inconsciente para salvarme. El amor nos empuja a veces a los comportamientos más extraños. Y, hablando de amor...

Era difícil por la expresión del rostro de aquel hombre saber cuáles eran sus pensamientos, y justo en aquel mismo instante Imogen subía por la escalera de madera a reunirse con ellos, sujetándose el velo contra el viento.

-¡Oh, qué fastidio! -dijo la joven, al tiempo que se quitaba el velo y el aro que lo anudaba, y dejaba que el viento jugara con los rizos de su cabello color canela-. Renald, sabed que acabo de contarle a vuestra esposa todo lo que pasó cuando me puse brava y me castigaron, y que he logrado disiparle muchos de sus miedos. -Se acercó a Renald para abrazarlo y darle un beso-. Pero vos, querido amigo, parecéis afligido por la angustia.

-Sin embargo, vos, Imogen, estáis plena de vida. La joven sonrió y se puso junto a FitzRoger.

-Ya son tres meses de llevar dentro una vida, aunque apenas se note.

-Os felicito.

FitzRoger cogió entre los dedos uno de los rizos de su dama y ella le sonrió. Renald los miraba, preguntándose si Claire y él llegarían alguna día a tener una unión tan armónica como la que veía en sus dos amigos, claro que entre ellos no había nada parecido a la muerte de un padre.

-Creo que querrá que sellemos nuestro matrimonio mañana. FitzRoger elevó las cejas.

-Pues no parece que os haga muy feliz.



Librodot

-No servirá de mucho si sigue creyendo que actué con falta de nobleza. -Renald se rió con cierta amargura-. Si yo fuera como hay que ser, la habría tomado en medio de los matorrales aprovechando la euforia de la batalla que le ha entrado.

-¿Con un asesino suelto por ahí cerca? No habría sido nada sensato. ¿Quién creéis que está detrás de ese incidente?

-No tengo la menor idea. No hay nadie que tenga ningún motivo para desear la muerte de Claire. Pero si verdaderamente hubieran querido matarla, con una flecha les hubiera bastado. ¿Para qué arrastrarla por la maleza?

-¿Para violarla? -preguntó Imogen, que de inmediato se contestó a sí misma-. No, no pensarían que les iba a dar tiempo. ¿No la habrán confundido con otra?

-No veo cómo.

-Menos mal que está a salvo ahora.

-¿Estará realmente a salvo? Me dijo que el otro hombre, el que pagó a los que cogimos, tenía acento de normando. Lo mismo está aquí.

-Pondremos guardias para protegerla siempre que no esté a vuestro lado -dijo FitzRoger.

-No pienso dejarla sola ni un momento.

-¡Cómo me gusta ver a otro hombre atrapado en las redes de una mujer! -dijo FitzRoger.

Imogen le dio un codazo en las costillas.

-¿Y yo qué? Loca de amor.

FitzRoger volvió la cara de ella hacia él.

-¿Me estáis haciendo acaso una proposición, esposa mía? El rostro de la joven se iluminó.

-Llevamos tres noches compartiendo el lecho con unas cuantas personas más.

-Es verdad. Y durante el día no podemos escaparnos de la muchedumbre.

-Pero tengo muchas otras cosas de las que hablaros -bromeó De Lisle.

FitzRoger no dejaba de sonreír estando en presencia de su amada.

-Desapareced de una vez.

Mientras se iba, Renald oyó que ella le decía a su amigo:

-Aquí también hay gente, no hay forma de que...

Se sonrió, sin dudar por un instante que su amigo encontraría alguna forma. Al fin y al cabo, si todo les fallaba, las macizas murallas de Carrisford estaban trufadas de pasadizos secretos. Se fijaría más tarde en si ella tenía telas de araña en el pelo.

Claire abrió los ojos en medio de la oscuridad y se encontró en una habitación desconocida. Tardó unos instantes en acordarse de dónde estaba. Pero ¿la oscuridad? Una franja alargada de una negrura más tenue le indicó la posición del ventanuco y la llevó a comprender que era noche cerrada. Se habría tumbado en la cama para pensar y se habría quedado dormida. Aún llevaba la ropa puesta.

Había otros cuerpos en la cama y supuso que serían sus criadas. Zarandeó a la que estaba más cerca.

-Despierta.

-¿Qué...? ¿Milady? Claire reconoció aquella voz.

-Maria, tengo que orinar. ¿Adónde voy?

-Tenemos un orinal, milady.

Maria salió de la cama y despertó a Prissy.

-¿Necesitáis algo más, señora? -preguntó Prissy, adormecida.

No le pareció muy apropiado obligarla a levantarse para que buscara por todo el castillo algo de comer en medio de la oscuridad, pero estaba hambrienta.

-Algo de comida, y tengo sed también -dijo, al tiempo que se levantaba de la cama y se disponía a orinar.

-Tenemos comida aquí. -Prissy hizo un poco de ruido mientras palpaba el suelo buscando algo. Por fin alcanzó una caja de madera. Claire la abrió y tocó el interior.

-¿Qué es?

-Un poco de pan y queso, señora. Y tenemos vino con agua -entregó un cuenco lleno a su señora y Claire se lo bebió de un tirón.

-Podéis volver a dormir. Ya como yo sola.

Toda una vida compartiendo el lecho con sus tías le había enseñado a no dejar libre su espacio o de lo contrario las otras se lo usurparían, así que se sentó sobre la cama y se entregó a sus pensamientos.

Quizá su mente hubiera seguido dándole vueltas a la situación mientras había estado dormida, porque todo le parecía mucho más claro. Su padre había plantado batalla para defender su inocencia ante la acusación de traición, lo que quería decir que la cuestión era si Enrique tenía derecho legítimo al trono. Quizá si hubiera cuestionado si el rey había matado a su hermano, por la intervención divina, habría ganado. Porque en ningún caso el derecho del rey al trono dependía de que hubiera matado o no a su hermano.

¿Cómo no lo había visto antes?

En la Historia, no era infrecuente que los gobernantes consiguieran el poder mediante conquistas y matanzas.

Claire sabía un poco más que Imogen acerca de las leyes y de la corona de Inglaterra. El rey era elegido por los grandes nobles. Se tenían en cuenta los deseos del último rey y la corona solía recaer sobre el primogénito legítimo, pero aun así, era preciso que la elección de los nobles lo ratificara en el trono.

En tal caso, ¿tenía derecho al trono Enrique Beauclerc? Renald le había dicho que había sido aclamado por los nobles y ungido por la Iglesia.

Además, Imogen tenía razón. ¿Quién iba a querer que gobernara en Inglaterra Roberto de Normandía, en especial cuando entre sus seguidores había gente tan malvada como De Belléme?

Por tanto, era bastante posible que su padre hubiera planteado la pregunta de si Enrique tenía derecho al trono de Inglaterra, cuya respuesta era afirmativa. Enrique tenía derecho a reinar porque lo habían elegido la mayoría de los nobles, y era el más- apropiado para el buen gobierno del país.

Entonces, su padre había muerto sin que por ello hubiera habido ningún tipo de engaño.

Deseó haberlo visto de ese modo hacía meses. Tal vez habría tenido el coraje suficiente para actuar como Imogen e impedir a su padre por la fuerza que se fuera de Summerbourne a encontrarse con la muerte. Pero ahora, podría al menos descartar sus dudas sobre la mala voluntad de su esposo. No olvidaría nunca que fue Renald quien asestó el golpe mortal a su padre, pero ahora entendía por qué no se sentía culpable.

Un acertijo resuelto.

Quizá, como había dicho Renald, la vida no se ajustara exactamente al bien y al mal, al vicio y la virtud. Si su padre hubiera sido capaz de entenderlo, si se hubiera mezclado más con la confusión de la vida real, tal vez no habría muerto.

Claire lanzó un suspiro, al tiempo que se metía en la boca el último pedazo de queso. Si ella misma hubiera estado más imbuida de la vida real, habría sido capaz de ver el peligro y evitarlo.

Renald había llegado a amenazarla con herirla para que no pudiera ir a la corte. Había estado dispuesto a hacerle daño para protegerla de un peligro mayor. Ella sabía que actuaría del mismo modo en una situación similar.

Ella, al igual que Imogen, prefería hacer daño y ser castigada a ver morir a un ser amado.

No lejos de allí, Renald estaba tumbado sobre su camastro en el suelo sin poder dormir, en medio de una habitación abarrotada de cuerpos, con un constante murmullo de ronquidos y resoplidos y un intenso olor a humanidad. Había un poco más de espacio del que debería haber, porque FitzRoger no había llegado aún.

Seguramente los anfitriones habrían acabado en alguno de los pasadizos. Después de todo, ¿qué eran unas cuantas ratas y un poco de humedad para dos amantes que deseaban estar juntos?

Como quería él estar con Claire.

Y como tal vez llegaran a estarlo al día siguiente, con la ayuda de Dios.

Pero estaba preocupado.

Ya no había secretos entre ellos. Pese a la emboscada del camino, pese a cómo había conseguido salvarla y la explosión de violencia que había tenido ella, le seguía afligiendo el que jamás llegara a entender que él tenía que luchar y matar.

No se regodeaba en la violencia, pero tampoco la rechazaba. Era un buen luchador y disfrutaba con ello. Además era muy necesario proteger lo que para él era valioso.

Claire le era muy valiosa, aunque esa palabra le sonó en su interior demasiado suave para la pasión que se había apoderado de su existencia. Si se entregaba a él abrumada por la angustia, el amor entre ellos acabaría sucumbiendo por la tensión.

Antes perderla que causarle semejante dolor.

De repente, le vino una idea sobre cómo probar la hoja antes de emplearla. Vaciló, porque cualquier espada podía fallar aun habiéndola probado. Pero mejor antes que después. Se pasó las manos por detrás de la cabeza y pensó en cómo organizarlo todo.

## Capítulo 25

Para su sorpresa, Claire volvió a quedarse dormida y se despertó cuando Prissy la zarandeaba insistentemente. Detrás de ella estaba María con la bandeja del desayuno. La joven dama se incorporó sobre el lecho, ya a plena luz del día, y pudo oír el ajetreo del castillo.

-¿Qué hora es?

-La tercia ya pasada, señora. Y solicitan vuestra presencia. Claire salió de la cama, sintiendo un ligero dolor de cabeza de tanto dormir.

-¿El rey?

-Y la reina. Y vuestro esposo.

Prissy echó agua caliente en una palangana y Claire comenzó a lavarse al tiempo que pedía que le trajeran la ropa que se había puesto el día de su boda. En cierto modo, aquel día era una segunda boda.

Y no faltaba mucho para que llegara su segunda noche de bodas.



Librodot

-Por lo visto va a haber un combate -dijo Maria.

-¿Qué? -Claire dirigió la vista hacia donde estaba su criada asomada al ventanuco-. ¿Nos han atacado? -preguntó, sintiendo un pánico repentino que le llevó a pensar incluso que había vuelto su misterioso raptor.

-No, milady -dijo Maria, riéndose-. ¡Es por diversión! Para celebrar vuestros esponsales. Están construyendo una tarima. Vos os sentaréis junto a los reyes.

Claire distinguió entonces el repiqueteo de los martillos.

-Por diversión -murmuró, y siguió lavándose. Pese a que había llegado a comprender la necesidad de que los lobos lucharan contra otros lobos e incluso había descubierto en sí misma algo de esa voracidad, no acababa de gustarle lo de que alguien pudiera luchar por diversión.

Se acordó de cuando Renald le había confesado que disfrutaba con el combate. Se acordó de su rostro iluminado cuando volvieron de matar a aquellos caballeros forajidos. Se acordó de cuando puso su espada entre ellos dos y le exigió que aceptara el arma para aceptarle a él.

-¿Va a luchar mi esposo? -preguntó, sabiendo de antemano la respuesta.

-Ah, claro, milady. Luchará contra lord FitzRoger. Todo el mundo dice que es muy emocionante verlos. Aunque dicen también -añadió, al tiempo que lanzaba una cautelosa mirada a su señora que lord FitzRoger es mejor.

-También lo dice lord Renald, así que será verdad. -A Claire no le hacía ni pizca de gracia tener que contemplar un combate. No tenía muchas ganas de ver perder a Renald-. Espero que sean lo suficientemente sensatos como para no herirse el uno al otro.

Se secó y se vistió, con la esperanza de dar una imagen más serena de lo que sentía en su interior. Realmente, lo que la disgustaba no era la remota posibilidad de que saliera herido, sino la intuición de que Renald había urdido todo aquello deliberadamente. Querría hacerle; una demostración de la verdadera naturaleza de un espada sangrienta, para obligarla a aceptarlo como era antes de entregarse a él.

Ese desconfiado empedernido... Se merecía la muerte mordisqueado por las pulgas. ¿Cómo podía seguir dudando de ella? Al tiempo que se quitaba el aro que apenas le sujetaba el velo encima de su pelo indomable, empezó a inquietarse mucho. ¿Y si ella no era capaz de aceptarlo? En el fondo de su alma, seguía aborreciendo ese mundo hostil, las armaduras, las espadas y las cicatrices y callosidades que tenían esos hombres en sus cuerpos y en sus corazones.

Tomó la firme resolución de ser sensata y se convenció a sí misma de que Renald no había hecho nada realmente malo al matar a su padre, pero no logró disipar el temor de no ser capaz de aceptar la espada con sinceridad.

-¡Que se lo coman a mordiscos las anguilas! -murmuró, asombrando a sus criadas.

Vestida con sus mejores galas y con el velo, que ya había empezado otra vez a escurrírsele de la cabeza, salió de la habitación y se encontró con que Josce la estaba esperando. De primeras se extrañó, recordando los días en que el escudero la custodiaba por todo Summerbourne,

pero al momento reparó en que ahora estaba allí para protegerla, en caso de que no anduviera lejos su hipotético asesino. Irritada contra el desconocido villano, bajó hasta la gran sala, que estaba decorada con estandartes y banderines, vajillas de plata y oro en los aparadores, y abarrotada de invitados elegantemente vestidos, entre un ensordecedor bullicio de sudor y lujo. Sentados ante largas mesas, los nobles, las damas y los clérigos saciaban su apetito de recién levantados. Los sirvientes iban de un lado a otro con jarras y bandejas. Había perros por todas partes, al igual que jóvenes pajes, quienes, con las mismas dificultades que los podencos, intentaban hacerse con algo de comida. Claire vio a Thomas a lo lejos abriéndose camino a la carrera entre la multitud, junto con otros dos muchachos.

Tal vez tuviera que hacer algo urgente, pero temió que fuera otra cosa. Daba la impresión de que hacían alguna travesura. Instintivamente fue hacia ellos para vigilar a su hermano, pero de inmediato se detuvo. Debía dejarlo solo. Si hacía alguna diablura y tenían que castigarlo, no le vendría mal.

En cualquier caso, Summerbourne ya estaba perdido para él, y era necesario que se desenvolviera entre hombres. Durante las últimas semanas bajo la estricta autoridad de Renald, había hecho grandes progresos. Por mucho que pareciera un angelito, era más bien del tipo del arcángel San Miguel, guerrero del señor de los cielos. Tampoco era de extrañar; llevaba sangre de guerreros por los cuatro costados.

Igual que ella. Deseó ardientemente que la sangre que le corría por las venas le diera fuerza para contemplar a su amado en la lucha. ¿Dónde estaba?

Si su marido, el rey y la reina solicitaban su presencia, lo que ella no sabía era dónde estaban. Pensó por un momento refugiarse en la tranquilidad del jardín, cuando llegó un paje a buscarla y la llevó a la alcoba matrimonial de los reyes.

Era una hermosa habitación, de cuyas paredes colgaban ricos tapices, y había incluso una alfombra en el suelo. Carrisford era un lugar próspero. La reina estaba sentada junto a la ventana, acompañada de numerosas damas. Llamó a Claire a su lado y le pidió que le contara con todo lujo de detalles los esponsales y la boda.

Claire se saltó la parte de la espada, pero no tuvo más remedio que mencionar la aparición del cadáver y la infructuosa búsqueda del asesino.

-Todos nos quedamos muy apenados por la muerte de vuestro padre -dijo por fin la reina-Fue tan descortés por su parte...

La joven se mordió la lengua para no expresar su indignación.

Con sus últimos descubrimientos sobre todo aquello, entendió lo que la reina quería decir, aunque era innegable que no era una dama con demasiado tacto.

-Eran tan maravillosas las historias que nos contaba lord Clarence... -dijo Matilda-. Y sus acertijos... Qué hombre más brillante. Contadnos vos alguna historia, lady Claire.

La joven miró fijamente a la reina.

-Majestad, yo no tengo el don de mi padre. Matilda frunció el ceño.

-Pero seguro que recordaréis alguna de sus historias. Las debisteis oír muchas veces.

-Sí, majestad, pero carezco del don que tenía él para contarlas. -El ceño en el real entrecejo se hizo más profundo-. Quizá logre acordarme de alguno de sus acertijos.

El semblante de la reina se tornó complacido.

-Sí, hacedlo.

Claire se preguntó cómo podría soportar la vida aquella gente bajo semejante tiranía. Pero se esforzó por hacer memoria, temiéndose que, la reina ya se los supiera todos. Se acordó de pronto de una adivinanza que ella misma se había inventado e intentó contarla con gracia.

-Presta a la punzada soy, y son resistentes mis seguidores, que conmigo pretenden cambiarlo todo a nuestro paso. Mas soy tan gentil como se pueda ser, y mi finalidad es enmendar, no destruir. No es infrecuente que derrame sangre, pero no por mi gusto; y cuando concluyo mi poderoso viaje, el mundo queda tras de mí mejor de lo que era antes. ¿Qué soy?

Cuando las damas se miraron unas a otras con expresión de perplejidad, Claire supo que al menos les había contado algo nuevo.

-Eso suena a mi marido -dijo una de las señoras, con una sonrisa-. Él siempre cree que el mundo mejora con sus gruñidos y sus combates.

Hubo una carcajada general, seguida de expresiones de apoyo.

-Pero -dijo la reina- lady Claire ha dicho «¿qué soy?», «quién». No se me ocurre ningún objeto que pueda ser tan brutal y mismo tiempo amable. ¿Un ejército podría ser? ¿Tal vez el ejército del padre de mi señor esposo, que conquistó Inglaterra y la dejó mejor cómo estaba?

A Claire no se le ocurrió nada diplomático que contestarla. Matilda procedía de la rama real inglesa, y no se entendía que se mostrara tan entusiasta con la invasión de los normandos.

-Con vuestro permiso, majestad -dijo otra de las damas, de más edad-, dudo mucho que pudiera decirse de algún ejército que fuera gentil y sin gusto por los derramamientos de sangre.

Todas fueron haciendo sus sugerencias; algunas inteligentes; otras menos.

-¿Un arado?

-¿Un barco?

-¿Una verga?

-¿Resistentes seguidores? -cuestionó alguna de las damas. -¡Las pelotas del hombre! -dijo una de las mas jóvenes, y las demás se rieron.

Todas miraron a Claire, convencidas de haberlo adivinado, y ella tuvo que admitir que en muchas cosas coincidía. Se sintió también un poco azarada por los pícaros comentarios.

-Pero no estoy muy segura de que el mundo mejore con ellas, señoras.

-Intentad convenced de eso a cualquier hombre -señaló con ironía una de las damas-. Si no es eso, dadnos una pista, lady Claire.

-Es una cosa que las mujeres...

La interrumpió una osada jovencita, que dijo:

-Entonces será alguno de nuestros juegos.

-De hecho -añadió Claire con rapidez-, algunas lo estáis haciendo ahora.

-Pues no será nada de lo que desearíamos estar haciendo, Alida -dijo la reina, y la jovencita se rió-. A ver, ¿qué estamos haciendo ahora que coincida con la adivinanza?

Todas miraron a su alrededor, y de pronto la reina dio una palmada.

-Es la costura. No, ¡es la aguja! La aguja da punzadas en la tela y arrastra al hilo, los seguidores. No tiene la intención de derramar sangre, pero a veces nos la clavamos sin querer en el dedo. Y deja el mundo mejor de lo que era. ¡Qué bien ideado!

Después de que el grupo de las damas repitieran las alabanzas de la reina, Matilda dijo:

-Ponednos otra adivinanza, lady Claire.

Confiando en que su intuición no fuera demasiado obvia, Claire les puso otra, y después otra, y otra más. Cuando llegó el rey y la interrumpió, la joven hubiera deseado echarse a sus pies y besarle las reales botas.

Al punto, la reina le contó el acertijo que más le había gustado y se lo dijo de tal forma que el significado resultaba mucho más fácil de adivinar. Después, el monarca se acercó a Claire.

-Os agradezco que hayáis hecho disfrutar tanto a la reina, milady.

-Casi todos eran los acertijos de mi padre, majestad, y me temo que yo no se contarlos tan bien como él. -Pese a sus esfuerzos, no pudo evitar un punto de amargura en su voz. No terminaba de creerse que aquel poderoso hombre no hubiera sido capaz de cambiar el fatal destino de su progenitor.

-Verdaderamente, vuestro padre tenía un don. -El rey pareció no prestar atención al tono de voz de la joven-. Dijo algo de que pensaba escribir todas sus historias y sus acertijos. ¿Llegó a hacerlo?

-Mi padre tenía muy poca paciencia para la caligrafía, majestad. Yo los estaba transcribiendo por él, pero tengo el trabajo a medio hacer.

-Pues seguid con ello, antes de que se os vaya de la memoria y antes de que los niños os roben todo el tiempo. Me agradaría sobremanera acabar viendo ese libro.

Fue prácticamente como una orden real, y así lo tomó Claire, pese a que la actitud del soberano le doliera. Era evidente que no sentía nada respecto a la muerte de su padre.

-¿Y qué sabéis del diario de vuestro padre? -preguntó el rey-. Siempre estaba escribiendo, sobre todo al final. -En el semblante de la joven debió de reflejarse algo, pues el monarca añadió-: ¿Esperabais que no hablara de eso, como si me remordiera la conciencia?

Fue una provocación directa y encerraba una advertencia. El rey la estaba obligando a que aceptara su soberanía. Si hubiera sido el día anterior, aquello la habría empujado al desastre, por encima de su juramento a Renald. Pero en aquel momento, se sintió capaz de contestar:

-Simplemente me duele, majestad, como creo que es natural. Pero no por ninguna falta vuestra. Fue una muerte que habría querido evitar a toda costa si hubiera podido.

-Lo mismo que yo -dijo escuetamente el rey-. ¿Y qué ha pasado con su diario? Me gustaría leer lo que él hizo de aquella triste rebelión.

Claire tuvo que contarle lo de la pérdida del libro. Otro real ceño fruncido.

-¡No buscaríais bien! Diré a Renald que me indique el sitio exacto y mandaré a más hombres a buscarlo. Y vos deberíais tener más cuidado con objetos tan valiosos.

A Claire le pareció oír a Felice y no pudo evitar una sonrisa en sus labios.

-¿Os parece gracioso? -preguntó el rey, con acritud.

-No, majestad -la joven intentó encontrar una respuesta adecuada-. O bueno..., en cierto modo, sí, pero porque todo el mundo me dice lo mismo. Soy despistada, es mi mayor defecto. Hace poco perdí mi propio cuaderno de notas en Summerbourne. Y me regañaron por habérmelo dejado en el quicio de la ventana. -Acabó por callarse e intentó recordar en su mente quién la había regañado.

¿Felice? No estaba muy segura, pero era importante que lograra acordarse...

-¡Lady Claire! -dijo una voz aguda, y la joven se encontró de la mano del rey, que la ayudaba a tomar asiento en un banco-. ¿Tanto os he disgustado que estáis a punto de desmayaros?

La reina también se había acercado, con actitud sobre protectora, y todas las otras damas estaban a su alrededor.

-No, majestad. Os pido perdón. Debo de estar cansada todavía del viaje.

-Y sin duda la reina os ha hecho contarle demasiadas adivinanzas. He venido para acompañarla a ver los torneos. Confío en que no estéis tan debilitada que no podáis venir con nosotros, pues ocuparéis un lugar de honor.

Aquello también fue casi como una orden, por lo que Claire contestó:

-Por supuesto que no, majestad. -Y se levantó apoyándose en la mano del monarca, quien tendió la otra hacia su esposa y salió de la habitación llevándolas a las dos.

Al menos en el trayecto hasta la tarima, Claire tuvo tiempo de pensar, porque la reina no paró de hablar ni un momento.

¿Quién la había acusado de ser descuidada con su cuaderno? ¿Y por qué sentía que aquello era importante? Respecto al libro de su padre, nadie podía echarle en cara que hubiera sido descuidada, salvo por llevárselo en un viaje.

Tomó asiento junto a la reina y siguió siendo víctima de la inane conversación de la ilustre dama. Agradeció a los cielos no vivir en la corte ni estar obligada a soportar todo aquello día tras día.

No obstante, llegó a prestar verdadera atención a las competiciones. La carrera de caballos y el tiro al arco tenían una especial belleza, y el combate de barras le resultó parecido a la danza de las espadas. Y en cuanto a la honda, aunque sabía que una piedra lanzada con aquel artificio podía matar a un hombre, no le pareció desagradable la práctica de intentar alcanzar un objetivo inanimado.

Llegó realmente a disfrutar viendo a los hombres en sus acrobacias, vestidos con las cotas de malla para demostrar su fuerza y su agilidad. Cuando divisó entre ellos a Josce, le lanzó gritos de apoyo.

Pero cuando le llegó el turno a los espadachines, se le ensombreció el corazón. Todos aquellos hombres estaban tan bien entrenados... No conseguía olvidarse de que su padre había dejado los libros y su manta de pelo de conejo para desafiar al mundo.

Atormentada por el choque de los metales, empezó a temblar. Todo aquello era un preludio para el combate de Renald, y tenía que prepararse a sí misma para lograr aceptarlo. No podía fallar. ¡No podía! Sin embargo ya estaba dominada por el pánico sin ser capaz de controlarse.

Para cuando él y FitzRoger salieron a la arena, Claire deseó que a su esposo se lo comieran a mordiscos los hurones. Así tal vez acabara de enterarse de cómo se sentía ella.

Con paso firme salieron aquellos dos hombres de hierro. Pese a sus distintas complexiones, eran idénticos en un cosa: la facilidad con que se movían dentro de la armadura. Como peces en el agua o pájaros en el cielo, se les veía desenvueltos en su medio natural y resultaban hermosos.

La tarima estaba llena de nobles, y muchos de los invitados se habían mezclado con el pueblo llano alrededor del círculo en el que iban a luchar los dos contendientes. En las primeras filas, estaban sentados los niños, ávidos de diversión. Nadie quería perderse aquel espectáculo, con dos depredadores de primera categoría en acción. Por mucho que intentara evitarlo, Claire no conseguía dejar de ver a Renald como el oscuro guerrero que irrumpió en Summerbourne. La malla, ceñida en la cintura, le llegaba hasta la rodilla. Llevaba levantada la celada y el casco atado. Estaba preparado para matar.

Pero de repente, vio en él algo distinto, y no sólo porque ella ya lo conociera y lo amara. Estaba relajado y en absoluto parecía a la defensiva. Sonreía mientras hablaba con su oponente, y llegó incluso a lanzar una carcajada ante algo que le dijo FitzRoger, dejando ver la resplandeciente blancura de sus dientes.

FitzRoger iba vestido exactamente igual, aunque nadie podría confundirlos. Con la cota de malla, Renald tenía un aspecto sólido, macizo, como el caballo de batalla que a ella le había parecido en cierta ocasión. FitzRoger era mucho más enjuto, y daba la impresión de que la cota le envolviera el cuerpo sigilosamente, confiriéndole el aspecto de un lobo gris al acecho.

El pánico de Claire la atenazó al ver el peligro que había en aquel hombre. Era el mejor en la lucha, tal como su mismo esposo admitía. Si fuera un combate de verdad, FitzRoger ganaría y Renald quedaría allí muerto sobre la arena.

De pronto, sintió con fuerza que ella no quería ver aquel torneo.

-¿Os encontráis bien, lady Claire? -preguntó la voz de la reina, que parecía venir de muy lejos; pero la joven se giró hacia ella y se obligó a sonreír.

-Oh, sí, majestad.

-Estáis un poco pálida. Tal vez sea por la emoción. ¡Que traigan vino! -Ordenó la reina con presteza, y al punto Claire se encontró sujetando una copa. En el líquido rojizo se reflejaba el temblor de sus manos.

Levantó la copa y se esforzó en beber sin derramar nada. El denso vino la serenó. De hecho, el ataque de terror que la había invadido hacía apenas unos instantes pasó a parecerle ridículo, al tiempo que veía a los dos combatientes charlando con el rey. Pasó entonces a inquietarse en otro sentido. Aquellos hombres eran como Thomas y sus amigos, se reían ante el peligro. Era cierto que iban armados y que llevaban espadas romas en la punta, pero ella siempre le decía a su hermano que en cualquier momento podía haber accidentes.

Entonces el rey dijo:

-Que empiece la lucha, amigos míos, y entregaos a la acción. Renald se volvió hacia su dama y le tendió una mano; ella la tomó con la suya, confiando en que no se la notara demasiado temblorosa y fría. Quizá lo notó, porque la sonrisa en los labios del guerrero se desvaneció.

-Por vos -dijo él, y le besó los nudillos-. No puedo prometeros que vaya a ganar para honrar vuestra gloria, esposa mía, pero sí os prometo que me entregaré a la lucha.

Claire le apretó la mano con la suya.

-Tened cuidado. No corráis riesgos.

-Pero sin riesgo no hay diversión -contestó Renald, riéndose, y volvió a besarle la mano-. Deseadme suerte.

Ella levantó las manos de ambos entrelazadas y le besó los dedos.

-Por supuesto que os deseo suerte. -Se acordó de cuando él salió de Summerbourne a luchar sin que ella le diera su bendición. -Que Dios os guarde -le dijo.

Tal vez Renald también se acordara, porque la mirada se le puso más profunda por un instante, antes de darse la vuelta y dirigirse hacia el centro de la arena.

FitzRoger besó en los labios a Imogen y fue a reunirse con su amigo. Imogen miró a Claire con una sonrisa de alivio.

-No temáis. Lo han hecho miles de veces.



Librodot

En realidad lo que a Claire le preocupaba no era que se hiciesen daño, sino que ella no fuera capaz de reaccionar bien, obligando a Renald a rechazar para siempre su matrimonio. Le sabía capaz de semejante sacrificio.

Cada uno de los contendientes se colocó el escudo en el brazo izquierdo y sujetó la espada con la mano derecha. Esta vez no había armas especiales, pues tenían la punta roma. En teoría, no había ningún peligro. Aun así, podían romperse una pierna y, como ella le había dicho una vez, un hombre podía morirse de un hueso roto.

Él también le había dado a entender lo mismo cuando le habló de las justas por la corona. Uno de los dos adversarios ganaba por el destrozo físico del otro a causa de los reiterados golpes.

Deseó santiguarse y ponerse allí mismo a rezar.

Los escuderos se apartaron de la arena, y Claire hizo desesperados esfuerzos por relajarse. No podía permitirse que se le notara el miedo. A los pocos momentos, se estaba retorciendo las manos sin parar. Si luchaban únicamente por mero alarde, de lo que iban a dar pruebas era de su violencia.

Las primeras acometidas no fueron impetuosas, pero el choque de los metales agudizaba la fiereza de los envites. Ninguno de los dos parecía refrenarse. Las hojas de acero venían a estrellarse contra los escudos, y ella sentía cada impacto sordo en su propio cuerpo. Empezó a ver el frenesí que despertaba la lucha, las abolladuras sobre el hierro y las esquirlas que saltaban por el aire, vio hasta qué punto era imposible parar. Un simple resbalón, y una de las dos, espadas acabaría atravesando la piel y el hueso.

En varias ocasiones los dos llegaron a tambalearse ante alguna feroz arremetida imprevista. Pero eso no les impedía seguir. Vio que Renald se sonreía.

No fue una mueca que pareciera sonrisa desde lejos. ¡Fue verdaderamente una sonrisa!

Más le hubiera valido que se lo comieran a mordiscos unos perros rabiosos y le cosieran a picotazos las avispas mientras se retorciera sobre un campo de ortigas...

Desplazando entonces sus pensamientos hacia la otra cara del pánico, Claire se dio cuenta de que la ferocidad era fingida y de que el control de ambos era casi absoluto. Le pareció incluso apreciar, horrorizada por su propia fascinación, que hacían algo parecido a la danza de las espadas.

Los dos se movían manteniendo el equilibrio, con las rodillas flexionadas y la planta de los pies bien anclada en la tierra. Con los golpes más bruscos, lo único que hacían era balancearse. Anticipaban todos y cada uno de sus movimientos y las correspondientes reacciones casi a la perfección. Tras años de experiencia, sabrían seguramente lo que iba a hacer el otro en todo momento.

Pero era innegable que, espectáculo o realidad, los dos luchaban para ganar.

Empezó a pensar que estaban demasiado equiparados y que iban a tener que balancearse hasta el agotamiento. Entonces FitzRoger hizo un movimiento diferente y estuvo a punto de arrancarle la espada a su adversario. Respondiendo con sorprendente rapidez, Renald rompió con su escudo el borde inferior del casco de FitzRoger, y este cayó de rodillas.



Librodot

El grito ahogado de la audiencia fue unánime.

Renald dirigió entonces la espada hacia la garganta de su amigo. ¡FitzRoger no podía bloquearlo! Rodeada de exclamaciones y algunos gritos, Claire se tapó los ojos con las manos, pero siguió mirando entre las rendijas de los dedos.

En vez de intentar bloquear la estocada, FitzRoger rodó sobre sí mismo por el suelo y se puso en pie como un gato una vez estuvo lo suficientemente lejos de la espada. Sorprendentemente, los dos contendientes se rieron y hasta se tomaron un tiempo para recuperarse, mientras la muchedumbre los vitoreaba por el cuadro que acababan de ofrecer.

Espectáculo o realidad, todo el mundo estaba atento al torneo. Claire observó cómo unos cuantos hombres empezaban a hacer apuestas sobre el ganador. Era evidente que FitzRoger era el favorito. Un paje le sirvió más vino, y ella se lo bebió con avidez.

-No ha estado mal ese movimiento -comentó el rey-, pero tienen que perfeccionarlo.

-Lord FitzRoger debe de tener la cabeza dolorida -dijo la reina-. Ya tienen que estar cansados los dos. ¿No sería conveniente que lo dierais por terminado? No queremos que el novio esté muy cansado para su encuentro de esta noche.

Claire se sonrojó, pero deseó fervientemente que el rey dijera que sí. No se sentía capaz de soportar mucho más tiempo de combate. El monarca, sin embargo, no dijo nada, y la lucha continuó. Entonces fue cuando Claire vio que la cosa cambiaba.

FitzRoger empezó a dominar la situación.

Volvió a recordarle a la danza de las espadas en la manera en que Renald se impuso sobre Lambert de Vayne. Al principio fue un cambio sutil, Renald tenía que esforzarse más para responder a las arremetidas del otro. Claire pensó si no tendría algo que ver con el ángulo de ataque y el ritmo. Fuera lo que fuese, Renald sólo lograba defenderse. Ya no podía hacer ningún movimiento ofensivo.

La joven se dio cuenta de que ella misma estaba con el cuerpo totalmente echado hacia adelante y las manos en la boca, deseando con todas sus fuerzas que su esposo tuviera alguna oportunidad de atacar.

Ya no era miedo lo que sentía, era un especie de euforia de la batalla. Quería que su hombre ganara.

Pero no había de ser así. En un momento dado, FitzRoger desequilibró a Renald y le arrebató la espada con un golpe fuerte de su escudo. Al mismo tiempo, echó a un lado el escudo de Renald con tal fuerza que se quedó completamente desprotegido y amenazado por la espada de FitzRoger apuntándole hacia el corazón.

Renald bajó los brazos en señal de rendición.

El grito ahogado esta vez estuvo seguido de un instante de silencio en la tarima. Al momento, la gente del pueblo empezó a vitorear y a lanzar al aire los sombreros, y por todas partes empezaron a rodearla las voces indiferenciadas de los asistentes.

Observó, sin embargo, que el rey apretaba las manos tensas sobre los brazos del trono. ¿Había habido peligro realmente?

Por detrás, oyó que un hombre decía:

-Ese movimiento, no creo yo que...

Pareció que le hubieran mandado callar.

Quizá no había sido correcto, si es que había algún tipo de regla en aquello; juegos mortales. Claire estaba más interesada en ver a Renald para asegurarse de que no tenía herida alguna.

Tanto él como FitzRoger daban la impresión de estar completamente relajados. Los dos se desataron los cascos y se los brindaron a los asistentes. Mientras volvían a la tarima, se levantaron las celadas para dejar que el aire les refrescara el pelo empapado en sudor. Iban charlando, seguramente sobre los detalles de la lucha, como si todo hubiera sido una pura diversión.

Y, probablemente, así había sido. Para ellos.

-Un final raro, me parece a mí -dijo la reina, al tiempo que se llevaba una almendra a la boca. Ese golpe directo al corazón no habría sido mortal.

-A menos que la espada pudiera atravesar el metal -señaló el rey.

-Pero eso es imposible, ¿no?

La joven sintió que se le cortaba la respiración. ¡Claro! A la gente le extrañaba que la lucha se hubiera terminado por una amenaza de la espada directa al pecho del vencido; no creían que pudiera ser mortal.

Pero algunos de los presentes, incluido el rey, habían interpretado el significado de aquel movimiento. Si FitzRoger hubiera tenido la espada negra de Renald, sí que habría sido una estocada definitiva.

Aquel último movimiento de su lucha había sido una recreación de la estocada con que Renald mató a su padre.

Esta vez, no se le ocurrió un martirio de mordiscos y picaduras lo suficientemente grande.

Estaba segura de que aquel combate, en la parte del final al menos, había seguido las pautas de lo que ocurrió en la justa por la corona. Renald la había obligado así a ver lo que él era y lo que había hecho.

Él mismo se había puesto en el papel de su padre, mientras que FitzRoger había hecho de verdugo. La diferencia de destreza no era equivalente, pero como Renald no había tenido ninguna oportunidad de atacar, el final había sido el mismo.

Si quería, podía imaginarse a su padre en el lugar de Renald. Podía ver cómo luchó al principio con cierto control, para al final acabar indefenso ante la última estocada.

Una estocada rápida, limpia, de muerte.



Librodot

Renald y FitzRoger estaban delante del rey en aquel momento. Las manos del monarca se habían distendido ya, pero la expresión de su rostro no era de agrado.

-Espero que hayáis conseguido vuestro propósito, lord Renald.

-Yo también, majestad.

-Pensé que ibais a vencer a FitzRoger cuando lo tenías en el suelo.

-Hubiera podido ser. En vuestra defensa, majestad, me habría esmerado.

-Confío en que no dejéis de hacerlo. Y vos, FitzRoger, debéis perfeccionar ese movimiento antes de utilizarlo en un combate.

-¿Y qué mejor modo de perfeccionarlo, majestad, que probarlo contra un buen contrincante? Podría resultarme útil en una justa por vos.

-¿Y por qué preocuparse -preguntó la reina- cuando es Dios quien decide?

Claire notó una chispa de complicidad entre los tres hombres, que probablemente se traducía en algo así como: «¡Mujeres!».

El rey dijo:

-Pero, mi querida esposa, del mismo modo en que yo espero que mis hombres estén bien preparados para cumplir mi voluntad, Dios lo espera de todos nosotros. ¿Vamos a obligarle a que se sirva de instrumentos inútiles?

-Dios es omnipotente, Enrique.

-Pero prefiere que sus fieles se esmeren por cuidar de sí mismos. Vamos, querida. Dejémonos de teología por el momento. ¿Veis?, va a ver otra competición de arqueros. -El monarca se dio la vuelta hacia los siguientes participantes-. Id a descansar, amigos míos, y a relajaros los músculos. Vos en especial, lord Renald, no debéis fatigaros en exceso.

Claire notó que había vuelto a sonrojarse y cuando Imogen se sentó a su lado, le hizo una mueca.

-¿No resulta raro cómo todo el mundo se atreve a hacer comentarios procaces? -preguntó Imogen-. Yo me alegro mucho de haber tenido una boda rápida y austera.

-Yo tuve una banquete con mi familia y con todos mis amigos. Fue maravilloso, hasta que descubrí... la verdad.

Imogen le apretó la mano.

-¿Os sentís ahora un poco mejor? Si no, seguramente podríamos hacer algo para...

-Ha sido Renald -interrumpió Claire, mientras veía marcharse a su esposo- quien os ha dicho que me dijerais esto, ¿no es así?

-No quiere que os sintáis obligada a casaros.



Librodot

-¡Por eso se le ha ocurrido esa macabra lucha de espadas! Me gustaría darle con un leño en la cabeza, y no por su bien, os lo aseguro. Imogen se rió entre dientes.

-Pero es evidente que lo amáis con locura.

Claire no pudo evitar una carcajada.

-Es evidente, sí. Pero no quiero ninguna muestra más de justicia, gracias. Mis nervios no me lo permiten. Quisiera hablar con él ahora mismo y decirle que mi decisión está tomada.

-Pues me temo que no podéis ir a verle mientras se baña.

-Pero me entran ganas, os lo aseguro. Quiero acabar con esto de una vez antes de pasar... a mayores.

-¿Al lecho, queréis decir? -preguntó Imogen, con una chispa de malicia en los ojos.

Claire la miró con las cejas levantadas. No era una amiga tan íntima como Margret, pero era una mujer joven que llevaba poco tiempo casada. Después de una rápida mirada alrededor, le preguntó:

-¿A vos os gusta?

-¿El lecho? Sí, desde luego. ¿Estáis nerviosa?

-Un poco. -No se sentía capaz de contarle nada sobre su primera noche de bodas, pero dijo-: No sé muy bien qué tengo que hacer.

-No os preocupéis. Renald sí -Imogen se puso en pie-. Se va la reina.

Matilda se volvió hacia ellas.

-Mi señor esposo desea irse de cacería -dijo-. Tendremos que arreglárnoslas solas. Imogen, tal vez podríais tocar algo para entretenernos.

Claire estuvo pendiente de encontrar alguna oportunidad para escabullirse e ir a hablar con Renald, pero no hubo ninguna. En la corte de una reina, como estaba comprobando, había la misma libertad que en un convento. No obstante, acabó enterándose de que los hombres habían sacado de la tina a Renald y a FitzRoger para que se unieran a la cacería. Confió en que su esposo fuera tan robusto como parecía.

Al menos mientras Imogen y otras damas tuvieran que tocar sus instrumentos para entretener a las damas, ella no estaría obligada a contentar a nadie. Por fin podría dedicarse a pensar en esos libros que se quedaban olvidados por sus dueñas en los quicios de las ventanas. ¿Quién se lo había dicho, y por qué era importante...?

En cualquier caso, la música que sonaba era excelente y su mente estaba demasiado agitada con la perspectiva de la noche. En lugar de entregarse a los análisis lógicos, pasó la larga tarde dejando vagar sus pensamientos por las anheladas delicias y ternuras del amor.

## Capítulo 26

Los hombres regresaron triunfantes y bulliciosos, y el rey irrumpió en la alcoba matrimonial sin haberse limpiado siquiera la sangre ni el barro. La reina, colorada de vergüenza, despidió a todas las damas, y Claire salió de la habitación para encontrarse con un verdadero caos. Ya antes de la llegada de los cazadores, el castillo entero bullía en un frenesí imparable con los preparativos del banquete, y el tumulto reinante vino a agudizarse con perros embarrados que deambulaban por todas las estancias, y hombres, también cubiertos de barro, que demandaban comida, bebida y agua caliente para bañarse. En la caza, se habían cobrado tres ciervos y bastantes piezas pequeñas, y era preciso que los criados, ya saturados de trabajo con las tareas de antes, también limpiaran los animales muertos y los aderezaran.

Claire suplicó a los cielos que la corte no fuera nunca de visita a Summerbourne.

Intentó encontrar a Renald, pero al poco rato se dio por vencida. Los sentarían juntos a la mesa y tal vez pudiera hablar con él durante el banquete. Vio pasar a Thomas como una exhalación y lo agarró de la casaca.

-¿Cómo estás, hermano?

-¡Deja de tratarme como a un niño, Claire!

-Estoy acostumbrada a tratarte como a un niño. Tardaré un tiempo en perder la costumbre.

El muchacho se sonrió.

-¿Por qué no te dedicas mejor a cuidar de lord Renald? ¿Viste el combate? ¿A que ha sido emocionante?

-Sí, muy emocionante. Thomas sacó pecho.

-Un día de estos seré tan bueno como FitzRoger. Claire se forzó a sonreír.

-No lo dudo.

-Me tengo que ir, Claire. Si me retraso, me azotarán otra vez.

-¿Que te azotarán? -Se acercó para volver a cogerle de la casaca.

Thomas se ladeó para soltarse.

-¡No fue nada, Claire! Y mereció la pena porque nosotros... -Una voz masculina gritó su nombre-. Me tengo que ir.

Y se marchó, sin duda más impulsado por el orgullo que por el miedo.

Claire se retiró también a arreglarse para la noche y después volvió a la sala. Estaba todo el tiempo pendiente de si veía a Renald sencillamente porque lo echaba de menos, pero él no apareció hasta que se oyó el sonido del cuerno, llamando a los comensales a la mesa. Probablemente habría estado dándose otro baño. Entró en la sala acompañado por un grupo de hombres, todos limpios y relucientes después de un día tan activo. Renald le dirigió una sonrisa, sólo para ella, y se acercó a llevarla hasta sus asientos a la mesa.

-Nuestro banquete de bodas -dijo él, mientras le retiraba la silla.

-El segundo -señaló ella.

-Y todo reciente, sin restos de nada.

Claire lo miró con resquemor, y él negó con la cabeza.

-No soy tan listo como para decir algo así a propósito. No hay nada que sobre, ¿no?

-Nada -dijo ella con una sonrisa, pero consciente de que no era el lugar apropiado para una larga conversación-. Después os lo explicaré todo.

Renald le cogió la mano y se la besó.

-De acuerdo, pero no creo que después tenga muchas ganas de hablar.

Apretó los dedos contra el pulgar de su dama, y ella sintió que el corazón empezaba a latirle a un ritmo desbocado.

Se lavaron las manos, y llegó después un sirviente que les dejó sobre la mesa una bandeja de pescados. Renald fue eligiendo los trinchadores para ambos. Claire contempló los suculentos manjares sin hambre. No era de esa clase su hambre.

-Me gustaría...

-Ya lo sé. Pero tendremos que esperar.

-¿Por qué?

-Es la costumbre, ¿no os acordáis? -Cogió un bocado de pescado y lo acercó a los labios de ella. Era anguila, guisada con muchas especias.

-Me pregunto si será muy doloroso morir mordisqueado por las anguilas.

El hombre levantó las cejas.

-¿Sabéis de alguien a quien le haya ocurrido eso?

-No, pero sé de uno que se libró por muy poco.

Renald movió perplejo la cabeza, sin entender de lo que le estaba hablando.

Claire se rió y eligió algunos trozos de otra bandeja, esta vez de carne. Juguetearon dándose de comer el uno al otro de los interminables platos de comida, mientras esperaban ansiosos a que llegara la noche. Cuando ella fue a darle un pedazo de tarta bañada en miel, él le cogió la mano y le fue besando los dedos uno por uno, lentamente, para limpiárselos.

-Miel, jengibre, canela...

-Dejadlo, os lo ruego -dijo ella en voz queda-. Queda mucho tiempo todavía y no puedo soportarlo.

-Os sorprendería saber cuánto tiempo es uno capaz de soportar.

-Quisiera arrastraros a la habitación ahora mismo.

-Me resistiría. La espera aumenta el placer.

-Llevamos esperando un mes.

-Ciertamente. -Volvió a cogerle la mano y se la bajó por debajo del mantel para ponérsela justo entre los muslos, encima de su miembro erecto, largo y duro.

-¿Estáis seguro de que preferís esperar? -Con malicia, ella empezó a acariciarle, deleitándose al verle casi sin respiración y con una mirada cercana a la agonía. Cuando ella retiró la mano, le dolía.

Claire se mordió el labio inferior. Se le había olvidado lo que había ocurrido la última vez.

-Habéis empezado vos -le dijo entre dientes.

-Empezaré mejor por otro sitio.

Al tiempo que levantaba su copa con la mano izquierda y bebía de ella, deslizó la mano derecha hasta los muslos de su dama y se hizo camino entre las telas de su vestido para llegar adonde pretendía y apretarle allí.

Por un momento, Claire pensó en mostrar resistencia, pero después optó por relajarse. Llegó incluso a abrir más los muslos al tiempo que le retaba mirándole a los ojos, consciente de que no podía ir a más, estando los dos a la mesa. Los largos y lujosos manteles les tapaban los muslos, pero de cintura para arriba estaban los dos expuestos a las miradas de todos los asistentes.

Renald se mordió los labios varias veces, en señal de advertencia. Volvió la copa hacia ella y se la puso en los labios mientras su otra mano no dejaba de moverse, despertando en ella la punzada de un incontrolable deseo, obligándola incluso a cambiar repentinamente de postura sobre la silla. Ella se apresuró a coger la copa con su mano derecha y bebió un sorbo, con la esperanza de que aquel movimiento ocultara el otro.

Después notó cómo Renald había conseguido llegar a la piel por debajo de la falda y sintió el roce de sus dedos sobre los muslos desnudos. Volvió a beber de la copa, intentando disimular la respiración entrecortada, y temerosa de tener las mejillas encendidas de rubor. Alguien iba a empezar a notar que pasaba algo.

Cuando miró a su esposo, él la sonrió, estirando aún más las comisuras de la boca. Renald volvió a beber y la besó con los labios humedecidos en vino.

Al menos la música y el bullicio que los rodeaban acallaban los gemidos de ella.

Renald dejó de mover la mano que tenía bajo la mesa.

El primer impulso de Claire fue expresar su protesta.

Mientras ella sentía el tormento de una mano quieta entre los muslos, Renald dejó la copa sobre el mantel y cogió un trozo de carne. Se lo dio a comer, acercándoselo a los labios y retirándoselo, hasta que ella lo cogió y se le llenó la boca. En aquel preciso instante Claire sintió una punzada de la otra mano, pese a que él no la había movido un ápice.

Según ella masticando y tragando el tierno bocado de carne, él le fue pasando los dedos por los labios, invitándola a lamérselos, a chupárselos. Pendiente todo el tiempo de su otra mano, quieta entre los muslos, Claire se entregó con pasión a la boca de su amado, deseosa de saborearle con la lengua. ¡Seguro que él estaba sufriendo tanto como ella!

Pero era obvio que no. Casi sin resuello, la joven intentó librarse de su mano quieta. Era imposible. Deseaba con vehemencia que él hiciera algo, por obsceno que fuera, o que la dejara serenarse. Cogió una cuchara y le dio a comer de una fuente de cebada con especias y después de otra de un guiso de berros.

Renald aceptó las dos cucharadas.

-¿Me hace falta alimentarme, esposa mía?

-Temo que hayáis perdido grasa en alguna parte importante de vuestro cuerpo.

-Pues me está creciendo. Tocadme y lo comprobaréis.

-Puedo imaginármelo.

-Imaginadme entonces dentro de vos, grande y ardiente.

Claire lo miró con intensidad, henchida de un deseo tan fuerte que casi llegó a sentirlo en su interior o al menos en la parte por donde entraría en ella.

Le tembló la cuchara y las hojas de berro se desparramaron por el blanco mantel.

-Os lo ruego...

-Esperad.

-¡Esperar! Pueden faltar horas todavía.

Ella deslizó su propia mano por debajo de la mesa y la puso sobre la de él entre sus muslos, para intentar movérsela, sin dejar de sonreírle todo el tiempo. Pero, claro, él era muy fuerte. Renald se inclinó a besarla y le dijo:

-Esperad. Sólo un rato más.

-Tendremos que ver las actuaciones antes de que nos dejen irnos -dijo ella, con ansiedad-. Sois un tirano.

-¿Recordáis nuestra primera noche de bodas? Insisto en que conozcáis el placer antes del dolor, pero cuando estemos solos, no podré esperar.

-Entonces, ¿qué...

-¡Mirad, los volatineros!

Acababan de empezar las actuaciones previstas, con un tropel de acróbatas que entraron dando volteretas hasta el centro del escenario. Eran muy buenos, y seguramente Claire habría estado fascinada de verlos si no hubiera sido por aquellos dedos entre sus muslos que se agitaban un poco, intermitentemente, pero sin llegar a moverse lo suficiente.

¿Qué acababa de decirle? ¿Que iba a conocer el placer? ¿Allí? Era imposible.

Se oyó jadear a sí misma y se apresuró a ahogar su jadeo bebiéndose una copa de vino entera. Cuando el escanciador se la hubo llenado otra vez. Renald dijo:

-Dadme de beber, esposa mía, que tengo las manos ocupadas en otra cosa.

-¿Os parece bien si os lo echo encima?

-Tal vez no me viniera mal un enfriamiento.

-Pues si tenéis demasiado calor, es culpa vuestra. Como tenemos que esperar...

-¿No querréis perderos al tragafuegos? Ella lo miró fijamente.

-Nada me importaría menos que perderme al tragafuegos.

-Ya veréis como luego cambiáis de opinión. Dadme vino, esposa. Estoy sediento.

Con un fingido mohín de enfado, levantó la copa por encima de la abierta boca de su amado y le fue derramando el vino a pequeños chorros. A continuación, intentando hacerle perder la paciencia, se inclinó sobre él para lamerle una gota que se le había quedado en los labios.

Al hacerlo, descubrió que, cambiando el ángulo de su cuerpo, conseguía aumentar la presión de la mano entre sus muslos, por lo que se inclinó más sobre Renald. Acordándose de momentos del pasado, le lamió en el cuello, en la oreja...

-Mira, Matilda: qué impaciencia tienen nuestros amantes por que llegue la noche -dijo el rey, que estaba sentado al otro lado de Renald. Claire reparó con horror en que estaba prácticamente encima de su esposo en un lugar público.

-Sí que estamos impacientes, majestad -dijo él, con aparente calma, al tiempo que la sujetaba a ella para que no se apartara demasiado de su lado-. Un mes es mucho tiempo.

-Pero ha sido un mes de sacrificio y virtud -dijo la reina-. Bendecirá vuestra unión. Y no debemos nunca apresurarnos a las cosas -añadió, apuntándoles a los dos con el dedo-. Mostrar un poco de paciencia hará bien a vuestras almas y estimulará vuestros apetitos terrenales. En todo caso, no creo que lady Claire quiera perderse al tragafuegos. Es realmente magnífico.

-Muy cierto, majestad -dijo Renald-. De hecho, Claire no puede esperar un momento más, ¿no es así, amor? -Movió los dedos bajo la mesa, dejándola casi incapacitada para pronunciar palabra, pero ella se las arregló como pudo para asentir.

-Creedme -murmuró él-, os arrepentiríais de perderos a Abdul. Aquí le tenemos.

-He visto ya muchos tragafuegos.

-Pero Abdul es tan bueno que el rey lo tiene entre sus sirvientes personales.

-Aun así...

Renald la calló con un beso.

-Prestad atención. Os prometo que no lo olvidaréis en vuestra vida.

-¿Y después podremos irnos?

-Sí, supongo que para cuando acabe ya estaremos preparados. El tragafuegos era un hombre de tez negra, lo cual le añadía cierto misterio. Claire sólo había visto a un moro en su vida y, en circunstancias normales, habría querido hablar con él para que le contara cosas sobre su país. En aquel momento, lo único que quería era que actuara, que acabara y se fueran de allí.

Empezó su espectáculo soltando llamas de fuego por la garganta como si fuera un dragón o apagándolas con la boca. Era bueno, pero no tanto como para que Claire se olvidara de la mano inerte de Renald entre sus muslos y de su propio fuego interno.

Entonces, Renald comenzó a mover la mano.

Claire lanzó un grito ahogado, contenta de recibir por fin las caricias que tanto había estado anhelando, pero horrorizada de ser el centro de atención de tantas miradas. Casi todos los presentes estaban fascinados por la actuación, pero no todos.

Apretó los muslos. ¡Que no siguiera haciéndole eso!

De repente la sala se sumió en la oscuridad, al tiempo que las mujeres chillaban y los hombres daban gritos de sorpresa. Claire observó a los criados, que cubrían los ventanales con grandes tableros. En la penumbra, las antorchas encendidas de Abdul empezaron a hacer curiosas formas en el aire, dirigidas por las diestras manos del tragafuegos.

Qué manos tan ágiles.

La ágil mano de Renald comenzó a apretarla entre los muslos y, al punto, se deslizó hacia el interior de su dama.

-¡Dejadlo! -Claire se aferró a la copa con todas sus fuerzas.

-No nos ve nadie -susurró él-. Nadie se enterará. Rendíos. Los músicos acababan de empezar a tocar una rápida y estruendosa melodía que iba al vertiginoso ritmo del fuego, una estridente canción árabe que tenía de fondo un fuerte redoble de tambores. La joven sintió que aquel sonido retumbaba en los muros de piedra y en los tablones del suelo hasta metérsele dentro y mezclarse con el propio repiqueteo de su cuerpo.

La mano de Renald seguía también el mismo ritmo. Llevada por un pánico repentino, intentó cerrar los muslos, pero él le puso una pierna encima de modo que no podía dejar de tener las

piernas abiertas, al tiempo que los redobles de tambor se aceleraban y las antorchas encendidas giraban vertiginosamente en el aire hasta hacerle perder el equilibrio visual.

Renald cambió de manos, la rodeó con la derecha y empezó a acariciarle un pecho, mientras el aliento de sus labios la rozaba suavemente junto a la nuca.

Sujetándose al borde la mesa, Claire se empujó hacia atrás, pero no para apartarse. Ya no le importaba nada, ni aunque la estuviera viendo el mundo entero. Sus párpados se entornaron, y las envolventes luces se tornaron rojas mientras el estruendo de la música le resonaba en el alma.

Intentó resistirse. Un vestigio de inhibición la obligó a resistirse. Aunque sabía que no podía vencer a semejante adversario, la lucha la excitó más y más. Como un recién nacido busca el pecho que lo amamante, ella buscó la boca del amado y se hundió en su beso, fundiéndose en el vacío de un oscuro silencio.

Muy lentamente terminó por darse cuenta de que el vacío era real. En algún momento, el tragafuegos había apagado todas las antorchas a la vez y la música había cesado de forma repentina, con lo que se creó un momento realmente sobrecogedor.

No. Lo sobrecogedor de aquel momento no había sido sólo por eso.

Mientras los criados fueron retirando los tableros que cubrían los ventanales y penetraron en la sala los últimos rayos rojos del sol, Claire se puso recta en el asiento y cerró los temblorosos muslos. Renald sacó por fin la mano de debajo de la mesa y, sin dejar de mirarla con ardor, se la llevó a los labios para besársela.

El clamor de los aplausos y los vítores de aprobación la confundieron y por un momento llegó a pensar que todos la aplaudían a ella por su orgásmico momento.

El rey lanzó al tragafuegos una pesada y tintineante bolsa.

-Muy bien, Abdul, muy bien. Cada vez los hacéis mejor -gritó el monarca.

El artista inclinó la cabeza con agradecimiento.

-Sois vos quien me dais la oportunidad de perfeccionarme, majestad.

La reina se echó hacia adelante para dirigirse a Claire.

-¿Habéis visto? ¿A que ha merecido la pena quedarse?

La joven no pudo contener una leve risa.

-Sí, majestad. Ha merecido la pena, por extraño que haya sido.

-¿Extraño? -preguntó el rey-. ¿No habíais visto nunca a un tragafuegos ?

-No de este tipo, majestad.

-Claro -dijo el monarca, con orgullo de mecenas-. Es extraordinariamente habilidoso.

-Ciertamente, majestad -dijo Claire, sin dejar de mirar a Renald.

-Tiene un precioso don.

-Bien cierto, majestad. -La joven se mordió el labio inferior, intentando controlarse. Renald empezaba a ponerse nervioso.

-Siempre me asombro de lo que es capaz de hacer ese hombre -señaló la reina-. Tiene unas manos tan increíblemente ágiles... Claire no pudo hablar por miedo a que se le escapara la risa.

-Supongo que es el resultado de años de práctica -dijo Renald. Ella le dio una patada por debajo de la mesa.

-A mí me gustaría practicar esas habilidades. Debe de ser muy interesante ser capaz de infundir tanta emoción. Ha sido casi un éxtasis, ¿no os parece?

-¡Vamos, vamos, lady Claire! -dijo la reina-. Una noble dama no debe nunca jugar con fuego.

Claire deslizó la mano bajo el mantel para toquetear la turgencia de su hombre.

-¡Bueno, majestad! Pero sospecho que a mi señor esposo le gustaría mucho tener una esposa capaz de jugar con fuego. Sobre todo, con unas manos tan ágiles...

-Pudiera ser -murmuró Renald, que daba la impresión de mantener un combate privado.

-Mi querida esposa -dijo el rey, dirigiéndose a la reina-, creo que es hora de que llevemos a estos dos enamorados al lecho antes de que la abstinencia les termine por afectar la cabeza. -El monarca tenía el rostro serio, pero algo en la expresión de sus ojos daba a entender que había captado parte de su juego.

-¿Tan pronto? -replicó la reina-. Pero tenemos también a ese contador de acertijos tan brillante. Seguro que...

-Seguro que lady Claire de Summerbourne ya conocerá suficientes acertijos, y seguramente preferirá explorar otras adivinanzas. ¿Acierto, lady Claire?

Ella le sonrió con verdadera gratitud.

-Acertáis, majestad. ¿Debo subir a mi habitación con las damas?

-De pronto, detestó la idea de tenerse que separar de Renald, aunque fuera un momento.

Como si acabara de leerle el pensamiento, De Lisle se puso en pie y la cogió en brazos.

-Con vuestro permiso, majestades, esta no es una verdadera noche de bodas, así que me retiro llevándome a mi esposa.

Claire vio cómo la reina estuvo a punto de expresar su protesta, pero el rey la contuvo con un movimiento de la mano.

-Es como dice Renald, querida. Pero no podemos permitir que os retiréis sin la menor ceremonia.

-¡Atención! -exclamó el monarca-. ¡Música para la abstinente pareja!

Los músicos empezaron a tocar una alegre marcha y, al momento, la sala entera estalló en risas al tiempo que seguían el ritmo con las palmas. Acribillado a consejos escandalosos, Renald cruzó la estancia con su esposa en brazos y subió la escalinata de piedra que había a la salida. Claire se limitó a esconder la cara en el pecho de su hombre, pletórica otra vez de deseo.

Una vez en la alcoba, la echó sobre la cama, cuajada de pétalos de rosa, y empezó a desvestirse. Tras unos momentos de estupefacción, ella comenzó también a quitarse la ropa. En cuanto se quedó sólo con la enagua, Renald se tumbó sobre ella y la besó con tal pasión que la joven tardó unos momentos en darse cuenta de que lo tenía entre los muslos.

Por fin. Ya por fin. Claire se separó un momento de su boca.

-Quería deciros que...

Él le tapó la boca con la mano, se apoyó en los brazos sobre ella y se deslizó hacia dentro.

Su miembro estaba muy grande y ella se sintió embargada, plena. Se acordó de que Margret le había dicho que le comentara si le gustaba lo que le hacía. No creía que Renald necesitara palabras, pero ella musitó algo; cuando Renald le retiró la mano de la boca, le dijo:

-Me gusta mucho.

Él se rió, y le preguntó:

-¿No os hago daño?

Claire negó con la cabeza. El rostro de su esposo en aquel momento era fascinante, con expresión de tensión pero armonioso, concentrado en la lenta fusión. Igual que ella, impaciente y ávida en sus partes más íntimas; él le estaba dando muchísimo placer, despacio, muy lentamente.

Claire sabía que su hombre hacía un gran esfuerzo por entrar en ella tan lentamente y que lo hacía por amor.

Fue una sensación extraña, y ella se movió un poco, como para adaptarle a su cuerpo. Renald cerró los ojos y lanzó un suspiro. La joven se acordó de la última vez y se quedó quieta. No quería que ocurriera nada desastroso.

-¿Seguís bien? -preguntó él, casi fundido con ella totalmente. Claire asintió y después comprobó que su hombre seguía con los ojos cerrados.

-Sí -le contestó, con voz queda.

-Sacad los senos hacia arriba.

Cuando ella obedeció complacida, él se inclinó a chuparle primero un pecho, y después el otro. Fue demasiado para seguir estando quieta. Claire notó que las caderas se le elevaban. El la penetró hasta el final. Hubo un chasquido de dolor.

No pudo contener un grito.

-Ojalá -dijo él- que vuestra virginidad sea tenue. -Y empujó una vez más hacia dentro.

-Gracias a Dios -musitó Renald.

-Sí que debemos darle gracias -dijo ella, asombrada de estar llena de él y no sentir apenas dolor-. Qué maravilloso poseer a un hombre de esta forma.

Renald volvió a reírse, al tiempo que se movía dentro de ella, saliendo y entrando entre la deliciosa humedad. En cierto modo era parecido, aunque distinto, a lo que le había hecho antes. No tenía absolutamente nada que ver con las caricias que se había hecho a sí misma. Luchaba denodadamente por mantenerse quieta, pero el cuerpo le pedía moverse, balancearse.

El calor del enorme cuerpo de su hombre la ponía ardiendo. El olor la hacía perder el sentido.

-¿Me puedo mover? -preguntó en un susurro, pese a que ya lo estaba haciendo sin poder evitarlo.

-Sí, por Dios, moveos. -Le pasó las manos por debajo de la cintura para ayudarla, pero no fue necesario. Claire empezó a bailar sobre el lecho con él dentro de ella, al ritmo de una frenética música que sólo sonaba para ellos, para celebrar el delicioso tacto y las acompasadas sacudidas de sus dos cuerpos unidos.

-Me gusta que no esté oscuro -susurró ella, embargada por la fuerza de su ímpetu, acogiendo mullida aquella carne caliente y dura. Él no respondió, salvo por un gemido con los dientes apretados que nada tenía que ver con sus palabras.

Arrastrada por el remolino que se le desencadenaba por dentro, Claire se rió impulsada por una felicidad repentina, y le mordió, le clavó las uñas en las nalgas como instándole a que entrara más, con más fuerza, más rápido.

Más. Más. ¡Más!

Tal vez llegó a decirlo a gritos, al tiempo que se aferraba a aquel magnífico cuerpo, tenso, entre los gemidos del éxtasis. No, no era posible que hubiera gritado, porque tenía la boca llena del hombro de él.

Renald se desplomó y rodó sobre el lecho sin desligarse de ella. Claire se dejó llevar sin dejar de abrazarlo con fuerza.

Los labios de Renald se encontraron con los suyos y ella intentó comérselo, o eso fue lo que sintió; quería realmente comérselo. Estaban los dos empapados en sudor, mas aferrados el uno al otro con todas las partes de su cuerpo.

Por todos los santos y los ángeles del firmamento, el matrimonio era algo maravilloso.

Por fin, ya por fin, el beso fue cediendo, el abrazo se hizo más débil y los dos se quedaron tendidos, aún sin soltarse del todo y amándose con las caricias de sus manos.

-¿Estáis bien? -preguntó él, como lo había hecho hacía ya tanto tiempo. Le apartó el pelo de los ojos y la miró detenidamente, mas sin ninguna duda.

Claire se estiró y miró a su hombre con verdadera avidez por poseerlo de nuevo.

-No estoy segura, creo que tendríamos que probarlo otra vez. Renald empezó a reírse a carcajadas, se dio la vuelta poniendo la espalda sobre el lecho y la cogió para subírsela encima. No le había visto nunca reírse de aquel modo. Pero era esa la verdadera naturaleza de Renald; ella lo sabía.

-La verdad es que -murmuró él- tal vez debiéramos contratar a nuestro tragafuegos particular.

Mientras le pasaba la mano por el pecho, ella dijo:

-¿Queréis decir que no podemos pasárnoslo bien sin él? Él la besó suavemente.

-Tendremos que inventarnos cosas.

Claire se apartó un poco de su cuerpo, para contemplar mejor su belleza.

-Yo procedo de una familia con mucha imaginación. -Se quedó mirando a un lugar específico de aquella anatomía-. ¿Siempre se pondrá a crecer cuando la toque?

-Sólo si yo soy un idiota y utilizo el regalo de Dios con fines poco nobles. -Tomó la mano de su amada y se la llevó hasta su nueva erección-. Deseo que me acaricies, Claire.

Ella empezó a hacerlo, fascinada por los gestos en el rostro de él.

Él le cubrió la mano con la suya.

-Dejad que os enseñe a hacer fuego.

-Creo que ya sé. -Se escabulló bajo las sábanas y se deslizó hacia abajo-. Prefiero practicar el tragar fuego.

Cuando ya brillaba el sol bien alto en el cielo, ninguno de ellos tenía deseos de salir de la cama, agotados como estaban por la falta de sueño y el mucho ejercicio. Aun así, tumbados los dos en el lecho, sin dejar de acariciarse y descubrir los interminables rincones de sus cuerpos, hablaron de la remota posibilidad de enfrentarse al mundo exterior. Y también, con un poco más de urgencia, de la idea de comer en algún momento de un futuro no muy lejano.

Con todo, el feliz agotamiento y las delicias los mantuvieron tumbados.

Claire cayó en la cuenta de que no le había contado nada a Renald de sus últimos pensamientos, y sobre todo lo relacionado con la muerte de su padre, y se decidió por fin a hacerlo.

-Así que ya entiendo por qué no os sentís culpable. Sigo creyendo que Enrique mató a su hermano, pero es probable que sea el mejor rey.

-Sí -dijo Renald, al tiempo que se ponía sobre un costado y se apoyaba la cabeza en la mano-. No es un asunto simple. Yo habría dado mi mano derecha por salvar a vuestro padre si hubiera podido.

Era un buen hombre; una bendición que existiera un ser así sobre la tierra.

-Sin embargo, tal vez debería haber sido monje, no barón.

-No, porque entonces no habría hecho ángeles.

Acarició el rostro de su dama.

-Es inquietante, ¿verdad? Si no se hubiera unido a la rebelión, si no se hubiera visto obligado a batirse en una justa, yo no habría llegado a teneros.

-Nos podríamos haber conocido de otra forma; seguro que habríamos llegado a conocernos.

Claire sintió la amenaza de las lágrimas ante la idea de tener a los dos, a Renald y a su padre, pero logró vencerla.

-Lamento muchísimo que os obligara a matarlo.

Él no hizo caso omiso de aquellas palabras, sino que la besó.

-Gracias. Confieso que llegué a sentir irritación hacia él, casi a odiarle por eso. Acabó dándome la impresión de que quería morir para dar más fuerza a su causa, y me forzaba a mí a ser su instrumento. Pero eso hubiera sido un pecado muy grande. Ahora veo claramente que se creía que iba a ganar.

-Si hubiera planteado la pregunta de si el rey mató a su hermano, ¿habría ganado?

-Con arreglo a la fe, sí. Pero no hubiera llegado a ocurrir. Semejante ordalía hubiese recaído sobre el rey, y él habría tenido que luchar. Sólo con que vuestro padre hubiera insinuado algo parecido, habría muerto en su encierro en la Torre.

-Santo cielo -susurró Claire-. El rey no es un buen hombre.

-¿Qué es ser bueno? Hay veces que un rey debe ser cruel. Todo queda entre él y Dios.

-Pero -preguntó ella, sin poderse resistir-, ¿qué hubierais hecho vos si la justa hubiera sido por el regicidio? ¿Habríais luchado de todas formas?

Al tiempo que pronunciaba aquellas palabras, Claire se dio cuenta de que le preocupaba que Renald fuera el campeón de un monarca bastante alejado de la perfección.

El esposo sacudió la cabeza.

-Claire, no busquéis más dificultades. Las justas de esa naturaleza son muy infrecuentes. -Renald miró a su alrededor-. ¿Creéis que si llamáramos nos traerían un poco de comida y algo de beber?

La joven optó por alejarse de los problemas.

-Podríamos comernos el uno al otro -le dijo, poniéndole los dedos en los labios.

Él se los mordisqueó.

-Ya lo hemos hecho; no creo que nos sirva de sustento hasta el fin de nuestros días. No querréis que adelgace, ¿verdad?

Pero a ella le vino otra idea a la mente. Se incorporó sobre la cama para sentarse y miró en derredor.

-¿Dónde está la espada?

Al cabo de unos instantes, él la sacó de detrás de la cama.

-No es por desconfianza-dijo él, contestando a la pregunta implícita en el semblante de su dama-. Es que no quiero correr riesgos innecesarios.

Poniendo la mano sobre la funda, Claire dijo:

-Renald de Lisle, acepto la espada. No me termina de gustar ni tampoco lo que significa. Sé que me moriré un poco cada vez que salgáis a luchar, ya sea en un torneo o en una batalla. Pero la acepto. Además, lleva una reliquia santa. -La besó y se santiguó.

Después, la sujetó por la hoja y la apoyó contra la pared, de modo que el aspecto del arma era el de una cruz por encima del lecho matrimonial.

-Resulta curioso -dijo ella, tras darse la vuelta para mirarla que una espada tenga la forma de una cruz.

-No intentéis hacer otro acertijo de eso también. -Atrajo a la joven junto a sí, y con la otra mano quitó el arma de la pared y la dejó sobre la cama, antes de volver a entrar en su dama-. No me gustaría que se nos cayera en la cabeza, amor mío.

-Acepto la espada -dijo Claire, y se aferró a la negra funda, al tiempo que la carnosa hoja de su hombre la hacía llegar al éxtasis. -Espero por San Amando -murmuró él cuando hubieron acabado, mas sin dejar de estar unidos- que el rey no pretenda que salga hoy a cabalgar con él.

Claire se rió.

-¿Vos también estáis escocido?

-Es una sensación muy agradable, pero no volváis a tentarme, mujer libidinosa.

-¿Yo? -protestó ella, mientras los dos se separaban el uno del otro entre estremecimientos-. ¡Pero si no hago nada!

-¡No! Nada más que moveros, reíros, sonreír, jadear... -Lanzando un gruñido, Renald saltó de la cama, se fue hasta la puerta, la abrió y pidió a gritos que les trajeran comida y algo de beber-. ¿Qué hora creéis que será? -preguntó, desperezándose.

-Por lo menos habrán dado ya la sexta. -Claire decidió que seguir admirando aquel robusto cuerpo no era muy conveniente para su piel, ya dolorida, y se acercó a mirar por el ventanuco-. Parece que el castillo está en pleno ajetreo.

Él se puso detrás de ella, y se apretó entre sus piernas, con su miembro grande, caliente y duro. Claire sintió que se le cortaba la respiración.

-Es una pena que estemos doloridos.

Renald la besó en el cuello.

-Tenemos toda una vida por delante, amor mío. No os olvidéis de esta postura, tal vez os guste. Viene gente.

Claire se apresuró a meterse bajo las sábanas otra vez. Renald se puso una colcha alrededor de la cintura, casi al tiempo que entraban en la alcoba Maria, Prissy y Josce, con bandejas de comida y jarras de cerveza.

Los tres se quedaron allí de pie por si sus señores necesitaban alguna cosa más, pero Renald los mandó retirarse, y Claire y él se dispusieron a disfrutar de un dilatado, suculento y apetitoso almuerzo, tras el cual, se hubieran quedado los dos deliciosamente dormidos si no llega a ser por que Josce irrumpió nuevamente en la habitación y, con nerviosismo, les dijo que se requería la presencia de ambos en el piso de abajo.

-¿Por qué? -preguntó su señor, que no tenía el menor deseo de salir de la cama.

-Acaba de llegar de Summerbourne lady Felice y desea hablar con vos y con vuestra esposa.

-¡Felice! -Claire estuvo a punto de salir de un salto del lecho, pero se contuvo para no ruborizar al escudero-. Debe de ser por mi madre.

Renald despidió a Josce, los dos se levantaron y empezaron a vestirse. Claire, presa del pánico porque le entró miedo de que hubiera ocurrido algo terrible.

Renald la serenó y le estiró las ropas.

-Sea lo que sea lo que haya ocurrido, ya ha pasado. No os dejéis llevar por el pánico.

-Pero...

-No os olvidéis de que es vuestra tía Felice. La misma que quería venir a la corte.

Claire no pudo evitar una carcajada y se tranquilizó.

-¡Ah! Es verdad. -Y al momento añadió-: Quizá sea mejor que la vea yo sola.

-No quisiera yo quitaros ese honor, pero ya que está aquí, a ver si se me ocurre algún caballero que pudiera irle bien.

Claire besó a su hombre.

-Y que se encargue también de Amice. Que sea uno grande e importante.



Librodot

-Pero ¿no se escapó del campamento porque le dan miedo los hombres grandes?

-¡Fue porque la aterrorizasteis con el cuento de que erais demasiado grande!

-Y ahora, ¡qué pena! Cuando todo el mundo vea que mi esposa aún puede sostenerse en pie, se darán cuenta de que soy un hombre poco dotado.

Claire le dio un empujón, y él no opuso resistencia alguna para caer de espaldas sobre el lecho, con una pícara mirada en los ojos. Ella negó con la cabeza y se marchó corriendo a ver qué excusa había encontrado Felice para presentarse en la corte con tanta urgencia.

## Capítulo 27

-¿Dónde está Renald? -preguntó Felice, con tono de exigencia. La altiva joven caminaba impaciente por una esquina de la abarrotada sala, con verdadero aspecto de no prestar atención a su alrededor. Tal vez trajera alguna noticia realmente importante.

-Si le necesitamos, le mandaré llamar. ¿Qué ocurre? Felice echó una rápida mirada en derredor.

-No quiero hablar aquí. ¿No hay otro sitio más privado?

-Carrisford está lleno de gente por todas partes. Hay una capilla en el patio. Tal vez allí estemos más tranquilas.

Felice asintió y Claire la guió hasta la iglesia, sintiéndose cada vez más preocupada. ¿Qué podría ser tan grave para que Felice no quisiera que la oyera nadie? Claire tuvo miedo de que se tratara de alguna otra cosa mala en relación con Renald.

Se repitió a sí misma que ahora tenían una relación de franqueza entre los dos. Pero ¿y si pasaba algo más?

En la estrecha capilla con tejado de paja hacía frío, había poca luz, y estaba completamente vacía.

-¿Y bien? -preguntó Claire.

-Te crees que me he inventado una excusa -se defendió Felice-. Siempre piensas lo peor de mí.

-Por favor, Felice, dime qué ha pasado.

La altiva dama respiró con desdén.

-Pasar no ha pasado nada, pero he creído conveniente venir a salvarte la vida.

-¿A salvarme la vida?

-¿Ves?, no me crees.

-¡Sí, sí, sí que te creo! -Había un banco de piedra junto a uno de los muros debajo de un ventanuco. Claire llevó a su tía hasta allí y se sentó-. ¿Te enteraste de que nos asaltaron de camino hacia acá?

-Claro que nos enteramos. Lord Renald mandó volver a la mitad de la guardia. Por eso he venido.

-¿Y tienes alguna idea de quién pudo ser?

-Eudo el juez -contestó Felice, con petulancia.

-¿Eudo? Pero ¿por qué razón...?

-¿Ves?, ya sabía que no me ibas a creer. Seguro que Renald sí me cree.

-No sé por qué dices eso. -Claire intentó refrenar las ganas de discutir-. Felice, perdona, pero debes admitir que resulta muy sorprendente. Dime una razón. Tú nunca has sido muy dada a imaginarte cosas raras.

-Está bien -contestó Felice, aún enfurruñada-. Poco después de que te hubieras marchado, Eudo volvió a Summerbourne con la excusa de que quería hacer más indagaciones sobre la muerte de Ulric.

A mí me entraron muchas dudas. No vi ninguna prueba de que realmente le interesara descubrir al asesino. Y claro que no; fue él quien mató a Ulric.

-¡Eudo! -Pero Claire se esforzó por parecer más sorprendida que incrédula.

-Para ocultar su implicación en la rebelión.

La sobrina cerró los ojos un instante y después los volvió a abrir.

-Felice, ¿podemos empezar por el principio?

La altiva dama levantó la barbilla y frunció el ceño.

-Pues, mira, no. Tengo que contártelo tal como he ido averiguándolo. Primero, el que Eudo volviera de ese modo. Empecé a desconfiar de las razones de su vuelta y me puse a estar pendiente de él. Como sospechaba, apenas habló con nadie del asesinato. Pero intentó colarse en la alcoba matrimonial un par de veces.

-¿Por qué lo haría?

-De verdad, Claire, empiezo a pensar que tu marido te ha quitado también el cerebro aparte de la virginidad. ¡Pues porque quería el libro de Clarence!

-¡Eudo! -Y en aquel preciso instante, se le hizo la luz-. ¡Claro! Fue él el que me dijo que me había dejado el libro en el quicio de la ventana. Lo sabía porque lo vio, y me lo robó, pero luego resultó que era mi cuaderno de notas.



Librodot

-Exactamente. Y luego se tomó el trabajo de volvértelo a traer. Sin duda te tiene mucho cariño.

La tía dijo aquello con tal tono que resultó obsceno. Claire se limitó a decir:

-Fue sólo porque siente respeto por los libros. El cariño no le impidió atacarme en el camino hacia acá, para hacerse con el libro de padre. Pero ¿por qué quiso matarme?

Felice se encogió de hombros.

-A mí me parece que el miedo le ha hecho perder la razón.

-Porque -siguió diciendo Claire, apenas sin escuchar a su tía me vio que lo iba leyendo y le entró miedo de que me enterara del contenido.

-Lo que contenía, me lo puedo imaginar, era que él, al igual que Clarence, apoyó al duque Roberto.

-Yo sólo encontré una referencia indirecta; apenas era incriminatoria. Y aun así...

-Mejor curarse en salud que tener que lamentarse. Claire movió la cabeza.

-No puedo creer que Eudo quisiera verme muerta sólo porque yo hubiese leído algo. Al fin y al cabo, la mayoría de los rebeldes han conseguido librarse.

-Clarence murió.

-Pero fue porque insistió en que hubiera una justa por la corona. En el peor de los casos, a Eudo sólo le hubieran puesto una multa. Por lo que yo sé, no llegó a unirse a la rebelión; lo único que hizo fue hablar mucho de ello.

-Ya -dijo Felice-, pero mató a Ulric. Todo el mundo sabe que el rey Enrique se ha propuesto firmemente que se respete la ley. Si ese asesinato saliera a la luz, por lo menos dejaría de ser juez, el representante del rey en los temas legales.

-Pero ¿por qué lo mató?

-Justamente por ser juez. El rey no permite que ningún rebelde ocupe cargos relacionados con la ley. Eudo está muy orgulloso de su rango. De que haya pasado de un hombre a otro dentro de su familia desde hace generaciones. No podía arriesgarse a perder ese privilegio. Le debió de parecer muy fácil. Un criado solo en el jardín. Pero, claro, tú no hubieses consentido una mentira.

-Ulric regresó -dijo Claire- y a Eudo le entró el pánico. Pero él no había formado parte de la rebelión. Lo hubiéramos sabido. -Yo creo que debió pasar lo siguiente: Clarence se puso en camino acompañado sólo de Ulric y debía de haber planeado encontrarse con Eudo. Se suponía que los dos iban a unirse a los ejércitos del duque Roberto. Eudo debió acudir a la cita.

-¡Con su propio escudero! -Claire se tapó la boca con la mano-. Que también murió. -Aterrorizada por la secuencia de muertes, Claire empezó a andar nerviosamente por la nave de la iglesia, mientras seguía pensando.

-Eudo hablaba mucho de apoyar al duque Roberto --dijo la sobrina-, pero nunca creyó que padre fuera a participar en la rebelión. Cuando padre le propuso que se unieran, se debió de quedar horrorizado, pero siguió adelante porque no querría parecer un cobarde. Seguramente luego, cuando llegara la fecha clave, se echaría atrás.

-Es muy probable que intentara convencer a Clarence de que abandonara también -dijo Felice-. La lengua es su mejor arma.

-Ya no -Claire se estremeció al recordar de repente aquella voz susurrante que dijo: «matadla».

-Y se creería que no le iba a costar convencerlo. ¿Quién se iba a esperar que Clarence acabara implicándose en un acto violento? -Pero al final -dijo Claire- Eudo se echó atrás. Me pregunto cuándo empezaría a entrarle miedo de que el llegar hasta allí se considerara traición.

-Pues no sería por lo menos hasta que se hubo marchado el duque Roberto y Enrique se hizo con el poder.

-Cuando nos enteramos de que habían multado a los rebeldes y les habían quitado sus cargos, Eudo debió de empezar a angustiarse con que padre lo delatara. Después, lo mataron. No había nadie más que supiera de su implicación, estaba a salvo.

-Hasta que apareció Ulric.

-¡Virgen santísima! Sigfrith me dijo que Eudo fue una de las personas que habló con Ulric. Eso debió de ser cuando le dijo que se reuniera con él en el jardín. Una vez que Ulric estuvo muerto, pensaría que volvía a estar a salvo. Y entonces apareció el libro. Ahora comprendo por qué tenía tanto empeño en llevárselo. —Claire miró a Felice-. Pero ¿cómo vamos a probar todo esto?

-Si se lo contamos todo al rey, ordenará que le sometan a la ordalía para comprobar si es o no culpable.

Claire se estremeció. Otra prueba: hierro candente, agua helada o una justa.

En la ordalía del hierro candente, el acusado tenía que sujetar una barra de hierro al rojo vivo. Si, a los tres días, la herida no se había convertido en una llaga purulenta, se entendía que Dios daba así prueba de la inocencia del acusado. Mediante el juicio del agua helada, metían al reo en agua, atado de pies y manos. Si el agua lo rechazaba, esto es, si flotaba, quedaba evidente su culpabilidad, pero si se hundía, se entendía que era inocente.

Claire suplicó en su interior que sometieran a Eudo a la prueba menos cruel, a la del agua helada.

Probablemente él no exigiera la tercera opción, la de la justa. Aunque estaba entrenado para la guerra, Eudo no era un buen luchador. Pero tenía derecho a exigir que se le permitiera luchar con su acusador, o con el campeón de su acusador en aras de su dignidad. En tal caso, ¿quién sino Renald acabaría enfrentándose con él en un combate? Él mismo le había dicho- que no quería participar nunca más en una justa de ese tipo.

¿Y si estaban equivocadas? Renald moriría.

-¿Y bien? -preguntó Felice-. ¿No estás de acuerdo?

-¿Y si estamos equivocadas? ¿Qué pasará si es inocente?

-Pues que la herida se le curará rápidamente o que se hundirá en el agua.

-Tal vez nos inflijan algún castigo a nosotras por falsa acusación. Incluso podrían someternos a algún suplicio.

Felice frunció el ceño, pero dijo:

-No creo, cuando tenemos tantas buenas razones para sospechar. Claire tuvo que decir la verdad.

-Si le someten a alguna ordalía, Eudo pedirá que haya una justa. Si estamos equivocadas, su adversario morirá.

-Pero no estamos equivocadas -dijo Felice, que estaba muy segura de sí misma, incluso cuando se equivocaba de medio a medio.

-Debemos pensarlo con más calma. Al fin y al cabo, Eudo ni siquiera está aquí.

-Pero sí que está aquí -dijo Felice, con suficiencia-. Se lo he preguntado a su escolta. No ha podido resistirse a venir a arrodillarse ante el hombre al que tantas veces ha denunciado como ilegítimo para el trono.

Claire sintió deseos de gritar. Fijó su atención en el altar, en una vela parpadeante que daba a entender que Cristo estaba allí en la forma de hostia sagrada. «Os lo ruego, Dios mío, guiadme para que lo que haga sea por el bien de todos. Y no dejéis que mi proceder acabe causando ningún daño a mi esposo.»

Tenía varias opciones. Felice y ella podían ir a hablar con Eudo y contarle todo lo que sabían, todo lo que sospechaban. Se aseguraría de dejarle bien claro que no delatarían sus crímenes a menos que volviera a pecar. En el fondo no era un mal hombre, sólo un cobarde que había cometido pecados llevado por el pánico. Se acordó de su dolor por la muerte de su padre e incluso por el destino de ella. En las dos situaciones, el pesar de aquel hombre había sido auténtico.

Pero no le impidió intentar matarla.

Era como un perro rabioso, al que no podían dejar suelto sin seguir expuestos al peligro. Sintió que ella misma sería capaz de matarlo. No sabía muy bien cómo, pero sabía que sería capaz de hacerlo para proteger a Renald. Claro que eso sería un asesinato, por mucho que sus sentimientos lo justificaran. Ella habría ocupado el lugar de Dios tomándose la justicia por su mano.

Pesarosa, cayó en la cuenta de que la única forma correcta de actuar era exponer sus acusaciones y dejar que la justicia se ocupara de él. Dios revelaría la verdad en una justa y, si estaban equivocadas, que el cielo los ayudara.

Se volvió hacia donde estaba esperando Felice, al tiempo que se sacaba brillo a las uñas con la falda, sin el menor atisbo de preocupación. Con todo, había sido capaz de ir hasta allí. Sin

duda tenía deseos de acudir a la corte y alardear de su suspicacia. Pero también era igualmente cierto que se preocupaba por la seguridad de su sobrina. Claire estaba aprendiendo muchas cosas; una, que las personas no eran nunca santos o demonios, sino una compleja mezcla de virtudes y debilidades.

Deseó con todas sus fuerzas que Eudo fuera malo, alguien que en verdad se mereciera ser arrojado a los infiernos. Sin embargo, sabía que era un hombre bastante honrado por lo general, que había perdido el rumbo de su vida y ahora se merecía morir.

Para ello, hubiese estado bien que Renald fuera un mero guerrero sin escrúpulos capaz de matar sin titubeo alguno. Pero tenía alma, en muchos aspectos un alma verdaderamente noble, y el tener que matar le dolía, sobre todo si era a sangre fría, en una batalla que era en realidad un juicio de Dios.

Se acordó de haber pensado que se veía a sí misma capaz de proteger a los seres que amaba, pero aquí no había modo alguno de darle a nadie con un leño en la cabeza por su propia seguridad.

-¿Y bien? -preguntó Felice-. Ya sé que tienes que pensarlo todo cientos de veces, Claire, pero...

-Tenemos que contárselo a Renald.

-Y supongo que después tendremos que contárselo todo al rey. Felice se levantó sonriente, con la grata seguridad de que el Rey de Inglaterra iba a quedarse impresionado de su coraje y de su belleza.

Con los primeros rayos del alba, en la tarima había únicamente rostros lúgubres de varón, junto a Claire y Felice. Como acusadoras, estaban obligadas a estar presentes. En la entrevista con el rey, Renald intentó actuar como parte acusadora, pero al monarca no le había parecido conveniente. No habría ningún castigo para las damas de Summerbourne, pues era obvio que su relato no tenía la maldad como fundamento, pero todo hombre tenía derecho a ver la cara de sus acusadores.

Felice parecía bien dispuesta a contemplar el combate.

Claire tenía los ojos hinchados de llorar. Sus lágrimas habían sido principalmente por Eudo, que había reaccionado con indignación ante la acusación, pero había mostrado todo tipo de resistencia para no someterse a ninguna ordalía. Una escena bastante desagradable.

Renald había adoptado una expresión sombría. No era de extrañar. Claire sabía muy bien cuánto aborrecía tener que hacer aquello, y sólo suplicaba que no la odiara por ello. Le habría gustado aliviarlo y que él la aliviara a ella, pero no lo había visto desde el día anterior. Los participantes debían ayunar, rezar y comulgar antes de pedir a Dios que revelara su veredicto.

Claire sentía dolor de corazón al recordar cómo llegó Renald a Summerbourne por primera vez. Después de una noche de ayuno y un trágico duelo, tuvo que hacer un largo viaje, en medio de la tormenta, para encontrarse cara a cara con la familia del hombre que él mismo había matado. ¿Por qué sólo pudo captar su dureza en aquellos momentos? ¿Por qué no vio su angustia?

Su dolor de corazón era cada vez mayor a causa de la preocupación. ¿Y si estaban equivocadas? ¿Y si Eudo era inocente?

Eso era lo último que había hablado con Renald.

-¿Y si es inocente? -le había dicho.

-No es inocente. El hedor de la culpa le señala.

-No podemos estar seguros. Me moriría si os envío a vos a la muerte.

Él la había cogido entre sus brazos e incluso se había reído.

-Claire, si no tenéis fe en mí, tened fe en Dios. Él no va a permitir que muera un inocente en un rito sagrado.

La fe de su esposo la había avergonzado. Ahora, sobre la tarima, rezaba por tener su misma certeza.

Para ella también era odioso todo aquello. Ya había sido suficientemente doloroso el ser espectadora de un torneo. No tenía el menor deseo de contemplar un combate a muerte. Uno de ellos iba a morir.

Le temblaba todo el cuerpo para cuando los hombres se encaminaron hacia la arena. FitzRoger ocupaba el asiento contiguo al de ella y le puso una mano sobre la suya para darle ánimos. Claire hubiera querido abrazarse a él como una chiquilla, pero tenía que mantener su dignidad por el bien de Renald.

Los soldados en pie rodeaban el círculo fatídico en el que tendría lugar la lucha. Por orden del rey, no se había permitido que hubiera espectadores ajenos al juicio.

Renald tenía el aspecto de un auténtico lobo. ¿Por qué le había obligado ella a estar allí?

Pero no. Había sido Eudo quien había forzado la situación para que se acabara celebrando aquel combate por aferrarse a defender su inocencia. Si se hubiera declarado culpable, tal vez por misericordia le hubieran condenado al destierro, pero él se había aferrado a la inocencia con la desesperación de quien lo tiene todo perdido.

En aquellos momentos, se le veía pálido. Mirando alrededor con los ojos inquietos, como buscando alguna forma de huir. Claire sintió pena por él, por su familia. Pero, más que nada, por el peligro que podía representar para Renald tener que luchar contra aquel miedo. Iba a ser como cuando mataban a los cochinos en San Martín, sin honor ni dignidad ninguna.

A menos, eso sí, que se hubieran equivocado, y Dios reforzara el brazo de Eudo.

Una vez que los hombres estuvieron frente al rey, el heraldo dio un paso al frente.

-Escuchad: Eudo, juez del condado de Dorset, que juró hacer cumplir la ley y el orden en nombre del rey, está presente hoy aquí acusado del asesinato de su escudero Gregory, del asesinato de un tal Ulric de Summerbourne y del intento de asesinato en la persona de lady Claire de Summerbourne, además del delito de asalto a los transeúntes en uno de los caminos reales. Eudo, juez de Dorset, ¿qué alegáis en vuestra defensa?

-Soy inocente -su voz sonó apagada.

-¿Quién sale en defensa de la acusación?

-Yo, lord Renald de Summerbourne -dijo De Lisle con firmeza-, reclamo ese derecho, como señor de Summerbourne y, por tanto, protector del criado Ulric, y como esposo de lady Claire de Summerbourne, mi muy preciada dama.

-¿Os encomendáis a Dios -preguntó el heraldo- para defender con vuestra vida la justicia y el derecho?

-¡Me encomiendo!

-¡Me encomiendo! -Pero la voz de Eudo sonó desesperada. Seguramente, pensó Claire, aquello era una prueba de su culpabilidad. «Señor misericordioso, haced que sea rápido.»

Un sacerdote avanzó hasta donde estaban los dos hombres y les presentó una cruz para que la besaran; después los roció con agua bendita. Para cuando fue a ungirlos con el óleo sagrado, Eudo empezó a temblar.

El sacerdote se retiró unos pasos, y entonces el heraldo anunció:

-¡Que Dios revele la verdad de vuestra causa!

Y el rey levantó la mano.

Los dos combatientes sacaron sus espadas y se pusieron uno frente al otro. Durante un momento que resultó bastante largo, no ocurrió nada. A continuación, Eudo cayó de hinojos, dejando sobre el suelo la espada y el escudo como si le pesaran demasiado.

¿Era una rendición o una súplica de clemencia? En aquel punto ya no había lugar para la compasión.

Renald blandió con fuerza su espada y le cortó la cabeza. Eso fue todo.

Claire se quedó mirando el cuerpo cercenado, el gran charco de sangre alrededor y, al instante, reparó en que Renald acababa de darle la espada a Josce para que se la limpiara, tras lo cual se arrodilló ante el rey. FitzRoger no dejaba de apretarle la mano. Ella pensó que era para impedir que se lanzara a los brazos de su esposo envuelta en sollozos. El rey levantó del suelo a Renald y lo besó.

-Os agradecemos encarecidamente vuestra defensa de la justicia en nuestro reino. -Después se dio la vuelta y se marchó, seguido de los grandes barones.

FitzRoger ayudó a Claire a ponerse en pie y la llevó junto a Renald, que se estaba echando hacia atrás la redecilla de la cabeza y no tenía el menor atisbo de estar afligido.

-No hay duda de que me tengo que hacer con una de esas espadas -dijo FitzRoger, al tiempo que guiaba a la dama hasta la mano de su marido-. Acompañaré a lady Felice hasta la torre. Así que Walter de Daventry, ¿no?

-Es un hombre importante y goza del favor del rey. Tiene hijos de su primer matrimonio, pero sólo niñas. Así Felice podrá transmitir el título. Es un hombre justo y noble, pero no tolera las tonterías.

Cuando FitzRoger se hubo marchado con Felice, Renald pasó un brazo cubierto de la cota de malla por la cintura de su dama, y los dos se encaminaron hacia el castillo.

-Lamento que tengáis que haber presenciado esto, amor mío. La joven temblaba aún. Intentó responder en un tono parecido.

-Al menos ha sido rápido.

-Como os dije en cierta ocasión, soy bueno matando.

-¡No ...! -Pero lo miró antes de proseguir-. No os importa nada, ¿verdad?

De Lisle hizo una mueca.

-¿Preferís que os mienta? Creo que hay sinceridad entre nosotros. Matar a vuestro padre fue muy doloroso, pero el mundo no pierde nada con la muerte de Eudo. Semejante cadena de asesinatos me provoca repugnancia.

Algo la preocupaba.

-¿Admitió que era culpable al final? ¿No se merecía misericordia?

-Claire, una vez comenzado el juicio ante Dios, la única misericordia aceptada legalmente es la mutilación y la pérdida de todos los derechos del reo. Hay justicia en un acto así, no amabilidad.

Claire miró hacia atrás adonde los hombres de Eudo estaban retirando su cuerpo. Se santiguó.

-Que Dios se apiade de su alma.

-Amén. -Renald se paró para mirarla-. Hoy tenemos un largo día de viaje hasta Summerbourne, esposa, pero tengo ganas de emprenderlo. Deseo estar allí con vos, en tranquilidad y armonía.

Summerbourne se extendía plácidamente bajo el opalescente cielo del crepúsculo, con el tejado de paja seco por días y días de sol, y envuelto en la serenidad del trabajo acabado al final de la jornada. Todos los habitantes de la fortaleza salieron a recibir a sus señores.

Las grandes puertas de la empalizada estaban abiertas como normalmente, y Claire y Renald, seguidos de su amplia escolta, entraron en sus monturas hasta el polvoriento patio interior, en medio de una multitud de personas y animales.

Lady Agnes estaba sentada fuera, disfrutando del aire del atardecer. Los miró detenidamente con sus astutos ojos y se sonrió. Claire se bajó del caballo y fue hasta ella.

-Sí, abuela, todo ha ido bien.

-Me lo imaginaba. ¿Y Felice?

-Se quedará unos días en la corte. Abrigamos ciertas esperanzas con un tal lord Walter de Daventry, un importante caballero de mediana edad y lujuriosas intenciones.

-Ya. ¿Y Thomas?

-Se apenó un poco cuando nos separamos, pero da la impresión de que está viviendo una época muy buena de su vida; aunque eso, sí, entre algún latigazo que otro.

Lady Agnes se rió entre dientes.

-¿Y qué ha sido de Eudo el juez?

Claire le contó toda la historia, y su abuela asintió.

-Justo y cabal. Bueno..., pues ahora que tu madre está en St. Frideswide y que Amice no tardará en reunirse con Felice, sólo me tienes a mí incordiando.

Claire se agachó para besarla.

-¿Qué iba a hacer yo sin ti, abuela? Esta es tu casa y siempre tendrás tu sitio junto al hogar.

La joven miró en derredor y vio a Renald junto a las pocilgas. Fue con él y contemplaron juntos una camada de lechones que no paraban de chillar.

-Espero que tarden un poco aún en encontrarse con su destino. Él se dio la vuelta para guiñarle un ojo.

-Tal vez me guste chupetear un buen cochinillo asado.

-Tal vez os sea suficiente con chupetear, milord.

Él levantó las cejas.

-¿Semejante sacrificio por unos lechones? Claire le agarró del cinturón y lo acercó hacia sí.

-¿Quién ha dicho que tenga que ser un sacrificio? La cogió de la mano y se soltó.

-Querida esposa, ha llegado la hora de que impongamos un poco de decoro en Summerbourne. Esperaremos hasta que se haga de noche. Tras nuestra ausencia, debe de haber muchísimas cosas pendientes, sobre todo después de que Felice también se haya ido.

-¡Ah, muy bien! -dijo Claire, mirando alrededor-. Vamos a ver, creo que teníamos pendiente ir a los estercoleros.

-Bueno..., ahora que lo pienso -dijo él, tomándola de la mano y encaminándose hacia la casa - tal vez sea mejor anticiparnos a la llegada de la oscuridad.